Doctor LUIS REYNA ALMANDOS
Ex Asesor de Gobierno de Buenos Aires

LA DEMAGOGIA RADICAL
Y
LA TIRANÍA
(1916-1919)

CON PROLOGO
DE
JOSÉ CITRINITI
Autor de
El Momento Político

SEGUNDA EDICIÓN

«EL ATENEO»
Librería Científica y Literaria, Florida 371
Sucursal: Córdoba 2099
PEDRO GARCÍA
Buenos Aires
1920

BOSTON PUBLIC LIBRARY

BOSTON PUBLIC LIBRARY

LA DEMAGOGIA RADICAL

Y

LA TIRANÍA

(1916-1919)

DEL MISMO AUTOR

Dactiloscopia Argentina, 1 vol.

Origen del Vucetichismo, 1 vol.

Ciudadanía Nacional y Sufragio de Provincia, 1 vol.

Hacia la Anarquía, (1ª ed. 1918, 2ª ed. 1919), 1 vol.

Mar y Cielo (poesías), 1 vol.

Rama Florida (poesías), 1 vol.

El Ultimo Señor Feudal (poema), 1 vol.

Doctor LUIS REYNA ALMANDOS
Ex Asesor de Gobierno de Buenos Aires

LA DEMAGOGIA RADICAL

Y

LA TIRANÍA

(1916-1919)

CON PROLOGO

DE

JOSÉ CITRINITI

Autor de
El Momento Político

SEGUNDA EDICIÓN

«EL ATENEO»
Librería Científica y Literaria, Florida 371
Sucursal: Córdoba 2099
PEDRO GARCÍA
Buenos Aires
—
1920

Δ
F2846
.R45
1920

Propiedad del autor.
Ley núm. 7092.

Talleres Gráficos, Olivieri y Domínguez, 47 y 9 — La Plata

INDICE

Página

PROLOGO VII
INTRODUCCION 3

PRIMERA PARTE

CATEGORIAS SOCIALES

Capítulo I. — Resurrección de Facundo 11
Capítulo II. — Patricios y Plebeyos 27
Capítulo III. — Los intelectuales 35
Capítulo IV. — Los equidistantes. 59
Capítulo V. — Los cándidos 69
Capítulo VI. — La plebe radical 79
Capítulo VII. — Los "regeneradores" de la República. 97
Capítulo VIII. — Los comités 101
Capítulo IX. — El comité en palacio 111
Capítulo X. — El comité y la deliberación 123

SEGUNDA PARTE

CARACTERES

Capítulo I. — Los "Incontaminados" 137
Capítulo II. — Arrogantes y dogmáticos 155
Capítulo III. — Doctores y Maestros 167

Página

Capítulo IV. — Violentos y aduladores 183
Capítulo V. — Los tenebrosos. 199
Capítulo VI. — Los filibusteros 205

TERCERA PARTE

METODOS DEL GOBIERNO DESPOTICO

Capítulo I. — Los métodos clásicos 223
Capítulo II. — El sistema de mentir 231
Capítulo III. — La delación y la persecución . . . 247
Capítulo IV. El tráfico del perdón 263
Capítulo V. — Los Jueces 285
Capítulo VI — El sistema del terror. 299

CUARTA PARTE

ADVENIMIENTO DE LA DICTADURA

Capítulo I. — La Dictadura 329
Capítulo II — Cómo debemos defender la República . 345

PRÓLOGO

MEDITEMOS...

La moralidad de las acciones no es un negocio de cálculo.—
BALMES: *Fil. Fund.*, T. II, pág. 485.

I.

Hacia la Anarquía tiene en este segundo libro su complemento definitivo. Aquél nos trajo desde el fondo del viejo hogar porteño, algo así como la vibración iracunda de un reproche que nos llamaba al cumplimiento del deber, en momentos en que el escenario político semejaba una vasta necrópolis. ¡Ni una palabra! ¡Ni un gesto! Hubiérase dicho que en esa vasta necrópolis había quedado sepultada para siempre la dignidad ciudadana.

Y nos llegó aquel libro. Y pudimos decirnos: la calma no es, a veces, sino el síntoma precursor de la borrasca. Ese... ¡ese es el primer relámpago que anuncia la condensación de las fuerzas espirituales de la República! La dignidad ciudadana no está muerta ni dormida. ¡No! Se ha recogido en silencio para reconstruir sus huestes dispersas, y afilar la espada que ha de restablecer el imperio de las instituciones sobre los escombros acumulados por la ineptitud triunfante, en tres años de disolución y de anarquía.

La condensación de fuerzas,—que se opera como un proceso ignorado en el fondo de las conciencias individuales, hasta que asoma como inesperado fenómeno colectivo,—empieza a producir sus primeros síntomas reflejos. Acaso sin comprenderlo, Reyna Almandos está traduciendo en este segundo libro un anhelo indefinido que estalla en él por presión de ambiente. Y ya sabemos lo que eso significa: en el orden físico, la tempestad desvastadora que enciende el rayo de las iras celestes; en el orden político, la guerra civil,—que es la reacción masculina contra la dictadura, – o la violencia de la tiranía, que apoya el taco de su bota enlodada sobre la frente de una sociedad inerte, digna de su destino, por renunciamiento de su honor y de su libertad.

Aristóbulo del Valle estudiando los orígenes del gobierno representativo inglés, hizo suya la fórmula de Pascal: la multitud que no se reduce a la unidad, es confusión. La unidad que no es multitud, es tiranía. Y nos repite, con Guizot, aquellas bellas expresiones con que el elocuente profesor del Colegio de Francia definía la estructura del gobierno representativo: la multitud, es la sociedad; la unidad es la verdad. Si la sociedad queda en estado de multitud, si las voluntades aisladas no se reunen bajo el imperio de leyes comunes, no hay sociedad sino confusión; si la sociedad no sale del seno de la multitud, si es impuesta con violencia por uno o por muchos, es la tiranía. El gobierno representativo tiene por objeto impedir, a la vez, la tiranía y la confusión.

No obstante el carácter unitario de la Constitución del año 1819, el ideal del gobierno representativo constituye su pensamiento dominante. Cuando el Soberano Congreso hizo conocer al pueblo de la República los fundamentos de las instituciones adoptadas por las Provincias Unidas, definió con caracteres tan precisos, con tan enérgico relieve el gobierno representativo que constituía el alma, por así decirlo, de

aquellas instituciones políticas, que puede afirmarse sin vacilar que no habrá cuerpo legislativo capaz de acentuar, con mayor firmeza, las garantías a la libertad y al orden plasmadas en la Constitución sancionada en aquellas horas de zozobra para la independencia americana.

Los legisladores del año 19 se muestran, en el manifiesto con que la acompañan, respetuosos de la historia del derecho público, porque aún sin conocer "todas las instituciones humanas en su orígen y desenvolvimiento", eran hombres superiores. Dudaban de las concepciones propias, porque auscultaban con inquietud patriótica la visión del porvenir que estaban modelando entre sus manos. Tenían las vacilaciones que son naturales en hombres cuyo equilibrio y lucidez de conciencia les advierte la noción precisa de sus responsabilidades y les impone circunspección. Ajenos a las seducciones de los éxitos fugaces, ponían su actuación al amparo de la historia y se refugiaban en ella como el creyente en la serena esperanza de una justicia superior, porque, unitaria o federal, el pensamiento básico de aquella Constitución era el gobierno representativo, instituído como tributo a las ideas de democracia y de libertad nacidas al calor de la Revolución Francesa y del gobierno glorioso de Carlos III.

Así pudieron decirle a la sociedad de su tiempo, que sin el socorro de la historia habrían estado expuestos a traicionar la confianza del pueblo que les había conferido el mandato de formular las bases fundamentales de nuestro derecho público. Y así pudieron decirle, también, que ese derecho no consagraba ni la democracia fogosa de Atenas, ni el régimen monacal de Esparta, ni la aristocracia patricia, ni las efervescencias plebeyas de Roma, ni el absolutismo de Rusia, ni el despotismo de Turquía.

Los hombres de aquellos tiempos trataban de hacer efectiva la fórmula de Pascal: la multitud reducida a la unidad, para destruir la confusión; la unidad fundada en la multitud,

para destruir la tiranía,—respetando así el ideal de libertad que palpitaba vigorosamente en la sociedad de aquellas horas heroicas, y haciendo conciliable esa libertad con el orden que se instituía, pues la democracia,—esto es, la multitud,—quedaba reducida a la unidad del gobierno, y a su vez el gobierno se fundaba en la multitud, es decir, en la voluntad de la Nación. El equilibrio de estos resortes, creaba un estado intermedio entre la convulsión democrática, la injusticia de la aristocracia y el abuso del poder ilimitado.

Ha transcurrido un siglo desde entonces, y a través de diversas tentativas y ensayos formales, el gobierno representativo ha seguido dominando en las líneas directrices de nuestras instituciones, como una aspiración cada vez más definida. Consagrado en las Bases del 53, y fortalecido y acentuado por la Convención del 60, ejerció su imperio, lento pero firme, en la depuración de nuestros hábitos políticos. A su amparo la República pudo dar al mundo la sensación de un pueblo definitivamente incorporado a la civilización, sirviendo el alto ideal humano que persigue sin descanso una fórmula de equilibrio que realice en los hechos la aspiración de justicia que es algo así como la imagen motriz de las instituciones políticas y civiles de todas las edades.

La trayectoria se ha interrumpido bruscamente. El poder limitado que costó un siglo de dolorosos esfuerzos para imponerse como hecho efectivo, se ha desvanecido de pronto. Moreno y Rivadavia han caído del pedestal en que los ha emplazado la historia, y la dictadura ha vuelto a sustituir al régimen legal que era la fórmula de nuestro gobierno representativo.

¿Qué pensamiento mueve a la dictadura? ¿Qué fuerza la sustenta? ¿Qué secreto designio la agita?

Analizando el por qué de la caída del pueblo hebreo bajo la garra de los Césares, se ha dicho: pueblo anarquizado y dividido, busca un conquistador. Y el Imperio Romano le impone al fin sus leyes y sus dioses.

No nos empeñemos en buscar en causas distintas el origen de todas las tiranías. Preguntemos a los anales de Atenas en qué pudo apoyarse la acción invasora de los tiranos de Macedonia, y nos dirán: en la decadencia del pueblo griego La decadencia del espíritu público, hizo caer a pedazos el Imperio Romano bajo el sable germánico; la decadencia comenzada en tiempos de Carlos II, y llegada a su apogeo con la conquista francesa y la caída de la dinastía borbónica, restó a España su imperio colonial americano; dió a Inglaterra un Oliverio Cromwell, un triunvirato sangriento a Francia, y a la América del Sur todos sus déspotas restauradores.

Los síntomas de la decadencia los he enunciado en *El Momento Político*. No debo insistir. Pero a manera de síntesis, creo útil recordar una afirmación hecha por Sarmiento en 1875: "He tomado mi cruz y seguido adelante con paso firme como lo imponía el deber y la posición que he aceptado". Si cada ciudadano se sintiera capaz de repetir esa ofrenda ante el altar de la patria, antes de seis meses el gobierno irigoyenista sería un cadáver insepulto.

Y vuelvo a preguntarme: ¿Qué pensamiento mueve a la dictadura?

La respuesta es fácil: el pensamiento simplista y primario de toda organización mental y psíquica inferior. Preguntad a un niño de cinco años qué desea ser, y os dirá que quiere ser institutriz o vigilante. Como él siente la potestad en una y en otro, si bien confusamente, su anhelo se dirige a desear esa potestad. No advierte que la institutriz educa y no manda, ni que el vigilante cumple un deber de orden público en beneficio común de la sociedad. Vé el hecho externo, y como carece todavía de aptitud de análisis, anhela la potestad, sin pensar en la capacidad que requiere ni en el sacrificio que impone; la desea porque en el fondo de todo ser hay siempre una tendencia latente a la tiranía, un culto a la fuerza, que no se morigera sino cuando la cultura y la reflexión le ha-

cen comprender toda la grandeza del postulado cristiano "no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a tí", que encierra en su enérgica brevedad todos los elementos que entran en la definición práctica de la libertad.

Supongamos esa mentalidad embrionaria, por un fenómeno de inhibición cualquiera,—tiroideoprivo, por ejemplo,—en un hombre maduro, y ya tenemos el tirano. Incapaz de avanzar en el proceso intelectual, e incapaz de sentir por anestesia moral, vive cristalizado en su idea fija: quiere ser institutriz o vigilante. ¿No sabe leer o no entiende lo que deletrea? ¡Qué importa! El cómico de Larra no había visto un teatro, pero sabía hablar mal de los críticos teatrales y vilipendiar a los autores. Es bastante. Si ese hombre maduro vive en un medio social de gente digna y prudente, concluirá por ser un Tata Dios, un iluminado cualquiera, digno de la compasión de sus semejantes, y acaso, también, de la burla de los pilluelos. Un microbio puede vivir latente durante muchos años en un organismo robusto, sin dañarlo. Pero cambiad la escena. Transformad ese medio social de gente digna y prudente en una sociedad de abúlicos; rodeadlo de secuaces dispuestos a secundar la acción del Tata Dios como medio de salir de la oscuridad en que viven. Creada la secta, dejadle hacer prosélitos libremente en la multitud ignorante, pero entusiasta y generosa, y veréis crecer la ola gradualmente. Hoy se agrega el funcionario A para protestar de la injusticia que lo llevó a la cárcel por robo; mañana es B, hombre de espada, que también tiene una injusticia que vengar: lo postergaron en su ascenso porque vivía perpetuamente ébrio y a veces se jugaba la caja del Cuerpo. ¡Pretexto ridículo! ¡Como si el sacerdote pusiera agua filtrada en el cáliz, y el robo fuera una cosa del otro mundo! Sumad todos estos desgarramientos a través de veinticinco años y poned la secta frente a un enfermo que también quiere ser Tata Dios. Agregad a todos estos factores, la avaricia de unos, el egoismo de otros, el con-

curso intelectual de los ávidos, las pusilanimidades de los medradores, la prostitución moral de los usufructuarios de prebendas y comprenderéis cuál puede ser el pensamiento de esa mentalidad embrionaria,—tiroideoprivo,—hecha dictadura, y cuál la fuerza que la sustenta. Tendréis explicado también el fenómeno de las sublevaciones de las cárceles a medida que los apóstoles de la nueva doctrina llevaban el verbo de su credo redentor a las provincias conquistadas.

Por el concurso de factores negativos que convirtieron la multitud en confusión porque había muchas unidades irreductibles, esa mentalidad ya es institutriz y vigilante. Ya manda en Córdoba aunque apenas deletrea una jerigonza que tiene algo de castellano. Y como al fin el que tiene una potestad siente la necesidad de ejercerla, el claustro de Trejo, — cuna de la intelectualidad argentina, — cae deshecho bajo la piqueta de la omniciencia regeneradora. Y la institutriz lleva el desorden a la instrucción pública, fomenta la indisciplina estudiantil, desaloja a los capaces, mancha el aula con la bota del tahur de comité, como si quisiera nivelar el país a la altura de su insignificancia presuntuosa.

Un filósofo ilustre decía a principios del siglo pasado: se halla en el espíritu humano un gusto depravado por la igualdad que hace que los inferiores quieran que los superiores desciendan a su nivel; ya que ellos no pueden elevarse, prefieren la igualdad en la servidumbre, a la desigualdad en la libertad.

El tiroideoprivo ya es vigilante, también. La fiereza de la mirada aterra a las gentes en Salta, en Tucumán y en Mendoza: allí la cárcel para el hombre libre; aquí la cárcel, el destierro y la agonía para hombres y mujeres. ¡Caramba! La peregrinación de las caravanas llagadas y hambrientas a través de los médanos, emerge como la sombra de los vencidos del Quebracho y tiene todos los contornos

de un grabado de Navarrete. Pacheco ha vuelto a entrar en Mendoza, Oribe en Tucumán. Y los nuevos vencidos del Quebracho si ya no siguen al ejército de Oribe en su peregrinación agónica rumbo a Córdoba, van en cambio hacia San Juan escoltados por el sayón, — que es el instrumento indigno de todas las tiranías, — para encontrar, no el descanso que necesitan, sino el tumulto de otro pueblo enardecido que se revuelve airado como en las horas heróicas de Aberastain, al sentir sobre la espalda el látigo ultrajante de la tiranía. Y el juez Ezpeleta, templado por los años, sonríe para no repetir aquella su letanía: "la inmunda sangre de esos malvados, salvajes, asesinos" etc., que ha recogido la historia como un baldón de ignominia.

¿Es que la tiranía, lepra de Lázaro que deforma y hace pútrido cuanto toca, es aún posible en un país del cual se ha dicho que tiene esqueleto de montañas y por cuyas venas circula sangre ardiente de volcanes?

II.

¿Qué secreto designio agita a la tiranía? Uno solo: consolidarse, — acentuando el proceso anárquico que la hizo posible, aún a trueque de que la sociedad se desmorone en el caos.

La tiranía es astuta porque es instintiva. Siente las primeras vibraciones de la reacción, y se prepara a defenderse. Un ejemplo reciente permite sintetizar todo el proceso: Alemania vencida, se propuso envenenar el mundo para no desprenderse de la hegemonía con que soñaba. No importa reinar sobre cadáveres; lo esencial es reinar. Y así, el ejército que había sido la admiración del mundo por su contextura y su precisión gallarda en los campos de mamaniobra, se tranformó en horda de bandoleros sin ley ni

Dios. Se vence regularmente, si se puede; y sino, se trata de vencer como se pueda. Esa es la moral de las tiranías. Ya la practicaban los pretorianos en tiempo de Tiberio. ¡Cuánto no han aprendido desde entonces!

El irigoyenismo nació de dos pasiones que se complementan: la ambición que crea ansias torturantes, y la intriga que forja sus instrumentos de realización. El primer fruto de este connubio abominable, fué la tragedia del doctor Alem que enarbolando la bandera de la Unión Cívica, había paseado el romanticismo de su figura legendaria entre los caídos del Parque.

La astucia instintiva y no la circunspección inteligente, creó la sombra y el silencio en derredor suyo. La acción es luz; la luz desvanece los fantasmas. La abstención es sombra; la sombra los agiganta y les da la forma con que corporiza su delirio el cerebro enfermo de cada creyente. En la lucha por la vida, los seres inferiores sienten instintivamente la necesidad de vivir ocultos. Desde el bacterio que escapa a los filtros, hasta la pantera que busca el misterio de la selva, todos están sometidos a esta inmutable ley biológica, y el irigoyenismo no podía sustraerse a ella.

La acción franca y resuelta de Alem que sabíamos lo que valía porque se mostraba tal cual era sin afectaciones en el gesto y sin pliegues en el alma, fué sustituída por la actitud meditabunda, el silencio impenetrable, la media frase anfibológica entregada, como la parábola del evangelista, a la interpretación de los apóstoles del nuevo verbo.

Para crecer necesitaba valores intelectuales y morales, y a falta de valores efectivos recurrió a la simulación. Con estos elementos esenciales, inició su trayectoria y vivió su largo proceso evolutivo nutriéndose en la sombra como el ovario fecundado de un murciélago.

Fundado en apetitos incontenibles y carente de ideales, abrió sus filas a dos grupos de hombres. Los que forman

el primer grupo han sido definidos por Roosevelt. El hombre de lo mejor irrealizable, ha dicho el gran presidente americano, es el enemigo comun del bien posible. Espíritus atormentados que se nutren de utopías, viven al margen de la vida y no alcanzan a comprender la diferencia que media entre la teoría y la práctica del gobierno. Los teóricos, esto es, los hombres de lo mejor irrealizable, encontraban mala la actuación del "régimen" porque era imperfecta, hasta que la práctica les ha demostrado que la de la "causa" sobre ser imperfecta llega a ser intolerable.

Como la República no era Jauja bajo el imperio del "régimen", ni cada "oprobioso" un Marco Aurelio, el "régimen" era además de "oprobioso", detestable. Los teóricos no conciben la República moderada de Thiers, sino la anarquía que define Webster, — esto es, la libertad borrascosa, violenta, que las armas sostienen y que las armas aplastan.

Poco importa que el "régimen" haya quintuplicado la población; que haya llevado con el riel y el telégrafo, la civilización al desierto, suprimido el indio, mantenido el honor nacional, la estabilidad de la moneda, el crédito; extendido la enseñanza, desde lo elemental hasta lo universitario; depurado gradualmente la justicia; afianzado el sistema federativo a despecho de las chuzas ensangrentadas de la montonera semibárbara, que asomaban bravías a espaldas del Congreso de Paraná.

El "régimen" pudo hacer algo mejor y no lo ha hecho. Esa es su culpa en concepto de los teóricos. Ellos dieron a la "causa" el prestigio de su nombre y el concurso de su dinero. Los "otros" simularon idealismos, aunque a solas se burlaran de los cándidos con el excepticismo irónico de Voltaire. Como son los más activos porque tienen más urgencia en llegar, formaron la vanguardia de la "causa".

Movido por ansias incoercibles, el irigoyenismo abrió sus filas a todos los odios dispersos, y no hubo rencor despla-

zado de la actividad social y política que no fuera a refugiarse en él, como en un punto de concentración en que se secaba la pólvora para asaltar el gobierno a mano armada.

No pudiendo conquistarlo con títulos legítimos, disimuló su incapacidad en la abstención y especuló con el miedo. Necesitaba una bandera e inventó las "reivindicaciones populares"; una tradición, y se apropió "el 90"; un ídolo, y consagró a Irigoyen.

Toda la sabiduría política del irigoyenismo, estriba en la hipocresía: simular ideales, mansedumbre, desinterés, talento, virtudes. Sugerir la impresión y sustraerse al examen. Guardar silencio para no comprometer la obra de los corifeos traductores de parábolas, que suelen hacer, más que el elogio, la caricatura del caudillo.

El interés espectante lucha bravamente para hacer prosélitos. Especula con tal cual episodio, lo magnifica, lo deforma y si no existe lo inventa para difundirlo. Puesto que no se puede esperar el triunfo de las cualidades propias, cree honrado esperarlo del desconcepto del "régimen" y confía al tiempo la realización de sus afanes.

El tiempo vence con su resistencia pasiva. Las grandes figuras del "régimen" desaparecen; sus lugartenientes, en plena decadencia, no tienen ya el vigor que se necesita para conservar una herencia que es título de honor puesto que ha consolidado la nacionalidad y elaborado todas las conquistas que forman el patrimonio de la civilización argentina. Entretanto, llega Sáenz Peña. El mismo Sáenz Peña que ocho días antes de asumir el gobierno pide la prisión de Irigoyen por radiograma expedido desde el crucero "Buenos Aires", al llegar aquí pacta con la demagogia ofreciendo a Irigoyen la mitad de su ministerio.

El miedo y la indolencia completan, así, la obra del tiempo.

Tengamos el coraje de confesarnos la verdad. Digamos siempre la palabra que salva y no la palabra que lisonjea, pues que al fin no nos dirigimos a un pueblo de mujeres enfermizas: el gobierno de Irigoyen es el producto del miedo y de la indolencia, desenvolviéndose libremente en un medio social incapaz de refrenarlos por depresión del carácter y una absoluta anarquía en materia de principios morales.

El ambiente de la tiranía está formado: sólo falta el tirano, — llámese Petronio Bizantino o llámese Irigoyen Sans-culotte. El primero pudo hacer un Trianón de lo que fuera asiento de las autoridades republicanas y hasta coronarse emperador. No habría faltado quien lo encontrara elegante ... Irigoyen puede llevar a esa misma casa el alma de los sectarios y de los sans-culotte. La tiranía de Nicolás II no difiere de la tiranía de Raspoutín. Allí la preeminencia sensual y cortesana, el libre desenvolvimiento del sibaritismo, en medio de una clase dirigente debilitada y silenciosa que se disputaba un asiento en el festín de Baltazar; aquí la hipocresía, la resurrección de períodos inorgánicos, el maximalismo en el gobierno, el instinto en todo su vigor primitivo, — algo así como la figura de Orlando con el palo enarbolado y en trance de iconoclasta.

Con diferencias de grado, la tiranía es la misma en cuanto a sus caracteres fundamentales. Poco importa que la libertad desaparezca entre los esplendores de un gobierno bizantino o entre las manos sucias de un Lenín; que se le llame tolerancia amable o violenta imposición; culto al César o miedo a Rosas. Entre Nerón y Quiroga, entre Richelieu y Trotzky, no hay más distancia que la que media entre Faustina y una esclava de lupanar. Si el principio republicano ha muerto, ¿qué más da que al cadáver se lo amortaje con túnica de oro o con harapos, si una u otros no cubren, al fin, más que despojos de lo que fuera orgullo del alma

argentina en su afán incesante por asegurar los beneficios de la libertad a todos los hombres de la tierra ?

A un Dios, decía Píndaro en su oda a Gerón, no hay que atribuirle extravagancias. Nuestra sociedad practicó el principio frente al bizantinismo absolviendo, como lo practica frente a Irigoyen callando. Con el primero, el sometimiento por especulación; con éste, el sometimiento por miedo; genuflexiones ante aquel, — vencida la austeridad republicana por las seducciones bizantinas; silencios de lacayos ante Irigoyen, — vencida la dignidad por epicureísmo.

Cuando Sáenz Peña llegó al gobierno, el radicalismo era más una tradición que un hecho; un fantasma galvanizado en Irigoyen. La carta admonición de Sáenz Peña al gobernador de Córdoba fué el primer toque de llamada a los cultores del éxito. La disolución del Partido Autonomista, aconsejada por Ezequiel Ramos Mexía y decretada por Sáenz Peña; la intervención a Santa Fe; la disolución de la Unión Nacional, proclamada por Indalecio Gómez en el Congreso, fué la consagración de que el gobierno del orden había capitulado.

III.

Alberdi, el cerebro más robusto y más lúcido de su época, escribió en 1841 una interesante farsa con el título de *El Gigante Amapolas*, "a ver si enseñando a conocer la verdad de las cosas sucedidas, se aprende a despreciar el poder quimérico de la opresión".

El Gigante Amapolas, como se comprende, no era sino Rosas. Tenía tres varas de alto, un puñal de hojalata de dimensiones enormes, y estaba cubierto de sangre.

Un soldado que hace de centinela oye el toque de alarma; piensa que habrá lucha, y descontando el miedo de los enemigos, se hace la siguiente reflexión: " Acaso necesitan de que nadie los derrote ? Ellos no más son los autores de sus disparadas: puede uno ser un gigante de paja y con sólo estarse quieto, vencerlos a cada instante, como verbi-gracia (haciendo una guiñada al gigante)".

La mujer del tambor de órdenes, anuncia la llegada del enemigo. Mandan las fuerzas: el capitán Mosquito, el teniente Guitarra y el mayor Mentirola. Los tres tienen aspecto fiero; forman tres divisiones y no tienen general porque ninguno de ellos quiere ser subalterno. Traen tres cañones,—uno para cada división; tres banderas, tres escarapelas, tres divisas y tres causas. Son tan independientes uno de otro, "que se dan de balazos entre sí" ([1]).

Se oyen tiros; entran soldados engrillados. Un oficial empieza así su proclama: "Hijos de la libertad, hombres que jamás habéis conocido cadenas ni ataduras... etc." Da órdenes: no moverse; el Gigante los guiará a la victòria; imitarlo es triunfar por el generoso comedimiento del adversario.

Toques de marcha. Vivas a la libertad.—Aparece el enemigo. Sus tres jefes se reunen para elegir al que debe dirigir la acción. Monologan. Cada cual cree ser el único candidato posible. Como no se le elija a él, se pierde la batalla. Nadie se atreve a lanzar nombres. Mosquito insinúa la conveniencia de elegir al que tenga un nombre retumbante y temible; verbi-gracia, el de un insecto punzante...

---

(1) Esta farsa diríase escrita para poner en evidencia las causas del triunfo radical. He creído necesario dar una idea de ella, porque el pueblo no la conoce, a estar a las manifestaciones de algunas personas de positiva ilustración que también me manifestaron no conocerla.

Mentirola advierte la treta y vota por Guitarra, éste por Mentirola; y Mosquito, perdida la esperanza de elección, se abstiene de votar y se marcha con su división a paso redoblado, irritadísimo.

Como la acción durará dos horas, Mentirola y Guitarra serán jefes una hora cada uno. Corresponde la primera a Mentirola. Manda a vanguardia la división de Guitarra; éste desobedece: quiere formar a retaguardia. Amenazas de Mentirola, protestas de Guitarra y retirada de su división.

Mentirola se alegra de recoger sólo la gloria de vencer al gigante. La proclama que Alberdi le atribuye es de un sabor tal, que creo justificada su transcripción:

"Desde lo alto de estos tejados, treinta meses os están contemplando; el último de ellos se ha helado de miedo al veros la cara: y el sol de mañana no saldrá para no morir de envidia al ver el brillo de vuestras armas. Los siglos pasarán uno tras otros como hormigas y los guerreros de la posteridad dirán: Oh, quien hubiese pertenecido a la División Mentirola, en la jornada memorable contra el Gigante Amapolas".

La división forma, pero ningún soldado quiere ir adelante. El jefe les halla razón; pero salva la dificultad dando a uno de ellos una caña muy larga para que a una distancia conveniente toque con suavidad al Gigante, para descubrir, por sus movimientos, su plan de defensa. El se colocará a retaguardia muy lejos, y con un anteojo de campaña, observará los movimientos del enemigo.

Tocan al Gigante, y no se mueve.

¡Malo, malísimo!—exclama Mentirola. El soldado, por el contrario, cree que es un síntoma excelente para atacar, y la primera parte de la farsa concluye así:

Ment.- Todo lo contrario... eso prueba que debemos huir... ¡no es nada el síntoma! ¿Con que inmóvil, eh?

Sold.—Como un cadáver, general.

Ment.—(dándose un golpe en la cabeza). ¡Estrella fatal!... Estamos perdidos. A ver, hombre de Dios, a ver, tóquele un poco más recio.

Sold.—(le toca). Como un tronco... Yo sería capaz de apostar a que este Gigante que tanto miedo nos mete, es de palo.

Mentirola ordena retirarse precipitadamente, mientras los soldados del enemigo se desternillan de risa, pero glorifican su triunfo y el genio militar del Gigante.

De la exposición se infiere el final.

Entretanto realízase con iguales elementos una nueva tentativa. Mientras los soldados ven que el Gigante está solo y dormido, Mosquito ve sesenta piezas de artillería,—veinte de a ocho y cuarenta de a treinta y seis; Guitarra ve treinta escuadrones de caballería, y Mentirola ocho mil infantes situados hacia la izquierda.

Nuevo consejo de guerra y nueva orden de retirada. Los soldados se niegan a contramarchar. Obedecen para batirse y no para huir.—Un sargento asume el mando; los tres jefes se retiran. El sargento manda cargar, toma al Gigante que se deshace entre sus manos, por que es de paja, y rinde a todo el ejército enemigo: un tambor y su mujer.

La filosofía de esta farsa la sintetiza Alberdi en el discurso final en que el sargento rehusa el título de libertador. Yo no soy grande ni glorioso, dice, porque no hay ninguna gloria en ser vencedor de Gigantes de paja. He tenido el buen sentido del pueblo, y el valor insignificante de ejecutar una operación que se dejaba comprender de todo el mundo.

El Gigante de la primera parte de la farsa de Alberdi derrotó a las fuerzas adversarias, y la "causa" se hizo gobierno.

No tiene la elocuencia arrogante, casi militar de Alsina y de Pellegrini; la oratoria atildada y meticulosa de Avellaneda, ni la palabra robusta y viril de Mitre, ni las turbulencias incontenibles de Sarmiento que desataba tempestades alrededor su-

yo. No importa. Suprimiendo el "régimen", la "causa" cree que puede suprimir la historia y reemplazar nuestra tradición de cultura con los fugitivos de Saynuco o con las *afirmaciones rotundas* del "Apóstol".

Avellaneda el "oprobioso", como el presidente Teyler de la gran República del Norte, ofreció al Congreso su correspondencia privada para que pudiera examinarse su conducta de gobernante. La "causa" impide la designación de una comisión parlamentaria y se opone a que se investiguen los negocios del oro de las legaciones; suprime la publicación de los decretos del Boletin Oficial; modifica el protocolo para poder callar al recibir a los diplomáticos extranjeros; declama honestidad pero se abstiene de explicar al país el negocio turbio del "Bahía Blanca", de la leña, de los metales, de la emisión clandestina de Mendoza, de la expropiación del Casino de Tucumán. Y este gobierno, que ofreció ser cabildo de abierto, restablece en Salta la censura previa, suprimida de nuestro derecho público por el Reglamento de 1811, y ultraja a las mujeres de Mendoza como en los mejores tiempos del federalismo rojo del año 40.

La decadencia y la tiranía han sido en todos los tiempos dos elementos inseparables. Hé aquí porque nadie se admiró de las biografías del irigoyenismo, como nadie se admiró de que Valerio Máximo escribiese en el prefacio de su libro: "Las otras divinidades no existen más que en la opinión, pero tu divinidad la vemos y tocamos en ti; hemos tomado al mundo el resto de sus Dioses, y le hemos dado los Césares".

Suetonio, estudiando el cesarismo, nos dice que no hay razón para sorprenderse de que los emperadores concluyeran por creerse dioses en medio de aquella sociedad prostituída y pagana, y de que no hubiese César que al fin no se creyese igual a Saturno.

¿Porqué no tomar en serio la "Apoteosis", si los vasallos prosternados a sus pies les levantaban templos?

Domiciano sellando sus decretos con el título de "Vuestro Señor y Vuestro Dios"; Calígula disputando con la estatua de Júpiter, o soñando en su locura que tenía amores nocturnos con la luna; Heliogábalo que adoptó el título de "El Señor Sol",—¿en qué son diferentes de los presidentes republicanos que hacen de la austeridad de la Casa Rosada una mansión de sibaritismo, que dicen "mi ejército" en los Mensajes; que gastan un millón en un banquete y hacen de su residencia privada un campamento militar? ¿En qué son diferentes de los que llegan a calificarse "la más nítida y pura probidad de que haya mención en los anales de la vida pública"?

Los corifeos de la dictadura fueron a buscar en las páginas de Armand Renaud la definición del genio, capaz de resistir en medio del triunfo el vértigo de la dominación y la embriaguez de la gloria, para crear sobre la base de un tirano de segundo orden el hombre providencial de Carlyle o el hombre eminente de Emmerson. De grado en grado, esos corifeos pudieron llegar a la blasfemia, comparando a Irigoyen con Cristo,— porque la estatua de Julio César, de Alejandro, de Napoleón, no definía toda la grandeza acumulada en él, como no lo definía tampoco la grandeza espiritual de Confucio, de Sócrates y del sublime sembrador de Nazaret.

Estudiando esta época a través de las páginas de Reyna Almandos, hay que convenir en que cuando los hombres pierden hasta ese punto la medida de los valores; cuando la sociedad no fulmina con el desprecio colectivo estas explosiones del satanismo sectario; cuando escucha sin protesta ese lenguaje indigno de hombres libres, es porque el soplo de locura que agita la frente atormentada de la tiranía puede buscar expansión sin que nada lo contenga, porque la sociedad callada e inerte, servil o simplemente epicúrea, es incapaz de refrenarla por degeneración gradual de todo sentimiento de hombría y de dignidad.

Reyna Almandos salva del naufragio esos atributos, en

cuanto traduce en sus dos libros un anhelo indefinido que satura el ambiente y lo sacude. En el primero nos demostró los fenómenos de la anarquía; en éste los de la dictadura. Sigue en su exposición una correlación lógica con los acontecimientos, pues la anarquía es el elemento preparatorio de la dictadura. Ya lo dijo Maquiavelo en su breve fórmula: dividir para reinar. ¿Cómo hacerlo? ¡Esgrimiendo la intriga!

La intriga solapada exacerbó el odio de clases, para ahondar distancias sociales e impedir concentraciones posibles de fuerzas afines. La huelga tumultuosa fué provocada para poner a los representantes de la industria en el camino de reacciones extremas, frente a las agitaciones obreras, cada vez más ardientes, pues que Maquiavelo manejaba el fuelle de la fragua midiendo cautelosamente la altura de la llama.

Asustaba a la sociedad, mostrándole el horror del socialismo, para volcar votos pusilánimes en la alforja radical. Transigía con la revuelta para propiciarse la voluntad del elemento obrero no adherido a agrupaciones determinadas, con idéntico propósito. Las notas reservadas dirigidas a la Asociación del Trabajo, prometiendo la fuerza coercitiva contra los obreros, según lo denunció en el Congreso el diputado Demaría; las conferencias, también reservadas con los agitadores, develadas por la impunidad de las depredaciones, y la abstención del gobierno a todo acto público que significara definir un propósito o concretar un pensamiento, nos muestran al maquiavelismo haciendo sumas y restas en la sombra; preparando los factores de las elecciones de Marzo. Y frente al caos de la semana trágica de Enero, el país desarmado por falta de gobierno, y obligado a dar extensión a la Liga Patriótica, esto es, un otro gobierno como organismo defensivo de la sociedad, restando fuerzas a las distintas agrupaciones opositoras en nombre del patriotismo exacerbado por el recuerdo de los excesos de las masas obreras que

Maquiavelo aguijoneaba; acentuando la confusión y el desorden que la minoría radical necesitaba para triunfar de una inmensa mayoría anarquizada e incoherente.

A la lucha de clases el maquiavelismo agregó la lucha religiosa. Mieles y promesas sigilosas a creyentes y paganos. Hé aquí una nueva división. Es la regla de tres compuesto que escapa a la rapidez del examen y en la que la solución definitiva no es sino el resultado indirecto de operaciones preparatorias que parecen no tener relación con lo que se busca.

Liberales y creyentes cayeron en el lazo. Unos engañados por patriotismo, otros por sentimientos religiosos, sintieron horror por el socialismo *extranjero* y por el socialismo *incendiario;* y los radicales sacaron su fórmula triunfante. En otras condiciones habrían sufrido un descalabro sin ejemplo, porque, libres de la presión de amenazas inmediatas, las agrupaciones políticas habrían encontrado,—por combinaciones y transacciones recíprocas que son comunes en las democracias coherentes. –el camino del triunfo, y desmentido la afirmación de los plesbiscitados.

El país no ha debido creer en el peligro socialista. No debe creer en él. La estructura de la sociedad argentina hace imposible su predominio y tendrá que ser un simple resorte de control mientras no cambie fundamentalmente el molde en que está vaciada el alma argentina. Tal como el socialismo debe actuar entre nosotros, es una agrupación indispensable. Del choque de los intereses que representa y que combate, ha de nacer el equilibrio que buscamos todos, para templar el dolor humano, reparando injusticias y reduciendo privilegios.

El socialismo es ateo porque sufre. La sociedad ha instruído a los hombres, pero no los ha educado; ha enriquecido la imaginación del pobre mostrándole el camino de ser feliz por la libertad, pero no ha fortificado su carácter

para hacerlo resignado cuando por circunstancias varias no alcanza la fortuna.

Los creyentes, —y yo soy un profundo creyente, si bien a mi modo, —aceptan el dogma y rechazan la moral. Si pensaran que atenuar un dolor es más grato a Dios que levantarle un templo; que la caridad se ejerce con más eficacia reduciendo las ganancias que aumentando las dádivas; que la caridad ultraja y deprime el carácter de aquel a quien se hace, en la misma medida en que lo eleva y fortifica la justicia, el socialismo no habría forjado el fantasma que, llegado a sus últimos extremos, está aterrando al mundo.

Sépalo el país: Ni la Iglesia ni el Socialismo necesitan de la coacción irigoyenista para sustentar lo que hay de legítimo en sus aspiraciones. Si bien por distintos caminos, persiguen un objetivo común: levantar el nivel del espíritu humano; uno por el predominio de ideas morales abstractas que la sociedad admite pero no practica; otro por aplicación de fórmulas concretas de economía política, impuestas en la legislación por la presión de los hechos. Pero ambas tendencias concluirán por fundirse y amalgamarse, a despecho de cualquier exaltación sectaria. La aproximación comienza, y se encuentra en el primer punto de coincidencia: ni la extrema opulencia ni la extrema miseria. Entre esas dos injusticias hay una fórmula de conciliación y de armonía social que asomó como una aurora en medio del estrépito de una sociedad licenciosa y pagana, y que ha necesitado veinte siglos para abrir un surco fecundo en el corazón de los hombres.

Alguna vez he dicho que la civilización evoluciona de la forma exterior que la supone al hecho efectivo que la consagra. Será la consagración del ideal que junto con su sangre derramó el Hijo del Hombre, impuesta por la conciencia universal,— que no necesita dictadores para seguir

su marcha hacia Dios y hacia el hombre; para fundirse en un anhelo de fraternidad y de paz.

No necesitan la dictadura, porque esta especula con Dios y con el Diablo para afianzar sobre la confusión y la anarquía su predominio utilitario. No hubo déspota que no fuese enemigo del género humano. La razón es simple: en todo déspota hay un anormal con demencia más o menos caracterizada, que es incapaz de ser instrumento de perfeccionamiento social porque actúa para sí y contra todos. Cuando se inclina a uno u otro lado, lo hace movido por el mismo instinto de conservación que empuja al acróbata en el sentido de su propio equilibrio. Tiene la sensación del vacío y reacciona para evitar la caída.

La dictadura se apoya hoy en los maximalistas, y se incendian los templos; mañana en los creyentes, y se fusilan obreros en las calles; en el socialismo, y empieza la jornada sangrienta de Vasena que remata en dos meses de huelga portuaria; en el patrioterismo, y la ciudad de Buenos Aires asiste aterrada a la caza del ruso, con todo su cortejo de horrores y de vergüenzas, porque se enciende el instinto brutal de la soldadesca y de la canalla enardecida que mutila inocentes y mancilla hogares.

Si la masa obrera hubiese tenido la visión clara de que estaba sirviendo de instrumento a la dictadura, no habría dejado vacíos los altares ni profanados los templos; ni el patrioterismo se habría dedicado a cazar hombres y a ultrajar criaturas.

A ser posible sumar todos los dolores provocados por la anarquía en que fundó el irigoyenismo su triunfo electoral de Marzo, la sociedad sentiría vergüenza y espanto de su torpeza; comprendería, también, que unos y otros deben imputar la suma de esos dolores a la mano siniestra que movía los hilos en la sombra, haciendo del pueblo de la

República un inmenso teatro de autómatas en trance de recíproca destrucción.

Si en medio de la anarquía que el radicalismo provocó no fué fácil orientarse, por razón de la sorpresa, recojamos sus enseñanzas.

Vivimos en un momento en que cada cual debe tener bien abiertos los ojos del espíritu para rechazar la copa empozoñada. El irigoyenismo no es creyente ni es ateo; no es conservador ni es socialista. Con una mano llena el bolsillo de los azucareros de Tucumán, y con otra deja vacío el de los armadores marítimos; filtra el engaño en el espíritu del alto clero, y derrama petróleo inflamado en el de los agitadores; declama moralidad, y se enternece con los tenebrosos; habla de justicia, y paraliza el brazo de la ley que se levanta contra los descuartizadores; es clemente con los presidiarios, e implacable con las maestras mendocinas; dice tener por dogma la honradez, y no explica los negocios turbios; enciende la tea que destruye los altares en el Caballito; las pasiones que destruyen la libertad en cada provincia intervenida. Es la voluntad que arma el brazo de Santos Pérez y de los Reynafé en Barranca Yaco, y que luego se exhibe como ejecutor de la vindicta pública fusilando a los cómplices. Es, en una palabra, la sombra trágica de la tiranía, clara y completamente develada en las páginas de este libro.

IV.

Las altas clases sociales que son, en último análisis, las que hacen la política, porque gobiernan dirigiendo, — o como decíamos al principio, reduciendo la multitud a la unidad, están obligadas a redimirse del error. Y el "régimen" que comprende a esas altas clases sociales, tienen una deuda de

honor que cumplir, reivindicando, por los medios legales si es posible, o por los hechos si los medios legales le fueran negados, lo que es el patrimonio de todos los argentinos: el imperio de la Constitución como garantía de la libertad, como instrumento de orden, como fórmula comprensiva de civilización y de cultura.

La reacción, repito, está en marcha. La prensa ha vuelto a tomar su puesto de vanguardia, para unir la fuerza de la palabra a la fuerza de la acción. El claustro universitario convoca a los ciudadanos a orar por la patria. Las oposiciones empiezan a batirse, si bien dispersas todavía. Parece que no encuentran el camino, pero concluirán por encontrarlo. Si las manifestaciones no adquieren todavía un valor de evidencia, es porque el "régimen", es decir todo el país, excepto el irigoyenismo, está incurriendo en el mismo error en que éste se debate, si bien en sentido inverso. El irigoyenismo sigue siendo demagogia en el gobierno, mientras el "régimen" sigue siendo tolerancia en la oposición. Cada cual conserva la característica respectiva, sin advertir la diferencia de deberes nacidos de situaciones tan opuestas. Que el irigoyenismo no modifique su actuación, es perfectamente racional. Incapaz de pensamiento y de acción constructiva, al día siguiente de la victoria se encontró perplejo ante este dilema: seguir lacerando al "régimen" o declarar su fracaso. Partido, — y más que partido, temperamento de rebelión, que hizo de la crítica despiadada el secreto de su fuerza, no puede vivir sino mientras tenga qué destruir, — porque el "régimen" es a la "causa" lo que la obra de arte al crítico: su razón de ser.

Se le pidió una vez a Ricci, célebre general de los jesuitas, que evitase la disolución de la orden modificando determinados puntos de su constitución. Ricci paralizó con una frase las solicitaciones que se le hacían: *Sin ut sunt, aut non sunt*, — serán lo que son o no serán. Esa frase contiene

en su enérgica brevedad la esencia del irigoyenismo comprobada por tres años de destrucción incesante.

Nacido para el motín, no vivirá sino en tanto tenga materia destructible. Así ha pasado tres años, y se engañan los que aún conservan un resto de esperanza sobre su actuación futura: seguirá destruyendo mientras el país lo deje, o mientras tenga algo que destruir. Cuando todo haya concluído, caerá como cayó del cielo la bestia hirsuta del Apocalipsis.

No podemos apartarnos al examinar una tendencia política, de ciertas verdades que en todas las épocas se manifiestan del mismo modo. Al trazar las líneas que convergen al cesarismo incubado en las entrañas de las revoluciones democráticas, Estrada pinta el tipo del faccioso, como sólo él pudo hacerlo. Y agrupándolo para caracterizarlo en su acción colectiva, nos dice: "irrespetuosos por todo lo que es noble y sagrado avanzan . . . y puestos en acción por grupos sacados de la última esfera de la sociedad y capitaneados por visionarios o por malvados, luchan y son vencidos, o consiguen transitoriamente dominar a los elementos conservadores. Entonces imperan sin tener capacidad de gobierno suscitando resistencias sordas y reacciones extremas que vuelven a la sociedad a puntos peores y más dudosos todavía de aquellos de que quisieron arrancarla por medio de la violencia, o de lo contrario se fatigan, se revuelven en su impotencia, y al cabo incurren en la abyección y se entregan en manos de un dictador".

No es posible trazar en menos líneas, un cuadro más vivo y más real de la actuación del irigoyenismo, entregándose inerme en las manos del Supremo Regenerador. Forma lo que Tocqueville llama "los partidos pequeños", carentes de fe política. Dados al ímpetu, de lenguaje violento marcha incierta y cautelosa, y cuyos medios son tan poco elevados como los fines que persiguen.

En la síntesis brillante con que Chateaubriand fija las condiciones en que hallaríase el mundo sin la influencia del cristianismo, ha recogido, sin proponerse hacer psicología, uno de los caracteres distintivos de los tiranos. Tiberio, dice, despreció demasiado a los hombres, y sobre todo, hizo demasiado alarde de este desprecio. Este es el único sentimiento que expresó con franqueza. Era a modo de una exclamación de alegría, un alarido que no podía reprimir, al ver al pueblo y al Senado romano más humillado que la propia bajeza de su corazón.

Si observamos la actuación de nuestros déspotas menores, veremos que ese rasgo distintivo aparece en ellos tan acentuado y que se manifiesta con tanta viveza y claridad, que concluye por darles un relieve peculiar.

Rosas y Quiroga despreciaron a los hombres tanto como Tiberio. Irigoyen ha generalizado ese desprecio al punto de no escapar de él ni los hombres de su propio círculo. En condiciones opuestas, es decir, fuera del gobierno, fué algo así como el Timón de Atenas de la tragedia de Shakespeare. Felizmente la República no tuvo ningun Alcibíades, y acaso ello fué una de las preocupaciones del misántropo a quien la pasión sectaria ha pretendido levantar altares.

Las humillaciones toleradas por el Congreso son demasiado conocidas. Su profundo desprecio por los demás y por las opiniones ajenas, está en razón directa de su egolatría, que es de donde ha tomado la fuerza que se traduce en la unidad de su actuación. Simulaba ser superior a todos sus contemporáneos, porque sólo a ese título podía justificar su tendencia a sustituírlos. Reconocer que había un hombre de mérito, hubiera importado inutilizarse para la conspiración y para la intriga. Admitir la legalidad de un gobierno, significaba declarar que no tenía razon de ser su acción de demagogo. Compartir las responsabilidades de ese gobierno, suponía entregarse al examen en posiciones

débiles y amenguar el prestigio que fortalecía el silencio, la sombra, en acecho permanente de la posición fuerte que permite actuar sin control, cuando se va a ella con entraña de tirano y dispuesto, por consiguiente, o centralizar la suma del poder público.

De ahí su desprecio o *desinterés* por las posiciones públicas; su desprecio por nuestros estadistas más destacados como demagogo, y su desprecio por la sociedad argentina como Presidente.

El propio radicalismo ha sido víctima de ese desprecio. La composición del Ministerio lo dice bien. Los Ministros han descendido del nivel de Secretarios de Estado con una resignación equivalente a su incapacidad. Y Ministro hubo que soportó en silencio el ultraje público de un subalterno, como hubo candidato a puesto electivo que sufrió durante meses la angustia del silencio presidencial, porque complacía al tirano hacer visibles las genuflexiones del aspirante.

Examinando fríamente ciertas similitudes históricas, la mente se turba observando que el espíritu de un Calígula, con traje más o menos a la moda, puede hacer su resurrección en las democracias modernas, para burlarse de los hombres que viven perpetuamente agitados para crear la estructura de una sociedad que disminuya las angustias que trae a la vida, a manera de mole de Sísifo.

El desprecio se manifiesta en el irigoyenismo, no sólo por lo que dice sino por lo que calla. No siempre es exacto que el que calla nada dice. Cuando hay la obligación de hablar y se calla, el silencio tiene algo más que un valor negativo. La actuación del Dr. Alem fué tan preponderante, que su nombre no puede excluirse de la historia de los sucesos radicales. Empero, los biógrafos del irigoyenismo, excluyen hasta el nombre del Dr. Alem. El silencio despectivo, la supresión de la figura creadora del radicalismo, tiende a centralizar en la del "apóstol", una obra, un pen-

samiento y una tendencia que fué anterior a él y que, buena o mala, no le pertenece.

Cuando el desprecio alcanza a los muertos, es útil que los vivos recojan sus enseñanzas, y que se preparen a afrontar la obra que les espera,—que es de inmediata reconstrucción, a poco que se piense en el derrumbamiento del sistema federativo, en el desorden de las finanzas, en la anarquía de la instrucción pública; en la inversión de los principios morales que permite la libertad de asesinos reincidentes y entrega al ludibrio a magistrados que supieron salvar la integridad de su investidura. Y por sobre todo eso, la ineptitud y la inmoralidad triunfantes, y pendientes de las solicitaciones del sectarismo las decisiones del gobierno.

V.

En medio de este horrendo naufragio. alienta y conforta la certidumbre de que nos aproximamos a soluciones. En física hay una ley, según la cual los líquidos transmiten con igualdad, en todos sentidos, las presiones ejercidas en un punto cualquiera de su masa. Esta ley tiene sus comprobaciones en política, con idéntica exactitud. La muerte de Aberastáin, que para defender la autonomía de San Juan salió al frente de las fuerzas enviadas por Derqui para intervenirla, dió lugar a la sublevación de Buenos Aires, concluída en Pavón.

La presión de la dictadura comienza a producir sus efectos. Su garra ha sentido el dolor de su primer contraste en Córdoba. Buenos Aires por obra de la fracción conservadora de la legislatura, ha detenido el segundo zarpazo defendiendo su autonomía federativa. El claustro cordobés de Trejo ha demostrado al país que el altar del naciona-

nalismo no está vacío; Buenos Aires, volviendo por sus tradiciones, ha de ratificar la actuación cívica de la provincia de Córdoba, demostrando que las instituciones no pueden depender de la voluntad de un hombre, cuando hay detrás de ellas un pueblo resuelto a sustentarlas.

Corrientes, por su parte, sigue alistada en las filas libertadoras. Provincia heroica que estampó su garra en el pendón sangriento de la tiranía, y que conserva el molde fuerte y clásico de la raza americana sin aleaciones que la enerven, tenía que ser lo que fué. Un escultor argentino, en un rapto de inspiración feliz, plasmó el nervio de esa raza en "El Alma del Quebracho". Y así nos muestra a través de un símbolo, un pueblo sufrido y vigoroso que se yergue pujante como si fuera el alma misma de la selva enmarañada y hosca, y que en su serena magestad de estatua, diríase que sugiere advertencias . . .

Todos los estados argentinos, en suma, han sentido el látigo de la dictadura. ¿Qué hacen? La calma, ya lo he dicho, suele ser el síntoma precursor de la borrasca. No ha de ser tempestad de sangre la que se desplome sobre la República, porque el irigoyenismo tiene temperamento pero le falta envergadura de tirano. Si la tuviera, no habría perdido tres años en consumar el asalto premeditado un cuarto de siglo. Obra cautelosamente, luego teme. Es la sombra oscura del 4 de Febrero de que nos hablara el Senador Iturraspe. Sabe Dios que extrañas y divertidas historias pudieran referirnos los sótanos del Hotel España, si los sótanos sirvieran para algo más que para esconder "integridades culminantes".

Por natural fenómeno de asociación, se levantan en la memoria la figura del gigante de la farsa de Alberdi y su festivo desenlace.

Entramos en la reacción. ¿Síntomas? Los que se deducen de este libro. en cuyas páginas, llenas de calor republicano,

se agita la democracia de la provincia de Buenos Aires, — la democracia sana y fuerte que guiada por la visión certera de Mitre, impuso la libertad entre los espasmos de la anarquía, y afianzó los principios esenciales de nuestro régimen político en la Convención Constituyente del 60.

Un pueblo que tiene una tradición tan legítima de altivez, tiene que ser el baluarte en que han de estrellarse los liberticidas de todas las épocas, a despecho de los palafreneros de las dictaduras, que sin consideración a la dignidad humana, saben inclinar la frente y uncirse al carro triunfal de los tiranos.

En el espíritu de esa democracia hay una gran fuerza dinámica latente, que a manera de instinto le advierte la proximidad del peligro y le imprime reacciones salvadoras. Ese instinto es en gran parte obra de Mitre, que le infundió las vibraciones de su alma patricia en dos fechas memorables: cuando segregó el Estado de Buenos Aires de la Confederación, y lo sustrajo a la dictadura guiado por el dios de las batallas, y cuando presidió la organización definitiva de la República al amparo de las instituciones más libres de la tierra.

Yo siento vibrar el espíritu de Mitre en las páginas que me dictan estas impresiones tumultuosas. Diríase que la augusta silueta del patricio cruza por entre ellas como una sombra silenciosa, para ofrecernos ya que no aquella su espada que quebró en Pavón el avance de una dictadura naciente, ni el calor reconfortante de la palabra avasalladora con que retemplaba el alma argentina, cuando menos el ejemplo de su vida vigorosa y austera, intensa y diáfana, incontaminada y grande. Diríase que la sombra augusta del patriarca se sustrae al reposo del sepulcro como otrora a los halagos de la vida sin inquietudes, y viene a presidir nuestras deliberaciones en horas de incertidumbre en que se escuchan, como rumores de tormenta, los primeros va-

gidos de la reacción que entre el desborde de la anarquía triunfante inicia su jornada para restablecer el imperio del orden y de la libertad.

Meditemos sobre las enseñanzas que se desprenden de este libro. Si en él palpitara alguna pasión, no sería nunca la pasión de partido, sino la que caldeaba la mente de Sarmiento cuando en sus ensueños de patriota veía la enseña azul y blanca acaudillando doscientos millones de argentinos hacia el trono del Dios de las Naciones. Y meditando, fortifiquemos nuestro carácter y repitamos aquella su oración: "he aceptado mi cruz y seguido adelante..."

JOSÉ CITRINITI.

LA DEMAGOGIA RADICAL

Northumberland.—¡Es el más degenerado de los reyes! Señores, estamos oyendo los mugidos de la tempestad y no buscamos un abrigo para guarecernos. ¡Vemos que el viento hincha nuestras velas, y en vez de arriarlas perecemos por exceso de confianza!

Ross.—Grandes males nos amenazan y el naufragio es inevitable por la indolencia con que soportamos al que los causa!

Northumberland.—¡No será así! ¡Aun en las cuencas vacías de la muerte entreveo yo la esperanza de la vida! ¡Pero no me atrevo a augurar cuándo llegará el momento de la salvación!

SHAKESPEARE: *Ricardo II.*

INTRODUCCION

En una obra precedente—*Hacia la Anarquía*—escrita en 1918, hice el examen de la política radical para advertir al pueblo de la República el gran peligro que esta significaba para la estabilidad de sus instituciones.

Al escribirla inspirábame el sentimiento de que era un deber de ciudadano poner en claro la verdad de esa política, sin pretender producir—aunque deseándolo—un rápido movimiento de reacción en la opinión general.

Comprendía entonces, y sigo comprendiéndolo ahora, que mis palabras debían haber sido pronunciadas por uno de esos maestros altamente reputados, conocidos y alabados durante largo tiempo. Pero como a los errores, transgresiones y faltas del partido y gobierno de la *Regeneración* se respondía con el silencio, la vaga ironía, el eufemismo o la complacencia; no me

pareció digno de ciudadano libre callar lo que en mi entender no podía callarse ni dejar de advertir lo que era urgente revelar.

Dije entonces, en definitiva, que el gobierno en manos de demagogos y revolucionarios nos llevaría al caos de la anarquía, sin ocultárseme un resultado ulterior más grave, si la opinión pública no despertaba a tiempo de su marasmo.

Ese resultado más grave no ha podido impedirse, pues nuestro país, en estos momentos, marcha sin detenerse hacia un gobierno de fuerza, unipersonal y resueltamente decidido a preponderar sobre todos los valores. Ese gobierno, resultado lógico de un proceso de largos años, desenvuelto a la par de una regresión de virtudes en la masa consciente de nuestra sociedad, tiene todos los caracteres del mando dictatorial; y a estas horas ningún ciudadano que se precie de tal puede cerrar los ojos a la evidencia ni prestar oídos de mercader a sus responsabilidades.

De una parte la demagogia que da en despotismo, y de otra la oposición anarquizada que no encuentra el rumbo definitivo; de un lado el radicalismo en dispersión condensándose en el mando presidencial y de otro, diferentes agrupaciones políticas más o menos regulares, actuantes en la Capital y en las Provincias, des-

vinculadas unas de otras, anhelosas de unión pero recelosas entre sí; he ahí el cuadro actual de nuestro país en cuanto a la política se refiere.

Mientras el círculo de hierro del gobierno fuerte se va estrechando, los prestigios de la ley disminuyen; mientras la fuerza policial se ensoberbece, el parlamento y la judicatura se debilitan. Nuestro país, que había conseguido hacer de las fuerzas armadas elementos protectores de la ley y del derecho, asiste rápidamente al temible cambio: un gendarme no es hoy un protector del pueblo sino un enemigo porque presta obediencia a gobernantes empeñados en destruir la libertad en todos sus órdenes.

Este cambio regresivo se ha ido consumando en poco tiempo, pues tres años son pocos días para tan extremos acontecimientos. Este libro es el examen del proceso político que precede al advenimiento del gobierno dictatorial. En él estudio la causa que lo origina y los hombres que lo producen. En error o en verdad, atribuyo la primera a la resurrección del espíritu gaucho: los hombres que lo representan son hoy los que entonces fueron y son en toda clase de gobierno surgido de la multitud engañada.

Verá el lector, primeramente, los *grupos* o *categorías sociales* que constituyen el partido que

triunfa en 1916; luego los *individuos* o *caracteres*. Digo así porque no representan valores aislados sino comunes a varios: un falsario, por ejemplo, no es tal cual falsario sino toda una clase; lo mismo un delator e igualmente un plagiario.

La conducta de todos estos grupos y caracteres, incidiendo en un solo punto, obedecen a una fuerza de sujeción irresistible: todos se someten de grado o por fuerza a la voluntad presidencial, la robustecen, la sustentan y apoyan. Grupos y caracteres constituyen así los elementos espirituales y materiales de un gobierno de fuerza, alzado contra el país y sus leyes, sus tradiciones y sus insignias. Hasta este momento no se ha levantado contra esa prepotencia inicial una voz unánime, grande y poderosa: no existe un partido libertador contra la huestes opresoras; no existe un ciudadano ante cuya palabra se conmueva al unísono la conciencia de la patria. Los Senadores y Diputados del pueblo han hablado pero no han conmovido, han acusado pero no han podido condenar, han dicho pero no han convencido, sin duda porque no ha llegado la hora. Los atentados de Mendoza son contemplados por la Capital con indiferencia, pues los cinco mil manifestantes del Teatro Nuevo son cantidad mínima entre la inmensidad de la metrópoli. No hay hombre contra hombre,

idea contra idea; el brazo que se alza para la libertad contra el brazo que se levanta para oprimir. Y el problema consiste, precisamente, en la acción de un hombre que obedeciendo a las inspiraciones de la verdad y de la justicia se oponga a la injusticia y el error. He ahí todo. El grande y virtuoso ciudadano es hoy una incógnita porque mientras la oposición se mantiene dispersa es porque le falta el lazo de unión, y este es el hombre esperado, el vocero de una idea común, de un sentimiento común. Será tal vez necesario que se cierre definitivamente el proceso que examino en las páginas siguientes para que se abra el que debe seguirle; será menester que la República sufra lo que deba sufrir para que sienta en carne viva, profunda y dolorosamente, lo que es olvidar la justicia para clamar por ella, lo que es prestar oídos a la mentira para saber lo que vale la verdad. Hoy por hoy las cosas van por mal camino. Los hombres ilustrados, los patriotas sinceros, los maestros de la idea tienen la palabra: sobre ellos pesa desde hace tiempo la más grande de las responsabilidades.

Los representantes de los partidos opositores de la Capital y las Provincias; los de las agrupaciones independientes; los maestros de la juventud; los periodistas, los oradores, los literatos,

en una palabra, todos los que representan en este país un valor útil, una capacidad apreciable de construcción y sustentación, están obligados a impedir la destrucción de la República como estado orgánico, quitándola de las manos que la combaten y la oprimen. Si algo vale la palabra bien inspirada y la acción uniforme de los elementos ilustrados y conscientes; si hay prensa libre, Universidad libre y pensamiento libre, hágase entender al pueblo entero, clara y decididamente, cuáles son sus enemigos y cuáles los recursos más legítimos para la defensa común.

L. R. A.

La Plata, Julio - Noviembre de 1919.

PRIMERA PARTE

CATEGORÍAS SOCIALES

CAPITULO I.

Resurrección de Facundo

¡No! ¡No ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!....
¡Cierto! Facundo no ha muerto....

SARMIENTO.

El "gobierno ejemplar" que pesa sobre nuestro país desde el 12 de Octubre de 1916, aparte de su condición característica de gobierno *elector*, se destaca plenamente por dos aspectos bien definidos y enteramente lógicos. El primero, su odio contra todo lo que representa cultura y distinción; el segundo, su predilección por los delincuentes, los amorales y los desconocidos.

Desde ambos puntos de vista la nueva organización administrativa y política lo constituye en fuerza disolvente de la sociedad legal. Es el destructor de la ley y de la moral social, porque de un lado da en castigar a los hombres ins-

truídos y capaces, y de otro en fortalecer, animar y elevar a los individuos que viven en guerra contra la ley, debilitada y vencida hoy por las malas artes de una política pérfida y misteriosa.

En poco menos de tres años el radicalismo ha arrasado la República, es decir, la construcción política y legal de nuestro país. La destrucción material no ha comenzado todavía, aunque el "no hacer" es el principio de la catástrofe de las cosas. La catástrofe de las ideas es completa, y también la de las instituciones.

Hablando de las cosas no podremos decir que la "piqueta de los empujes" haya demolido ningún edificio público, pero los países no se destruyen solamente porque haya gobernantes que imiten el esclavo de Efeso.

Se destruyen las cosas de un país cuando se le hunde en la bancarrota, cuando, como bajo el mando del Señor Irigoyen, se le endeuda en cientos de millones sin saberse en qué se han invertido; cuando los recursos económicos que le son propios se dispersan sin razón, cuando se dispone de ellos sin autorización legal o contra la ley. Se destruyen las cosas cuando se las entrega a manos inhábiles o incultas, o se las deja en poder de personas sin escrúpulos. Se destruye un país cuando se le da al abandono y la incuria; cuando el interés particular de los empleados deja de

lado el interés público; cuando la política electoral es resumen, norte y único móvil del gobierno; cuando para favorecer la intriga del comicio no se vacila en dañar la industria de los laboriosos, olvidar el trabajo útil a la comunidad y dar en perseguir y castigar sin ley y sin fuero bienes ajenos, derechos y libertades.

Se destruye un país cuando, como ocurrió durante la época de los caudillos sanguinarios e ignorantes, la actividad fecunda de los hombres quedó paralizada: entonces las ciudades de la República próspera con Rivadavia, se despoblaron, fueron abandonados los talleres, las haciendas cayeron en poder de los señores de horca y cuchillo, las minas en el de ladrones, los caminos envolvieron en polvo no las tropas de los ganaderos sino la mesnada salvaje, la montonera que llevaba consigo las alas rojas de la matanza entre alaridos de exterminio.

Se destruye un país cuando el miedo llega a la entraña social porque el látigo de la tiranía zumba en el aire y la saña de la injusticia se muestra victoriosa.

Y se destruye, en fin, un gran pueblo cuando se perjura habitualmente, cuando se difama y se deshonra con la calumnia; cuando los magistrados se inclinan ante los déspotas, cuando los maestros corrompen con sus debilidades a sus

discípulos y cuando por la puerta sagrada del hogar pretenden penetrar los "incontaminados".

Lo que me induce a dar a mi pluma el tormento de la angustia es *la catástrofe de las ideas, y el derrumbamiento de las leyes.* En setenta años de vida orgánica la pluma del escritor no tenía, en cuanto a ese tema, sino una época pretérita: la de la tiranía de Rosas, la del fanatismo federal, ejemplo de barbarie, de cinismo, de degradación social. Escritores y estadistas, periodistas y poetas hallaron copioso venero en esa época tenebrosa. La seducción del drama hizo que aquella época tuviera una pléyade de cultivadores. Como las tempestades requieren grandeza para sufrirlas, exigen también genios para describirlas, y pues son de profundos y largos efectos, hé aquí cómo la literatura de la tiranía es siempre hondamente sugestiva.

Las leyes de la Naturaleza no se derogan jamás: disponen que de tanto en tanto surjan del campo del talento, como los grandes árboles, los Tácitos y los Salustios, porque esas mismas leyes parecen disponer que de la lobreguez de la perversidad surjan los grandes monstruos y los grandes revolucionarios: un Nerón para Tácito, un Catilina para Salustio, para el primero un tirano, para el segundo un agitador. El mal y el bien en su incansable contienda

todo lo enriquece: la historia por sus déspotas, el arte por sus artistas. El crimen y las lágrimas son los fecundos temas del gran drama de la vida social.

En el gran drama de nuestra historia, en las dos largas décadas que terminaron el 3 de Febrero de 1852, el crimen y las lágrimas empaparon la pluma de Sarmiento y la lira de José Mármol, cuyas magnas obras, como terribles mazas, cayeron sobre la frente del tirano con potencia más avasalladora que todas las fuerzas unidas de políticos y guerreros. La lira de hierro y el arpa de oro cumplieron la grande obra, y son inmortales. Los clamores del *Facundo* y las imprecaciones del poeta ahogaron la grita insolente de los sicarios de la tiranía; cortaron la mano delictuosa, espantaron el espectro del terror, atemorizaron a los delatores y dieron aliento a la virtud humillada. Los proscriptos salvaron la patria, abatida por la catástrofe de las leyes, el derrumbamiento de las ideas y el desenfreno de la violencia. El mal, que oprimía la garganta de los ciudadanos, no pudo triunfar. Hizo su obra, siempre incompleta, imperfecta siempre, porque jamás triunfa. Después de la contienda de 1852, las ideas arrojan de sí la capa del miedo, las leyes tornan a su función constructiva, y poco a poco la violencia pierde su impulso. Desde esa fecha memorable, tal vez la más gloriosa de nues-

tros anales tempestuosos, se abre en la República la era de nuestros Antoninos: el despotismo había terminado. Comenzaba la de los grandes gobernantes, desde Mitre hasta Quintana, la era de la construcción legal y moral y de la perfección material del país. Las ideas bajo la égida de la ley y esta bajo el amparo de la libertad, caracterizan nuestra época antonina. No tiene esta última la fascinación del drama, pero sí la magnificencia del progreso, los esplendores de la justicia. Contra los héroes de la destrucción venían los adalides de la construcción.

Hay la heroicidad del constructor como la del destructor. Héroes de la destrucción son los Atila y los Rosas; héroes de la construcción los sabios que ponen sus manos sobre las piedras calcinadas para removerlas y colocar en los álveos del cimiento el pórfido de las nuevas columnas. Contra esos sabios la murmuración, arma de los envidiosos; la calumnia, arma de los perversos. Los héroes del mal fueron vencidos por los héroes del bien desde el día de Caseros; y al fin de la jornada constructiva no habrían sospechado, tal vez, que a su turno volverían a ser vencidos, y que la historia reclama un nuevo José Mármol y otro *Facundo*, la lira de oro para despertar la conciencia y la lira de hierro para sacudir la indiferencia, pálida sombra madre de malos hijos.

Durante más de sesenta años se había ido conformando el alma argentina a la sana sujeción de las leyes y, por lo tanto, debilitándose el espíritu de rebeldía contra las normas del derecho. La gente baja fué perdiendo poco a poco, por el freno legal, los bríos del corcel indomable que la llevaba victoriosa por todas partes. El gaucho había muerto, y el montículo de su tumba pampeana iba desapareciendo al paso del trabajo. En las ciudades el arrabal callaba y su multitud parecía dominada para siempre. Esa multitud estaba sometida por la cultura prevaleciente, y bien pocos, con fina observación, podían sospechar que, precisamente, de ella había de surgir otra vez el héroe de la destrucción, seguido de su turba demoledora. Después de la gran labor legislativa y materialista, vino la fatiga, la indiferencia y el regalo; y entonces, el montículo de la pampa, que había sido arrasado por el viento propiciatorio de la civilización, comenzó a moverse, y el alma del muerto, el alma del gaucho, en su nueva reencarnación, buscó el cuerpo del plebeyo, y lo halló, agitólo otra vez, dirigiéndolo hacia el camino que conduce al palacio y a la escuela, al uno para mancharlo y a la otra para corromperla. El alma del gaucho, desprovista de su grandeza primitiva, menos humilde, menos hospitalaria y me-

nos poética; el alma del campesino semiárabe, semiindio, reencarnada en la plebe híbrida de hoy, se enseñorea de la multitud popular y con bríos apenas reprimidos pretende, y lo consigue, echar a la sombra de la historia la era de nuestros Antoninos para entregarnos al azote de los treinta tiranos.

El gaucho que en los días de la epopeya cierra los pasos de las cordilleras con sus pechos y sus lanzas contra los ejércitos de España, volvió a sus pagos tristes y desolados con el olvido de sus glorias guerreras en el alma, el cansancio y la miseria en el cuerpo y dispuesto a someterse a la voluntad del más fuerte. Hojas del gran árbol de la patria, cuando el viento de la libertad sopló sobre ellos, fueron rectamente a los campos de la batalla santa; pero cuando volvieron y se hallaron en medio del turbión de la anarquía y la guerra civil, se revolvieron en el vórtice obedientes a las fuerzas violentas que se entrechocaban implacables.

Los gauchos fueron los brazos ciegos de la tiranía, porque, roto el aliento de la epopeya, no encontraron al regresar más ocupación que la lucha fratricida. Su escuela fué el no hacer y su afán el pelear: durmieron a la sombra del rancho miserable, los unos, y se agitaron los otros bajo los estandartes de la *Santa Federación.*

Tal fué, en pocas palabras, la historia de ese tipo social desaparecido.

Pero su alma no había muerto: dormía oculta en el seno de nuestra sociedad. El alma vió desde su sueño cómo a la tierra de sus hazañas acudían otras gentes, otros hombres de países remotos, de Italia y España principalmente. Vió cómo se esparcían por campos y ciudades, cómo penetraban en la sociedad que los acogía y de qué manera se iba formando un tipo especial, semejante espiritualmente al de su ascendencia directa. El descendiente del gaucho sin contacto extranjero, y el descendiente que mezcla su sangre con el italiano y el español expatriados, en general gente de cuna ignorada, reciben del paisano de la pampa de ayer el espíritu empobrecido, sumiso al señor de la tiranía y por lo tanto, alzado contra el orden, el derecho y la ley. Inadaptable a todo ambiente culto, es en las ciudades algo así como el cerco huraño de un huerto floreciente, no inerte sino agresivo, no fácil al cultivo sino dispuesto a clavar las espinas en las manos de los labradores progresistas. Viven en torno, libres de la idea de convivencia y adaptación y dispuestos a avanzar sobre el cultivo para despojarlo.

El nuevo tipo social, semejante al bajo fondo de cualquier país, es el compadrito, sea el in-

contaminado con la sangre extranjera, sea el que resulta de su mezcla. Tanto el descendiente del gaucho cuanto el heredero del inmigrante en unión con aquél, forman las dos faces del compadre de arrabal, clase bien definida, característica e inconfundible corporal y espiritualmente. En una multitud, aún bajo el hábito del hombre culto, la mirada certera del estudioso descubrirá fácilmente ese tipo social. Hablando con él a menudo lo hallaremos amable, pero su amabilidad, con frecuencia excesiva, raramente es de buena ley. En las inflexiones de su voz la palabra acusa deformaciones fonéticas, como su cuerpo movimientos particulares nunca observados en el hombre realmente civilizado. El compadre es un palurdo casi siempre maligno, aunque haya frecuentado las aulas universitarias. Impermeable a la influencia de la ilustración, al arte, a la ciencia y a las ideas de justicia; refractario a la moral severa, desprovisto de lealtad, con una noción bárbara del honor y del valor, tiene por la ley y la justicia el odio que se despierta en todo ser limitado en su voluntad y movimientos por una fuerza que se le opone. Esa envidia roedora lo impulsa a contrarrestar por medios torcidos la influencia de los estudiosos, gustando de atribuirse, sin embargo, calidades de doctorado, que son casi en totalidad

la simulación o falsedad con que fácilmente engañan al pueblo, porque saben que éste se impresiona con la exterioridad de las cosas superiores. Como en nuestro país no hay títulos de nobleza, ellos los instituyen, o tratan de sustituirlos por los conferidos por las Universidades; y es así como a falta de condes y marqueses gustan de hacerse doctores. La simulación de la cultura es una de las formas de engaño de cierto grupo inferior. Esa simulación, influyendo en las multitudes, las ha catequizado: los catequizadores saben perfectamente la enorme influencia que en los ignorantes ejercen los hombres de título; y pues es necesario o por lo menos útil poseerlo, se lo atribuyen sin escrúpulo.

Cuando por tales o cuales circunstancias el hombre de la plebe surge sobre la multitud es absolutamente probable que sustituirá al elegido por mérito reales para dirigir a los pueblos. Cuando esta sustitución de valores se produce, inviértese el gobierno de las repúblicas, el orden se altera, la ley, como concepto, se va de la conciencia, y avasallando todas las resistencias clava el bárbaro su lanza sobre la cumbre dominadora y amenazante.

El espíritu del paisano de la pampa y los Llanos no había muerto. La leyenda que lo da por

vencido era sólo una leyenda. Esta había puesto sobre la sepultura de su héroe una inscripción definitiva, pero el que la hizo vió únicacamente el cuerpo muerto y no supo seguir el camino del alma que de aquel se desprendía. Esa alma velaba. Ella siguió infundiendo esa petulancia grosera que castigaba con desprecios al extranjero trabajador, al mismo tiempo que blasonaba de representar *la patria. La patria* era la tierra de su pasado, una comarca infinita poblada por la venganza y el exterminio, abatida por la discordia y la tiranía, conmovida después por el embate de una larga tempestad que necesitó treinta años para tranquilizarse. Ese espíritu, que fué un día todo virilidad con San Martín y honradez con Belgrano, fué después el tormentoso hálito de la anarquía y el servilismo; y éste es el que después de haber sido olvidado vuelve a cargar de nubes nuestro horizonte.

*
* *

La plebe de nuestras ciudades, especialmente la de la gran Capital, no es únicamente la que ha conservado el espíritu del gaucho, el mal espíritu, por muerte del sentimiento de hospita-

lidad y condiciones viriles. El tipo híbrido del argentino de cuna humilde, hijo de extranjero, y el descendiente del gaucho, pasadas algunas generaciones, no es ni hospitalario ni valiente; es egoísta y provocador, falto de iniciativa y de adaptación; gusta de la política en su más bajo sentido y vive de ella. Constituye la capa inferior de la ciudad, la más considerable, y por lo tanto, la más peligrosa bajo el amparo del sufragio universal. Según el dicho vulgarizado él representa *la democracia* porque confunde la grosería con las formas llanas de la república, creyendo por incultura que no se armonizan con los principios de la igualdad la dignidad exterior, ni la cortesía, ni la mesura característica de la buena educación. La degradación y la mentira son para él la democracia misma, verdad cumplida y prueba de justicia. Cierto gobernante placíase en departir "democráticamente" en un mercado para hacer creer que descendiendo hasta el nivel plebeyo realzaba su condición de mandatario del pueblo, como si éste estuviera compuesto íntegramente de gente baja. El vivir un gobernante republicano en casa modesta y no del todo limpia, gusta a la muchedumbre iletrada porque no cuadra a esta ni el palacio ni la limpieza. La modestia en el modo de vivir es una virtud que se trueca en

vicio cuando quien la practica es un alto representante del gobierno. Tal modestia es engaño. Para las personas cultas lo que es tolerable en un ciudadano cualquiera es intolerable en un gobernante; y entre los dos extremos, es preferible siempre el que gusta del palacio, aunque sea impertinentemente suntuoso, y no el que conserva la falsa humildad para impresionar al populacho.

En las épocas de degeneración social, de desconcierto moral y de miedo colectivo, especialmente *miedo culto*, aparecen de ignorados rincones, de asilos misteriosos esos "humildes" asaltantes de las cumbres sociales. Desde las alturas del poder, que es para ellos simplemente mando, o lo que es lo mismo, violencia, tienden a dominarlo todo, no para perfeccionarlo sino para destruirlo. En medio de la destrucción, del perjuicio inútil, de la injusticia irritante, ellos se muestran satisfechos. En ese placer no hay ninguna nobleza porque es placer de villanos. En la contienda armada, en la lid cuerpo a cuerpo fulge siquiera la majestad del valor, la sublimidad siniestra de la vida y la muerte en pugna heroica; pero en el asalto de las cumbres políticas por la plebe ignorante, y, en nuestro caso, por el gaucho reencarnado en el tipo social someramente descripto, falta todo cuanto em-

bellece el cuadro. De un lado la soberbia del incapaz; de otro la inteligencia y el carácter en fuga, vencidos por su propia impotencia.

En los momentos actuales las diferentes clases de herederos del gaucho desaparecido, desde el malevo de arrabal al más refinado del salón, acostumbrado más o menos a la blanda alfombra, pero sintiendo la vanidad que nace de esa blandura; en los días corridos desde el funesto 12 de Octubre de 1916 el alma del gaucho se agita activamente con procaz altanería, mientras que el espíritu valeroso de Sarmiento y de José Mármol vuelve a sentirse proscripto y maldecido. Desde ese día nebuloso siguen resonando los ecos de una fiesta en que se mezclaron a los vítores de los sinceros los clamores de una muchedumbre desordenada. Desde entonces prevalece la culpa sobre la rectitud, desde entonces aquella se hace virtud y la virtud culpa. Desde esa hora en que la mano de la venganza azota el rostro de la ciudadanía, la patria engrandecida por nuestros príncipes de la idea vencedores de la barbarie, se convierte en campo de despojo, ante el atonismo de los ilustrados. Desde entonces vuelve la guerra social sin el estruendo—hasta hoy—del choque de las armas, la guerra de la idea contra la ignorancia, la con-

tienda del deshonor contra el honor. Si las fuerzas ponderadas de nuestra república no consiguen rápidamente tender sus barreras, habremos perdido quizá por largo tiempo el título que habíamos conquistado en la opinión de las naciones.

CAPÍTULO II.

Patricios y Plebeyos

> Basta tu autoridad para persuadir a los demás, aunque defendieras peor causa, porque las palabras de villanos y nobles, siendo las mismas, no tienen igual valor.
>
> EURÍPIDES: *Hécuba.*

Sin contar las clases intermedias, en todas partes la sociedad se divide en dos grandes clases extremas, inconfundibles y bien definidas: la culta y la inculta. Si con algo pudieran ser comparadas diríamos que son los blancos y los negros de la especie; contraste del color, oposición de calidades con arreglo a la ley de la variedad. El mundo se rige por esa ley inderogable, que aplicada a la vida social, anhelosa de justicia por la igualdad, siempre triunfa. La igualdad de todos los hombres es imposible,

hasta en la misma ley, porque entre dos virtuosos, el uno culto y el otro inculto, habría injusticia en juzgar al primero con el mismo criterio que al segundo, y lo mismo entre dos criminales.

No hay, según mi entender, en ningún caso, igualdad entre esas dos grandes divisiones de seres humanos desde el punto de vista social; y este hecho no puede ser desconocido ni discutido.

Coexisten, pues, la clase de los ilustrados y la de los ignorantes; hay la alta burguesía y el bajo pueblo, la cumbre y el llano. Las cumbres son, en la tierra, puntos aislados pero dominantes; los llanos son la inmensidad. En la sociedad los mejores son los menos, los inferiores los más, como que el oro se cuenta por adarmes en los senos de la montaña y son infinitos los granos de arena del desierto.

Conveniente o inconveniente, justa o injusta la división social en las dos clases indicadas, su existencia y persistencia son absolutamente reales.

Si todos somos iguales ante la ley, no lo somos en la vida; sería injusto admitir que lo fuéramos, y en pretenderlo habría error. Por lo pronto negaríamos el bien y el mal, poniendo al bueno en el mismo nivel del malo, y al contrario, al sabio a la altura del analfabeto, al laborioso en la condi-

ción del vagabundo. Hay salones y tabernas, talleres y cubiles. ¿Porqué tantas diferencias, porqué la excelsitud y la degradación, la cultura y la barbarie? Por la misma razón que hay jardines y desiertos, huertos y pantanos. La división de los hombres en esas dos grandes categorías es, pues, un hecho de la Naturaleza; y aceptándolas como son habremos de examinar los problemas que de ellas surgen no con el prejuicio hoy muy en boga de que es injusta la miseria de los incapaces sino con la idea de que conviene que estos sean menos y que mientras existan no lleguen jamás a regir el destino de los pueblos.

Esto último es lo fundamental: evitar que la "justicia" de los inferiores destruya el poder de los ilustrados para que el mundo no se precipite en el infierno del escándalo.

El problema actual de los pueblos es de sustitución, uno de los tantos casos de demagogia que la historia registra. Espartaco pretende una nueva resurrección, y esa pretensión, en pocos meses, ha puesto en las manos del terror armas espantosas. Esto, en Europa, maestra del mundo, donde obreros y soldados, clamando libertad, pan y justicia, forjan la cadena de la esclavitud en la fragua de la anarquía. Han resuelto en parte el problema de la sustitución social porque han

puesto, quizá sin quererlo, en manos de multitudes el gobierno de las naciones. La plebe hace progresos. El error, como un veneno sutilísimo, perturba el sentido de los hombres, que en carrera desenfrenada van estrellándose y haciéndose pedazos, vencidos y desesperados contra las murallas de lo imposible. Caen los imperios, donde la justicia era terror, y se organizan democracias donde el desorden y el delito alzan sus látigos sobre las espaldas de la humanidad desorientada. La palabra democracia es ahora el espanto universal. Sin embargo, democracia significa en lenguaje filosófico gobierno de inteligentes y de probos, no régimen de ignorantes y deshonestos, ni prepotencia de sectarios y criminales. Democracia es en verdad gobierno de clase, una selección organizada para contener los espasmos de las multitudes. La democracia no es otra cosa que el gobierno de la selección del mérito, en contraposición al gobierno de la selección por herencia.

Al cabo de siglos de lucha los pueblos concluyeron por abatir el poder de la selección hereditaria para sustituirlo por el del mérito: la nobleza de cuna ha sido desalojada y casi destruída, porque los hombres no aceptan tutelajes impuestos por la tradición. Han pensado que es más justo ser gobernados por la inteligencia que por el blasón,

y toda la política europea desde el 14 de Julio de 1789 tiende a ese fin: reyes y príncipes desaparecen poco a poco, los unos mediante cambios más o menos pacíficos, los otros a fuerza de tremendas batallas. Desde 1914 los privilegios de los aristócratas de Europa sufren una mengua profunda, y la palabra democracia es ahora el santo y seña de millones y millones de seres. Pero tal vez porque en medio de la contienda el pensamiento se ofusca y extravía y el primer impulso va más allá de toda reflexión, la verdad es, que hoy por hoy, en vez de una evolución prudente se ha llegado a una sustitución peligrosísima, a un extremo tan grave que ha penetrado en lo más hondo del vértigo. La gran borrasca de cinco años sigue extremeciendo la tierra, barriendo el mundo y abatiéndolo: si antes eran autócratas los verdugos ahora son demócratas los que reproducen centuplicado el gran odio del 93 en Francia. La lucha del presente es lucha de clases, la de la baja contra la alta. Es cierto que están en juego las nacionalidades, los intereses mercantiles, la hegemonía de unas naciones sobre otras; es verdad que el hambre castiga, pero se destacan en ese cuadro trágico, como contendores, de un lado la minoría selecta que pugna por regir y dominar, y de otro la mayoría popular fascinada por las predicaciones de audaces y

siniestros demagogos. La lucha de hoy es entre patricios y plebeyos, la clásica pugna de los pobres con los poderosos. Aquellos pretenden organizar los pueblos con arreglo a principios que esconden en sus pliegues la falacia de la igualdad, porque al punto aparecen las tiranías, primeramente la de concejos inorgánicos e incapaces, en segundo término la de los agitadores, lobos disfrazados de redentores. La minoría selecta se ve hoy frente a frente de la mayoría fanatizada, como ante una irrupción incontenible y avasalladora. Esa mayoría, al correr tras las ilusiones imposibles, ya no distingue ni su propio interés: brega furiosamente y se hiere a sí misma.

En nuestro país se agita, como en el Viejo Mundo, el espíritu de la demagogia intolerante. Aquí, a causa de que nuestras multitudes se componen de elementos aborígenes y de factores exóticos, la demagogia, disfrazada de democracia, tiene, de un lado, las armas de los revolucionarios de la ciencia económica europea, desde Marx hasta Lenín, y de otro el lema de los caudillos electorales hechos gobernantes constitucionales por obra de un engaño ya descubierto. El bajo fondo popular engrosado a su tiempo con elementos más calificados, más o menos responsables por haber sido más o menos sinceros, ha pretendido y conseguido ven-

cer a la minoría pensante, imponer la ley de sus violencias sobre la ley escrita. La multitud extranjera de un lado, revuelta y procaz, alza estandartes a la igualdad injusta e imposible; la multitud radical, de otro, arroja sus denuestos contra los que antes gobernaron y llena el aire de proclamas sin sentido, se siente alentada por una serie de concesiones oficiales que la hacen sediciosa, y, arrogándose con petulancia la soberanía popular, echa por tierra los principios que dieron vida y acción a los preceptos salvadores de nuestra organización constitucional.

Organizada en comités, de cuyo aliento cálido nació la imprecación y estalló el insulto, impone al país en un momento de desconcierto y debilidad la dominación del actual Presidente; y desde ese instante la demagogia que cercaba inquieta y agresiva tanto el foro como el consulado, los conquista, y al punto se divide. La demagogia plebeya anterior al 12 de Octubre de 1916 que vociferaba en los comités y acechaba en el silencio — de un lado el populacho, de otro su caudillo inspirador — sufre el inevitable cambio: hoy no es ya, en realidad, sino el gobierno mismo, todo el gobierno, con tendencia evidente a convertirse del todo en un poder tan fuerte y tan omnímodo que ahogará

sin remedio — que ha ahogado ya — hasta la misma demagogia de que ha surgido.

Los comités no son, por consiguiente, sino puentes tendidos sobre el abismo que separaba la república libre de la dictadura opresora; son la revolución incruenta que nos conduce por el camino de la perdición.

Me propongo estudiar la DEMAGOGIA RADICAL y la *tiranía irigoyenista*, que es su inevitable consecuencia.

Demagogos y déspotas desfilarán ante nuestros ojos como las figuras de un siniestro gran guiñol.

Sus hombres y sus hechos nos servirán, lo espero, de inspiración para la defensa de la sociedad argentina.

CAPÍTULO III.

Los intelectuales

> ¡Oh, soberanos dioses! ¡Y que sea verdad que no hay bien que dure un día! ¡Parecíame que este Pánfilo era el supremo bien de mi sueño, amigo enamorado, marido aparejado para todo tiempo, y ahora, mira qué disgustos tiene por él!
>
> TERENCIO: *La Adriana.*

Por donde quiera que miremos, especialmente en los palacios del gobierno, hallaremos a cada paso tipos inconfundibles y ejemplares sospechosos de la secta radical, hoy en franca derivación hacia el despotismo.

Al comenzar, hace apenas tres años, su dominación en todo el país, no subieron a la superficie descaradamente y sin escrúpulos, ni ejercieron decidida prepotencia: aparecía en el primer plano del gobierno lo más selecto y "doc-

torado" de ese pueblo que gritaba "regeneración", cómo "restauración" las facciones rosistas. Manteníanse no en espectativa sino en actividad hacia el ascenso; pero mientras el caudillo perpetuo, que las había manejado a su antojo, no se quitaba la máscara ni el guante para dejar el rostro y la mano al descubierto, obraban con relativa prudencia. Esto duró muy poco: pronto se pudo ver que el elenco superior no era llamado a colaborar en el gobierno. Si algunas funciones públicas eran confiadas a los mejores contábanse como excepción y a guisa de pantalla para lo que habría de venir. No era prudente, sin duda, mostrarse al desnudo; las cosas irían apareciendo a su tiempo. Los notables llamados a colaborar en la tarea de administrar y "moralizar" con arreglo a los "postulados" imaginarios del radicalismo, empezaron a retirarse, los unos por haber comprendido en pocos días la enorme extensión del oculto pensamiento encerrado en la mente hermética del patriarca: utilitarios o convencidos de la santidad de las "buenas intenciones", echadas al viento de la opinión para sorprender la buena fe del pueblo, debieron sobrecogerse de temor al comprender el gesto del dominador que comenzaba a descubrirse. Los otros, si no atemorizados por la responsabilidad de coadyuvar en

obra tan temeraria, se vieron al margen de la nueva administración *porque no fueron llamados:* las buenas formas sociales, la honradez y el pundonor, la ilustración más o menos vasta y el buen nombre debían quedar al margen de ese camino que durante treinta años habían perseguido con tenacidad digna de mejor causa. Así pues, los que no quisieron complicarse en el gobierno ejemplar por miedo, y los que fueron olvidados, dejaron un vacío que debía ser ocupado por otros.

Estos últimos eran y son aún en gran parte los que esperaron, con cierta desconfianza, ser desalojados por los más distinguidos y que se creyeron en inminente trance de gobernar. Componían el grueso electorado, la masa de los comités, el conglomerado de los audaces y el de los que nada tienen que perder: lobos de la codicia en constante acecho de la presa indefensa.

Será útil saber quiénes son los que tuvieron miedo y los que no fueron llamados a colaborar en la empresa regeneratoria y cuál es la composición de los triunfadores en el reparto del botín.

A decir verdad, aquí como en todas partes ocurren fenómenos sociales semèjantes, y no hemos de contarnos entre las excepciones. Pero como el fenómeno es sin duda trascendental y

dará mucho que pensar y que decir a las generaciones estudiosas del futuro, será conveniente penetrar ahora un poco en las capas sobre las que se alza, en estos momentos, la masa amenazadora del bajo pueblo en ademán de abatir la frente de la ley y la figura de la justicia.

*
* *

El grupo de los que tuvieron miedo de complicarse en una dictadura cuyos fines no veían con claridad, es muy pequeño, pero por eso mismo nos da la medida exacta de la mentalidad y moralidad del gran conjunto. Para un tímido por conciencia de una responsabilidad actual o histórica hay mil que no han sentido el escalofrío de semejante responsabilidad; hay una enorme suma de gente que no creyó jamás que los decantados "postulados", "credos", etc., eran palabras vanas y fementidas. Los que entre el clamoreo de los victoriosos oyeron las advertencias del raciocinio y supieron comprender lo falso de la predicación enfática y de la censura intolerante apenas suman una centena, si es que se llena esa cantidad. Pero esta mínima porción podría tal vez haber salvado de la bancarrota al buen sentido y a las instituciones y quizá impedido el entronizamiento de los inferiores.

Los tímidos por buena conciencia y por visión clara se reducen a silencio, porque, con pocas excepciones, la timidez que los aparta del peligro de responder de una colaboración en la dictadura se vuelve contra ellos, en nueva forma, desde que son incapaces de oponerse a que la dictadura se haga avasalladora. El miedo los domina, porque cuando esta se ha perfilado claramente y alza el brazo para fustigar, ellos no tienen bastante carácter para oponérsele: callan, huyen, se ocultan, sufren la censura de los opositores. Semejante conducta ha sido útil a la violencia porque el callar y el consentir prestan alientos.

Los tímidos distinguidos pertenecen a la clase superior, y la responsabilidad del resurgimiento de la clase baja les corresponde íntegramente, porque el miedo les acomete demasiado tarde y tarde viene el arrepentimiento.

Los que después de comenzada la "regeneración" dicen ver con espanto cómo resurgen del fondo de la historia los fantasmas de la tiranía, no pueden como el Juez de Jesús lavarse las manos ni blasonar de buenos: ¡ Pilatos es más grande que ellos! Los hombres inteligentes que dieron nueva vida a los espectros de ayer, no pueden esperar la benevolencia de los ofendidos, ni la consideración de los ciudada-

nos. Los que forjan las cadenas de la opresión y templan las armas de una lucha menguada, merecen el anatema de la historia, de esa historia, evocada por ellos alguna vez para disculparse. Esos "distinguidos", conscientes e ilustrados, pudientes y bien nacidos, alentaron recónditas ambiciones creyendo que al ascender a la altura serían llamados. Ellos subirían las gradas del Senado; tendrían la balanza de los Jueces; serían conductores de la moral social; haríanse los voceros del pueblo; serían los primeros, los elegidos; heredarían las sillas curules de nuestros grandes cónsules. ¡Se equivocaron!

Teniendo conciencia de que los hombres que siempre callan esconden el arma de su ambición en los sospechosos pliegues del silencio, labraron, a pesar de todo, la escala de su ascensión al poder. Tal vez no sospecharon que aquella arma podría herirlos cuando "el silencioso" se viera libre de la necesidad de callar, y sacrificaron la paz de la nación vislumbrando honores y beneficios.

¡Tarde, demasiado tarde para protestar de que las sombras funestas de nuestra historia vuelvan desde el fondo del tiempo a repetir su obra de disolución! Esas sombras han vuelto porque ellos, entre otros, las han traído y reanimado,

poniendo en jaque una civilización conseguida en sesenta años de concordia.

Los ilustrados que eludieron las responsabilidades ulteriores, después de dar alientos al radicalismo y de conferir a su director perpetuo el más grande honor que puede recibir un ciudadano, son en las Universidades maestros que enseñan las virtudes cívicas, castigan con la palabra a los tiranos, hablan de libertad y patriotismo. La juventud que recoge de ellos la cosecha de la buena doctrina, todo lo recibe menos la noción del carácter, base de aquellas virtudes y de aquella libertad.

Es fácil, demasiado fácil repetir las historias de Tácito y la Catilinaria, porque no se alzará contra ellos la plebe que amenazaba a Roma cuando el Senado vibraba bajo la palabra de Cicerón, ni los sicarios de los emperadores pueden salir de sus sepulcros para perseguirlos. Veinte siglos de muerte borran el miedo, y la palabra de los historiadores puede ser repetida impunemente ahora. Es también fácil decir de Rosas que era un tirano, porque la organización de la secta de la Santa Federación ya no existe y ha pasado el peligro de disgustarla.

La enseñanza de la libertad por los ejemplos del despotismo es altamente útil, porque de sus arbitrariedades surge inmediatamente la necesi-

dad de organizar la justicia. Pero esa enseñanza pierde prestigio en la cátedra cuando sus maestros, ante acontecimientos definidos y actuales, eluden la responsabilidad de la franqueza, porque encaminan a los discípulos por la senda de la debilidad. Ellos les enseñan a usar del eufemismo, blando y artero, disfraz con que la verdad temorosa se encubre para evitar el contragolpe. Tal enseñanza hace del carácter materia maleable que sirve al vicio eficazmente, no sólo en la vida política sino en la vida familiar, y corrompe las costumbres públicas.

Quien emplea el eufemismo recorre toda la escala del miedo desde la amabilidad suave que se llama cortesía hasta la calumnia encubierta, la más vil y degradante. En esa escuela se prepara la degeneración social porque la audacia de los ambiciosos no encuentra obstáculos en su camino. El error se disculpa, sonríese ante cualquier habilidad malsana, préstase oídos de mercader a las acciones deshonestas, tolérase la injusticia; y en ese tren de perdón y claudicación vase perdiendo de la conciencia el concepto del honor y del derecho hasta llegar al extremo inevitable de tener por honrado al delincuente, darle ilegítima libertad y hasta poderes de gobierno. Pocos son los que temen a los maestros del eufemismo y muchos los consideran como

prototipos de prudentes; pero si sondamos lo profundo del alma veremos que la prudencia es en realidad cobardia o egoísmo.

Llamar, por ejemplo, *gobierno personal*—como lo hace uno de nuestros maestros más afamados—a un gobierno tiránico, es un eufemismo destinado a fortalecer la tiranía. En los países regidos por instituciones republicanas no puede haber ese "gobierno personal", porque en ellos el gobierno es de ley y no de personas, y cuando este prevalece sobre el otro el gobierno es tiránico, contrario a la ley, y sólo se explica que el maestro hable con ambages por temor de perder posiciones.

Los maestros tímidos duplican en cada discípulo la timidez y, por lo tanto, agostan la altivez y marchitan el valor. La virtud de la franqueza, tan hermosa cuando es equilibrada, se trueca en cinismo, porque es cínico aquel que en presencia de un hecho inmoral o delictuoso calla, disculpa o disimula; y el cinismo multiplicado llega hasta lo inconcebible.

Por lo general cuando el eufemismo endulza la palabra de los maestros crece en la lengua de los inferiores el áspero silbar de la injuria. Cualquiera que observe la conducta desordenada de una clase en la escuela, verá al instante que el maestro carece de energía, aunque sea

plenamente versado en su ciencia: todo su saber se malogra porque el vaso que la contiene está rajado. Lo mismo ocurre en la vida política cuando los más ilustrados no tienen carácter: al punto son burlados por los inferiores.

Cuando los grandes callan los pequeños gritan, y el silencio en el Senado despierta los clamores de la calle. Luis XVI arrastrado por la inconsciencia de los nobles, encerrado en el cerco del orgullo de clase, no sospechó durante muchos meses que la grita de los pequeños, hechos multitud, lo llevaría a la muerte. En nuestro país hemos visto de qué manera los más distinguidos flotaron sobre las olas de la tempestad anárquica hasta que perdiendo fuerzas se entregaron inermes y temblorosos a los embates de la tiranía de Rosas.

Los tiranos no aparecen en las épocas en que prospera el carácter sino en los tiempos de decadencia, es decir, cuando hay desequilibrio de la inteligencia y la moral; mejor dicho, cuando la moral es más débil que la inteligencia. Roma se perdió no porque la propiedad de la tierra hubiera caído en manos de unos cuantos poderosos, sino porque mientras las mujeres se prostituían los hombres abandonaban las virtudes republicanas. Cuando los emperadores dominaron los sabios ya no hablaban como en los tiem-

pos catonianos, en los cuales la elocuencia pudo sofrenar las furias de los enemigos de la ciudad. La ciencia perdía su prestigio, el arte su grandeza, la oratoria cedía el pensamiento a la sonoridad y la claridad al balbuceo. Después de Cicerón la lengua enmudece; después de Horacio la musa se esconde. El filósofo se convierte en el tímido maestro de Nerón y todas las lecciones de los moralistas se truecan en cantos saturnales. La historia, por conocida, es de cita vulgar, pero su ejemplo es tan perfecto que nunca sobra. Esa historia de hace veinte siglos se reproduce ahora, aquí, porque aquí los hombres que saben han callado y permitido que nuestro bajo fondo social nos manche con su lodo.

Cuando se escriba la historia de esta época y se distribuya la culpa entre los que han corrompido la república; cuando se sepa claramente que hubo un grupo de hombres capaces de cerrar los ojos para no ver y permitir que algunos satisficieran sus ambiciones de poder despreciando y violentando los mandatos de nuestras leyes; cuando se sepa de qué manera ese grupo contribuyó a la elevación de un hombre a costa de la cándida credulidad de un pueblo; el mayor peso de la responsabilidad histórica caerá inexorablemente sobre los ciudadanos que no podían por su elevada condición

confundirse con los engañados, porque no tienen la excusa de la buena fe. Para ellos no era un misterio el misterio del jefe radical; no era un enigma su espíritu revolucionario; no era un embolismo el embolismo de su estilo gramatical, ni oscuridad la oscuridad de su acción.

Dícese que la sedución de la palabra de aquel en conversación privada les fué irresistible; pues bien, precisamente esa misma seducción debió ser para ellos—seres inteligentes—el signo claro, el aviso oportuno de que era un peligro para las instituciones el halago de la palabra amistosa y el enigma en público, la promesa reservada y el cumplimiento desmentido. Los intelectuales que rodeaban al caudillo y jefe perpetuo de su partido tenían a la vista la historia de su actuación como director único de una facción violenta que amenazaba constantemente con revoluciones y motines el orden público, alzando como estandarte "el vago e indefinido anhelo de *reparación institucional*". Los ciudadanos ilustrados debían temer ante todo y sobre todo la perpetuidad al frente de las filas radicales del hombre que por arte singular se hacía y permanecía dueño de todas las voluntades, porque no era de buen augurio para el futuro gobierno de la nación ofrecer al pueblo a un candidato que practicaba en un partido la perpetuidad de su

omnímoda influencia. Sobre esto aquellos no podían engañarse: habían vivido sometidos al mando absoluto de una sola persona, acudiendo para toda deliberación a su consejo, renunciando a su propia libertad. No tenían otro pensamiento que el de *El*, ni más iniciativa y voluntad que la de *El*. Amasaban de antaño a una especie de ídolo omnisciente y todopoderoso que no pronunciaba palabras definidas y claras sino frases de efecto, buenas para embaucar a la masa candorosa pero jamás a los hombres de conciencia.

Esos intelectuales veían que la "reparación institucional" tenía por sistema la revuelta y el escándalo en vez de la práctica de las leyes; asistían al desarrollo de un programa vago de "restauración moral" mediante la violencia conseguida por soborno, no por la influencia de una indignación espontánea, nacida, alimentada y producida en el partido mismo, porque jamás este sintió ni pudo sentirla con sinceridad.

La revolución de Julio de 1890 no fué hecha por el partido radical, pues este se organizó en 1891: hay que restarla de las glorias rojas de la regeneración. La revolución del 93 le pertenece; volcó al gobierno de Buenos Aires y ensangretó a Tucumán y Córdoba. Alem, creador del radicalimo; del Valle, Ministro de Luis Saénz

Peña, en el cual este había confiado, y don Hipólito Irigoyen fueron los autores. La revolución se hizo por iniciativa del segundo con el objeto de apoderarse de la Nación. El golpe de estado fracasó por haber sido descubierto horas antes del estallido. Desde ese momento la figura de del Valle se eclipsa para siempre y la de Alem entra en definitiva decadencia.

Esa segunda gloria roja del partido fué una sombra bajo la cual este se oculta hasta la revolución del 4 de Febrero de 1905, tercer gloria roja radical, de la que ningún ciudadano ni ningún militar pueden vanagloriarse sin rubor. El sobreviviente del triunvirato de 1893 la prepara contra el Presidente Roca, pero la hace estallar contra el Presidente Quintana antes del cuarto mes de su gobierno. Estas tragedias deshonras, donde hay más puñales que fusiles y más sicarios que guerreros, son los blasones de nuestros actuales mentores de moral, restauradores de la nación y "apóstoles de la regeneración del país".

Los intelectuales sabían demasiado bien, pues no podía ser un problema para ellos, que son propias de la demagogia solapada las conjuraciones tramadas en el misterio, cuanto las declamaciones de vagos postulados y principios inciertos, porque nunca los inspira la verdad

sino la ambición. ¡Y, sin embargo, obedecían y propalaban entre la multitud confiada, entre los *estudiantes generosos* y creyentes y entre la plebe miserable la necesidad de "restaurar la nación"!

Esos ciudadanos distinguidos que permitían el mando de uno solo para su partido, deberían temblar ante sus propias obras y saber que las desventuras de nuestra patria vinieron cuando en 1835 los ciudadanos se entregaron a la discordia hasta llegar al extremo del servilismo. Profesores de derecho constitucional, habituados a la enseñanza de la historia nacional, ¿qué les dice la constitución cuando fulmina el anatema contra los que *formulen, consientan o firmen actos en que se concedan a gobiernos o personas facultades extraordinarias, sumisiones o supremacías o la suma del poder público?* ¿Qué les enseñaban los veinte años de tiranía, comenzada en medio de desórdenes sociales, autorizada más tarde por la ley más monstruosa que haya recibido sanción en nuestra tierra y maldecida al fin por las generaciones que la sufrieron? A pesar de saber que de la demagogia no surge jamás otro gobierno que la dictadura, porque es la simiente perniciosa de la traición definida y proscripta por la ley suprema de la República, ellos la alentaron, la hicieron y la sostuvieron, sin prever, quizá, que serían pagados como pagan los que

se alzan sobre los demás apoyándose en los que los alientan con miras de beneficio personal.

*
* *

Otro de los grupos que contribuyeron a la resurrección del alma plebeya está compuesta de ciudadanos ilustrados oportunistas y timoratos. Mientras aquellos se apartan del círculo que manda porque temen verse arrastrados al campo de los errores y las culpas, los otros temen perder su influencia política y siguen apoyando la acción disolvente del gobierno. Considerándose cada uno como valor activo comprenden que si renuncian al partido deben perder toda esperanza de seguir conservando ese valor. Han sido despreciados o humillados pero colaboran en la obra de disolución a que se entrega el gobierno. Esgrimieron contra los gobernantes del pasado las armas vedadas a los caballeros y saben que estas se volverán contra ellos cuando los que disponen del poder se debiliten y dispersen. Es, pues, para ese grupo, una necesidad mantener la bandera, a pesar de haber sufrido la pena del desprecio. Encubren el vejamen de su desmedro tras un débil escudo: dicen que entre los dos males, el de la "causa" y el del "régimen", prefieren aquel,

porque nada más grave para los intereses "del país" — según ellos — que la restauración del "régimen". Con semejante argumento no se esconde, sin embargo, la verdad, porque faltos originariamente de sinceridad en la prédica partidista sus palabras carecen de mérito. El miedo de perder la posición política, fuente de sus recursos, oblígalos a presentarse ante la opinión con la insignia borrosa de sus "postulados" para continuar haciendo méritos ante el dispensador de favores. Pero se engañan, porque como representan inteligencia y buen nombre serán sombra del "apóstol", y este no mira con simpatía nada que lo disminuya.

Los comités actuales cuentan con ese grupo de utilitarios no fanatizados. Digo así porque no creen en los "postulados" ni en la "regeneración" ni "en la pureza del sufragio", ni en ninguna de las frases que han servido para desacreditar a los gobiernos anteriores a 1916. De ese grupo salen de vez en cuando ciertos comisionados que esperan medrar y ganar alguna posición, pero muchos han vuelto cabizbajos y convencidos de que los brazos del despotismo golpean de preferencia a sus más inmediatos servidores.

Esos hombres venden su conciencia en el mercado de la antesala, lugar donde se pierde

casi siempre la esperanza, pero que nunca está vacío. El hombre de antesalas es un tipo de disección. Lágrimas ocultas, odios escondidos, anhelos siempre en espectativa. Una prebenda, un negocio, una vanidad, una intriga; manos que se tienden pidiendo una moneda, inteligencias que ruegan a los pies de la ignorancia. Detrás el fuerte disgustado en medio de su orgullo, quejoso de los demás y de todos necesitado. Los que no fueron llamados han recogido algo, pero han mordido la fruta y casi siempre les ha sabido a acíbar. Los demás, al pozo del desprecio, y aún despreciados son incapaces de despertar!

En los momentos actuales ese grupo que colabora en las desgracias nacionales, se siente desahuciado, porque el círculo oficial está completo: domina el comité. El comité del bajo fondo, conjunto numérico del desmérito social, pesa sobre ellos definitivamente. Los blasones universitarios, como los prestigios familiares, están en manos de la plebe insolente. El orgullo del apellido sufre la humillación de un nombre oscuro. El doctor, frente a frente del lustrabotas, baja la mirada. La lección de derecho vale menos que la práctica de un oficio servil. El abogado honorable es vencido por el prevaricador; el legista inspirado en la moral profesional se

enreda en la trama de la intriga ante magistrados débiles, capaces de vender su conciencia ante la amenaza de los truhanes. El político de buena ley, ayer, el que, una mañana, advertido por su conciencia, teme a los espectros "que se alzan del fondo de la historia", cambia a la noche de modo de pensar y se hace senador, se hace dos veces catedrático, y desde su silla de marfil o desde su sitial de maestro dicta lecciones de civismo a la noble juventud mientras en otra parte da su voto a leyes destinadas a conceder veladas *supremacías* o calla cuando se trata de otorgar *sumisiones.*

Ese político al permitir sin protesta que vengan a ocupar sitios eminentes individuos desconocidos y terratenientes ignorados y hasta personas que ayer prestaron servicios serviles o inconfesables, contribuye con la suya a la humillación de las clases elevadas, entregando de esta manera y poco a poco, ya por temor, ya por interés, el gobierno a los comités de la plebe, y la *suma del poder público* al Presidente de la República.

La demagogia, que es, según se ha dicho, "el reparto inaudito y la pulverización del poder", ha sido y es alentada por los intelectuales que conservan a toda costa cargos de nombramiento o de elección o los obtienen por la intriga. Con-

vienen en el sistema de humillación, conocido en la historia del mundo y en la nuestra y que es parte o aspecto del sistema de terror y de "centralización descarada" de personas y de territorio.

Por ser oportuno diré cómo en estos tiempos se han producido algunos acontecimientos característicos de la humillación de personas, bastando citar la práctica intervencionista para demostrar la "centralización descarada" del territorio nacional como medio de ejercer la dictadura. Cuando, en 1918, fué muerto en pelea el herrero Leoni, en la Magdalena, el Presidente de la República se hizo representar en la ceremonia fúnebre; y en la Cámara de Diputados de La Plata un Diputado adicto a la Presidencia pronunció un discurso lleno de frases panegíricas en homenaje a aquel ciudadano oscuro por su oficio y censurable por su conducta. Lo que hasta entonces no había hecho ningún gobierno, lo hacía el actual: ¡Leoni, pobre ejemplar social, recibía de esa suerte el homenaje de la Nación!

Pero cuando, contemporáneamente, fallecía en la Capital, siendo Gobernador de Santiago del Estero, el doctor Cabanillas, no adicto a la política presidencial, el gobierno de la Nación permitía que el cadáver de aquel fuera velado

sin concurrencia en un lugar ignorado de la metrópoli. Mientras la muerte elevaba la personalidad del quídam, echaba más olvido y más desprecio sobre la del gobernante: ¡Leoni, el herrero de la Magdalena, ocho veces procesado, se hacía más notable que Cabanillas, gobernador de Santiago!

Los intelectuales callan y consienten en este sistema de humillación puesto en práctica desde el 12 de Octubre de 1916. Por todas partes la humillación del mérito desde el infausto día del cambio de nuestros valores políticos. Así van apareciendo los Cleontes atenienses y los Crisógonos de Roma; el demagogo encanallado y el sicario feroz, ante la ausencia de los Aristófanes y Calístratos y el silencio de los Cicerón. A la elevación del mérito sucede la ignorancia del plebeyo; a la distinción y el talento la grosería y procacidad de los indignos.

Así como llegaron del Oriente a Roma, ávida de corrupción y orgía, los esclavos que ejecutaron las proscripciones de Syla, llega ahora, con la complacencia de nuestros intelectuales, la difundida cohorte de los viciosos. Así como "Roma los deseaba porque traían el vicio de Oriente", así, hoy, Buenos Aires acoge a sus villanos y les hace brazo de persecución y humillación *porque lo han que-*

rido los intelectuales. Pero entre la Roma del terrible proscriptor y la Buenos Aires de ahora hay una diferencia. Mientras afluían de los caminos de Siria, de Egipto y de Grecia "hábiles obreros en artes delicados, agentes de especulaciones, de intrigas, de comercios vergonzosos, de corrupciones seductoras; insinuantes por la cultura amable de su espíritu, ignorados siervos, maestros de molicie y de sensualidades orientales"—como dice Ibarguren;—mientras en la última época de aquella república fastuosa y corrompida se preparaba con los libertinos, ante la desesperación de Tácito, el advenimiento de los emperadores; aquí, en nuestro país, aprovechándose de la discordia de la clase alta, los violentos y los díscolos alzan nuevamente, en la historia, la espada autoritaria, el látigo del mando, mejor dicho, y pasan sobre las ruinas de la ley abatiendo ciegamente honores y riquezas, orden y civilización.

El autoritarismo insolente, infecundo y odioso, alza su cabeza provocadora en todas partes, sin respetar derechos ni intereses, ni sexo, ni edad, ni condición social. En Mendoza, caída por la voluntad del Presidente de la República bajo la férula de hombres crueles, las maestras son encarceladas y vejadas en las prisiones, a donde son conducidas por orden del Gobernador y sus policías, y los niños que concurren a las es-

cuelas, lo mismo que sus maestras, sufren igual suerte. El *hábeas corpus*, institución secular que el país conquistó; la defensa en juicio, la libertad de pensar y decir, el derecho de comerciar y el de entrar y salir, el derecho de defender el honor y la buena fama, el hogar y la familia; *la libertad civil*, en una palabra, sin cuya realidad sagrada no hay patria sino feudo, bandera sino azote, abundancia sino miseria; es el resultado de un renunciamiento culpable de que son responsables en mucho los ciudadanos que consintieron en la preeminencia de un corto grupo de ambiciosos de origen ignorado y de tendencias definidas.

Los abogados, los médicos, los ingenieros; los profesores de las Universidades y Colegios de la República; en una palabra, los intelectuales que alimentaron las ambiciones de aquellos que hoy nos tiranizan, son los herederos de aquel grupo de notables que impusieron al pueblo argentino el monstruoso plebiscito de 1835, padrón de ignominia y mancha de nuestra historia. Sobre sus nombres cae ya el anatema de la Constitución, porque sobre ellos pesa la responsabilidad de "los infames traidores a la Patria", tal cual lo dice con dureza merecida aquel artículo 29, olvidado pero viviente.

CAPITULO IV.

Los equidistantes

¿Adónde, adónde os despeñáis, malvados?
¿Os arrebata la fuerza del destino o vuestras culpas? ¡Respondedme!

HORACIO: *Los Epodos.*

Las multitudes han sido estudiadas por conocidos psicólogos: yo no pretendo ni siquiera imitarlos. Sólo busco hacer distinciones de grupo, para proceder a su tiempo a una disección más sutil, es decir, individual.

Al grupo directivo intelectual responsable se unen o se unieron dos más, inculpable el uno, el de los crédulos, menos inculpable el otro, el de los independientes, pero culpables.

En toda colectividad electora hay independientes y crédulos, y si en nuestro caso no mediaran caracteres especiales no valdría la pena

ni siquiera de citarlos Pero como el partido se apoyó principalmente en ambos grupos, sin contar la muchedumbre ignorante, creo necesario, hasta para la distribución de la culpa, saber cuáles eran los independientes y cuáles los crédulos.

El partido combatido que gobernaba antes de 1916 fué en la exageración de sus defectos, imaginados y agrandados por los *intelectuales*, la razón de la efervecencia de los independientes y la causa del entusiasmo leal y sincero de los incautos. Para vencer al adversario hay siempre dos sistemas: el sobrepujarlo en buenas obras y el abrumarlo a calumnias. El radicalismo optó siempre por el segundo; y de esta manera hizo del leal entusiasmo índice de acusación, de la lengua injuria, y de la indiferencia de los inertes una agitación insultante.

Es el modo de obrar de los falsos demócratas, el modo de ser de los pretendidos protectores del pueblo. En esto no hay nada nuevo; y a pesar de ser un procedimiento muy antiguo, impresiona, convence y decide, porque la candidez como la indiferencia son tan humanas como la suspicacia y la decisión.

Para ir recorriendo en la escala de la culpa estudiemos a los *independientes*, después a los *ingenuos*. Más tarde veremos la *plebe*.

Cuando el radicalismo se abstenía so pretexto

de falta de libertad electoral—en lo cual estaba demostrando su incapacidad política absoluta y su total ausencia de virtudes,—no contaba sin duda con el poder de los ineptos, de los pesimistas y descorazonados, de los sibaritas y negociantes, de los tímidos e irresolutos, entre todos los cuales pululan los lobos; en una palabra, de esa gran capa social que por egoísmo o falta de voluntad fluctúa en la indecisión o acecha la oportunidad.

El radicalismo abstemio no tenía más palanca que a los amotinados ni más inspiración que un declarado anhelo de mandar. Programa de gobierno, ninguno, pues todo en él eran vaguedades, puerilidades y promesas. Su única virtud fué la perseverancia en perseguir el vellocino de oro a costa del porvenir de la nación.

Cuando llegó la hora de la *libertad*, cesó el motín, terminó el soborno de los militares y se hizo más intenso el programa impreciso, la "incorruptibilidad", la "integridad". Amplióse más y más el abuso de la difamación; y con estos métodos, garantizados en su éxito por la ley corruptora del voto secreto, y desmonetizados los adversarios, llega el momento de la acción de *los equidistantes.*

Este tipo de ciudadano indeciso, el pesimista que no cree en nada, el decepcionado y el irre-

soluto, hízose heraldo de la *causa*. Tras ellos aparecen los que viven envidiando, alimentándose de su propio rencor, criticando a los preeminentes pero sin ofrecer a nadie, en cambio, ninguna idea útil y práctica, generosa ni noble. La infecundidad de su envidia, de su odio y de su incapacidad agregó un factor más de disolución a la secta política promisoria, que necesitada de triunfo y de mando aceptaba a cuanto incapaz y malhabido se le adhería.

Ciudadanos que permanecían alejados de toda opinión política, negando capacidad o cargando la medida de las injurias contra las autoridades del "régimen" pero sacándoles provecho, y al mismo tiempo manteniéndose apartados de la nueva secta; se pliegan a esta última cuando la ven invencible, y muchos de ellos desalojan a los más meritorios. Obtenidas las posiciones, son los que medran y dañan, los que deshonran sus empleos y deprimen el carácter de la ciudadanía. El pesimista de ayer se hace creyente, el que negociaba con el "régimen" niega su tráfico y negocia con la "causa", el que envidiaba a los antiguos se apresta a envidiar a los recien llegados.

Los irresolutos, timoratos e hipócritas que jamás declaran opinión, suerte de incapaces que dificultan siempre la acción franca y decidida,

convirtiéronse a la *causa* cuando la vieron poderosa. Esos hombres que no saben habitualmente elegir un camino, hallaron en las decantadas maravillas de los demagogos la senda del Eldorado, sin sospechar que al poco tiempo habrían de saber lo que vale el menosprecio y la ingratitud.

Los negociantes de todo género que calculaban pérdidas durante el "régimen" creyeron en conquistas óptimas, ignorando en su avaricia que las conquistas prometidas por demagogos son palabras que se lleva el viento, no el del olvido sino el de la tempestad, y que la tempestad para el que trafica es madre del naufragio.

El aluvión de los *equidistantes* colmó los comités y las urnas del comicio, hizo el *plebiscito*, fomentó la demagogia y, sin quererlo tal vez, preparan ellos su propia ruina y la de la República. Menos conscientes que los intelectuales de título coadyuvaron en la obra de disolución social a que se entregaron los diversos gobiernos radicales, desde la Capital hasta Mendoza, desde Buenos Aires hasta Jujuy; y en la distribución de la culpa tienen una parte apreciable.

Intelectuales y utilitarios figuran en todas las épocas y en todos los partidos, pero en las cir-

cunstancias del momento cobran extraordinaria significación. Si el partido gobernante no estuviera dirigido virtualmente por un ciudadano que tiene de sí mismo tan extraordinaria admiración y no se mostraran, aquellos, inclinados decididamente a rendirle los homenajes que le rinden, serían un mero accidente; pero como fomentan el peligroso fanatismo, infiltrándolo en la masa heterogénea del pueblo y del populacho, unos y otros, por la sumisión que conceden y la supremacía que otorgan, caen bajo el anatema de traidores, pronunciado por la Constitución. Ya no se trata de un simple utilitarismo individual sino de una amenaza institucional, un cambio absoluto de gobierno que de republicano se hace monárquico, dictatorial o despótico.

Ya no se trata de fortalecer el poder público sino de convertirlo en poder único, en mando omnímodo e incontrastable, en pugna abierta y rabiosa contra los derechos y las garantías de todos. Se trata lisa y llanamente de destruir a fuerza de fanática acometividad la construcción legal de nuestra nación, arrebatándole el carácter de estado orgánico para convertirlo en un feudo sin más ley que el capricho del déspota, ni más justicia que la arbitrariedad del dictador.

Intelectuales y exitistas, al favorecer las ambiciones personales de los que gobiernan, disgregan la federación, por un lado, y funden por otro las partes en un todo, preparando por aquel medio la guerra civil y por este la unidad de la tiranía.

¡Todo esto se consumaba en nombre de la libertad y se cumple ahora en nombre del Presidente de la República, que es para los sectarios y los traidores toda la libertad, la nación, la patria; la conciencia, la virtud y la honra de los argentinos!

El consentimiento de semejante atentado por el callar de la gran mayoría del país, que ve sin inmutarse la resurrección de la Mazorca en Mendoza, en Tucumán, en Corrientes, en Catamarca y hasta en la propia ciudad de Buenos Aires; esa indiferencia mahometana de una metrópoli colosal, rica, fastuosa, ilustrada y ennoblecida por su pasado, paréceme síntoma de un mal terrible difícil de curar. ¿Cómo es posible que mientras los ciudadanos y habitantes de las ciudades andinas son perseguidos y vejados por las policías y comités radicales, sin respetar sin la dignidad de las mujeres y la debilidad de los niños, la urbe poderosa permanezca indiferente? Mientras la prensa publica día a día los telegramas que anuncian los desmanes y crímenes

de aquellos, solamente hay expresiones aisladas de indignación, pues en ningún momento se han reunido los ciudadanos en ese plebiscito grandioso de la dignidad y del honor que ahora sólo concebimos los que odiamos la tiranía.

Prontos estamos para celebrar sin verdadero entusiasmo el pretendido e impolítico *día de la raza*; nos echamos a la calle durante una semana para dar libre curso a la alegría del armisticio del 11 de Noviembre—y es esta una demostración de nobleza ingénita — pero aceptamos en silencio, casi en silencio, el atentado del 13 de Noviembre, las iniquidades del 12 de Enero, la barbarie de las provincias, la destrucción del federalismo, la humillación del Congreso, las afrentas contra las escuelas públicas, la paralización de las industrias, la persecución individual, el despojo del tesoro, la clandestinidad de los actos de gobierno, la procacidad de los desconocidos, en una palabra, la demagogia desenfrenada y el autoritarismo sobre la ley, sobre la libertad, sobre la patria!

¡Pobre República que ayer celebraba con fausto oriental su primer centenario de pueblo libre!

Porque llegaron de lejanas tierras, como a la Roma de Cicerón, los esclavos del Asia, vemos cómo son acogidos en la urbe magna y ávida de placer los vicios refinados de una corrupción

profunda. Libertinos y sibaritas vierten el veneno sutil de la indiferencia por todo lo que es noble y digno y paralizan en nuestros mentores el brazo que advierte y la lengua que enseña. El veneno mata la conciencia del deber cumplido. Como por una arteria rota vuélcase la sangre que mueve los viriles corazones, e invade, en cambio, al cuerpo social la deletérea ponzoña que deprime la voluntad y turba la conciencia. Por eso vemos con angustia cómo enmudecen los magistrados ante la inocencia perseguida y cómo fallan sin dilación, absolviendo, en procesos escandalosos. El ocio de los potentados y la molicie de los aristócratas, esclavos de sus pasiones y sus riquezas, consuman la parálisis de la voluntad.

Si alguna vez un pueblo corrompido se salvó del cataclismo y la disolución, todos los demás desaparecieron o fueron esclavizados. Desde Babilonia y Nínive hasta Atenas y Roma; desde las ciudades de jaspe y oro de la India hasta las colonias griegas del Africa, todas se hundieron para siempre cuando llegó hasta ellas el terrible halago del vicio, precursor de la muerte.

Es la historia que manda, el pasado que se presenta siempre en el camino de los pueblos nuevos, y que se salvan si advierten la señal o que perecen si la menosprecian.

CAPÍTULO V.

Los cándidos

Polonio.—¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?
Ofelia.—Autorizó cuanto me decía con los más sagrados juramentos.
Polonio.—Redes son esas para conseguir codornices.

Hamlet: Acto I, Escena IX.

El núcleo de los incautos fué enorme: ellos creían de buena fe en la verdad de la mentira, es decir, en que la grita de los violentos encerraba el verbo de la democracia verdadera y las inspiraciones de nítidas virtudes. Así como creyeron en esto, consideraron que lo existente era una suma de errores dignos de fulminante condenación. Perdiendo el sentido de las palabras, confundieron al demagogo con el demócrata, al falso con el veraz; tomaron las cosas al revés,

desconocieron la historia, los que la conocían — que eran pocos — y dieron paso a los audaces.

El pueblo fué engañado, empujado a consumar su propio suicidio, porque prestó fácil oído a la falacia de los que se decían sus protectores cuando en realidad no eran sino sus explotadores. En esos días Coriolano habría sido lapidado, porque entonces prevalecían Junio Bruto y Sicinio Veluto, y se perfilaban ya las figuras de los ciudadanos que tenían por tribunos a aquellos dos plebeyos.

Crecía en el alma inconstante del pueblo el desprecio por los hombres que gobernaban, atribuyéndoles todos los males, reales o imaginarios, contra los cuales clamaban los comités ante el estudiado silencio de su jefe. Este, incitando al pueblo a despreciar a los ciudadanos ilustres del pasado y del presente, exhibiéndose él como "probidad nítida" y sapiencia única, al par que destruía el prestigio de la historia por la disminución del mérito, se imponía por su falsa grandeza moral e intelectual. El pueblo hace león de un ratón cuando faltan leones. Tartarín es un prodigio en el país de los candorosos.

Los ciudadanos de buena fe, desde la sanción de la ley del voto secreto, hicieron en menos de dos años lo que en treinta no ha-

bían podido realizar los conspiradores que molestaron al país con sus violencias. Semejantes espíritus, generalmente tímidos e irresolutos, se decidieron sin convenios expresos a favorecer la política del "hombre silencioso" que empezaba a alzarse y a agitarse desde el día en que el Congreso dictó aquella ley, llamada de libertad electoral, y que en resumen no ha sido sino un medio de entregar el país a la anarquía y a la corrupción.

Desde el momento en que rigió e inicióse con ella el gobierno popular de Santa Fe, vióse que entraba en el palacio la medianía intolerante por un efecto lógico e inevitable del cambio de la forma del voto: el "pueblo" tenía *libertad*, y comenzaba a hacer lo que podía hacer: corromper y destruir, porque era empujado por la mano de un falso credo.

Los resultados de la iniciación gubernativa de los antiguos conspiradores fué el de toda conspiración contra los gobiernos estables: una nueva conjuración contra el orden, la ley y la riqueza pública. A pesar de ello, la masa popular revolucionaria, descontenta, cuya composición he tratado de examinar hasta este momento, en vez de disgustarse de haber investido de poderes de gobierno a sus demagogos, en vista del desastre que causaban, se sintió impulsada a mayores con-

quistas, no contentándose ya con el dominio de una parte, porque desde entonces lo quiso todo. Gran número de los creyentes de buena fe no percibieron desde entonces la línea de separación del bien y del mal, sea porque el principio de la "reparación institucional" sonara a precepto, sea porque se despertaron los apetitos con el primer banquete, o también, y es lo más cierto, porque se sintieron dominados por la vaguedad mística de los "postulados" radicales, reproducción auténtica de los mismos que sedujeron en otra época al pueblo anarquizado sometido a la formidable pujanza de Rosas, hecho Dios por ignorancia y amo por cobardía.

La influencia del simulado misticismo del dictador del partido, hecho fe sincera en la masa de los ingenuos, y convertida después en fanatismo; la influencia de la prédica sibilina y de la grita contra el "régimen", es una de las causas de la fácil conquista de la demagogia actual sobre los gobiernos calificados de usurpadores.

Es cierto que desde hacía años el país, en su organismo gubernativo, perdía en calidades y que el partido que lo manejaba se había anarquizado. Esto daba pie al descontento y visos de verdad a los principios regeneradores. Pero es un hecho bien probado en la historia que,

en momentos especiales, una idea que se vulgariza y se agita con persistencia como una arma incansable, hace al fin su obra sin que haya reflexión capaz de contenerla.

En nuestro país ha ocurrido ahora el fenómeno de la palabra mística, preñada de sonoridad y de fingida unción. Pero no es el fenómeno que dió en tierra con la nobleza de Francia, ni es el jacobinismo con sus principios de igualdad y de soberanía popular, que cambiaron en días el modo de sentir del pueblo francés; porque si es cierto que aquí, como allá entonces, se echó al viento caldeado del descontento la especie de que el pueblo gemía bajo el peso de iniquidades y de abusos, el hecho positivo es que en la Francia de entonces la obra fué colectiva y científica y que aquí sólo ha sido personalísima, no colectiva ni científica. Allá la revolución fué un resultado de una elaboración intelectual que hace crisis; aquí, en cambio, lo fué de influencias personales.

Aunque el jacobismo y el radicalismo, tal cual se perfila como expresión de anhelos populares, tienen parecido, distínguense uno de otro en que aquel tuvo trascendencia, mientras que este no la tiene, en el sentido de cambio favorable en la organización del estado, porque ni la dictadura ni sus admiradores han cam-

biado esas bases: todo lo que han conseguido y conseguirán es conmover y destrozar, arrojar por algún tiempo al populacho y a los grupos distinguidos pero amorales sobre los hombres superiores. Eso y nada más es el actual sistema de gobierno, no una regeneración sino un alzamiento del bajo fondo, a lo que contribuyen los grupos que se caracterizan, todos, por fallas morales claramente definidas.

El radicalismo, reencarnación del espíritu gaucho, tiene, como el jacobismo, la pasión destructora, esa pasión que se mueve por odio, envidia y menosprecio a todo lo permanente y generoso; en resumen, un modo de ser antisocial.

Una de las falanges más eficaces de la demagogia radical fué constituida por jóvenes y estudiantes: sus generosos impulsos, sus ideas ingénitamente encaminadas hacia todo lo nuevo y lo elevado, aparte del prurito de contrariar las reglas de toda disciplina, aportaron a las filas turbulentas de la *causa* una pléyade innumerable de ciudadanos inexpertos, seducidos por palabras vibrantes. Universidades y colegios del país, en mayoría, eran entusiastas de la "causa de la reparación institucional" y pocos eran los ciudadanos en edad electoral que no desearan sustituir la claudicante vejez de los "usurpadores" — como decían — por la sangre

"nueva" de los héroes del motín y la revuelta, y mirados por ellos como paladines de una gesta gloriosa.

Llevaban en la imaginación un altar, sobre él un ídolo y en los labios un credo: no sospechaban que aquel sería la piedra del sacrificio de la ley y el ídolo el sacerdote sacrificador.

Han contribuido sin sospecharlo a entregar la patria en manos de utilitarios y fanáticos y fortalecido por engaño la mano de hierro del autoritarismo. Odiando a Aldao permiten su reencarnación en Lencinas y en Bascary, tipos acabados de esos tiranuelos de provincia cuyo recuerdo atroz perdura todavía. Porque no hay diferencia entre las iniquidades del Fraile y los atentados de uno de aquellos más conspicuos ejemplares de nuestro radicalismo. Peor aún: nuestra época agrava la barbarie autocrática. El Fraile monstruoso no tenía ante sí nada que lo detuviera. Levantar el brazo y clavar el puñal era casi costumbre; ahora semejante signo es emblema de crimen.

La ley dispone que el que mata va a presidio; pero ahora el que asesina ejerce altas magistraturas. Es la inversión de valores, la absoluta subversión de las ideas, a la cual coadyuvaron los jóvenes de mi país. No tienen culpa, como no la tuvo el glorioso defen-

sor de Sexto Roscio—Cicerón,—que habiendo cooperado a la grandeza de Syla, clama después ante el pueblo romano: "Los que me conocen—decía—saben que desde mi modesta posición deseé la concordia de los partidos, y ante la reconciliación imposible estuve del lado de los vencedores. Pero si la aristocracia ha reconquistado por las armas sus derechos para soportar la dominación de un vil liberto, si se da a los esclavos de los nobles los medios de apoderarse, cuando les plazca, de nuestras vidas y nuestras fortunas, confieso que me equivoqué cuando hice votos por el triunfo de su causa y uní mis sentimientos a los de ella. Las primeras proscripciones castigaron a los que habían tomado las armas; el Senado no las autorizó porque no quizo sancionar públicamente esos actos de rigor, y ahora, si vosotros no condenáis esta nueva proscripción que amenaza a todos, veréis los males que abrumarán a la República. ¡Jueces, poned término a las crueldades y no permitáis que ellas reinen por más tiempo en el seno de nuestra patria!"

Estas palabras, que hicieron la gloria de Cicerón, no salvaron, sin embargo, a la República, porque esta moría entre orgías y crímenes. El tribunal que, impresionado por la elocuencia avasalladora de aquel abogado veraz, absuelve al inocente Roscio pero no condena a los asesinos

de su padre, era el reflejo fiel del caos social de una sociedad destinada a desaparecer como democracia para caer en poder de los emperadores.

Ahora, entre nosotros, se repiten esos ejemplos. Los jóvenes universitarios que dieron, como Cicerón, sus votos a los vencedores, pueden cerciorarse de que fueron engañados por los que querían vencer y que vencieron. No tuvieron la fortuna de recibir de sus maestros, constantemente, lecciones de viril elocuencia, ejemplos tan eternos como los del defensor de Sexto, joven de veintisiete años, que se atreve en medio de sicarios y jueces cobardes a levantar la voz contra la tiranía, al pie mismo del palacio y casi a las puertas de la prisión Mamertina. No tuvo miedo y fué por eso inmortal.

Yo espero que nuestra juventud se ennoblezca ahora diciendo la verdad y pidiendo justicia, no con palabra vacilante sino con la seguridad del convencido.

CAPITULO VI.

La plebe radical

¿Conocéis bien la mano que os castiga?
VÍCTOR HUGO: *Hernani.*

Pero la semilla del mal es más fecunda que la del bien y halla campo propicio en la capa inferior de la sociedad. Allí donde llega fatigosamente la luz del sol, viven y se reproducen los gérmenes de la sombra, que al aparecer a la superficie se esparcen como el hálito deletéreo de los pantanos.

Busquemos en el campo de la literatura dramática al maestro que nos describe la naturaleza de la plebe de todos los pueblos y todos los tiempos; su lección es eterna porque es exacta, y demuestra rotundamente que la sociedad humana se ha dividido, se divide y se dividirá en dos clases definidas e inconfundibles: el populacho y el pueblo

en las repúblicas, el plebeyo y el noble en las monarquías, el brahmán y el sudra en la India, el señor y el siervo en la Edad Media; el bárbaro y el civilizado en todas partes, y siempre.

Asistiremos, pues, a las escenas de *Coriolano*, en cuya acción Plutarco es a Shakespeare lo que Virgilio al Dante en su excursión por el campo del arte.

El poeta del corazón humano nos ofrece dos retratos de funcionarios plebeyos, en oposición al del patricio orgulloso: Sicinio Veluto y Junio Bruto, de un lado; Cayo Marcio, del otro. Allí el tribunado, aquí el patriciado. Ningún claroscuro más perfecto, ni tampoco más útil para nuestro fin.

*
* *

Es en la época de la democracia antigua, entonces, como ahora, exigente y desconfiada—según la frase de Boissier;—es en los tiempos de aquel Catón que "reunía sin cesar a los electores para referirles detalladamente lo que había hecho, decirles su opinión con el *lenguaje truhanesco que tanto agrada a la multitud*, llamando libertinos y bribones a los adversarios, mientras por su parte no agotaba los elogios acerca de su sobriedad y su desinterés".

"Pocas cosas podéis hacer solos"—dice a aquellos personajes (Sicinio y Junio), Menenio Agripa, amigo de Coriolano.—"Siempre necesitáis ser numerosos, pues sin esto son insignificantes vuestros actos. Vuestras habilidades son torpes y no pueden manejarse por sí mismas. Si pudierais mirar la alforja que lleváis a la espalda y examinar vuestro interior, descubriríais un par de magistrados orgullosos, violentos y atrabiliarios, un par de tontos como jamás se han visto en Roma".

"No puedo decir que vuestras excelencias han hablado con sensatez si encuentro el espíritu de un asno en la mayor parte de vuestras palabras; y aunque, mal de mi grado, tenga que sufrir las impertinencias de los que dicen que sois cuerdos y sesudos, *no mienten por eso con menos descaro* los que suponen que tenéis buena cara.

"No me conocéis a mí, ni os conocéis a vosotros, ni a nada de lo que se encierra bajo la capa del cielo. *No hacéis otra cosa que mendigar saludos y cortesías.* Perdéis toda una mañana oyendo una cuestión de poca monta y aplazáis para una próxima audiencia el fallo de una controversia de tres óbolos.

"Cuando mejor habláis todo lo que decís no vale un pelo de vuestra barba, y eso que vuestra barba no merece el honor de rellenar el cojín de un remendón ni la albarda de un asno.

Sin embargo, tenéis la desvergüenza de decir que Marcio es orgulloso, siendo así que, estimado él en su más bajo precio, vale por sí solo lo que todos vuestros predecesores a contar desde Deucalión. Muchos de ellos—que probablemente serán los mejores—fueron sucesivamente verdugos de padre a hijo. ¡Buenas noches a vuestras señorías! ¡Pastores del rebaño de plebeyos, una conversación más larga con vosotros apestaría mi cerebro!...”

Las palabras lapidarias que el poeta pone en boca del anciano Agripa, menos orgulloso que Marcio, más conciliador y justo, pudieran ser tomadas como expresión de ese menosprecio que universalmente sienten los hombres de espíritu cultivado por los Sicinio del mundo entero; mas quien observe la realidad y aparte de la verdad la exageración apasionada; quien se detenga cuidadosamente a estudiar la materia de su observación, convendrá necesariamente que la naturaleza del inculto no ha cambiado en un ápice desde los tiempos más remotos: es hoy lo que fué entonces.

Tampoco han cambiado los Sicinio de antaño, ni los Agripa, ni los Marcio; la ignorancia y la baja humildad, el orgullo y la hosca altivez. Entre estos enemigos irreconciliables, entre estas manos que se arañan y se retuercen en eterna pelea, la Justicia, pugnando por triun-

far, luchando por la conciliación y la distribución equitativa, siente su carne lacerada, despedazada su túnica, pero nunca mortalmente herida.

"Siempre necesitáis ser numerosos. pues sin esto son insignificantes vuestros actos".

He aquí, para comenzar, la primera exactitud. Un hombre solo del populacho vale menos que una brizna de paja, menos "que un pelo de su barba". Un hombre solo dotado de condiciones superiores, basta, en cambio, para transformar los campos de la humana actividad. Hasta en el vicio es grande. Así, por ejemplo, el orgullo del plebeyo es maligna insolencia; acaso el orgullo, que se basa en la altivez, aunque sea injusta, es inconcebible en el de condición humilde; en cambio, el que se muestra en el rostro del inteligente resplandece con soberano esplendor. Sarmiento era un orgulloso, un impetuoso; pero sus fieros impulsos eran más fecundos que las aguas del Nilo, que hicieron la civilización egipcia: del Nilo surgieron las Pirámides inmortales; del torrente del altivo genio de Sarmiento se hizo el evangelio de la libertad argentina con los anatemas del *Facundo*. La altivez del plebeyo es una amenaza, un ademán provocador que repugna o da miedo, cuando no produce la carcajada; el orgullo del sabio suspende el ánimo, pero jamás

da risa. Las montañas son el orgullo de la tierra y quien se riera de ellas será un demente.

El hombre de arrabal no significa ningún valor cuando está solo: por eso hay hombres más instruídos que los congregan y los halagan. En sus comités, sin embargo, no se fabrica la verdad, ni se amasa el pan de la justicia: ellos son el cubil de la demagogia, engendro del desorden y la anarquía.

El populacho en comité es para los gobiernos opresores la abundante proveeduría de los elementos de que estos se valen para oprimir la libertad. Para poder llegar al gobierno los patriotas fingidos se dedican a halagar al bajo electorado hasta convertirlo en base momentáneamente inconmovible de seguro triunfo, y este conseguido, y adueñados aquellos de las fuerzas armadas regulares, sumisas por disciplina cuando no por convicción, reclutan entre la gente más inferior aquellos individuos cuya conducta normal es vivir de mala manera, ya delinquiendo, ya cometiendo acciones inmorales de todo género. Este reclutamiento de la peor estofa social es tanto más activo cuanto más viva es la oposición de la masa consciente del pueblo, porque creciendo correlativamente el miedo en los opresores, se hacen más y más agresivos.

Los gobiernos impopulares se alejan del pueblo y se apoyan en la plebe. No es fácil obtener de aquél elementos dispuestos a la arbitrariedad; lo es, por el contrario, obtenerlos de aquélla.

El pueblo está animado normalmente de sentimientos conservadores; el populacho, en cambio, se presta a servir a los déspotas, tanto más si se inclinan a extremas violencias.

En la iniciación de todo despotismo aparecen los corifeos del tirano en los cuerpos del ejército, en los puestos de policía, en la barra de las legislaturas, en las asambleas políticas, en las manifestaciones callejeras. Son colectividades regimentadas para la vociferación y la agresión. No actúan por espontánea voluntad sino de orden superior. Interrumpen a gritos la palabra de los oradores desafectos al poder fuerte, tienen contra cada razón un ¡viva! estentóreo, contra cada argumento un dicterio.

Esto no es *el pueblo*, repitámoslo; esto es la fuerza del gobierno impopular. Si del pueblo surge, da contra el pueblo. Este se compone de trabajadores, en el amplísimo sentido de la palabra; y de holgazanes, viciosos y delincuentes. De ilustrados, industriales y comerciantes no salen los sicarios: por eso el gobierno impopular, lanzado a la tiranía, trata de apartarlos e intimidarlos; en cambio, busca y halla entre los

otros sus brazos, el Sejano de Tiberio, el Perennis y el Cleandro de Cómodo, secretarios del crimen.

Hemos de cuidar mucho de hacer aquella distinción fundamental: el pueblo y el populacho, el todo y la parte. En el caso político actual una porción de pueblo hizo el triunfo de 1916; ahora de esa porción sólo aparece la parte más inferior; la facción criminal, la policía brava, la Mazorca: es la que a los gritos de ¡Viva el Presidente Irigoyen! llama *traidor* al Diputado radical Caracoche (Noviembre de 1919) porque tiene la valentía de arrostrar el temible resentimiento presidencial al poner en evidencia las transgresiones y arbitrariedades del Poder Ejecutivo; es la que vocifera contra el diputado Sánchez Sorondo cuando pide el juicio político contra el Presidente en la sesión del 7 de Noviembre del año citado; la que espera a las puertas del Congreso al Diputado Moreno para insultarlo y amenazarlo de muerte por el delito de querer ser libre en una patria libre. Es la misma turba anónima que apostada bajo los balcones protectores de "La Epoca", diario presidencial, atenta el 13 de Noviembre de 1918 contra la vida de ciudadanos regocijados, impide hoy y mañana las reuniones públicas a gritos y amenazas, altera en todas partes el orden, en Mendoza apa-

lea periodistas, afrenta mujeres y castiga a los niños; en Catamarca es elemento electoral del Presidente y "suprime" a caudillos opositores, multa y provoca a los paisanos, viola domicilios, persigue, daña y atemoriza; en Tucumán sirve de brazo al gobierno dictatorial . . . en una palabra, reencarna el alma díscola, fanática y asesina de las policías mazorqueras de 1840.

El pueblo de 1916 tiene ya claramente definida la parte de populacho encargado de las proscripciones. Ese pueblo, cuando, en su delirio del 12 de Octubre, arrastró, *con el consentimiento del Presidente*, el coche de la victoria, descendiendo de su condición de hombres para servir de algo menos que de esclavos, no sabía que desde ese instante comenzaba la expiación de su extravío: había hecho de un hombre un ídolo y puesto en manos de su multitud más oscura las armas de los asesinos.

Intelectuales, exitistas, cándidos y equidistantes labraban entonces la piedra del sacrificio. Los laureles que puso en la sien del victorioso bien pronto serían dogal de la justicia. El "plebiscito" de aquel día vendría necesariamente a dar en lo que fatalmente concluyen las agitaciones demagógicas. Ahora ya no manda *el pueblo*, ahora es la plebe pobre y cruel la que aparece imponiéndole la ley de su natural condición.

*
* *

Puesto el ejercicio del gobierno, que es dirección, en manos de quienes no conocen la ley ni conciben la justicia y el honor, el desquicio de las instituciones se produce inmediatamente, tal cual el desorden en el hogar cuando por condescendencia del padre, por debilidad, engaño o violencia, es admitido en aquél un canalla, un vicioso o un degenerado cualquiera. Como que la patria entera es el hogar de todos; como que el honor para que exista en la patria debe conservarse o reconcentrarse en el corazón de sus mandatarios.

Cuando un gobernante no ha nacido ni se ha criado al calor de la llama del honor familiar y ha acostumbrado sus ojos a ver la inmoralidad bajo su techo, dispuesto está a corromper la sociedad que por sufragio universal se le ha confiado, a afrentarla un día y otro día, a marcarla con el estigma de su propio desdoro.

"Vivo en casa de piedra — dice el ex Presidente Pellegrini en su célebre carta del 2 de Setiembre de 1894 al doctor Alem — y allí he formado un hogar, conocido, respetado y honesto. *Es este requisito indispensable para man-*

tener una posición social que corresponda a la posición política".

El olvido de esta máxima de moral familiar abre las puertas de los hogares a la disolución y deja pasar por los arcos de los palacios del gobierno a verdaderos malvados entre las palmas de mil y mil hipócritas encargados de mezclar las calidades, bastardeando las buenas y dando carta de indemnidad a las malas. El hombre deshonesto asciende por la complacencia de los demás, sube, se encarama, se envalentona, porque sabe que empezando por ser tolerado sigue por ser admitido y termina siendo el dominador.

El rebaño popular, dirigido por semejantes pastores, cuando dice *¡queremos!* amenaza a todos con la cólera de sus instintos. El *¡queremos!* de la plebe fué en Francia el exceso de la revolución, la mancha de la bandera de su igualdad y de su fraternidad. El pueblo *quiso* y organizó el delito legal, la guillotina incansable, alimentada durante tres años por los acusadores del Tribunal Revolucionario, por los delatores de los comités, por los amotinados, por los convencionales, por los pasquines, por los traidores, por los carniceros, ¡y hasta por la Universidad!

También en la Universidad flota el espíritu del abismo, porque el instinto no se aparta nunca

de la vida, y en ciertas épocas es rey de reyes. Sigue constantemente a la razón y clava en los hijares de la reflexión sus espuelas de acero. El alma tenebrosa del suburbio se apodera de siglo en siglo del cuerpo del arte y de la ciencia, como el limo del río invade las orillas frondosas, y lo que fué jardín es luego pantano. Sabemos lo que es el templo donde habla un sacerdote grosero, y lo que es un parlamento donde se sienta un representante auténtico del pueblo bajo. Casi siempre, en este, cuando ese representante habla, se extremece el buen sentido y su impertinente *¡queremos!* es una imposición de lo arbitrario sobre lo regular.

"*¡Queremos!*" — clama Coriolano —. "¿Habéis oído su despótico *¡queremos!?*" "¡Oh, patricios virtuosos, pero imprevisores! ¡Oh graves, pero imprudentes senadores, que habéis permitido a la hidra popular elegirse un magistrado, que, órgano de los cien baladros del monstruo, se atreve a deciros imperiosamente *¡queremos!*, declarando con insolencia que torcerá el curso de vuestra autoridad, sustituyendo su corriente a la vuestra! Si tal poder tiene ese monstruo, doblegad en su presencia la cerviz de vuestra ignorancia; pero si no lo tiene, despertad y abjurad vuestra fatal indulgencia. Si sois hombres ilustrados no obréis a guisa de insensatos. Si

no lo sois, dejad que los plebeyos se sienten a vuestro lado. Vosotros sois plebeyos si ellos son senadores, y lo son desde el momento en que, mezclando su voto con el vuestro, es el suyo el que prevalece. Ellos se procuran magistrados de la clase del que acaba de pronunciar ese *¡queremos!* lanzando al rostro de un Senado más augusto que los que pudo ver Grecia. ¡Por Júpiter, que hay en eso algo que envilece vuestros consejos! Me da inmensa pena ver frente a frente dos autoridades rivales, sin que ninguna predomine. *Temo que la anarquía va a surgir*, y que una de las dos acabará con la otra".

Este clamoroso discurso se pronunciaba ante el pueblo hace dos mil quinientos años, y hoy se repite, porque la vida social es ahora la misma, en su esencia, que hace veinticinco siglos. La educación no ha perfeccionado todas las partes del inmenso cuerpo: la insolencia del mayor número pone a menudo miedo en el alma del Senado. El patricio romano, en su irreductible altivez y su justo aunque acalorado razonamiento, reprocha a los venerables ancianos "haber rebajado la dignidad de sus sitiales" y les advierte que "ese populacho que califica de miedo la paternal solicitud de los senadores, acabará un día por forzar las puertas de sus

deliberaciones y sus consejos. "Los cuervos vendrán a perseguir a las águilas".

Sigamos oyendo su arenga.

"Más diré aún. Tomo por testigos de la verdad de las palabras que, en conclusión, voy a decir, a todas las potestades divinas y humanas. En un organismo político en que el poder está dividido en dos fracciones — de las cuales una puede con razón desdeñar a la otra, la cual, a su vez, pero sin razón, insulta a la primera; — en que la nobleza, el rango, el saber, no pueden resolver nada sin el *sí* y el *no* de una muchedumbre ignorante, hay necesariamente un olvido completo de las necesidades reales, hay ligereza e instabilidad, y con semejantes trabas no puede hacerse nada provechoso".

Después de este discurso debieron desencadenarse y se desencadenaron contra el patricio los furores de las tribus.

— "¡Ha hablado como traidor!" — grita Sicinio.

— "¡Traición! ¡Traición!" — exclama Bruto.

Este va en busca del pueblo; y el pueblo llega. Ante el pórtico del Capitolio los dos bandos disputan furiosamente, y se pide el suplicio para el que se ha atrevido a insultar la soberanía popular. "¡A la Roca Tarpeya! ¡Muera, muera el traidor! ¡Apoderaos de él! ¡Abajo,

abajo! ¡Estamos a punto de perder nuestras libertades!"

Así gritan de un lado.—Y los sesudos senadores, y el noble general, y el depuesto cónsul, perdido el equilibrio en la contienda, se dan los unos al denuesto, los otros a la conciliación, aquellos al terror, estos a la ira.—"¡Vete, podredumbre, si no quieres que haga volar tus fueros bajo tus vestiduras!... ¡Tribunos del pueblo!... ¡Coriolano!... ¡Conteneos!... ¡Hablad, Sicinio!"... "¡Por este camino la ciudad se hundirá en la anarquía y desaparecerá el orden bajo un montón de escombros!"

Y luego, vencedores los ciudadanos de la plebe, arrebatan a Marcio el Consulado que ese mismo día le habían conferido por haber dado su sangre por la patria, y le arrojan al destierro.

Ahora, aquí, el gobierno popular, organizado, como entonces, por el *sí* de los ignorantes, catequizados por sus explotadores, persiguen a los tipos consulares del Congreso, (1) mientras abren las puertas de los presidios a los homicidas y los defraudadores. Tenemos también nuestra Roca Tarpeya en la acusación de los fiscales contra

(1) Consúltese, para comprobación, el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación correspondiente a Noviembre de 1919, o las crónicas de la prensa de ese mes.

los que defienden la ciudad; la tendremos siempre mientras "el rango y el saber no puedan resolver nada sin el *sí* y el *no* de la muchedumbre".

El levantamiento que dió causa al destierro del legendario general romano fué el repartimiento del trigo traído de Sicilia por orden del Senado para aliviar la carestía. El pueblo pagó con ingratitud la condescendencia de los Senadores. Esta fué calificada de miedo, y en tal suposición creció el coraje de las tribus hasta el extremo de la revuelta.

Tal ejemplo se aplica a todas las revoluciones.

Lo que nosotros sufrimos ahora, sin que hasta este momento se haya batallado con hierro y con fuego, tiene un origen parecido. En efecto, durante largo período nuestros grandes varones trataron de repartir en todo el país el trigo de la cultura. Pero el anciano Sicinio, que no podía ser Cónsul porque no tenía ni rango ni saber, quería serlo, sin embargo, y para conseguir tan elevada posición hizo decir por otros que todo cuanto habían hecho los argentinos desde Mitre hasta que Sáenz Peña asumió el mando, era un engaño y un abuso. Ese pertenece a la clase de "los que han adulado al pueblo despreciándolo y de los muy amados por el pueblo sin saber porqué"; un caso harto conocido, y que los ilustrados que lo conocían cuidaron de ocultar ba-

jo la capa del disimulo y de engrandecerlo mediante la lente de la adulación para medrar ellos aun a costa de la felicidad de la patria.

La dádiva de trigo traída de Sicilia para el pueblo es en nuestro caso la labor de setenta años, desconocida por la conspiración de los rencorosos y los audaces. La república democrática de los constituyentes del 53 y del 60 era la ofrenda del saber y del rango al pueblo entero, al rico y al pobre, al grande y al pequeño, al altivo y al humilde; era la escuela y el teatro, el camino y la casa, la máquina y la nave; era la civilización bajo la custodia de los magistrados de la ley. ¡Y contra esa magna labor de artistas y de sabios, la rabiosa legión de pigmeos, azuzados por quien nunca pudo igualarlos en altura, reproduce la escena pasada hace veinticinco siglos ante los pórticos del Capitolio!

Tal es la demagogia, engendro de la tiranía. Mientras se mantiene la democracia, o sea, el predominio del ilustrado, la república existe, porque la distribución del bien y del mal es más equitativa en la sociedad que no quiere monarcas ni dictadores; pero cuanto se atreven los hombres del suburbio a decir *¡queremos!* y consiguen lo que quieren, entonces la república desaparece, porque la distribución de las cosas, en lugar de obedecer a la equidad y a la ley, se cumple con tremenda des-

igualdad. Desde ese instante la sedición abate inevitablemente el orden social, y se amasa con el barro del suburbio esa suerte de gobierno que hunde en el escándalo a los pueblos mejor organizados.

Tal es el radicalismo que en tres años de gobierno niega la dádiva del talento, injuria nuestra historia, y, destrozándose contra su propia intolerancia, dividiéndose en banderías y facciones, permite que de él salga el *irigoyenismo* fanático y amenazante.

CAPÍTULO VII.

Los "regeneradores" de la República

> ¿Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?—Eso me semeja, respondió el cabrero, a lo que se lee en los libros de los caballeros andantes... pues para mí tengo... que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.
> *Don Quijote*: 1.ª Parte, Cap. LII.

El mando es el ejercicio del gobierno contra los hombres y las leyes; el gobierno es el ejercicio de la ley en beneficio de los hombres.

La diferencia es extrema, y, sin embargo, el vulgo confunde mando con gobierno. El mando es el *¡queremos!* de los tribunos de la plebe; el gobierno es el *¡juzgamos!* de los jueces; palabras absolutamente opuestas.

La palabra ¡queremos! es la expresión de la ti-

ranía de la masa popular, y el ¡quiero! del caudillo o del gobernante lo es de la tiranía de uno solo. Después del ¡queremos! de la multitud viene el ¡quiero! del dictador: ambas son las sentencias de muerte de la libertad.

La palabra gobierno significa siempre distribución de cargas y beneficios; para lo cual se requiere en el distribuidor un delicado sentido de equidad, un equilibrio espiritual perfecto, un carácter capaz de no sentir el vértigo de las alturas, una voluntad que pueda ahogar el ¡quiero! autoritario cuando pugna por estallar.

Nosotros, como tantos otros pueblos, hemos sido atormentados por el *¡yo mando!* de los dictadores; pero también hemos sentido el bien de aquellos hombres que antes de ejercer autoridad tenían presente el consejo de Trajano: "No te hagas demasiado César".

El hacerse o creerse demasiado César es el mal que detuvo la marcha de los argentinos hasta 1852 y lo que ahora paraliza nuestro progreso, porque siembra discordia, crea rencores, produce cismas, organiza violencias, debilita los caracteres, aplasta y arruina.

Desde 1916 caduca la ley para el bien y se fortalece para el mal; porque la dura ley se aplica para el sometimiento de los réprobos del dogma y se invierte para el fervor de los elegidos.

Por eso de un lado se perdona a los uxoricidas en Buenos Aires y de otro se encarcela a las maestras en Mendoza. ¡Las cárceles abiertas; las escuelas cerradas! Es lo que pasa hoy porque nuestros gobernantes han olvidado el consejo de Trajano; mejor dicho, no lo han conocido.

No obstante esta realidad, abonada con hechos repetidos y públicos, los que mandan aparecen ante la patria como *salvadores de la República*, suponiendo que esta debería morir sin su socorro.

La República, ciertamente, sufría de uno de esos males profundos que se van mostrando lentamente en síntomas muy vagos. Hay en ello una sutileza de mal, como hay sutileza en el veneno. Aquel mal se llama debilidad de carácter; mal que no puede curarse con palabras sibilinas, *sino con la medicina de la justicia aplicada con prudente buen juicio:* no hay otra, venga de Dios, venga del hombre.

Pero la demagogia fué en nuestro caso, y en el nuestro como en todos, la gran medicina de las palabras, aplicada por profesionales de audacia tan grande como de probada ineptitud.

Los demagogos vendrían a salvar la patria, y vinieron; están dentro de ella, y la patria va muriendo como república y debilitándose como tierra de labor. El enemigo que se presenta en calidad de salvador la ha tendido sobre la mesa

del hospital, del que desaparecen los médicos y donde algunos practicantes sin lectura la disecan miembro a miembro con esa impía petulancia del suficiente que corta lo que el mal no ataca y descuida lo que el mal carcome.

¡Con qué arrogancia, con qué desmedida vanidad desempeñan su oficio aquellos titulados *regeneradores* de un pueblo cuya enfermedad se traduce en inercia, en pasividad y en indiferencia de sí mismo!

En torno de la mesa operatoria del hospital donde agoniza la república gira una suerte de personajes cuyo examen es muy necesario, porque corresponde conocerlos para evitarlos.

Todos pertenecen al *gobierno del mando,* actúan en la administración y rigen los comités. Los caracteres examinados anteriormente les son comunes; veamos los demás.

CAPÍTULO VIII.

Los comités

> ¿Y qué? ¿Ha vuelto a aparecer aquella cosa esta noche?
>
> *Hamlet*, Acto I, Escena I.

Los comités son la concentración de la clase baja, no al solo efecto de votar sino con el fin de mantener contra todos la demagogia, la sedición, el lucro, la revolución, bajo el amparo de los gobiernos. Con ellos se pretende perpetuar lo que se dió en llama *plebiscito*, es decir, la opinión total, algo así como la efectividad de la *soberanía popular* jacobina.

En los comités más *intelectuales*, donde la dirección debiera estar en manos de estos y donde figuran abogados y médicos, la presidencia recae en personajes desconocidos de extracción y vida modestas, con la aceptación de aquellos: la Universidad, de suyo orgullosa, se despoja de

sus atributos rindiéndose a estos con culpable sumisión.

Los comités acostumbran distinguirse por *nombres de personas*, en general segundas partes de la comedia política, cabecillas de motines, jefes de revoluciones, anteriores a la formación de la secta. El partido que se decía *impersonal y principista* no puede, sin embargo, sustraerse al personalismo, porque careciendo de ideales superiores es fuerza llenar ese vacío con enseñas que llamen la atención. Y estas responde a la única idea, mejor dicho, al único instinto que lo anima: la violencia. Los nombres de amotinados que perdieron la vida en las asonadas y escándalos sucesivos que el partido consumó de tiempo en tiempo, señalan los lugares donde celebran sus conjuraciones y asambleas turbulentas. Hay nombres de politicastros anónimos, brazos de la indisciplina, y nombres de militares sobornados que pusieron la espada de la defensa de la nación al servicio de sediciosos. La exhibición de nombres ignorados es una seña clara del valor ideológico del partido y da la exacta medida de su valor: medianía, anónimo y admiración por todo lo insignificante. El desecho social, la escoria del magisterio y del ejército, la hez universitaria sirven de arco al paso de los ignorados con pretensión de redentores.

*
* *

Otro de los caracteres exteriores del comité es el uso, en ocasiones solemnes, de ciertos atributos de indumentaria, algo así como una divisa: la boina vasca. La elección de este aditamento del traje es todo un símbolo; responde a una mentalidad obtusa, a la testarudez diamantina. La boina es un objeto desprovisto de estética: chata y redonda. Mientras el chambergo adorna la frente, la boina se adapta al testuz, no a la cabeza. No tiene alas, no priva del sol, ni da sombra. Es la degeneración del fez, que tampoco es estético. ¿Qué inspiración puso sobre el cráneo radical semejante distintivo? No es fácil saberlo; pero fué una inspiración acertada, pues nada más equivalente que el cráneo del sectario y la redonda boina vascuence. Bajo esa boina no podrá sospecharse jamás una idea creadora sino una obstinación irreductible, un instinto, no un sentimiento.

*
* *

Los comités constitutivos del partido en provincias *forman grupos separados* por el hecho de responder a la federación, aunque obedientes a

la dirección central, esta más o menos influyente y poderosa para mantenerlos en orden. Esos grupos, sin deliberación alguna, en vez de denominarse, por ejemplo, radicales de Córdoba, de Buenos Aires, de Mendoza, se dan extraoficialmente el nombre de radicales rojos y azules, radicales overos y hasta radicales negros. Estos son los de Tucumán y Jujuy. Podría creerse que en el país todos los de un color responden a la misma tendencia, mas no es así: porque los azules de Córdoba no son los de Tucumán ni los rojos de la Capital son los rojos de Córdoba.

La elección del color es inconsciente, porque los rojos en tal provincia responden a instintos agresivos, y en tal otra estos corresponden a los azules.

El color como distintivo político, adoptado por las banderías, es no solamente índice de indigencia mental sino también de anarquía. Si buscáramos algún antecedente o ejemplo histórico sobre este aspecto ostensible de la secta, lo hallaríamos fácilmente en los anales rosistas; pero encontraremos en estos una superioridad evidente. En efecto, en aquellos tiempos el rosismo no tenía sino un color, el rojo, el colorado, y este equivalía a sentimientos de agresión y de odio contra el azul o el celeste de los unitarios, mientras que ahora el odio contra los

antiguos, que no tienen distintivo cromático, tanto viene de los rojos y azules como de los overos y negros.

Habría ahora dificultad en imponer una divisa, pero en tal caso seguramente sería color de sangre porque los partidos populares de todos los pueblos se placen en ella.

Aunque no para la denominación de las fracciones en que se ha dividido el partido, el color blanco ha servido de emblema accidental en cierto momento: el 12 de Enero de 1919 aparece en Buenos Aires organizada la *Guardia Blanca* en franca actividad contra la turba anónima alzada contra el orden y las leyes. Cometió un sinnúmero de depredaciones y crímenes en nombre de la patria amenazada y a los gritos característicos de su fanatismo personal: "¡Viva el Presidente Irigoyen!" El nombre de Guardia Blanca viene por imitación, y su recuerdo no respondería a nada práctico sino fuera que la elección del color en la leyenda es una de las modalidades del espíritu revolucionario.

El nombre de estas agrupaciones esporádicas no tiene jamás autor conocido; alguien lo pronuncia y todos lo adoptan instintivamente; lo mismo que las denominaciones de color, porque, como lo dice Ramos Mejía, "ciertas personas caracterizan sentimientos e ideas por medio de

colores, así como las condiciones morales de los hombres". ([1])

*
* *

Si el color como distintivo llena el vacío de la convicción política, si es un sustitutivo de la idea porque falta esta y sobra el impulso, observaremos en el fenómeno un hecho muy notable que no tiene, sin embargo, nada de extraño porque es enteramente lógico. Me refiero a la anarquía que se produce en el partido al poco tiempo de actuar en el gobierno.

El radicalismo de 1916 había llegado hasta el "plebiscito", quimera de un día. El Presidente, que consiguió su triunfo por la discordia de los jefes de los partidos conservadores y la unión de última hora de los electores disidentes cuanto por el deseo general de cambiar de mandatarios, inventó el plebiscito de 1916 más ilusoriamente que el de 1835, porque mientras el primero sólo residía en la imaginación este constaba de un pronunciamiento legal.

Pero el "plebiscito" del 16, obra de la arrogancia, aunque lo hubiera sido de la ley, habría de tener el destino de todos los artificios; hacerse pedazos al peso de su propia instabilidad.

---

(1) Véase *Facundo*, Capítulo IV, 2ª. Parte.

En efecto, el radicalismo, a cuyo triunfo, como he dicho, contribuyeron de un lado la discordia y decadencia del partido gobernante y de otro el vocerío de los demagogos, laboraba su propia muerte a fuerza de exageraciones de todo orden. Siendo amigos antes del triunfo y todos ambiciosos—excepto los cándidos—la división anárquica era inevitatable, porque, como dice un ilustre jurisconsulto, "las amistades formadas por la ambición concluyen siempre con rencores". (1)

El radicalismo ideal, el que soñaban y sueñan algunos generosos, sinceramente convencidos de que la patria renacía con ellos y que cuentan la vida de la República como la contaron en Francia los fanáticos y aquí los federales; el radicalismo ideal—digo—no tenía ni colores ni nombres individuales; pero desde el instante en que tocaron la llave de oro altercaron entre sí dándose a la disputa.

El hombre que más ha contribuído a la discordia de esos amigos ambiciosos es el Presidente de la República, que desde la casa de gobierno, como antes desde su silla de preside perpetuo de los radicales, maneja a los hombres como cosas para preponderar él sólo. En tres años de dominación radical, de un lado tenemos

(1) ORTOLÁN, *His. de la Leg. Rom.*

una variada gama de colores, innumerable facciones de un partido antes compacto, y de otro al Presidente y un reducido círculo que hacen en el gobierno absolutamente todo lo contrario de lo que prometieron.

La unidad plebiscitaria se ha hecho pedazos, no en el choque contra el partido vencido, sino en la lucha intestina. Ellos solos se han destrozado y se destrozan implacablemente, los comités porque pretenden dominar, los funcionarios porque los resisten o no los contentan; unos porque han conseguido lo que buscaron, los más porque no lo han conseguido.

Del radicalismo de 1916 nace el *irigoyenismo* de 1919; y de este la *razón de estado*, es decir, la ley de la sinrazón, la ley de la fuerza, la ley del capricho, la ley del hastío imperial, que pone fuego a Roma y hace andar durante la noche los fantasma de la orgía en la Suburra.

Hay, pues, ahora, radicales que han olvidado por completo los postulados imaginarios, la "causa" y la "regeneración". Las fracciones sustitutivas del partido son irigoyenistas, crottistas, bascarystas, lencinistas, caballeristas, menchaquistas, voces cuyaraízes un enigma para todo aquel que ignore quién es Crotto, Bascary, Menchaca, Lencinas y Caballero. Más aún, en cada ciudad se enciende la discordia y aparece el personalismo.

Entre denominaciones *cromáticas* y nombres personales se deshace el partido popular, mientras los partidos conservadores, más fortalecidos ahora, pugnan por fusionarse. La ola del radicalismo, al estrellarse contra la roca de su intolerancia, se desmenuza, pero el país se abate bajo esa lucha de pasiones e intereses contradictorios, donde todo se ha olvidado, menos el odio y todo se ha empequeñecido menos la codicia.

Esta división irreductible de los hombres conduce necesariamente a una situación política y social muy peligrosa: la visión de un Méjico convulsionado por la guerra civil aparece ante nuestros ojos, porque allá como aquí los acontecimientos que precedieron a la guerra son parecidos. Es cierto que en Méjico dominó un dictador durante casi treinta años y que aquí la sucesión presidencial ha sido regular; pero es verdad también que aquí, desde hace tres años, pesa sobre el país una dictadura velada, a estas horas claramente definida y que bien podría ser declarada por simple decreto. En tres años, como sabemos, el gobierno anarquiza al partido popular y trata de destruir al partido conservador (denomino así a los partidos provinciales antirradicales, sin particularizarme con el Partido Conservador de Buenos Aires); convierte en par-

cialidades lo que era conjunto, despierta pasiones violentas, y se dice él mismo dueño único de todas las excelencias. Ha ofendido al mayor número, quitado facultades a los gobernadores, autonomía a los estados, transgredido todas las leyes y disminuido y hasta desconocido el fuero de los jueces. De cada uno de estos golpes nace una reacción; y así no es de extrañar que se hable hoy de *revolución.* Tenemos, pues, un Méjico en perspectiva, un nuevo escándalo en Sud América, pudiendo haber habido, sin embargo, sin el error de Abril de 1916, una sociedad que siguiera maldiciendo de la razón de estado.

Veamos ahora de qué manera actúa el comité en los palacios del gobierno.

CAPÍTULO IX.

El comité en palacio

> El espectáculo de Cartago irritaba a los Bárbaros. Lo admiraban, lo execraban; hubieran querido a la vez aniquilarlo y habitarlo.
>
> *Salammbó*, Cap. IV.

Los pueblos tienen sus grandes fechas, y el nuestro la suya. Veremos cómo en nuestros días se van sustituyendo aquellas por otras sin importancia.

Antes celebrábamos la fecha de la Libertad y la de la Independencia, dos recuerdos amados por todos. Durante un siglo esos recuerdos conmovieron nuestros corazones, pero así como pierde en emoción la oración que, repetida, se convierte en rezo hasta morir a flor de labio, así las evocaciones a la libertad y a la independencia se han ido convirtiendo en palabras de ritual. El tiempo, al volar, se lleva

todo amor, y mientras el vacío no se llena el espíritu vaga desorientado. Eso nos pasa a nosotros ahora.

El partido gobernante, sus comités, tienen su día sagrado: salen a la calle y van a rendir homenaje a los muertos del Parque: el 26 de Julio de 1890 es el día magno de los radicales, pudiendo, sin embargo, con más lógica, haber elegido para sus procesiones el 3 de Febrero de 1852, día de la muerte de la tiranía, pues ellos han ascendido al poder maldiciendo del despotismo. Pero el radical necesita de las explosiones revolucionarias, y nada, al parecer, más adecuado que la fecha del Parque.

De orden superior, no confesada pero sentida por la conciencia general, se organizan en la capital manifestaciones públicas de turbamulta orillera y de empleados sumisos, en que el gobierno se afirma. Entonces es el momento de contemplar el conjunto plebiscitario; entonces es la hora de examinar la indumentaria y el aspecto individual y de conjunto de esa gran columna "democrática".

Vemos pasar, entonces, a la "democracia"; y si creyéramos que indefectiblemente es la democracia verdadera la que va pasando, levantaríamos al cielo nuestras manos para pedir a nuestros padres. rayos de indignación para

fulminarla. Esa democracia es la representación del harapo, el mal aliento de la ciudad, la deformación de la línea en el rostro, la torpeza en el movimiento y en la palabra. ¡Son los "incontaminados", los héroes, los voceros y los heraldos de la "regeneración institucional!"

Hacen irrupción en los salones del palacio, sobre las alfombras mullidas, entre tapices de seda, ante pinturas y mármoles; rozan los cristales de las bibliotecas; llenan las arquerías; tocan la caoba de los muebles y se emboban en la dorada decoración de los techos. Los admiran y los desprecian porque sienten que todas esas cosas bellas sólo les pertenecen por un momento. Por eso también las manchan, porque la envidia despierta siempre para dañar lo que no puede poseer.

Los comités, en efecto, son recibidos en el palacio donde jamás entró la turba antes del 12 de Octubre de 1916. El Salón Blanco fué para la diplomacia, no para el mercado. Poco antes ese recinto había perdido su carácter de salón republicano para transformarse en sala de monarca, lo cual era de mal augurio, porque cuando en una república como la nuestra se da en extremar la forma de la solemnidad palaciega es porque debe nacer y prosperar la llaneza del bajo pueblo. Los extremos se tocan.

Cuando el Presidente Sáenz Peña estableció en la casa de gobierno el ceremonial de las antiguas cortes de Europa, el calzón corto y hasta la peluca del lacayo, cualquier suspicaz habría sentido que tras de esa vanidad se perfilaría la figura de un emperador, siendo así que apenas había la de un sibarita. Pero de un modo o de otro el hecho respondía a un decaimiento moral en la república, que tanto habría de aceptar el cambio de sus costumbres sencillas, pero dignas y adecuadas, para convertirse ya en corte de aristócratas ya en diplomacia de suburbio. Lo que podremos llamar costumbres de la alta burguesía, adoptadas por la república, que repudia a los nobles como a los plebeyos, se transformaba rápidamente, vacilando entre el refinamiento cortesano y la impertinencia del demagogo, entre la solemnidad ridícula de un gran señor disfrazado de marqués y la llaneza ruda de un estanciero.

En tiempos de los grandes presidentes el pueblo habría clamado contra la corte y la estancia en el gobierno, habríase ante todo asombrado de que un Mitre o un Avellaneda hubieran vestido con el disfraz Luis XV a sus sirvientes y permitido a los ciudadanos invadir los despachos ministeriales, habitual o accidentalmente, para recibir sus homenajes o hacer peticiones en forma

plebiscitaria. Ellos habrían entonces alterado la misma esencia de la democracia verdadera que repudia las costumbres cortesanas tanto cuanto la ruindad villanesca. Porque si hay algo excelente en la república democrática es el justo equilibrio entre el refinamiento y la llaneza, en razón de que en la república democrática no prevalece ni el aristócrata ni el plebeyo sino el señor de su propio mérito, negando privilegios legales al uno como al otro.

Pero ya las cosas iban por mal camino; al cabo del cual hemos dado en el peor de los extremos.

Si volviéramos a comparar las épocas, diríamos con verdad que ahora hemos descendido a un nivel inferior. En el tiempo de Rosas, si bien este se sirvió para su política de los *guarangos*, hombres y mujeres, y humilló así a los unitarios y a las unitarias, nunca les concedió más derechos que los que quiso darles, porque los despreciaba, y apesar de sus concesiones era demasiado altivo para descender hasta ser el camarada de los negros de que se servía. El no se mostró jamás tutor de esa gente, ni se tituló nunca su padre y protector, ni se dolió de sus miserias, ni les concedió el honor de darles la mano. Eran sus instrumentos no sus iguales; eran sus sirvientes no sus conciudadanos. Estaban a disposición de su crueldad, de sus intrigas y de sus burlas, pero

la distancia entre la blancura de sus manos y la oscuridad de las de los otros nunca se acortó hasta confundirse. Los que castigaron con su insolencia a la alta sociedad de entonces eran profundamente despreciados por aquel Apolo de alma felina: fueron su palanca en el periodismo bajo su censura omnipotente; sus ejecutores en la persecución, sus tenientes en la guerra civil; hicieron lo que hicieron dentro de límites marcados, mas no subieron en la escala social ni en grados de milicia. Así lo dice el historiador.

Ahora no pasa lo mismo. Los tipos étnicos que sirvieron al déspota de entonces han cambiado mucho, pues los negros son pocos, los mulatos son en número limitado aunque se siente mucho el influjo de su vileza. Abunda el tipo indígena, el chino, descendiente de indio, puro o mezclado con meridional Europeo. Son los compadritos, ejemplares híbridos refractarios al medio culto, enemigos del orden, dados a la holganza y al juego; cursis cuando consiguen instruirse y refinarse, insolentes y provocativos: y cuando parecen humildes, dispuestos a mostrar su mala entraña en cualquier momento.

No he de cometer el error de atribuir a todos los radicales los caracteres morales, físicos y étnicos que distinguen al compadrito, puesto que en el partido figuran personas de costumbres, fisonomía

y origen elevados; pero tampoco he de callar una observación común a muchos en cuanto a aquellos signos sociales en el individuo afiliado a la *causa*.

Como en todas las cosas y los seres, hay en el radical matices diversos que lo acercan o lo alejan del modelo, tanto en lo moral como en lo corporal; pero no es aventurado poder atribuir en una reunión neutral cualquiera tal cual opinión política a un individuo determinado. Quien asiste a un teatro—lugar neutral—podrá calificar de radical a todo mal vestido que use melena o se conduzca groseramente o con excesiva humildad. En lugares no neutrales el tipo plebeyo radical es inconfundible: las taras del espíritu aparecen en el rostro y en los movimientos del cuerpo. El arte de Dios no ha colaborado en la anatomía de ese hombre. Dios es poeta, escultor y pintor, al mismo tiempo que fisiólogo. A unos seres dedica su afán de poeta de la forma; a otros, cual si los despreciara, les concede un alma imperfecta, que se imprime después en los rasgos del cuerpo. La naturaleza, que estigmatiza el rostro de los criminales, hace también de ciertas clases sociales un renunciamiento de la belleza.

No se trata aquí de distribuir el mal y el bien sino de la creación de tipos sociales inferiores, desprovistos de delicadeza y hermosura. Hay

compadritos de buena índole, educados y hasta talentosos, pero inevitablemente y en momentos determinados, cuando se ponen a prueba los instintos y las pasiones, aparece en el fondo del vaso roto la bastardía de la sustancia espiritual.

En cuanto al tipo físico que responde a una tendencia política la historia se repite. En 1840 existían el tipo unitario y el federal, inconfundibles. Han sido descriptos por los escritores de la época, y el asunto es demasiado conocido. Ahora, dividida nuestra sociedad entre conservadores y radicales, las tendencias políticas imprimen en unos y otros sellos diferentes, que se irán acentuando más y más a medida que la división sea más profunda, más hondo el rencor y más irreductible la contienda.

Es probable que bajo la dictadura iniciada el mismo día 12 de Octubre de 1916 ambos contendores libren "la partida final que se juega entre los nietos de los degolladores y los nietos de los degollados"—según la expresión del Diputado Costa en la Sesión de la Cámara de Diputados de la Nación del 6 de Noviembre de 1919;—mas hoy por hoy entre radicales y antirradicales los rasgos físicos no se comfunden. Y no se confunden por una razón bien simple, por aquello de que la mirada del generoso no es la mirada

del mezquino, ni la palabra del hombre franco vibra como la del hipócrita, ni se conduce el leal como se mueve el traidor.

Jamás se confunden esos dos extremos, esos dos espíritus opuestos. Los traidores y sicofantes nunca miran de frente ni dicen palabras de sentido recto: el sesgo de la idea pone en la fisonomía un estigma característico. Cuanto más amables más temibles. La palabra "amigo" es en sus labios una trampa. La dádiva aparatosa es en ellos los treinta dineros de Judas, un soborno bajo apariencia de caridad o protección que corrompe a los incautos y satisface a los ignorantes. Hasta en sus furores mienten. La verdad en ellos es una moneda falsa, la lealtad una cosa desconocida. Quienes los rodean, si fueron leales y sinceros un día, conviértense bien pronto en falsos y mentirosos, y es sabido que los ingenuos y los de espíritu pobre, sobornados por los tiranos, son sus secauces más temibles: Cuitiño era un hombre bueno antes de ser el jefe de los mazorqueros degolladores.

Este es, acaso, el peor de los efectos de las tiranías: la degradación del alma social. Un déspota hace ciudadanos viles y hogares viles también. La mancha de aceite se extiende y no se borra.

Si los hombres de un país se dieran cuenta

de que la deslealtad de un tirano es un peligropara sus particulares intereses lo resistirían por egoísmo, ya que no por patriotismo; pero hay en los pueblos una suma tal de ignorancia y de candor, bajo apariencias de cultura, que se dejan manchar y corromper, creyéndose festejados y amados.

¡Ay, entonces, de ese pueblo! Ni fortuna, ni justicia, ni derecho dejan de sentir la influencia del despotismo: todo cae al peso de sus desmanes, de sus odios y sus maquinaciones. Entonces los hombres no sólo cambian su alma sino también su fisonomía. Se hacen autómatas y despreciables muñecos; se mueven a voluntad del déspota, que tira de los hilos de sus debilidades y sus pasiones porque ellos han perdido la habilidad de moverse por sí mismos. Acostúmbranse a obedecer, no a la ley que salva sino al dictador que ordena, castiga o mata, según su capricho. Ya no son hombres, son cosas, pobres muebles de carne y hueso, sin alma, sin fe, sin más dios que el gigante creado por su miedo o por su estulticia al rendirle serviles homenajes.

La demagogia radical, que tuvo principio inmediatamente después del cisma de la Unión Cívica (1891), es la causa de la repetición en nuestra historia de la diferenciación de los hombres en tipo radical y tipo antirradical, correlativos de federal y unitario.

No podría ser de otra manera en razón de que el radicalismo se hizo poderoso porque bajo su bandera se acogió la baja muchedumbre, cuyo tipo físico responde fielmente, en una proporción considerable, al tipo moral.

Ahora bien,. si el radicalismo, en vez de seguir manteniendo y alentando a ese mal elemento, dándole empleos y autoridad, lo hubiera mantenido en su plano natural, no habría llegado el momento de fatigar la pluma para hacer notar los estigmas que lo marcan irremediablemente. Pero pues los gobiernos *plebiscitados* dan preeminencia a ese aluvión deleznable, es un deber de todo ciudadano que se respete y ame a su patria el advertir a todos cuán peligroso es el fenómeno que ahora me preocupa.

Mientras la población consciente comienza a sentir la ausencia de la protección legal, se fortalece, halaga y protege descaradamente a los que turban la paz pública haciéndoles desfilar por las calles para que muestren su insolencia eligiendo entre ellos, preferentemente, al hombre ignorado y acogiéndolos paternalmente en las salas que siempre habían sido reservadas a personas de estima y distinción.

Pero estos fenómenos, no políticos sino sociales, son propios de gobiernos que imposibilitados de subsistir por el instintivo repudio de los buenos,

echan mano del desecho popular para poder preponderar siquiera un día: si hicieran lo contrario caerían al instante, y acaso nunca habrían podido ser lo que son.

CAPITULO X.

El comité y la deliberación

> Se alza un clamor en todo el circuito de los muros. ¡Con qué ardimiento se tienden los arcos y se lanzan las flechas! El suelo se cubre de dardos. Cascos y broqueles resuenan al choque de las armas.
>
> *La Eneida*, Libro IX.

La *intolerancia* conduce fatalmente al desquicio de las instituciones y al desorden social; la *ignorancia* va con ella inseparablemente llevando en pos todos los *rencores* y todos los *vicios*.

El partido radical desde su origen está animado de esas pasiones y perturbado por esas incurables taras, porque se ha constituído con el desecho de todos los partidos disueltos y anarquizados y con los elementos expulsados durante muchos años de las administraciones de gobierno de todo el país.

Al partido, como a un refugio, acudieron cuantos individuos expulsa la sociedad pacífica y

culta por inadecuados y peligrosos. El vicioso que no encuentra asilo lo halla en el comité; el ignorante inerte y el agresivo van completando el número de adherentes: desde ese día se hacen pupilos del Jefe perpetuo, que les llama "¡mis hijos!" "¡mis amigos!" Gran número de entre ellos son criminales vulgares y temibles: esos son destinados a la seguridad pública; a los alcoholistas se les promete cómodos hospicios; los ladrones reciben el perdón y luego una tesorería fiscal; los literatos—que los hay—tejerán una corona al superhombre y serán ensalzados; los poetas, que también los hay, cantarán las virtudes del gaucho de ayer.

Como la ignorancia no admite la colaboración de los ilustrados y se ha de organizar el gobierno con la ralea, hé aquí cómo entran en los cuerpos colegiados y en las reparticiones administrativas todos esos innumerables desconocidos que salidos del fondo del desorden aparecen en el primer plano imbuídos de una soberbia y una vanidad temibles. Llegan del campo, salen del arrabal, "tales como los hongos en un terreno que fermenta", según la expresión de Taine.

Cuando los cuerpos colegiados llegan a constituirse con semejantes componentes, sale la *deliberación* y penetra la *disputa*. Ya no vibra en los labios la palabra serena del raciocinio sino el

clamor áspero e hiriente del insulto, la irreverencia injuriosa o el disparate. Los hombres que los pronuncian se convierten en objeto de risa y en figuras desagradables.

Y lo más grave es que a la reyerta son arrastrados los prudentes.

Una discusión ordenada es imposible: para encauzarla un tanto es menester ahogarla bajo el estridor de la alarma. Es esto, entonces, para el demagogo, el colmo de la democracia libre, una victoria sobre la tranquila reflexión de los repúblicos verdaderos.

Como creo haberlo dicho en otro lugar, no hay negocio difícil que pueda ser resuelto en ese maremágnum de pasiones pequeñas, ni negocio fácil que no se convierta en enigma indescifrable en ese infierno de la intransigencia intolerante y de la bajeza suburbana. Es frecuente oír tremendas palabras en asambleas donde en otro tiempo vibraba el entusiasmo patriótico de nuestros ilustres oradores. La palabra robo va y viene por el recinto cruzando el rostro. La difamación mancha la honradez, y ya nadie distingue desde entonces si el difamador calumnia o dice la verdad y si el difamado debe resignarse o responder.

En la primera época del radicalismo, allá por el año 93, se hizo sistema de discusión el adoptar aptitudes caballerescas: el guante arrojado al

rostro del contrincante era cosa de todos los días. Los que el pueblo ungió voceros de sus opiniones y guardianes de sus derechos se hacían paladines de la espada o la pistola: entendían su misión llenándose de insultos, provocándose violentamente. ¡Y entonces el radicalismo no era, en su dirección, un partido de plebe! La causa de que desde la primera época toda deliberación fuera una disputa entre las primeras partes de la comedia es que el alma del partido ha estado animada de una intemperancia ingénita. Y hoy como ayer, ese impulso irresistible arrebata a los hombres que habiendo ofrecido al país los bienes del cielo, lo hunden bajo el peso de sus pasiones.

Cuando se agría una discusión y sube al tono de la reyerta, oscurecido el juicio, aparece el coraje retando a duelo o invitando al pugilato.

"¡Aquí y en cualquier parte!—grita este furioso.—"¡Soy tan hombre como usted!" le responde el adversario. Estas frases que brotan de labios trémulos son bravatas de valentones cuya razón se reconcentra en los crispados puños y sus argumentos en la fisonomía descompuesta por la ira. Espectáculo frecuente en nuestros concejos y legislaturas. Los retratos de nuestros próceres lo contemplan inmóviles y olvidados. Son los presidentes honorarios de corporaciones donde la patria sufre la agonía de su dignidad.

El culto al coraje reaparece ante ellos, de palabra, porque rara vez esos representantes de la soberanía popular miden frente a frente sus sinrazones ni con la espada ni con los puños. Culto al valor incitado por la codicia, es más bien subterfugio, modo de encubrir apetitos que no pueden ser confesados.

Cuando esos hombres quieren justificar una mala acción dicen cosas inconcebibles, pero enteramente concordes con su modo de ser. Con motivo de haber sido destituído de cierto empleo administrativo un hombre de alta reputación científica, el destituyente, para justificarse, dijo que la repartición a su cargo no podía pagar la ciencia de aquel maestro. Era preferible sustituirlo, como lo había hecho, con un modesto ciudadano, dispuesto a someterse a las reglamentaciones que a un hombre de ciencia, por ser tal, y según él, no le cuadraban. El saber era, pues, un obstáculo, y él lo había removido. La labor científica del sábio incomodaba; valía más, en cambio, la sedentaria inercia del desconocido.

Otro ejemplar político llega, en cambio, al panegírico de un delincuente, correligionario suyo. Se trataba de un herrador convertido en caudillejo de cierto pueblo de campaña. Fué muerto a consecuencia de sus provocaciones por un

policía del bando contrario al del diputado de esta cita. Tomóse el homicidio como bandera, el muerto como víctima propiciatoria de la "Santa Causa"; la mentira manchada de sangre se hacía estandarte, lábaro y talismán.

Oigamos a ese paladín de nuestra actual democracia.

Está encolerizado de antemano. Va a hablar; tiene un discurso aprendido de memoria . . . ¡y, sin embargo, está encolerizado! ¡Va a hacer y hace el elogio de un correligionario que ha tenido seis procesos por desorden, uno por desacato a mano armada y otro por lesiones, y que, por lo tanto, es verosímil que haya sido muerto en su ley! (1)

Estos dos episodios son otros tantos ejemplos de la mala fe demagógica: de un lado la anulación de los maestros, de otro el ensalzamiento de los desordenados; allá el castigo para los hombres útiles, aquí la corona fúnebre para los peligrosos. La sociedad, para el fanático, se ha conmovido *hasta el sollozo* porque un herrador

---

(1) Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, 4 de Junio de 1919, núm. XII.

A pesar de esto el orador, en pleno parlamento, dice que la sociedad de aquel pueblo se ha conmovido *hasta el sollozo* y sobrecogida e indignada ha empapelado las paredes de las casas con retratos de la víctima y un epitafio que decía: "Francisco Leoni, asesinado por la policía en el primer año del gobierno del Doctor Crotto".

desconocido muere en su ley; esa misma sociedad ve con indiferencia la expulsión de sus hombres de talento.

Es que los hombres de talento no tienen cabida en el gobierno de los pueblos durante el imperio de los demagogos, y desaparecen de la escena cuando de la demagogia se levanta un déspota de alma preñada de rencores y de inteligencia sin cultivo.

No todos los tiranos han sido ignorantes y rencorosos; muchos han habido que a la par de someter a su férrea voluntad la libertad de sus súbditos, llenaban las ciudades de monumentos, los campos de vías y acueductos, de estatuas los templos, ceñían de laureles la frente de los poetas y poblaban de naves el mar y de grandeza y esplendor las bacanales. Muchos fueron filósofos, legistas y literatos; arquitectos, ingenieros y tácticos. Sin embargo, eran tiranos . . . pero tenían talento, no un alma miserable henchida de odios pequeños y de pasiones rastreras.

La historia nos ofrece ejemplos de esas dos clases de déspotas: de un lado Augusto, bajo cuyo gobierno, fundado sobre las ruinas de la República, florecieron las artes, las ciencias y las letras; más tarde Adriano y Trajano, cuyas columnas se alzan todavía en las plazas de Roma como testimonios de su gran-

deza; después Marco Aurelio, cuyos siete libros debieran ser como otros tantos templos para la inspiración de los buenos. Los siglos, llevando al correr tempestades de destrucción, han pasado sobre la memoria y las obras de aquellos hombres todopoderosos respetándolas: ¡no se han atrevido a destruírlas!

En cambio, todos los caudillos de América, que han castigado nuestra libertad, no han dejado al pasar sino degradación. Rosas en veinte años de dominación no fué capaz de alzar un solo edificio, no trazó un solo camino, no fundó una sola escuela, no hizo dictar ni una sola ley . . . ¡me equivoco! . . . hizo sancionar la ley de su barbarie haciéndola jurar a sus infelices conciudadanos. Mientras aquellos, hace veinte siglos, sembraron la historia de esplendores, nuestros bárbaros le echaron el manto de sus lúgubres cavilaciones; mientras los viajeros esparcen hoy su espíritu evocando la grandeza antigua ante los monumentos imperiales, nosotros, en excursión por nuestro pasado, no tenemos sino una tragedia para extremecernos, un largo drama de sangre, de odio y de muerte para maldecirlos!

*
* *

Reanudando el hilo de la idea, observaremos que muchos radicales actuantes creen deliberar cuando disputan y tienen por grande hombre al que alza mucho la voz y se muestra valiente. Confunden la razón con el grito. Ha pasado el tiempo en que las ideas convencían por sí solas sin más vibración que la de una oratoria bien medida. El ruido vence al sonido. Aquel que habla de su honorabilidad lo hace con acritud, como si respondiera a una imputación. Aquel otro que blasona de probo ha sido sin duda compañero de Leoni. El apellido de un tercero es un caos fonético; pero ese, con justo recelo, huye de la prueba de identidad. Pero todos se atreven a tratar los asuntos públicos; protestan contra malversadores y logreros, y se presentan "como personajes de Plutarco".

Cuando la disputa estalla crúzanse los insultos y se crispan los puños; el gobierno plebeyo está entonces en el apogeo de su acción. El pugilato es el desideratum de la democracia del bajo fondo, porque a falta de ideas sobra de brazos.

Jamás hay pugilato por un negocio importante: nace de la nada, como el Caos. La insignificante biografía de un quídam es suficiente

para desarrollar esas tempestades infecundas. Si entrara Dios en el recinto aquellos hombres reirían a carcajadas. Gustan de lo pequeño y lo acumulan contra el adversario: las cosas ruines son los manjares del banquete a que asisten por obra de la varia fortuna. A mayor ruindad mayor dedicación: ¿no habló tres días seguidos cierto charlatán para cargar sobre las espaldas del régimen todos los crímenes de nuestra historia? ¿No se acaba de imprimir, en La Plata, semioficialmente, un grueso volumen lleno de sandeces, a guisa de corona fúnebre, en homenaje a un pobre hombre que tuvo la suerte de morir arrastrando la toga de una diputación regeneradora?

Los radicales prudentes, que comprenden estos males, no han provocado contra ellos la reacción saludable y oportuna; y los adversarios, arrastrados por la fuerza de las circunstancias, no pueden sustraerse a la influencia de las palabras.

Todo llega a su turno; todo tiene su hora, y esta es la del comienzo de la reacción de los injuriados contra los ataques de los injuriosos.

La "causa" injurió al "régimen"; volcó sopre éste, durante treinta años, cuanta blasfemia puede brotar de una lengua envidiosa; y ahora, colmada la medida, los ciudadanos que hoy asumen la defensa de las instituciones amena-

zadas, abren la campaña que habrá de destruír la demagogia radical.

Las armas de la "causa" son ahora las de los hombres que, atacados, se defienden : palabras contra palabras, ofensas contra ofensas.

Pues bien, esta reacción tan lógica como inevitable, sorprende a los injuriadores de treinta años, quienes, olvidándose de sus métodos, no los admiten en los otros. No sufren que los conservadores en el Congreso y la tribuna pública pronuncien discursos en que se ataque al Presidente de la República y a los diputados y partidarios radicales; y cuando aquéllos, en el Parlamento Nacional, analizan la obra del Presidente, acusándolo de tirano, la barra llevada ex profeso estalla en gritos de escarnio y arroja en la sala proyectiles y papeles insultantes.

En la sesión del 12 de Noviembre de este año (1919), en que se proseguía la del 7 del mismo mes para tratar el juicio político promovido por los Diputados Sánchez Sorondo, Moreno y Escobar contra el Presidente Irigoyen, uno de aquellos volantes decía así:

¡Injuriar al Presidente! ¡Sólo a torpes, sólo a necios, sólo a imbéciles — ocurrírseles pudiera cosa igual — sólo a infames mercaderes, a muñecos y a bufones — habitantes del fangal!

Los que tomaban el decadente estilo de Al-

mafuerte — poeta de la chusma, según él mismo se decía—y echaban al viento proceloso del odio político semejantes blasfemias, no se conocían a sí mismos, ni por sí mismo obraban: obedecían a orden superior, y salían — ellos únicamente — del fangal suburbano; eran la barra organizada por los que sienten en lo profundo de la entraña el espanto de la reacción de los hombres libres, el pavor de los que saben que en los pueblos la paciencia tiene un límite, pasado el cual la serenidad que espera se convierte al cabo en furor.

La paciencia que se acaba — esta paciencia que tenía visos de agonía de la dignidad cívica e individual de nuestro pueblo — es índice de vida nueva.

La paciencia que se acaba estallará en violencia, porque día a día fué acumulando disgustos y resentimientos; y hecha acusación hoy, acción viril mañana—porque va arrastrada por la fuerza del destino o por el designio de la justicia social—volcará quizá pronto, quizá tarde, ese ídolo enigmático y someterá, debe someter, a perpetuo silencio a la secta de los que no saben deliberar porque nunca supieron ser justos.

SEGUNDA PARTE

CARACTERES

CAPÍTULO I.

Los "Incontaminados"

> No hablo de conducirse mal, Miguel; pero yo soy un hombre precavido. Es verdad que pareces tan dorado como una serpiente que acaba de mudar de piel en primavera; mas esto no basta para que entres en mi Paraíso.
>
> WALTER SCOTT: *Kenilworth.*

Al iniciarse las diferentes administraciones radicales, las primeras figuras se presentaron alabando sus propias personas y salpicando sus alabanzas con los manchas del dicterio para los vencidos. El irritable genio del fracasado no hallaba paliativo ni siquiera en el momento de la satisfacción. El labio acostumbrado a zaherir, zahiere hasta en el momento de la muerte: el hombre mal educado jamás deja de serlo, aunque vista la púrpura de los príncipes. Cualquiera creería que porque el remendón sube las gradas de mármol del palacio cambia su torpeza

al llegar a la altura, y que quien es de la pasta de los ignorantes se torna sabio por asistir al aula magna de la Universidad.

No: la ley es otra, la ley es la de la identidad de sí mismo. Porque si hay excepciones, éstas no son la ley. Al decir así no niego el progreso: afirmo solamente que si el progreso es un hecho positivo, también lo es que consiste en una lenta y difícil ascensión. El ciudadano que no se educa en la escuela del orden, no puede aspirar a una transformación inmediata: es y será un inculto, y le está vedado el gobierno de los pueblos, porque el gobierno está hecho para la cultura de la educación y no para la siembra de la barbarie.

Sería tal vez útil analizar los diferentes discursos que han pronunciado las primeras figuras en la iniciación de sus actividades gubernativas; pero siendo conocidos, sólo fundaré y apoyaré mi análisis sin referirme a los textos publicados. Bien es verdad que los *discursos* son pocos, porque los hombres que acostumbran a esgrimir la injuria no saben manejar la razón: sus argumentos son adjetivos, sus razonamientos sofismas, eficaces en la plaza pública pero inadecuados en las salas del debate.

La esencia de las declaraciones políticas de los personajes que me sirven de modelo vivo

para esta descripción, sin duda complicada, es la de todo espíritu de valor mínimo que se expone ante el pueblo sin tener conciencia de la responsabilidad que asume. En ellas se dice que lo harán todo, porque lo que fué antes ha sido el producto del error y del abuso; aseguran que lo reformarán todo, porque los que antes pensaron, trabajaron y gobernaron, eran usurpadores de la "soberanía popular". En efecto, lo harán todo, lo reformarán todo, pero a la manera de los aprendices y los inconscientes incapaces de comprender toda la extensión, toda la fatiga que exigen en la vida las obras trascendentales.

Jamás esa suerte de personajes se negará a sí misma, porque la modestia declarada será para ellos la caída irremisible. Para mantenerse en equilibrio, necesitan apoyarse en las bases espirituales que hacen viable la figuración de los mentecatos; y esas bases son las que no se encuentran en las almas selectas. *La vanidad, el amor propio, la envidia, la perfidia, la suficiencia, la arrogancia, la infatuación, la desconfianza, el dogmatismo;* tales son esas bases espirituales, con las cuales se crean de vez en cuando las personalidades políticas en los tiempos de inmoralidad colectiva. En épocas de fortaleza espiritual rige la sinceridad, el talento, la acción creadora, el orgullo de las grandes concepcio-

nes, el florecimiento de las ideas bellas, la labor fecunda, la palabra elocuente, la bondad en la rectitud; en las edades decadentes prevalece la deslealtad, la medianía, la inactividad, la estéril pedantería; empalidecen las ideas artísticas, tartamudea el orador y los jueces dejan de distinguir en la fisonomía de los reos la sinceridad de la inocencia y la avilantez de la degradación.

Estos fenómenos no ocurren solamente cuando hay decadencia: suceden también cuando por diversas circunstancias cambian los hombres del gobierno, sustituyendo los inferiores a los superiores. En todo gobierno plebeyo aparecen las deformaciones del alma colectiva, porque en el fondo de las sociedades es donde se guarece el delito.

***

Nunca se ha hablado tanto de "probidad" como desde el 12 de Octubre de 1916. Desde ese día entraron los virtuosos en la sala de los réprobos.

La "probidad" de los radicales jamás había sido puesta a prueba, porque hasta entonces la llave del tesoro de la República no había estado en sus manos. Ellos tenían la virtud de

Camila y necesitaban de la curiosidad impertinente de Anselmo para saber hasta qué punto resistiría la virgen, "incontaminada" hasta el momento de la tentación. Cervantes debería vivir ahora para gozarse de su propia sabiduría.

Los "virtuosos" del nuevo gobierno se apoyaron, para hacer creer en sus "probidades", no en las propias, pues no las tenían, sino en la supuesta inmoralidad de sus antecesores. Era lógico que la masa adicta, enorme y confiada, habituada a clavar el dardo de la calumnia en el nombre de sus mandatarios, midiera la honradez de los nuevos por la inmoralidad de los antiguos, y que la "causa" apareciera ante ellos como un bruñido espejo porque el "régimen" se les mostraba lleno de manchas. ¿Quién, de primera intención, no supone virtud en el que nos habla con indignación de la mala conducta de tal o cual persona? Al punto no solamente le prestamos crédito, sino que tanto lo elevamos en nuestro concepto como rebajamos la fama del otro. La indignación supone censura de los actos ajenos, y no es verosímil, no es natural que sean censuradas las acciones honestas. Por eso fué fácil a los radicales vestir la toga blance de los Senadores.

La honestidad hablada atribuída a sí mismos en toda ocasión, sólo fué sospechosa para los

que sabían que quien se da de puritano a cada paso es porque necesita ocultar sus excursiones por la antesala de la codicia. Mi "honorabilidad", mi "escrupulosidad", mi "decencia", "mi nombre": a eso se reduce la honestidad del deshonesto; una formidable simulación, una trampa en que caen y han caído sinnúmero de cándidos en esta triste gesta republicana.

La palabra *virtud* ha producido ahora una profunda revolución en los asuntos públicos, como la palabra "integridades", que para la jerga significa el resumen de todas las excelencias, reconcentradas en la persona presidencial, inventor de la frase. Fué aquélla el título que se hizo valer en la propaganda para desmonetizar a los "oprobiosos" y hacer deseables a los "regeneradores". Pero los efectos reales fueron una enorme estupefacción de los cándidos y la confirmación de la sospecha en los conscientes y los desconfiados.

En efecto, los virtuosos se decretaron a sí mismos títulos de interventores federales, apoderándose de los gobiernos de provincia durante las vacaciones parlamentarias y se pusieron, *de palabra*, a investigar los desaciertos de los derrocados, sus dilapidaciones y dolosas combinaciones.

¡Con qué satisfacción veíase a *honorables* bribones revolver los archivos de aquel tan colosal

como supuesto escándalo de medio siglo, enorme cúmulo de prevaricación y robo! ¡Con qué fruición perversa contemplaban la caravana de acusados que cobardemente se sometían al escarnio de la burla! ¡Cómo se satisfacía el sentimiento público ante el espectáculo de tanta miseria moral, ante ese silencioso acatamiento a la acusación de los "incorruptibles"!

Hoy, por ejemplo, es la denuncia de que las tierras públicas concedidas a particulares durante largos años lo habían sido sin derecho y con transgresión de las leyes que las regían; mañana el examen de la inversión de las rentas de varios períodos; después la concusión y el peculado; más tarde malversaciones, compra de conciencias, faltas de delicadeza y cuantos actos son susceptibles de quebrar la vara frágil de la honorabilidad.

El público estaba atento ante aquellos jueces de las cosas pasadas, que en su afán de aparecer lo que no eran ni habían sido nunca, no vacilaban en crear para el país la fama de los pueblos degradados. Pero desde entonces hasta hoy el gobierno de los virtuosos no ha publicado ni uno solo de los informes en que sus interventores debieron consignar los resultados de sus acusaciones, ni uno solo de los balances en que necesariamente habrían de aparecer las "filtra-

ciones" de la renta, ni una sola de las pruebas que habrían de abrumar para siempre a los escandalosos del "oprobio" Y cuando algún informe fué imparcial y favorable a los acusados, permaneció para siempre oculto, porque no es conveniente para el que asegura un hecho falso la comprobación pública de su falsedad: desde ese día se vuelve contra él el dedo de la acusación; pero manteniendo el secreto se puede continuar por algún tiempo blasonando de catoniano.

Cuando algún nuevo mandatario, al recibirse de su empleo, ha hecho crítica del "régimen" pasado, preguntándose qué seria de nosotros en semejante camino, ha obrado inmediatamente en el sentido opuesto al de sus censuras, porque si el "régimen" iba aumentando los gastos públicos, él los acrecentó sin pérdida de tiempo.

Este sistema de simular *virtud*, echando sobre los demás la carga de las inmoralidades, justifica ante la mirada de la multitud inconsciente la múltiple y constante depravación. El robo de hoy se compensa con el robo de ayer; el tahur ahora se apoya en la trápala de su antecesor. Así se forma la jurisprudencia de la deslealtad; así se echa a rodar por los caminos de la infamia el carro de la fortuna entre las palmas de la vergüenza.

Los ladrones "virtuosos" no se creen ladrones porque roban, puesto que otros robaron antes: castigan el latrocinio en cabeza ajena y se sienten redimidos al cometer el suyo. Sin embargo, ascienden, precisamente porque se sienten moralistas, porque dijeron y aseguran al pueblo que habiendo sido esquilmado, ellos tenían por misión redimirlo. Tal es la creencia de la "redención" de nuestra República, de la "reparación institucional" que ha servido de lábaro a los organizadores del nuevo gobierno.

Ilegal y clandestinamente se manejan millones y millones, y cuando los diputados llaman a cuentas a los administradores, éstos callan, oponen evasivas o les niegan la palabra, arguyendo que no es acusable la malversación en un palacio "donde cada ladrillo es un escándalo administrativo." (1)

Así pues, porque se cometieron inmoralidades en la construcción del palacio, cinco, diez o quince años antes, no se reconoce al Congreso el derecho de pedir cuentas del manejo actual de la hacienda pública! Esta *siniestra puerilidad* hace del deshonor de ayer la absolución de las culpas de hoy. ¡Formidable extravío de la con-

---

(1) Sesión de la Cámara de Diputados deî 20 de Agosto de 1919.

ciencia, vértigo funesto en que se hunde sin remedio la concepción de la moral universal!

Esta *siniestra puerilidad* sella todos los actos del radicalismo actuante y todas las ideas de sus adictos. El maldecido "régimen" es así el asiento más firme de esa política de "dogmatismos absolutos" y de apotegmas enigmáticos, pero que han revuelto el orden espiritual de los individuos y trastornado el sentido común de nuestra sociedad. ¡Cosa extraña tener por base de la política un "régimen" sobre el cual se maldice; singularísima aberración que niega pertinazmente el único punto de apoyo de la acción presente!

Sin embargo, es así.

Se nos ofrece desde este momento la curiosa consecuencia de que el delito pasado es un enorme delito, sobre el cual pesa el anatema de la historia, y que el delito reciente es una acción disculpable. La justicia, que tiende al olvido de lo pretérito, cierra entonces los ojos al presente, lo disculpa, lo proteje, se hace su cómplice ó encubridora; y en cambio se anima de ardiente venganza contra lo que fué y que ya no puede ser objeto de sus sanciones. Su espada se hunde en el vacío, da contra fantasmas, y el buen pueblo parece satisfecho de semejante demencia. Es porque ha dejado la justicia positiva y eficaz

por el dogma abstracto, una cosa real y buena por una teoría sin sentido, pero en la cual cree como en las verdades no reveladas.

La simulación de la virtud da origen a los *impecables, a los infalibles y a los incorruptibles*, suerte de personajes ora ridículos, ora peligrosos, según la posición que ocupan. Hacen prosélitos y con éstos se forman un círculo de admiradores que, apoyados en el fetiche, entran a mansalva en el campo ajeno para devastarlo. La devastación se cumple en nombre de la infabilidad y de la más severa rectitud, y sólo caen de su error los que los admiran, cuando no quedan en tierra sino los despojos de sus desmanes, para caer ellos también en el derrumbamiento.

"De un extremo a otro de la Revolución—dice Taine—Robespierre será siempre, a los ojos de Robespierre, el único, el solo puro, el infalible, el impecable; nunca hombre alguno ha tenido tan constantemente bajo sus narices el incensario de sus propias alabanzas".

Es el tipo acabado de esa clase de convencidos cuya misión en la vida ha sido, pasado el largo período de oscuridad bibliográfica, dividir la sociedad en bandos y degradarla por el terror.

"Siendo él *la virtud*, no se le puede resistir sin crimen—sigue diciendo aquel autor. Interpretada por él, la teoría divide a los franceses

en dos bandos: de un lado, los aristócratas, los fanáticos, los egoístas, los hombres corrompidos, en una palabra, los malos ciudadanos; del otro, los patriotas, los filósofos, los hombres virtuosos, es decir, las gentes de la secta".

Este modo de ver condujo al Incorruptible a tener a los asesinos y a los ladrones en alta estima, organizando con ellos los tribunales sanguinarios que hicieron de Francia un inmenso cadalso y un infierno de persecución. La historia es demasiado conocida para insistir en ella.

En nuestro caso, *y por ahora*, los sectarios virtuosos no han organizado esa clase de tribunales, no porque carezcan de sobrados elementos para ello, sino porque es difícil transformar la organización judicial del país a su capricho. Pero hay una división política definida, causada por la teoría de la virtud monopolizada, que hace de la República dos bandos: el de los usurpadores, los egoístas y los corrompidos, opuestos al de los patriotas, los buenos, los honestos, es decir, las gentes de la secta.

***

Si la virtud se simula echando a la espalda de los demás la pesada alforja de la corrupción,

se disimula *la ineptitud* por la censura y apropiación de las obras ajenas.

El fracasado, incapaz de triunfar porque lo es de iniciar, proseguir y terminar nada que tenga valor, no vacila, como el falso virtuoso, en censurar a los demás, encontrando defectos, impropiedades y mala fe en todo cuanto se ha hecho hasta ahora. Así como el deshonor falsamente atribuído a otro, crea la *virtud* en el deshonesto, así también la negación de la aptitud ajena presta apariencia de capacidad a la ineptitud del que fracasa.

Es uno de los medios de engaño de que nuestro pueblo ha sido víctima.

El otro medio es aprovechar la obra ajena para presentarla como propia ante el sinnúmero de candorosos y de ignorantes de que está poblado el mundo.

El desprestigio de los demás, por una parte, y el plagio por la otra, son dos disfraces de que se valen los ineptos sin escrúpulos para ocultar su falta de aptitudes.

El árbol radical ha conseguido hacerse frondoso porque ha tenido por raíces esas dos formas de deslealtad: desprestigiar y plagiar. En épocas normales la calumnia y el plagio habrían hundido bajo el desprecio al más encumbrado de los personajes; pero ahora esas dos

máculas del honor son otros tantos títulos de dignidad.

Los mensajes dirigidos al Congreso, los proyectos de ley iniciados por el P. E. y algunas ordenanzas y reglamentaciones de la Intendencia Municipal de la Capital Federal, son, los unos, la expresión acabada de la censura a los hombres del pasado, y los otros una cosecha en campo vedado, cuando no la expresión de impropiedades jurídicas, concepciones de megalomanía delirante, simulaciones para esconder y disfrazar propósitos de codicia y de inmoralidad. Por ejemplo, el proyecto de impuesto a la renta y al trabajo no sólo convierte en materia impositiva la labor útil de cada persona, sino que instituye la inquisición de secretos de familia: los agentes del fisco entran en el hogar como los cuestores de Roma y los colectores del diezmo, para consumar la espoliación y dejar el rastro en la honra privada. La reciente reglamentación de la prostitución pública en Buenos Aires concede el monopolio del lenocinio a un limitado número de empresarios, con lo cual se fomenta el clandestinismo y la persecución callejera.

Al cabo de tres años de gobierno, la acritud de la expresión verbal de los mensajes es tan habitual que a ciegas puede asegurarse, sin verlo, que en algún lugar del texto aparecerá

el dicterio más o menos velado. Es una inquina incurable, un afán de echar lodo sobre los sepulcros, como si con ello se quisiera dar nueva muerte a los que murieron.

El dicterio tiene casi siempre la misma base abstracta, grata al populacho, que se mueve por el instinto y no es apto para el razonamiento.

"La acción desquiciadora ejercida en tiempos pasados por gobernantes refractarios al reconocimiento de la voluntad de los pueblos", es la frase de que se vale el P. E. en el mensaje en que propone la creación de la Provincia de Misiones.

Si hiciéramos la colección de la censura escrita oficial, llenaríamos un volumen. Para la historia que ha de escribirse, para la negra página de nuestros anales, bastará rememorar las frases lapidarias, ásperas y rencorosas con que ha afeado el Poder Ejecutivo los documentos oficiales en su trato con el Congreso y las agrupaciones políticas del país que no creyeron jamás en las virtudes y excelsitud de los apóstoles e inspirados del partido regenerador.

Los actos públicos que corresponden a la Intervención en Buenos Aires, por ejemplo, abundan en frases parecidas. Son la amarga hiel de los impotentes, la ponzoña que estremece los nervios del epiléptico. Esta, infiltrada en la san-

gre del pueblo, produjo efectos maravillosos; pero ahora el mal infiltrado quema las manos de quienes lo compusieron.

Al radicalismo en el gobierno no le conviene descubrir su cronica ineptitud, y debió necesariamente cohonestarla de alguna manera: dijo que haría tantas cosas y tantas otras y el pueblo permaneció embobado durante larga expectativa. Entonces aparecieron proyectos como simples enunciados: un banco agrícola, un puente de nueve leguas sobre el Paraná, una fábrica gigantesca en el Iguazú. Ni banco, ni puente, ni fábrica, aunque todo eso ya estaba, sin embargo, pensado hacía medio siglo. Pero el buen pueblo esperó el banco, creyó en el puente y en la electricidad venida desde trescientas leguas de distancia. Hubo incapacidad para hacer el articulado de la ley bancaria, fantasía en el puente monumental y una explosión de vanidad en el proyecto de canalización eléctrica. Porque la vanidad y la falacia van a menudo juntas por el camino de la ambición.

El plagio es la forma dolosa de los que carecen de equilibrio entre la ambición y la capacidad; echan mano de las obras ajenas, atribuyéndose la calidad de autores. Los proyectos de ley del Ministerio de Instrucción Pública son exhumaciones de otros que fueron propuestos años antes y que no recibieron sanción legisla-

tiva. Estas maniobras de fraudulencia intelectual llegaron inmediatamente a descubrirse, pero la publicidad de la apropiación clandestina no pareció avergonzar a sus autores.

La gravedad del caso no consiste tanto en el apoderamiento inmoral, sino en la aquiescencia del magisterio con el plagiario. Hubo algo más: hubo una exteriorización de entusiasmo por parte de los encargados de encaminar el carácter de los niños y los jóvenes hacia el campo de la virtud verdadera. Llevaron a sus discípulos hacia el acatamiento de la deshonestidad intelectual, y trazaron, o, mejor dicho, ahondaron el cauce por donde se van al mar, perdidos, los valores más preciosos del alma social.

¿Qué podremos esperar de una generación formada bajo la dirección inmediata de personajes que juegan con la buena fe para defraudarla? ¿Qué esperanza depositar en estudiantes que reciben de sus maestros enseñanza de aduladores?

Por eso la ineptitud que trata de disimular su indigencia exhibiendo obras usurpadas y que recibe galardón en vez de censura, es un atentado contra la dignidad de la Nación, acaso más inquietante que la dilapidación del tesoro, porque éste se rehace, y aquélla, una vez dañada, no es susceptible de compostura sino a costa de grandes calamidades.

CAPITULO II.

Arrogantes y dogmáticos

> *Don Hermógenes.*--Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxipo, Anaxándrides, Eúpolis, Antiphanes, Philípides, Cratino, Crates, Epicrates, Menecrates y Pherecrates....
>
> MORATÍN: *La Comedia Nueva.*

El análisis psicológico del radicalismo nos ha dado hasta este momento dos de sus más destacados caracteres: *la falsa virtud y la ineptitud disfrazada.* Penetrando más y más encontraremos nuevos temas de estudio.

Nos hallamos ahora sometidos al peso de *una arrogancia* sin ejemplo: "¡Yo, sólo yo, y nadie más que yo!"

Nada puede hacerse ni nada pensarse sin la intervención de ese genio extraordinario, cuya universal versación en los infinitos campos de la sabiduría, convierte a los demás en una muchedumbre de inconscientes.

El cerebro de la República se ha reducido al cerebro de aquel superhombre que se nos presenta silencioso unas veces, otras enigmático y siempre contradictorio.

La gente fácil a la admiración del misterio y el conjunto que se inclina a la explotación de todo poderío han llenado el templo donde el augur predice y el oráculo señala los caminos del porvenir.

En determinados momentos la República pareció sometida a la influencia de ese personaje que sin haber pronunciado jamás una palabra sincera, turbaba el curso de la razón y confundía el pensamiento de los textos legales. En ese instante el fastidio de Nerón habría incendiado la ciudad de Roma y ésta habría sido calcinada; al estupendo gobernante le habría bastado decir: ¡quiero! para que Roma hubiera ardido en sus siete colinas. Pero era demasiado prematuro ese fastidio que ataca a los grandes de la tierra: ¡había que dejar pasar, había que probar el halago y el disgusto de los poderosos antes de incendiar a Roma!

Los hombres se revelan por sus hechos y acaso más por sus palabras, como que la palabra es el espejo del pensamiento. Ni aun callando se deja de ver el fondo del alma, porque el callar es a menudo más elocuente que el decir.

Nuestro padre espiritual dice o calla, y no sabemos en tal alternativa qué es lo que más nos enseña.

Los admiradores y obsecuentes aprendieron en ambas escuelas, resultando hábiles y fieles discípulos: callan cuando lo creen útil y hablan como el maestro para vanagloriarse de sabios y virtuosos, con el objeto inmediato de humillar a los adversarios y despejar el campo de censores.

"Conozco todas las instituciones políticas que rigen a la humanidad en sus orígenes y desenvolvimiento". Así dijo, y la frase vibra entre la carcajada de los incrédulos y estremece la estultez de los sectarios con espasmos de religiosa admiración.

Desde el día en que el sapiente dijo así, el genio de Sarmiento dejó de resplandecer y el espíritu de Alberdi renegó de sí mismo. Esa frase vulgarizada ha infundido respeto: el elector radical no duda de que encierra una verdad suprema, y todo cuanto nace de su autor es precepto sagrado contra el cual rebelarse es cometer imperdonable irreverencia, una traición a la patria.

Después de eso lo demás es una consecuencia lógica, porque el conocimiento universal, en tiempo y extensión, de todas las instituciones humanas, explica todas sus jactancias.

Según ellas, *su probidad* es "la más nítida y pura de que haya mencion en los anales de la vida pública"; *su vida* ha sido consagrada "a un pensamiento de reparación *histórica*, indispensable para *restaurar* la nación en la plenitud de sus fuerzas y prerrogativas"; ha modelado su consagración en una definición de moral política originaria en sus concepciones ideológicas y de sus caracteres irreductibles", habiendo entregado a la nación "intacto y total cuanto *la Divina Providencia* le ha impreso en el alma y toda la irradiación de su espíritu en la efectividad de sus actividades"!

¿Del pozo de qué filosofía surge esta obscura y asombrosa petulancia? ¡Hé ahí al "impecable", hé ahí al mártir, al enviado providencial que en nombre de su moral política viene a restaurar la nación!

No es caso nuevo. Está regido por un "dogma" que se ha creado a sí mismo y en que han creído las muchedumbres y en que creen ahora únicamente *muy contados pero harto peligrosos personajes.* El "dogma", el "dogmatismo absoluto"—dicho sea de paso para usar de su propia frase—es una abstracción bajo cuya imprecisa y vaga vislumbre se confunde la verdad positiva. Parece ser que el dogmatismo absoluto supone un estado de confusión precedente en la política

de la República, una confusión que es necesario despejar.

Por los hechos acontecidos desde el día en que el "dogmatismo" empezó a imperar, debemos deducir que el pretérito desquicio se restauraría no por el ejercicio de la ley sino por su constante violación, y, que la acción restauradora en lugar de corresponder a los jueces, a los parlamentos, a los periodistas y a los maestros, sólo compete a la Divina Providencia aposentada en la sala minúscula de un cráneo deleznable. Porque si hasta ayer creíamos que el orden social se sustentaba por el ejercicio de la ley y que la libertad tenía por custodia la libre discusión y la enseñanza, hoy hemos de convenir en que el método es diferente, puesto que el "dogma" arremete contra mentores y jueces con la violencia de una intransigencia de inquisidores.

No es caso nuevo en la historia del mundo, aunque lo es para la nuestra, en cuanto a pueblo legislado. El dogma de la *Santa Federación* era también idéntico, pero entonces el pueblo carecía de legislación y podría explicarse la prepotencia de la arbitrariedad donde la ley no imperaba; pero ahora la arbitrariedad es un fenómeno monstruoso, porque a contar de 1853 la República está regida por la ley.

Cuando el dogmatismo jacobino echó su som-

bra sobre el suelo de Francia, la teoría en cuyo mérito la violencia sustituyó a la ley podría explicarse porque ese país estaba revolucionado; pero en un país donde se había producido el caso más extremo de libertad cívica, ninguna idea dogmática habría podido aparecer sin la presencia de un demagogo pertinaz, actuando en un ambiente saturado de descontento, y dispuesto, por lo tanto, a contaminarse rápidamente de las ideas de reforma.

El "dogmatismo absoluto" de que aparentan estar imbuídos los que se titulan intransigentes, es decir, los demagogos calificados y la suerte de secuaces que les sirven de brazo, no admite ley alguna y da contra sus defensores con el conocido furor.

"Dios mediante—clama el Presidente de los argentinos en su conocido telegrama al ex interventor en Salta, Doctor Jiménez Zapiola—no habrá poder humano que me haga desistir de la reorganización de todos los gobiernos ilegítimos, detentadores de la soberanía de los pueblos; ni tampoco en la reconstitución de los gobiernos *toleraré* el menor menoscabo de sus bases constitutivas".

El *no toleraré*, imperativo y duro, es el ¡queremos! de la plebe que encendía la indignación del patricio; es el ánimo impulsado por el de-

signio de mandar, que da contra todo lo que se le opone y que no cede ante ningún obstáculo. *No toleraré* que el vicio me cierre el camino; *no toleraré* tampoco que la virtud me detenga, porque no hay virtud como la mía, ni verdad como mi dogma, ni probidad, ni talento, ni integridad, ni principio capaz de levantarse contra mí! ¡Yo mando, yo gobierno, yo sé, yo soy! ¡Y ay de aquel que se atreva a contradecirme! "El que no está conmigo está contra mí". Y pues el dogma es todo, nada hay que valga fuera de él. Y cuando se infiltra en la conciencia de cierto núcleo el veneno de la agresión, se dispone la tiranía a la venganza y al castigo.

Si en épocas regulares un hombre apareciera en la plaza pública diciendo de sí mismo cosas admirables, sería corrido por la burla del vecindario, o tenido por demente digno de lástima; pero cuando la sociedad dispone sus sentidos hacia el desorden, la demagogia o la revolución, aquel tonto puede hacerse reo o pontífice y pasear su figura de iluminado bajo el palio de la ignorancia entusiasmada. El histrión ha vencido entonces y la sociedad es desde ese momento un tablado de ignominia.

El dogma inflexible es, sin embargo, la fuente más fecunda de contradicciones. Los hechos actuales son la prueba de esta verdad.

El dogma dice, por ejemplo, que la ley prohibe disponer de los fondos públicos como si fueran propios, porque lo que es del Estado no es susceptible de disposición privada. Pero el que lo practica declara que él maneja el dinero público como si fuera propio, y lo dice con formidable aplomo. No tiene, en consecuencia, obligación de publicar las operaciones reservadas, ni justificar sus manejos, ni rendir cuenta a nadie de sus actos: él, que es todo probidad, no puede ser sospechado de malversación, porque aquélla todo lo cubre, y ha de contentarse el pueblo con ella. (1)

Después de un largo período, la Provincia de Corrientes consigue darse un gobernador, y aunque el gobierno federal hizo de aquélla un feudo, advierte al nuevo mandatario que éste "debe pasar los atributos de su gobierno a su sucesor legítimo, con *la misma pureza democrática* con que lo recibiera". (2)

La *pureza democrática* de que blasona el dogmático, y que es en sí una amenaza, ha convertido, a su vez, a Mendoza en una región donde la prepotencia del espíritu gaucho se sobrepone

---

(1) Declaración del Ministro Salaberry en el debate sobre las transferencias a oro; Agosto de 1918.

(2) Telegrama al Gobernador Contte, de 22 de Agosto de 1919.

a todo principio constitucional y a los derechos individuales. En esta Provincia un hombre alzado contra sus conciudadanos es impuesto por el gobierno federal contra el clamor de unánime protesta y no obstante las denuncias multiplicadas de las personas más calificadas. Pero allí vibra el *¡queremos!* contra maestros, publicistas y jueces; allí la soberanía de los pueblos se reduce a la amenaza del brazo que ordena, llegando en su ciega decisión a los extremos de privar la libertad a quienes no han sentido en sus venas la ponzoña del dogmatismo. (1)

Maestros, publicistas y magistrados son los enemigos del pueblo para los del dogma: como que si es este la panacea de la *democracia*, los que no la aceptan vienen necesariamente a ser detractores y destructores de la democracia misma. Con esta teoría, sostenida por la fuerza de que disponen, los gobernantes pretenden, en realidad, pasar los atributos del gobierno a un sucesor de su hechura, y en modo alguno observar en la futura elección los procedimientos republicanos. El continuar mandando es el secreto, y pues no es posible confesarlo, se inventan el dogma y la probidad, impresionándose al pueblo con expresiones indefinidas.

---

(1) Caso de los maestros encarcelados durante la huelga de 1919.

El dogma de la pureza democrática, que encierra en sí tanta arrogancia como odio y tanta intransigencia como deslealtad, ampara a los creyentes y persigue a los réprobos, e invierte los términos del orden social y político. Todo cuanto hay de regular en la vida del Estado sufre las más inesperadas transformaciones, desde la ley hasta el reglamento, comenzando por desconocerse ante todo el fundamento mismo de la democracia republicana, precisamente porque en ella no existe ningún dogma, a causa de que éste es su absoluta negación.

Como el buen sentido no puede desaparecer, aún en los momentos de mayor confusión, los creyentes *del infalible* quedan al poco tiempo reducidos a mínima expresión, pero con un poder de acción disolvente enorme, en razón de haber ocupado posiciones públicas. Posiblemente ahora es mucho más considerable el buen sentido que el dogmatismo, pero, sin embargo, el país sufre el peso del principio abstracto, tanto porque padece de indiferencia, irresolución o sensualismo, cuanto porque, depositado el poder del gobierno en pocas manos, éste se aprovecha de aquella debilidad para mantenerse por medio de los sectarios de los comités, de los mercenarios de las policías y de los tribunales corrompidos.

Los jacobinos fueron una mínima parte del pueblo francés, y consiguieron, a pesar de ser pocos, tiranizar la Francia en la más trágica forma imaginable; y actualmente, en la Europa Oriental, un puñado de fanáticos consuma, en nombre de la igualdad social, la más odiosa de las catástrofes, y aun consiguen llevar la perturbación de sus doctrinas a todos los países de la tierra.

Los jacobinos se apoderan de la Convención, los maximalistas de los ejércitos, y aquí, los radicales, de todos los elementos de que pueden disponer los gobiernos. El jacobino tiene por dogma la *soberanía popular*, en cuya virtud el pueblo, de que ellos se arrogan la total representación, con exclusión de los demás, hace y deshace a su antojo; el maximalismo se apoya en el principio de *igualdad* de los hombres, cuya práctica es el despojo y el martirio de las clases ricas, en exclusivo provecho de los proletarios; y el radicalismo *en el gobierno*, tiene por motor la *pureza democrática*, más bien dicho, la *libertad electoral*, porque para su mentalidad primitiva la libertad consiste en organizar gobiernos para su beneficio.

Pero todos son un grupo pequeño, una tiranía irresponsable y por eso temible. En nuestro país no habría sido fácil organizar esa tiranía bajo la invocación jacobina o maximalista, por-

que las condiciones sociales no son adecuadas para esa clase de abstracciones; aquí sólo prende la semilla de la *política*, y nada más propio como invención dogmática que la *libertad de sufragio*.

El dogma, pues, se reduce a organizar para sus creyentes, sólo para estos, la máquina de mandar, y bien sabemos que la máquina de mando es la que siempre ha segado la mies de la justicia y preparado el terreno de la guerra.

CAPÍTULO III.

Doctores y Maestros

—Los autores que escribieron esas obras, dijo Lambourne, no se imaginaban en qué manos iban a caer.

—Ni para qué habían de servir, añadió Fóster. Mi cocinera no se vale de otra cosa para raspar las ollas, ni mi criado para encender el fuego.

WALTER SCOTT: *Kenilworth.*

El hombre mediocre odia o desprecia las altas calidades porque las envidia en razón de que no las puede alcanzar. Pero la instintiva comprensión de su inferioridad lo impulsa a apoderarse de aquellas y cae en la usurpación de títulos.

Este modo de ser ofrece formas diferentes. Desde que el gobierno invadió las casas de gobierno sorpréndenos ver aparecer en todas partes una suerte singular de *doctores* sospechosos compartiendo funciones de alta significación con camaradas cuya indumentaria, aspecto físico y conducta los individualizan inmediata-

mente. Esos términos opuestos confúndense en ostensible maridaje.

Al observar este cuadro surge la sospecha de la legitimidad del título del *doctor* y la duda íntima del estado moral de las Universidades. ¿Será aquél un abogado verdadero o un falsario? ¿Habrá caído la Universidad en tal extremo de degradación hasta hacer del patán un defensor del derecho y de la justicia un árbitro?

Por lo pronto hay un doctorado desconocido; nadie sabe de dónde viene, ni él lo confiesa jamás. En el caso más simple se muestra irresoluto, apela a la evasiva, se esconde en su despacho, cuyas cerradas puertas significan para el público una solemnidad propia de la majestad entregada al afán de problemas trascendentales. Aquel quidam es un genio para el criterio popular, un orgulloso para el susceptible o un simulador para la sagacidad del psicólogo. Por lo común no es sino un audaz que se apoya en el escabel de su cinismo, uno de esos lobos harto conocidos en la política y en las esferas de las administraciones gubernativas.

Grande o pequeño, según la suerte de su destino, su influencia en ambas actividades se deja sentir desde el instante en que la fortuna les tiende la mano para sacarlos de la sombra en

que han vivido. En el campo de la política se hacen voceros de los "principios" y "postulados" con que la plebe delira, y sus proclamas sirven a la incitación de las bajas pasiones.

Cuando se atreven a tocar el delicado instrumento de la ley, sea para interpretarlo, sea para modificarlo, este se destruye. Al entrar en las legislaturas, ya insolentes, ya tímidos, la ley se extremece y espera su inevitable tormento, cuando no la agonía. El que fué procurador en el último pueblecito de campaña, urdidor de pleitos pequeños en la tenebrosa audiencia de la justicia de barrio, el que fué verdugo del pobre y azote de huérfanos y viudas, sale vestido de senador, padre de un pueblo sometido a la férula de los irresponsables.

De tal fuente de pestilencia moral brota el abundante venero de podredumbre que mancha el cuerpo político de nuestro país y que exige y exigirá durante largo tiempo el trabajo afanoso de los higienistas de la ley y del orden para sanearlo.

Aquellos personajes, cuya identidad misteriosa es cuidadosamente oculta por ellos mismos mediante la destrucción de los rastros bibliográficos conservados en los archivos de la policía, imprimen el sello de su prosapia hasta en la blanda alfombra de los salones a que el

pueblo los empuja, y convierten las mesas del estudio en testigos de sus maquinaciones. El negocio más o menos confesable, concebido por el desenfreno del interés, pasa sobre toda consideración respetable, y el modesto procurador de alcaldía hecho "doctor" de un día para otro, se hace caudillo en su pueblo y diputado en la ciudad.

Los falsos doctores y los malos maestros actúan bajo la protección de los poderosos. Ellos, con los universitarios segundones y los togados inteligentes pero corrompidos, constituyen el alto plano de la administración organizada por los autócratas. La justicia, la construcción material y la enseñanza pública, cuanto la actividad jurídica de la administración, han caído en la celada de los comités radicales.

Cuando, por ejemplo, un consejero letrado de autenticidad y moralidad dudosas pone mano a su tarea, cree ver en cada asunto una incógnita irresoluble y al mismo tiempo una incógnita despejada: la primera es la cuestión legal para él indescifrable porque no la entiende; es la segunda su provecho ilícito manipulado por el cohecho. La víctima espera despacho durante largo tiempo; pero el "doctor" estudia, y pues la cuestión es delicada, el "doctor" aparece como hombre prudente defensor escrupuloso de

los intereses fiscales. Hé aquí de qué modo la ignorancia o la mala fe se muestran con la aureola de la virtud; hasta que, descubierta la superchería, pero sin poder acusar, la víctima se entrega impotente. Idéntico proceso del que para prostituir pone asedio a la debilidad. La defensa del débil es casi siempre vencida, tanto más fácilmente cuando la conciencia social pierde su rumbo.

Los falsos y malos doctores, al invadir los palacios de la justicia, son más destructores de la moral pública que las invasiones armadas entregadas al despojo. Una invasión dura poco; mientras que el entronizamiento de malos jueces importa una irresponsabilidad a largo plazo. El bandolero de la encrucijada sabe que tras de sus desmanes vuela el castigo y que debe buscar la impunidad en la huida; pero el juez o el dignatario arbitrarios saben que pueden consumar sin miedo el mayor delito porque impunemente aquel convierte la queja en desacato y este merece pena. De ahí que tras el juez delincuente vaya la protección social y que en pos de la víctima corra el castigo: un funesto trastrueque de valores.

Causa estupefacción observar el *modus operandi* de aquella clase de funcionarios. Muchos de ellos, al comparecer ante las Cortes no va-

cilan en atribuirse la paternidad de teorías jurídicas ora gastadas por repetidas o tan peregrinas que cuesta convencerse de que hayan surgido de cerebros equilibrados. Hablan diciendo "mi tesis" "mi teoría" y están posiblemente convencidos de que las han inventado.

Los universitarios de títulos sospechosos son abundantes. Por buena fe poco se investiga la legitimidad y hasta la existencia del diploma; y así, al amparo de esta tolerancia, hoy hacen valer calidades que no tienen muchos audaces que si alguna vez visitaron las aulas casi nunca las frecuentaron hasta llegar al doctorado.

El título de doctor es en los países democrático-republicanos, el sustituto de los títulos nobiliarios: los condes en ellos son los doctores. Estos ejercen influencia en la política, pero la política muchas veces no se detiene a examinar las calidades. Ahora la *noncuranza* es extrema, y sus efectos han salido a la superficie. Lo que podría ser útil a la moral elástica del electorado ha sido aplicado en la administración; de ahí que el leguleyo agitador de masas populares a fuerza de oratoria huera y sonante se crea con atributos suficientes para manejar los más delicados negocios públicos.

***

Los falsos y malos abogados, no son los únicos que hacen valer sus títulos ficticios o mal adquiridos: por otro rumbo llegan los falsos y malos maestros. Estos son buenos factores electorales porque por su posición y dispersión en el vasto país influyen en el conjunto.

Mal pagados y peor considerados ceden por el dinero de cada mes a las imposiciones de quienes los gobiernan, o son sustituídos los mejores por cuantos se disponen a medrar a su sombra. El comité invade la escuela, le imprime su sello, la somete a su desorden; en una palabra, la desnaturaliza y, por lo tanto, la destruye. Una escuela corrompida es más peligrosa para el bien social que una escuela vacía: ahora tenemos la primera, y algunas otras van cerrando sus puertas.

Ha llegado el mal hasta el punto de pretender convertir la primera escuela de una gran Capital en asilo de vagabundos; esta época es, en efecto, la de la hegemonía de los holgazanes. El caso de la gran escuela propuesta para cárcel de vagos y degenerados es objeto de un proyecto de ley hecho para impresionar al pueblo bajo pretendido amor al desdichado.

Porque ahora para nuestros gobiernos tiene más poder social el individuo peligroso que el educando, en razón de que el niño que estudia es un factor electoral negativo.

Si hay una escuela de donde emigrarán dos mil niños de ambos sexos para alimentar, en cambio, a cien degenerados, hay un colegio nacional, el de Chivilcoy, donde el comité radical irrumpe con violencia y lo asalta como si fuera un reducto enemigo: once profesores desafectos a la "santa regeneración" son sustituídos por individuos de aquél, iletrados y desconocidos, y el establecimiento, revolucionado, se clausura.

Los estudiantes declaran en un telegrama que "una banda *capitaneada por el Vicerrector* asaltó el colegio en momentos que los alumnos protestaban contra la intromisión de la política en la enseñanza". Tal escándalo sucedió el 1º de Setiembre de 1919. Este vandalismo pone en actividad al telégrafo, pues el Presidente de los Argentinos es felicitado por algunos vecinos, altamente satisfechos de la regeneración de las escuelas nacionales bajo la bota del *comitastro*, permítaseme la palabra.

La ciudad de Mendoza es objeto de castigo y odiosas humillaciones por el miedo que infunde la ilustración a todo espíritu autoritario. Allí

reina la guerra social; allí se reproducen, agravadas, las escenas del año 40.

"Continúa detenida la maestra Angélica Mendoza" — anuncia un telegrama del 6 de Octubre, publicado en "El Diario" de Buenos Aires. "Dícese que como en un discurso pronunciado en Godoy Cruz aquella manifestó que los lencinistas eran unos eunucos, se hizo entrar al calabozo donde fué alojada a un agente completamente desnudo".

Como la mujer, para tantos, es simple carne de placer, dispónese de esa carne no por la seducción sino por la fuerza pública. Las mazmorras de policía son salas de violación y de escarnio. Mayor barbarie, imposible. Por eso hay guerra social en este país; en Mendoza porque se viola y escarnece, en Buenos Aires porque se sufre y se calla todavía; pues hay guerra desde el mismo día que la indignación agita el pecho de cada hombre aunque no se manifieste en el conjunto por actos definidos.

Dos meses después uno de los "profesores" nombrados para el colegio de Chivilcoy aparece turbando la paz escolar en Corrientes. La mano que lo arma en aquél lo lleva a ésta.

Es la mano de *la razón de estado.*

Porque *la razón de estado*, que fustiga y humilla a los pueblos durante siglos, ha sustituído a la razón de justicia.

La razón de estado, muerta desde 1852, vuelve a amenazarnos, y nos sorprende.

En efecto, los estudiantes de la Universidad de La Plata que invitan al Presidente de la República, (1) el 13 de Noviembre de 1919, para darle cuenta de la huelga universitaria—reproducción de las de Córdoba y Buenos Aires—oyeron de aquél la invocación de *la razón de estado.* "El señor Irigoyen — dice *El Argentino,* de La Plata (14 de Noviembre), — explicó extensamente su concepto sobre la autonomía universitaria, manifestando *que es contrario a toda intervención*: sólo podría enviarla en el caso de que la Universidad se encontrara acéfala, y *ello sería por una razón de estado.*

En 1918 la Universidad de Córdoba cae también en manos de los comités a los gritos de

---

(1) El Presidente recibe a los estudiantes, y éstos visitan al primero, sin que por *la ley* ni por la necesidad estén autorizadas tales conferencias. Los estudiantes, que protestan de toda disciplina, buscan, sin embargo, la disciplina absoluta de un mandatario ostensiblemente inclinado a cerrar al pensamiento y al libre albedrío todos los caminos de la libertad.

Los estudiantes quieren libertad y la van a pedir nada menos que al inspirador de los desmanes de Chivilcoy, de Corrientes y de Mendoza, en lo docente, y al autor directo de las intervenciones provinciales, que han destruído la organización federal. Es difícil entender tan enormes antinomias: sólo son explicables en estados de alma sometidos al vaivén de la anarquía. *Esto es lo más grave de la hora presente; es un vaticinio sombrío para la felicidad pública del futuro.*

democracia y progreso: desde esos días en aquella casa los papeles cambian porque rector y profesores obedecen y disponen los alumnos: hase conseguido la libertad por un momento; al día siguiente reina el libertinaje. El miedo invade el alma del profesorado ante el alzamiento del cinismo y de la holganza. Tremendos efectos de un cambio de valores sociales que nos empujan hacia el abismo del desorden y de la degradación.

Si seguimos la marcha de nuestra regresión moral recorreremos el país entero y veremos de qué modo en todas partes invade la corriente subterránea con empuje funesto.

Sin apartarnos del asunto vemos cómo en Mendoza, en Buenos Aires, y en donde quiera que miremos, se consuman los hechos distintivos del actual estado moral de nuestro pueblo. Los maestros sufren hambre (1) y las maestras el asedio de su pudor y dignidad hasta dar en la prisión. Acabo de recordar el caso de las maestras de Mendoza encarceladas bajo la acusación

---

(1) En Santa Fe los maestros no reciben sueldo durante más de un año.

En Mendoza Lencinas cierra cincuenta escuelas, porque el tesoro no está en condiciones de sostenerlas; pero "los amigos" de la Legislatura se aumentan las dietas. El analfabetismo fortalece la "democracia" bajo el amparo del secreto del voto: ¡hay, pues, que fomentarlo!

de haber caído bajo el imperio de la titulada ley social: fué una hornada de mujeres como tiempo antes, en Corrientes, lo fué de electores.

La tiranía no respeta ni los templos, ni los hogares, ni bandera, ni insignia, ni derecho, ni ley; no tiene más dios que su furor destructivo ni otro talismán que la amenaza. Cuando esta se alza contra las mujeres que enseñan es porque la bandera de la patria ha sido arriada de su torre; y al ver que ante tal espectáculo la conciencia pública no estalla en indignación sentimos que el miedo colectivo, al echarse sobre todos, está a punto de ahogarnos bajo el peso de su omnipotencia.

Cuando la educación cae en manos del comité las casas de estudio dejan de ser escuelas para convertirse en lugares de orgía.

Todos sabemos que, dado el sistema docente que nos rige, hombres y mujeres comparten el magisterio, con la particularidad de que siendo estas en mayor número, la educación de los varones les está en gran parte encomendada. En épocas de equilibrio el mal de este dominio de la maestra sobre los varones consiste en que el carácter se debilita porque el alma femenina no alcanza en la escuela a formar caracteres varoniles. En épocas como la actual ese mal se suma a otros muchos: comienza la indisciplina, y la falta de respeto

por la maestra se convierte en falta de respeto por la mujer: desde ese día hay menos maestra y más mujer; por tanto, desde entonces, no hay buena escuela. El ascendiente natural del hombre sobre la mujer hace que esta se vea sometida como tal a la pasión y como maestra a los directores, y que en ambas situaciones, abierta la persecución, caiga en manos del perseguidor.

Podría suponerse que tan menguada lucha de necesidades, instintos y pasiones tuviera por teatro las escuelas lejanas donde el desamparo de la soledad y la amenaza de la pobreza cercan la escuela, como a la choza aislada los lobos y los bandidos. Pero la tragedia silenciosa tiene actores en las mismas ciudades porque la disolución moral comienza siempre en ellas y hoy está en ellas amparada por la política.

Hombres desconocidos, con títulos falsos o adquiridos malamente, refugiados en los comités, son maestros, educadores y mentores, y pasan sobre las instituciones docentes no como una ola de sangre sino como una ola de pestilencia.

¡Lastimoso dolor el ver de qué manera los dignos educadores van siendo sustituídos día a día por los recién venidos! Hoy uno, mañana otro, vuelven a sus hogares despojados de autoridad, disminuídos en significación, abandonando el trabajo nobilísimo de educar y enseñar en las manos incansables

de politicastros sin fe, ni ley, ni Dios. ¡Con qué angustia asistimos al retiro forzado de una maestra respetada y la llegada de una mundana conocida! ¡Con qué amargura oímos el adiós de la primera y la palabra de triunfo de la segunda!

Esta decadencia no es de hoy, porque el mal es demasiado profundo para atribuirlo íntegramente al gobierno del comité; seríamos en ello injustos; pero el hecho real es que el comité ha concluido de manchar lo que empezaba a mancharse y terminado de destruir lo que amenazaba ruina.

Estos hechos son los síntomas inquietantes del malestar social del presente; pensar en ellos para combatirlos es tarea sagrada, pero mientras no sople el aliento vivificante de la dignidad en el alma social serán vanos todos los esfuerzos.

El P. E. Nacional dictó el 13 de Agosto de 1919 un decreto por el cual se reclama el concurso de los vecindarios para contribuir a mejorar las condiciones de vida de los alumnos, a dotar a los institutos de edificio propio, a ensanchar los gabinetes y plazas de ejercicios físicos; fomentar las bibliotecas e intensificar la cultura.

Ese decreto es virtud engañosa, palabras desmentidas por los hechos: quince días después se consuma el asalto a mano armada en el Colegio Nacional de Chivilcoy, y poco antes las cárceles mendocinas guardan a mujeres indefensas.

El caso del Colegio Nacional de Chivilcoy merece más detenido examen; será en nuestra historia uno de los ejemplos más destacados de la intromisión de los comités políticos en la educación pública. En este colegio penetran violentamente ciertos individuos de un comité organizado para servir la política del Presidente, empeñado en dominar y vencer la resistencia que le opone el Gobernador de Buenos Aires. El asalto tiene por fin poner en posesión de cátedras a once personas de antecedentes oscuros, en sustitución de otros tantos profesores. Algunos diarios han publicado la biografía de aquellos desconocidos, y son, según ella, ex estudiantes reprobados, los unos, tipos "de acción" los otros y todos faltos de título profesional.

Este ingrato episodio nos ha ofrecido un nuevo documento presidencial, interesante como dato para el estudio de su mentalidad y su conducta. Unido a sus dichos literarios conocidos, servirá en lo futuro para que el historiador y el psicólogo las analicen sin error.

El documento es la declaración siguiente, hecha al Presidente de la Federación Universitaria Argentina el 12 de Setiembre de 1919.

"*No es un obstáculo para desempeñar una cátedra el ser menor de edad, porque yo mismo, a pesar de haber vivido constantemente sobre los libros, no sé*

ahora más de lo que aprendí hace veinte años, excepto lo que me ha enseñado la experiencia".

¡Un hombre que ha vivido cincuenta años *sobre los libros*, y que no ha aprendido nada, conoce, sin embargo, por su dicho, *todas las instituciones de la humanidad en su origen y desenvolvimiento* y se atreve a gobernar la República!

Esta sabiduría espontánea ha producido sus efectos: los citados en este capítulo, y, por los acontecimientos que se suceden de continuo, la anarquía escolar, la "democratización" funesta de las Universidades, es decir, la indisciplina de los alumnos ante la desorientación y desmedro de los profesores. Así se prepara una generación disoluta: una amenaza, que ya es un presagio.

CAPÍTULO IV.

Violentos y aduladores

—¡Abajo Constancio! —interrumpieron los legionarios. ¡Abajo el fratricida! ¡Tú eres nuestro emperador! ¡Gloria a Augusto Juliano, el invencible!

MEREJKOWSKY: *La Muerte de los Dioses.*

Una de las manifestaciones características del partido es la violencia en todos sus aspectos: la verbal y la de hecho, la palabra y el golpe. Es uno de sus privilegios, eficaz un tiempo, en definitiva una de las causas que lo abatirán irremediablemente, no sólo porque tras del insulto y el golpe viene la reacción, sino también porque siendo la violencia un impulso ciego, tarde o temprano se vuelve contra sí misma.

Revolucionarios por naturaleza, altivos, inadaptables a la benignidad de la tolerancia y de los dictados de la ley, organízanse para revolucionar, acrecen en número para turbar el orden y, dueños al fin del poder, subvierten el poder mismo, que de moderado se hace agresivo.

Toda idea de equilibrio se quiebra u oscurece ante el instinto de la violencia, llegándose por ese camino a extremos inconcebibles. Los violentos, mezclados a los virtuosos, ya descriptos, gobiernan contra el Estado y el orden social, porque siendo el Estado y el orden las vallas opuestas a sus ideas y sentimientos, ven en ambos dos obstáculos que los irritan.

Es posible concebir un estilo revolucionario en las proclamas y discursos de los comités, mucho más cuando la composición de estas asociaciones se hace con elementos inferiores descontentos siempre y siempre dispuestos a salir de su centro natural; pero lo que no puede menos de causar asombro es ver de qué manera aquel estilo se imprime en la documentación oficial desde la más inferior hasta la más elevada.

La impaciencia, el menosprecio, la iracundia, gradaciones sucesivas de una misma pasión, rayan el papel donde se vuelca el rencor, porque la pluma no sabe correr suavemente sino que pasa hiriendo.

Esos documentos constituyen la expresión de un estado social característico: el estado de agitación de los inferiores, animado del deseo de destruir o vencer a cuantos se oponen o puedan probablemente oponerse a su dominación defi-

nitiva. Gobernantes y gobernados gustan del deleite de la venganza: la lengua y la pluma, incansables en la ofensa, clavan sin medida sus saetas invisibles en el oído que escucha, en el papel que dicta órdenes y en el periódico difamatorio.

Los hombres que triunfaron el 12 de Octubre de 1916 dieron curso a la incontinencia del lenguaje, no sólo en las publicaciones diarias—que de ella se tenía ya viejos ejemplos—sino en las peticiones particulares ante las autoridades administrativas y los magistrados. La justa medida de la expresión, la cultura del decir en el pedir, que había sido una conquista de la buena crianza, alteráronse de un día para otro por una irrupción de heraldos de la mala educación en franco alzamiento contra los menospreciados gobernantes y empleados del "régimen".

Desde ese día oficinistas y jueces hubieron de leer escritos insolentes de gentes desconocidas arrebatadas del delirio de regeneración, en pleno ataque contra concusiones y otros delitos de que no tenían conocimiento definido, pero que, en su exaltación sectaria, agrandaban desmesuradamente. Aprovechábase la más insignificante coyuntura para deslizar entre frases alabanciosas a los nuevos gobernantes el veneno sutil de la sospecha contra la honorabilidad y la buena

fama de un funcionario cualquiera, sabiendo que, cambiado el "régimen", la "causa" era garantía de impunidad y hasta probabilidad de protección.

Buen número de gente sospechosa, que había vivido hasta entonces al margen de la sociedad, y abundante copia de necios y desconocidos echaron mano del papel sellado para volcar en él la torpeza de sus apetitos subalternos con desmedro de la dignidad ajena. La huella del comité subía hasta el salón dejando por todas partes señales de su paso.

Las peticiones reveladoras de la malignidad plebeya son las menos fundadas en cuanto al derecho reclamado; más aún, casi en su totalidad son inconducentes y hasta dolosas.

Hay en las oficinas públicas ciertos asuntos a que se da el nombre de *fósiles*, porque ya por complicados,ya porque contrarían la ley y la moral, permanecen durante años y años a la espera de una resolución que no llega nunca. Pues bien, esa colección de *fósiles* empezó a moverse inmediatamente después del gran día del triunfo electoral al conjuro de palabras consagradas, la "causa", la "reparación", la "probidad más nítida", varitas mágicas de la hipocresía con que se ha pretendido catequizar y se ha catequizado al pueblo, y que luego han seguido sirviendo de ganzúa.

Abogados, procuradores, merodeadores del foro; comisionistas y corredores, merodeadores de las arcas públicas; traficantes del perdón, que mediante buena paga hacen girar la llave de las prisiones para devolver a la sociedad lo que la justicia proscribió; penetran en tribunales y gabinetes administrativos para remover el osario de los pleitos dudosos y hacer de los huesos viejos instrumentos animados de lucro bajo el amparo de complacencias y complicidades de calificación bien clara. ([1])

Abogados y procuradores oscuros se hacen paladines de la Santa Regeneración institucional, cuyo adalid mayor es "el Supremo" y cuyos heraldos segundones escalónanse desde cada gobernador hasta el último sirviente, puesto que desde el más encumbrado hasta el más humilde, desde el gran señor hasta el criado visten todos la púrpura de la "más pura y nítida probidad".

El empleado del viejo régimen que había informado en los viejos expedientes, dictado resoluciones, producido dictámenes, caía bajo el

---

(1) El tráfico del perdón es el negocio de unos pocos personajes de alta categoría, consistente en iniciar y tramitar el indulto de los criminales. El público sabe quiénes son, cómo maniobran y hasta dónde se enriquecen. Aseguran personas fidedignas que un solo negocio de esta índole costó al indultado la suma de 450.000 pesos.

azote del improperio o bajo la sombra de la sospecha; y así, desde el día del cambio de valores, el funcionario de ayer, generalmente práctico y honesto—sin que esto importe hacer de todos una clase de impecables—hacíase blanco de perversas suspicacias.

*
* *

Los nuevos empleados salidos de los comités de la "causa" llevaban consigo las taras inconfundibles de la violencia y la codicia de que habían surgido; trasladaban a las oficinas el voceo de su cínica intemperancia tratando de obtener con imprecaciones lo que jamás obtendrían con razones. ¡Y lo han conseguido!

El método de la imprecación, puesto en práctica por los energúmenos del comité, hizo la presidencia de la República, volcó las intervenciones sobre las Provincias y alteró, con daño de ellas, las costumbres cultas de la burocracia en todo el país.

Palabras clamorosas dan el triunfo al Presidente, porque es sabido que en la asamblea que lo ungió candidato un reducido grupo, con la complicidad del mayor número, impuso ese nombre entre vociferaciones y amenazas. Es sabido

también que la intervención en Buenos Aires, aunque decidida de antemano por la voluntad presidencial, que no necesita consejos ni advertencias de nadie porque está guiada por sí misma con menosprecio del Parlamento y de la opinión de los demas; es sabido que aquella intervención, repito, fué decretada pocos días después del telegrama que le dirigió un comité amenazador, donde se decía al Presidente que si no decretaba la intervención los firmantes no responderían *de la indignación de un pueblo desesperado.* (Abril de 1919). Claro está que "el pueblo desesperado" no era el de la Provincia sino el electorado famélico, desesperado efectivamente de que siguieran ocupando el poder los contrarios: era el suplicio de Tántalo que ve correr el agua a un palmo de la boca sin poderla beber.

El populacho gusta extraordinariamente de las explosiones oratorias detonantes y cuando se siente halagado por los gobiernos no pierde ocasión de desbordarse. Los políticos "hábiles" saben cuán fácilmente vibra esa cuerda del alma popular y la tocan a menudo. En aquella ocasión la frase "pueblo desesperado" produjo mucho efecto, como que su autor consiguió salir de su insignificancia para convertirse en gran señor. La frase aquella echó abajo los poderes

del estado, cambió la faz de la administración entera, y ahora, al cabo de pocos meses, la frase se ha convertido en una gran verdad, porque realmente el pueblo consciente está positivamente desesperado.

*
* *

El lenguaje de la secta es espejo fiel de la *arrogancia* del que siendo de condición humilde cambia sus pobres vestidos por traje de salón.

Historia repetida, según se verá.

El ilustre historiador de la revolución francesa — Hipólito Taine — al estudiar la alteración del equilibrio mental del jacobino conquistador y el tono que conviene a su nueva dignidad, dice: "Nada más altanero ni más arrogante que ese tono. Desde el principio estalla en las arengas de los clubs y en las peticiones a la Asamblea Constituyente. Loustalot, Fréron, Danton, Marat, Robespierre, Saint-Just, no abandonan jamás el estilo autoritario: es el de la secta, y concluye por convertirse en jerga usada hasta por el último lacayo. Urbanidad o tolerancia, todo lo que se parece a deferencia o respeto por otro está excluído de sus palabras como de sus actos: el orgullo usurpador

y tiránico se hace lengua a su imagen, y se ve no sólo a los primeros actores sino también a los simples comparsas tronar en grandes palabras desde su estrado. Desde los girondinos a los Montañeses crece la infatuación. Simple particular, a los veinticuatro años Saint-Just es un sediento ambicioso. Creo haber agotado, dice Marat, todas las combinaciones del espíritu humano sobre la moral, la filosofía y la política". (*La Révolution*; Tomo II, pág. 29). (1)

La arrogancia del lenguaje radical aleja toda idea de raciocinio reposado y de razonamiento porque, como el del jacobino que me sirve de punto de comparación, sin ser igual, el radical realmente sectario y convencido no razona: tiene frente a los ojos el fanal fascinante de un superhombre en el cual concentra los rayos semidivinos de todas las manifestaciones del genio y las sombras augustas de todas las *probidades*, *austeridades* y *magnanimidades* de que haya mención en los fastos de la historia. Su fascinación no le permite distinguir ni sus propias conveniencias, ni su propio egoísmo: todo lo dará en homenaje a ese fantasma, su ídolo o su amo.

---

(1) La frase conocida: " conozco todas las instituciones políticas desde sus orígenes, etc. ", parece un plagio, tal es su similitud con el dicho de Marat.

Abundan los ejemplares de universitarios habitualmente disgustados con el superhombre y con los demás que les siguen por el camino de la política y el gobierno: son de los que en privado o en rueda de amigos se atreven a censurar duramente la conducta de aquellos. Sin embargo, en la pública actuación no pierden ocasión de celebrar con frases admirativas la conducta del Presidente de la República, se *solidarizan* — es la palabra en uso — con su política de regeneración y moralidad.

Todos sus razonamientos mueren, como se ve, cuando se siente el contagio de la pasión que ciega. Semejante aberración parece del todo inexplicable.

El lenguaje violento usado en las peticiones políticas, mezclado a la logorrea vanagloriosa, es una de las manifestaciones más característica de la enfermedad mental que nos atribula y quedará en nuestros anales como segunda muestra de ese mismo mal que debilitó a nuestra nación en la época de la primera dictadura.

Causa asombro leer en los documentos más solemnes una abundante sucesión de frases descorteses, preñadas de autoritarismo y censura, exentas de esa serenidad fría característica del estilo oficial, en el cual parece ausente el hombre y sólo presente el funcionario. Pero leamos los

mensajes presidenciales desde 1917, las notas y telegramas de su Ministerio, los decretos y proyectos de ley, y veremos cómo aparece el autoritarismo en ellos, cual si se tratara de monarcas olvidados de que hasta la más firme corona puede rodar un día hacia el abismo de la nada.

Con el uso de semejante lenguaje preténdese mantener en el ánimo del país la paralización que producen en el espíritu débil del supersticioso y del tonto las voces de lo alto. Amenazas humillantes contra instituciones, partidos y personas. el "mando" en su extremo verbal; la infatuación o creencia en una superioridad que sería vanagloria si no fuera un peligro; hé ahí los caracteres de la actual literatura política y administrativa.

Durante la primera tiranía los argentinos hicieron de Rosas un semidiós; inclinábanse ante él trémulos de miedo, deshaciéndose en genuflexiones y frases hiperbólicas: "*Ilustre Restaurador de las Leyes, padre de la patria, brigadier y capitán general, magnánimo, glorioso*"; era lo menos. El pavor y la ignorancia, engrandeciendo al déspota, mataba al ciudadano.

Ahora las cosas son tan malas o peores que entonces.

En "La Epoca", diario presidencial, la crónica de los festejos del 24 de Mayo de 1919

rebosa de adulación. Es una disparatada apoteosis destinada al embobamiento del comité y la befa del buen sentido.

Cuando el Presidente aparece estalla—"un honsanna de triunfo y de redención, mezcla de rezo y de trueno ululante y solemne al gran patricio, en cuya diestra viril la bandera se hace espíritu y en cuya víscera selecta la patria se hace amor".

La demencia servil del apologista se manifiesta en toda su plenitud. Sigue de esta manera en sus insoportables ditirambos:

"... parecía como que toda la nación—como una cordillera se desfoga por un sclo cráter—se hubiera arremolinado al paso de su hombre-bandera, de su hombre-idea, de su hombre-gloria, para batir sus manos poliformes, para soplar su frente el soplo divino que ahuyenta las fatigas y compensa los martirologios; toda la nación, decíamos, desde la remota Jujuy hasta el polo de los canales fueguinos, estaba presente ayer en esa reafirmación colosal en que el pueblo se juró a sí mismo respetarse y superiorizarse en la encarnación y en el acatamiento de su jefe y su guía; de ese hombre protesta, que fué revolucionario, que es apóstol, que es presidente y que será ahora, después y siempre, la conciencia misma de la nación, su más alta alcurnia moral,

como petrificada en su voluntad, en su carácter, en su patriotismo y en su talento".

Pero hay más aún en esta infame y absurda reata.

"Cuando la multitud encaramada en los balcones, en los enormes caseríos, en las aceras—como un muro palpitante enardecido,—cuando la multitud divisó a su magistrado, la electrización de los aplausos era como rumores de oleaje, y los "¡vivas!" masculinos, articulados a millares por labios candorosos de damas y niñas—ellas como siempre en la vanguardia del patriotismo y de la fe—cuando la multitud arriba, abajo, a las espaldas, en todas partes irrumpía con su aclamación y se desbordaba en apoteosis, tuvimos como nunca, más que nunca, la certitud del destino de nuestra nacionalidad, la vimos rebalzando *(sic)* las ensoñaciones de todos los videntes que vivieron y murieron por ella, la vimos a la cabeza de la humanidad, acaudillando a los pueblos bajo la égida segura y protectora de Dios!

"La multitud descubierta reverenciaba al gran estadista y con la rotundidad avasalladora de su aplauso, le decía en confidencia, de pecho a pecho y de corazón a corazón, que había merecido bien de la patria. Ese hombre que pasaba—en la arquitectura de cuya cabeza luminosa el ensueño se arrebuja como en un mármol—era su

Presidente, su gran Presidente, sereno como un astro, fuera de las mil pequeñas combinaciones de las órbitas vulgares, en cuyo tranco de titán la gloria descuenta su recorrido y la eficacia jalonea su avance; era su gran Presidente, prolificado en sus entrañas, entre dolores, revoluciones, revueltas, mancillamientos, descalabros, contrastes; cuando él, que pasaba, la multitud se iba identificando al admirar su propio ser, amplificado por el mandato y superiorizado por la consagración. El pueblo hacía su apoteosis, en la apoteosis que tributaba a su símbolo vivo, a su bandera personificada, a su presidente legítimo. Pero como si esto mismo no fuera bastante, el pueblo lo aclamaba no con el grito circunstancial y transitorio de ¡Viva el Presidente!, sino con el de antes, con el voceo que el pueblo no ha olvidado, y que tiene la simplicidad del solo nombre, el concepto expreso de que no es la misión oficial, sino el mismo, sus anterioridades innegables, sus desvelos pretéritos, lo que le da esa ejecutoria preexistente a su cargo y que vale más que su cargo, porque la destaca sin retaceos en la preferencia y en el cariño de la República".

. . . . . .

"La canción nacional oreaba la frente, con la voz grave y solemne de sus acordes inconfundibles, y la patria hecha nervio y hecha espíritu,

hecha pensamiento y hecha acción, estaba ahí reflejada en el ídolo que los pueblos reclaman a su historia más angustiosamente que el pan en sus hambres o la felicidad en sus desdichas—la patria estaba reflejada en el ídolo, que Emerson llama el hombre representativo y Carlyle el héroe; en el arquetipo providencial, que nunca marra (*sic*) a las naciones, en los momentos culminantes de sus épocas—la patria estaba ahí presente, en el blasonado conductor, cuyo espíritu conjuga el espíritu de todos, cuyo brazo sustenta la fuerza de todos los brazos y cuya mente blasona con el calor de todas las mentes; la patria estaba ahí, y en su avance las sombras retrocedían espantadas y el futuro se cuajaba de promesas como un árbol en flor!"

Tal es el torbellino de pestilencia moral arrojado al campo de la opinión por el diario que recibe, recoje y esparce las ideas del Presidente de la República.

Turbión de desvergüenzas, difícilmente se encontrará en la historia de todos los tiempos sucesión más acabada de bajezas bizantinas. El buen sentido y la decencia más elemental han sido sacrificadas en holocausto de un hombre que ha vivido desde los veinte años—según su dicho—sentado sobre los libros, y que, por lógico efecto, bajo su gobierno, derrumba el edificio

de la enseñanza pública, haciéndolo blanco de su política codiciosa.

De cuantos males morales adolece nuestra sociedad ninguno tan peligroso como el de la adulación sistematizada: demuestra que fermentan en el alma social gérmenes de corrupción y de cinismo muy difíciles de neutralizar. La idea de que el Presidente desempeña una "misión providencial" encarnada en gran número de sus admiradores, nos arrastra por el despeñadero de la desvergüenza a la pérdida de la dignidad cívica; y si algo sagrado debiéramos jurar es combatir esos desafueros de la moral individual para evitar una más profunda degradación.

CAPITULO V.

Los tenebrosos

La bala que lo hirió en la mano debería haberle atravesado la lengua!

Palabras de una maestra perseguida.

La mentira generalizada da paso a tipos bien definidos desde el momento que la demagogia se apodera de un país.

En la administración figuran numerosos ejemplares de falsarios y personajes de vida oscura.

Todo aquel que *odia el trabajo* tiene empleo durante el desorden. Esos son los que se dan el título de *demócratas* sin tener noción de lo que es democracia.

Los holgazanes, los que viven del trabajo deshonesto de las mujeres, los compadritos del suburbio, los alcoholistas y los pendencieros, forman la gran masa *democrática;* y en ciertos momentos dominan en las elecciones y suplantan al personal idóneo de la administración.

Hombres que *viven del trabajo deshonesto de las mujeres* tienen ahora lucrativos empleos; bríndan-

selos y están amparados y fomentados por las autoridades, son la misma autoridad; muchos jueces los temen; forman parte de la policía y de las escuelas y ultrajan el honor de nuestras familias.

Esa clase de tenebrosos tiene nombre en el caló del suburbio. Una de sus características más señaladas es la cobardía. Holgazanes natos, jamás han sabido de labor. El pudor para ellos es una palabra inexistente; la vergüenza un mito. Toda su alma está hecha de cinismo; su historia es una mentira. Lujuriosos, de las oficinas donde trabajan mujeres hacen sitios de escándalo y persecución; no distinguen a la mujer honesta, porque para ellos todas son fáciles y corrompidas. Dura verdad, pero verdad al fin. Si esos canallas no hubieran sido colocados en altos sitiales, estas palabras habrían muerto en los puntos de mi pluma; pero como han llegado a tener representación social y política, como algunos son maestros de la juventud, tienen representación parlamentaria, son periodistas protegidos y hacen de cortesanos, es menester distinguirlos para que el resto de dignidad que nos queda no se pierda del todo.

Estos delincuentes viven del robo y llegada la ocasión son homicidas. Por lógico efecto del temor que invade el alma de los jueces, son fa-

vorecidos por fallos absolutorios ofensivos de la moral social. Sátiros conocidos resultan así honestos caballeros.

Al reflexionar sobre tales sentencias agítase en nuestros corazones una viva inquietud: graduamos por la conducta del tribunal la corrupción de costumbres a que hemos llegado. No nos desazona tanto el delito ni el delincuente; nos inquieta más la sentencia y tememos al tribunal; un tribunal dominado por el terror, por la influencia política y por el odio de partido. No hubo censura: todos callaron y aceptaron que un villano volviera al seno de una ciudad que lo despreciaba. Me refiero a un caso reciente.

La justicia, creada para proteger el honor de los ciudadanos y para conservar la honra de la ciudadanía, despójase de sus atributos y se alza como una amenaza contra todos, y todos, sin embargo, ciegos al peligro, callan y aceptan hoy la afrenta y mañana la injuria. Una sociedad que se muestra de ese modo timorata o tolerante nada puede ya esperar sino una hecatombe; y no nos sorprenderemos desde ahora que se desencadene sobre nosotros la borrasca de una proscripción, la miseria o la guerra; y no digo la tiranía, porque ya la soportamos.

Todo está preparado para la tragedia porque

cuando la mentira y la codicia son métodos de gobierno, el delito es protegido y los homicidas se tornan caballeros, los partidos moderados carecen de prestigio y prevalecen las facciones.

Los canallas que lucran con la deshonestidad de sus queridas y hasta de sus esposas son personajes de la época. Sus biografías son más o menos públicas, pero nadie que esté algo iniciado en los secretos del comité desconoce la nauseabunda historia de los tenebrosos. Hacen su negocio, nunca soñado por ellos mismos antes del 12 de Octubre; no salían de la lúgubre callejuela o de los rincones de su tráfico clandestino. Pero desde esa época alzaron la frente, los despachos públicos los acogen y llegan hasta las altas dignidades.

Los ciudadanos honorables que por una u otra causa siguen actuando en la vida política y administrativa sufren el contacto de aquella hez pestilente, unos porque la ignoran, otros porque se sienten dominados por ella. Desde el momento que el tráfico indigno se transforma en figuración cortesana se propagan rápidamente los desórdenes más degrandantes entre hombres y mujeres; pues bajo las dictaduras que se inician blandamente el vicio se va infiltrando sin sentir, se hace costumbre y consíguese pron-

to cambiar por completo la conciencia del bien y del mal.

Es así como los hogares bien constituidos y las familias que conservan hábitos tradicionales de respeto y honor, se sienten fuera de un orden normal de apenas disimulada licencia. Muchos dicen que esto es evolución, tránsito doloroso de un modo de ser a otro, cambio, metamorfosis. Sí, este es cambio realmente; pero no en el sentido del progreso sino en el contrario; verdadera derrota de los únicos principios sobre que pueden edificarse sociedades orgánicas y dignas, y sin los cuales los pueblos no son otra cosa que viles factorías.

CAPITULO VI.

Los filibusteros

> ....Hé aquí los anatemas celestiales que han destruido estos muros en otro tiempo tan gloriosos y convertido el esplendor de una ciudad populosa en soledad de luto y de ruinas.
>
> VOLNEY: *Las ruinas de Palmira.*

La ambición de enriquecerse sin trabajo, propia de toda época en que dominan los partidos populares, saca a flor de tierra a los traficantes de la coima, oficio de *tahures.* El cohecho se convierte en costumbre.

Para obtener una resolución cualquiera, media un espacio de tiempo normal que se acorta o se alarga según sea la influencia del cohechador: un asunto "vuela" o "duerme" a voluntad del intermediario entendido con el funcionario encargado de dictarla. En el primer caso aparece éste ante el público como un celoso protector del bien ajeno; en el segundo como un reflexivo estudioso y también protector del bien fiscal. Nadie puede sin riesgo enrostrarle ninguna manio-

bra de mala fe. Sólo la sabe quien la paga; y como el que la paga colabora en la falta, el delito queda en la conciencia, reservado a la sanción de la ley de Dios y libre de la intervención de los magistrados.

Cierto empleado argumentaba diciendo que si no despachaba tales o cuales asuntos en que correspondía hacer entrega de dinero a sus dueños era porque a éstos convenía no gastarlo: instituía así oficiosa y hasta paternalmente una caja de ahorros sin beneficio de intereses. Entretanto, la pobre gente caía en manos de usureros.

En poco tiempo ciertos pobres se han hecho ricos sin gran esfuerzo manejando espedientes, aquellos "fósiles" de que antes he hablado, y de otras muchas maneras cuya mención sería demasiado prolija. Esos personajes gozan de inmunidades y han surgido a los clamorosos gritos de la "reparación institucional". Cada uno de los "postulados" de la causa ha sido un "fósil" reviviente, una tranformación fantástica de cosas muertas.

El *holgazán* ha podido mezclarse a personas de categoría: él ha subido, aquéllas han bajado; pero la nivelación es forzosa, porque es un efecto natural de una época en que tan débil es el partido moderado como fuerte el popular. Cuando

se mezclan el agua turbia y el agua clara es vano buscar transparencia.

Cuando los grandes negocios han aparecido, la prensa se ha escandalizado, pero el miedo de caer en calumnia cierra los labios a la acusación; y cuando los autores son descubiertos, pasa lo siguiente: calla o se fuga el acusado, o se insolenta; encubre la policía, se excusa el juez; perdona al fin magnánimamente el que ahora, como Jehová, tiene en sus manos el rayo del anatema o el maná codiciado: un empleo, una canongía, ¡la talega de Judas!

Estos modos de obrar, que ya no se disimulan, antes bien, que se ostentan provocativamente, y a los cuales el pueblo se va habituando, cual al ambiente del muladar los que viven en él, son la expresión de un característico cinismo.

Olímpico desprecio es el escudo donde se clavan los dardos certeros de las imputaciones justificadas, desprecio que para el sectario significa también resignación.

Veamos algo de lo que constituye hoy el conjunto de cargos acumulados contra el Presidente Irigoyen por mala administración, y algunos más imputados a otros gobiernos radicales.

A 160.000.000 de pesos ascienden los gastos autorizados *en acuerdo de Ministros* para objetos que nadie conoce.

A más de 6.000.000 se eleva el costo del trasporte "Bahía Blanca", comprado por orden personal del Presidente con fondos no autorizados por el Congreso.

Para cubrir el déficit del presupuesto de Marina se dispuso, en acuerdo de Ministros, de 4.700.000 pesos, *a pesar de estar el Congreso en funciones.*

Este acuerdo es de 25 de Octubre del año corriente, y lo fué para cubrir el déficit producido en razón de haberse echado mano de las reservas que se tenían para caso de movilización. Además, por ese mismo acuerdo se ordenó la inversión de 300.000 pesos para reparación de buques, ampliación de arsenales, etc., comprendidos en la partida 1 item 5 inciso 9 del presupuesto de 1919, *no sancionada por el Congreso.* Así textualmente, se dice en el acuerdo.

Para vencer en las elecciones de senadores y diputados por la Capital (Marzo de 1919) otro acuerdo clandestino dispuso de 3.000.000 para pagar advenedizos y pordioseros (electores) hasta el número suficiente de 3.000, más o menos.

El negocio del oro de las legaciones costó por comisiones pagadas a un solo intermediario particular muy conocido, una suma que se calcula en 30.000.000 de pesos, perdiéndola, por consiguiente, el Estado.

La deuda del gobierno con el Banco de la Nación se hace ascender a 400.000.000 de pesos.

Los negocios de la leña, del petróleo y la lotería; el azúcar, los metales de exportación prohibida, el despojo de miles y miles de pobladores del sur; el despilfarro de 13.000.000 del tesoro de Córdoba en sólo tres años de gobierno radical absolutamente infecundo; las imputaciones ilimitadas del de Buenos Aires so pretexto de urgencia, a pesar de no haber en esta provincia ningún caso extraordinario ni apremiante, a no ser la avaricia de sus piratas; la bancarrota de la Provincia de Santa Fe; la inversión ilegal de 3.000.000 de pesos para la compra, por el gobierno de Tucumán, de una casa de juego (Casino); los escándalos de Mendoza, en lo económico; la disposición de las rentas provinciales por los empleados de las Intervenciones, cuyos Interventores, con alguna excepción rara, se adjudican los sueldos y gastos de representación de los gobernadores, y sus secretarios, titulados Ministros, los de los Ministros legítimos (casos de malversación de caudales públicos: artículos 266 a 268 del Código Penal); constituyen en columnarios [1] a todos esos hombres arro-

(1) Nombre que se daba entre los romanos a los esclavos, libertinos, bandoleros y malos pagadores, porque eran juzgados al lado de la columna Maenia de la basílica Porcia. *Enciclopia.*

jados por la ola popular sobre el país para despojarlo (1).

¿A *qué manos va ese dinero?* Nadie puede saberlo. Sale clandestinamente de las arcas y su inversión nos es desconocida.

¿*Porqué no conocemos su inversión?* Porque ni los acuerdos de Ministros han sido publicados jamás, ni hay cuentas rendidas. ¿Cómo habría de rendir cuentas una "probidad" enviada por la Divina Providencia para distribuir en el cenáculo del misterio el pan y el vino de la regeneración? (2)

*
* *

Si los concusionarios tienen por teatro de sus maniobras las cercanías de las arcas públicas,

---

(1) Los hechos y cantidades del texto corresponden a publicaciones oficiales y a las informaciones de la prensa del país. El diario de Sesiones del Congreso, de Noviembre de 1919, es, a este respecto, de suma importancia, y conviene que sea consultado para que el pueblo se convenza de lo que han hecho y hacen sus mandatarios en su perjuicio y para que los radicales sinceros se justifiquen.

(2) Los *acuerdos de Ministros* se hacen en hojas de papel; en una se da la orden de gastos; en la otra se extiende el decreto de insistencia. Ambas se comunican el mismo día a la repartición correspondiente. Esta envía la primera hoja a la Contaduría, la cual observa el acuerdo por ser en violación de las leyes, y pues esto ha sido previsto, la repartición agrega al papel del acuerdo observado el papel del decreto de insistencia, hecho, como se ve, de antemano para no perder tiempo. En esta maniobra se acumulan todas las agravantes del delito.

los prevaricadores rondan el palacio de la justicia. El radicalismo clamó contra semejantes máculas, y cuando trepó la altura salpicó más y más la toga. El porqué está ya dicho y explicado. La justicia, vacilante desde hacía ya tiempo en sus bases más firmes, ha seguido perdiendo en dignidad. Salvados los respetos de algunos magistrados que la mantienen, no nos podemos enorgullecer de nuestros juzgadores. Togados eminentes por el cargo que desempeñaban se han enredado en los hilos de intrigas políticas haciendo de procónsules. Están juzgados por la opinión de los buenos, que se lamentan de la bancarrota de nuestras instituciones y de la indolencia nacional. Este fenómeno tiene antecedentes en la historia del mundo y poco se diferencian. El hombre, lleno de ambición, confunde el espejismo con la realidad y se pierde en éste como en un mar sin fin. No es, pues, extraño que comenzando el mal por los jueces cunda por todas partes, pues basta saber que los encargados de juzgar merecen ser juzgados, para dejar de temerlos o para temerlos demasiado. Las sentencias se dictan desde entonces no mediante interpretaciones racionales y justas sino con arreglo a sombrías maquinaciones.

Los anales de la corrupción antigua describen este mal social, que parece sin remedio; pero

ha de permitírseme recurrir a ellos porque conviene que los recuerden quienes los han leído y los conozcan quienes no los han leído nunca. Es una cuestión de salvación pública; y tanto en este lugar como en los capítulos anteriores las dos citas siguientes son oportunas.

Hé aquí la primera:

"En dos días—dice Cicerón en una de sus cartas a Atico, refiriéndose a la manera cómo el prepotente Clodio fué absuelto de una acusación—en dos días arregló el asunto por medio de un esclavo gladiador. Llamó a los jueces a su casa y les hizo promesas y dádivas. Y hasta, ¡dioses excelsos!, los favores de algunas damas romanas fueron como un suplemento de precio para algunos de los jueces. Así es que, retiradas del foro las personas honradas, e invadido aquel por los esclavos, no hubo más que veinticinco jueces bastante íntegros y animosos para arrostrar todos los peligros y exponerse a perecer antes que perder a la república. Pero treinta y uno se han dejado arrastrar por los impulsos de la codicia desoyendo la voz del honor. ¿Porqué, dijo Cátulo a uno de aquellos jueces, a quien encontró, porqué nos pedís guardias? ¿Es por temor que os roben el dinero que habéis recibido por el juicio de Clodio?"

Ahora la segunda cita:

"Los cónsules se han cubierto de ignominia.

C.ª Memmius, candidato, ha leído en el Senado el convenio que han celebrado, que es el siguiente: En caso de que los dos cónsules logren hacer que para el año próximo sean nombrados Memmius y su competidor, estos se comprometen a pagar a esos cónsules 400.000 sextercios si no les suministran tres augures que afirmen haber visto hacer en su favor la ley curiata, aunque no haya habido semejante ley, y además, dos consulares que atestigüen haber firmado el decreto de reorganización de sus provincias aunque tal decreto no haya existido". (1)

La invasión del foro por los esclavos y la falacia en el tráfico de los puestos consulares llevó al gobierno a Octavio César después de espantosas guerras civiles, y la república, a que quisieron salvar los Gracos, regada con su sangre, cayó en poder de los emperadores.

Tal será nuestra suerte si no dignificamos la justicia.

*
* *

Por arte singular los directores o ases de ese gobierno se inclinan marcadamente a elegir entre sus hombres no sólo a los inhábiles sino a los inmorales. Puede presumirse sin mucha pro-

(1) ORTOLAN: *Hist. de la Leg. Rom.*

babilidad de error que tanto en los puestos electivos como en los de nombramiento directo, se sustituye a los instruídos por los analfabetos, a los honorables por los no honorables y a los conocidos por los ignorados.

La demencia partidista rige en parte semejante extravío. El sinnúmero de empleados infieles que ha invadido la administración general del país, cometiendo defraudaciones del tesoro [1] están protegidos por su título de radicales. El basta para darles paso, autorización para todo y hasta inmunidades ante la justicia penal.

Taine cita un caso característico, que conviene recordar ahora, tomado de las *Memorias* de Meillan. Es el siguiente:

"Robespierre hacia una vez el elogio de un tal Desfieux, hombre conocido por su improbidad. — Pero vuestro Desfieux, le dije, es conocido por un pillete.—No importa, es un buen patriota.—Pero es un quebrado fraudulento.—Es un buen patriota.—Pero es un ladrón.—Es un buen patriota. — No le pude arrancar sino esas tres palabras". *(La Conquista jacobina,* Cap. I).

Con excepción de la prensa asalariada, que ahora, como durante el gobierno de Juárez, de-

---

(1) "El Argentino" de La Plata (número del 28 de Noviembre de 1919) califica de *epidemia* la frecuencia de tales delitos.

grada al periodismo argentino, los diarios están llenos de crónicas del delito *oficial*, denuncias de malversaciones, acusaciones más o menos definidas y referencias de hechos inmorales atribuídos a empleados que el comité suministra.

Por arte singular los nombramientos recaen frecuentemente en personas que si no están sometidas a proceso, lo han estado, han sufrido pena o merecen la sanción de las leyes penales.

Son conocidísimos algunos favoritos que ejercen el cargo extraoficial de hacer la distribución de los empleos entre "los muchachos" del arrabal irigoyenista; "muchachos" a lo Desfieux y a lo Leoni; "muchachos" a lo Parra y Badía; a esos buenos "muchachos" que bajo la mirada y el brazo protectores del *San Pablo* de la "causa", insultan, golpean y hieren a los demócratas que en el Teatro Victoria van a invocar, como Sarmiento, la sombra de *Facundo*. Esto pasó en Noviembre de 1919.

Las personas decentes que pidan empleos, ciudadanos instruídos, padres necesitados, señoras y niñas pobres y de buena familia, harán largas e infructuosas antesalas; en cambio es absolutamente seguro que el "muchacho" será el preferido. Se le da trabajo, o simplemente sueldo o salario, aliviándosele también del peso de la persecución judicial, para armar con ellos el meca-

nismo de la política intimidatoria, practicada en todo el país contra las tendencias cultas de nuestra sociedad.

Aparte de los que son ineptos para desempeñar regularmente cualquier función pública, gran número pertenece a la legión de los "incontaminados", buenos patriotas, es decir, *buenos radicales.*

El mejor blasón de esa gente es decirse *radicales del Parque* (ya sabemos que no los hubo entonces ni nunca), o haber de veras o de oídas andado en correrías revolucionarias o acogídose últimamente a los "beneficios" de la "reparación institucional".

Estos arrivistas, expulsados de todas partes, recelados en el círculo de los negocios, repudiados en la ciudad, agobiados de deudas y enredados en trampas de todo género, hallaron y hallan asilo bajo la égida de esa tremenda y desvergonzada protección. A su amparo no hay fariseo que no se considere redentor. ¡Pero son buenos patriotas!

En cierto cuerpos colegiados las comisiones de moralidad pública son presididas por personas descalificadas, que se encargan, sin embargo, en su nueva misión social, de fijar reglas de conducta a sus convecinos, establecer la censura teatral, llegar hasta la literaria, reglamentar la prostitución para disfundirla por todas par-

tes. Como si siempre hubieran sido catones, los vemos arrogantemente predicar virtud. Moralmente repulsivos, abundan los ejemplares donde el tipo físico condice con el tipo moral. Tienen la audacia de sentarse al lado de los otros representantes honorables, y acaso *es la primera vez* que se confunden en este país, bajo la tolerancia silenciosa de la nación, lo blanco y lo negro de la vida. Codéanse los infames con los buenos, comparten en la deliberación, contribuyen juntos en la gestión pública.

Los radicales de buen sentido protestan repugnados de semejante compañía; los dominados por el fervor irigoyenista guardan silencio: debe haber "algo" en los protegidos cuando tienen protector tan providente. Lo hizo ÉL; ¡sabrá ÉL porqué lo hizo!

El libro "El Hombre" del doctor Oyhanarte ha hecho más daño al pueblo que un charlatán que consigue introducirse en un hogar honesto o un mal sacerdote en la conciencia de un creyente.

Ahora es más fácil quebrar el eje de la tierra que destruir aquel argumento.

***

Junto al *proxeneta* moralizante, se sienta el *sirviente crapuloso*, dispuesto según su naturaleza

u oficio a prestarse a las maquinaciones más groseras para conseguir sacar provecho de su excepcional posición, no cuidando de respetar fama y derecho ajenos sino tratando de dañarlos.

Gente que en otros tiempos prestaba servicios humildes en las reparticiones oficiales, llegaron sin mérito ni esfuerzo a compartir preeminencias con el que fué su superior. Es de ver entonces la íntima satisfacción de aquél al verse nivelado con éste y hasta rivalizar y vencer en discusión científica con profesores autorizados. (1)

La sucesión de iniquidades no termina pronto: la fuente popular cuando sale de madre, enloda todo lo que toca. La democracia, cuya palabra vibra en los labios de la turba, cambia de naturaleza porque la mala fe la arrastra en pos como una esclava. Vemos a abogados que para doctorarse dedicaron su tesis a Jesús y que desde el día del holocausto prostituyen el foro, engañan a sus clientes, corrompen a sus pupilas y escarnecen la sociedad. La tolerancia los

(1) En cierta cuestión técnica debatida en una Municipalidad uno de los más reputados doctores en Química con que cuenta nuestro país fué descalificado por un grupo de tres personas, un ex oficial de policía, un marmolero bestia y un abogado pleitista, buenos patriotas a lo Desfieux.

ensoberbece. Mientras la máquina electoral les es esquiva sus delitos no dañan socialmente, pero cuando los frenos de la ley se relajan la perversidad de sus instintos cae impunemente sobre todo.

Semejantes corrompidos llegan hasta dirigir la educación del país y se hacen colegas de Estrada y rivales de Marcos Sastre.

Todos esos ejemplares del desorden no tienen otra mira que el enriquecimiento personal y la insaciable satisfacción de sus instintos. La tendencia habitual de nuestra política a base de empleos es la única razón de la aparición y prepotencia de esta *maffia* peligrosa que hoy pone en jaque cuantas ideas progresistas, instituciones y leyes habían honrado el nombre de nuestro pueblo. En otras épocas los errores y las violencias degradaron la administración pública; pero entonces ningún plebeyo pretendió imponerse a los demás; hoy en conjunto ejercen la tiranía colectiva, el despotismo del comité, insolente y engreído.

La honra de la patria y su fortuna sufren el vilipendio de los codiciosos y el asalto de los rapaces. La codicia perturba la conciencia social, y los hombres, ocupados de recelarse mirándose al soslayo, desvían la mirada del cumplimiento del deber.

También la envidia es vil consejera en este fatigoso afán de lucha, liza infecunda donde mueren todas las virtudes. No hay alma creadora y generosa que no encuentre al punto la mano envidiosa para detenerla. Una palabra de orden es para la envidia un dogal destinado a ahogar la libertad, una mordaza para el pensamiento. ¡Maldigámosla; odiémosla! El odio contra la envidia es sagrado. Si todos odiáramos a los envidiosos, todos dejaríamos de odiar, porque dominados los hipócritas, que son hijos legítimos de la envidia, no habría vallas contra el pensamiento y la acción, y el progreso humano sería mayor. Mientras envidiemos, el traficante del honor de la familia preponderará y dictará lecciones de moral a sus conciudadanos; y el desorden y el escándalo escribirán en el nublado cielo de nuestro porvenir la tremenda palabra: *Vergüenza.*

TERCERA PARTE

MÉTODOS DEL GOBIERNO DESPÓTICO

CAPITULO I.

Los métodos clásicos

> Aquí surge una cuestión: ¿Vale más ser amado que temido, o bien, es preferible hacerse temer a ser amado? Contestaré que se debe ser ambas cosas a la vez, porque . . . vale más ser temido que amado.
>
> MAQUIAVELO: *El Príncipe*, Cap. XVII.

La tiranía, como método de gobierno, tiene dos sistemas principales de dominación: corromper a los hombres por la mentira y la codicia, y dominarlos por el terror.

Tanto uno como otro fracasan cuando los habitantes de una nación no sufren la influencia de una crisis moral, porque entonces todo despotismo es imposible.

Despotismo equivale necesariamente a inmoralidad social, y así, aquél puede explicarse por

el examen moral de un pueblo. Pueblo corrompido pueblo tiranizable.

Casi siempre interviene en este proceso el carácter individual del tirano, sea el dominado por la ambición, sea por la vanidad, por el odio, por cualquier pasión avasalladora.

El factor personal siempre está presente; el mayor o menor mal de las tiranías depende a menudo del carácter del déspota.

Hay el déspota bueno y el malo, el retrógrado y el progresista, el destructor y el civilizador. He comparado ya a Rosas con Augusto.

La tiranía es siempre odiosa, pero lo es más en una república democrática: no debe soportarse. La civilización en las repúblicas es obra de la acción social, no de la iniciativa patriarcal: los patriarcas son entes de la historia, figuras de la Biblia. Ahora vivimos bajo el imperio del libre albedrío, ahora queremos justicia igual decretada por la nación, no arbitrio de ancianos, ni de inspirados.

La codicia y el temor son los dos espectros de la tiranía. Incitando la una se extiende el envilecimiento; provocando la otra se ahoga la dignidad: entonces una sola persona se hace dueño de todos.

Desde el 12 de Octubre, y aún antes, la dictadura irigoyenista pone en práctica el primer

sistema; poco a poco va moviendo las piezas de la otra máquina.

Veamos de qué modo se incita desde antes de aquel día la codicia social, encubriéndose la dádiva bajo el antifaz de la beneficencia.

Cuando el Señor Irigoyen, antes de su elección, *supo* que sería Presidente de la República, ofreció sus sueldos a sociedades de caridad.

Cuando el mismo, después de su elección, vió agrupados bajo los balcones de la Casa Rosada a una multitud de "desocupados", les obsequia con la "olla popular": el Paseo de Julio de la orgullosa metrópoli tuvo entonces un amo generoso que arrojaba a los miserables el mendrugo de pan con que la demagogia suele obsequiarlos.

Limosnas degradantes y vanas que no inquietaron. Pero el aplacar por un día el hambre de los pobres despertó la gratitud de las damas y la adhesión de los holgazanes . . . y estos son el alma del sufragio universal.

Cuando, pasado el tiempo, encareció el azúcar, se practicó la economía política, no de acuerdo con las leyes de la ciencia sino convirtiendo al gobierno en mercader al menudeo. Otro espectáculo de manos y brazos que se extienden en adoración al misericordioso economista.

Así se catequiza al pueblo, así se le engaña con el sortilegio de la dádiva humillante. Damas de beneficencia que reciben los emolumentos presidenciales, corazones femeninos que laten de gratitud por aquel mago de la caridad, ignorando que todo gobierno caritativo en lo pequeño es una asechanza contra la justicia y la ley, y una mentira, porque no se mitiga la sed de los pobres con gotas de agua, ni el hambre con despojos.

De la comida ofrecida a los desocupados de la ciudad, hecha a la luz del día, entre palacios y jardines, bajo la mirada incierta del calculista, aparecería el irigoyenismo del populacho, cuyos frutos está recogiendo el pueblo ahora que el sistema del miedo va completando el sistema de la limosna.

Estos pormenores parecerán sin valor, pero no son sino los primeros y vagos indicios de los métodos de todos los gobiernos arbitrarios. La codicia saciada por un día, la caridad cortejada una vez, son recursos del despotismo: aquélla espera más y se mantiene cerca del que la azuza; ésta se vuelve amor, pasión fanática, es decir, una garra dispuesta a ahogar el grito de la opinión disgustada.

En posesión del gobierno, y en plena disposición de los empleos, el sistema de despertar

la codicia tiene dos fases: la una mantener a los empleados del "régimen" para darles esperanzas de posesión, y la otro prometer, al mismo tiempo, a los de la "causa" el empleo poseído por aquéllos.

La aparente consideración al empleado antiguo hacíale adicto del Presidente, y el esperar del postulante obligaba a éste a mantenerse fiel. Doble explotación de la codicia, doble juego con la necesidad o con la vanidad de la posición pública: fidelidad para conservar y recelo de perder; fidelidad para conseguir y desconfianza de alcanzar. Todo esto, abyección.

Hacerse amar y hacerse temer, cosa vieja y conocida, examinada por Maquiavelo.

La explotación de la codicia o la ambición se ha hecho y se hace por medios conocidos: basta dejar en larga vacancia, so pretexto de economías, toda clase de empleos, desde las embajadas hasta la modesta comisaría de campo. Hay para todos. El tesoro grande y el pequeño, la vanidad dorada y la flaca necesidad. Manteniendo aquellos en custodia, la avidez de la ambición queda en acecho, y el que los guarda juega con los ambiciosos y los necesitados, como un juglar.

Así se consiguen dos cosas: adictos y admiradores, porque ¿quién no es adicto sabiendo que puede ser embajador, magistrado o comisario

de policía, y quién no admira a un jefe de estado que reduce, aunque en apariencia, los gastos públicos?

La gratitud y la admiración del vulgo profano se alcanzan también por otros medios.

Cuando el Presidente se recibió del mando ordenó que los sueldos se pagaran dentro de los cinco primeros días de cada mes. El sabía que no cumpliría su propia orden, pero tenía que aparecer solícito con los empleados y al mismo tiempo escrupuloso administrador. El no pagó los sueldos con tan estricta regla, pero su decreto fué profusamente publicado, y el pueblo, que vive de impresiones, siguió creyendo en la aparente estrictez de ese hombre genial que producía semejantes actos de justicia: ¡Pagar puntualmente! Pero el caso es que no se paga del primero al cinco de cada mes.

Encontraba el Señor Presidente demasiado antidemocrático andar en automóvil. ¡Suprímasele! ¡Derroche vano e inadecuado a la modestia y llaneza de un mandatario surgido del buen pueblo! Este gigante candoroso gustaría de ver ir y venir a pie al coloso de la regeneración y la humildad. Esto duró un día; pero la impresión vulgar de la llaneza democrática es todavía artículo de fe en la masa de los cándidos y los pobres de espíritu.

Para el pueblo la humildad aparente es de mucho más valor que la real. El hombre positivamente humilde no medra jamás, aunque tenga talento: Cristo fué crucificado. En cambio, el simulador de la humildad sube al Gólgota, no para ser crucificado sin para crucificar.

Estos actos aparentemente nimios tienen, sin embargo, mucha importancia, tanta como las voces sibilinas del político "del llano" y las amenazas del patriarca del Sinaí. Parece sueño que un pueblo altivo y perspicaz haya creído en semejantes ensalmos y es doloroso saber que la prensa ilustrada y prestigiosa no haya aquilatado en su justo valor esas pequeñas manifestaciones de una simulación política que al cabo de tres años se quita del todo la máscara.

Así han sido, sin embargo, los métodos de los tiranos en la historia; así comienzan las tiranías: por la mansedumbre, la dádiva y la simulación de virtudes que halagan y sorprenden.

Veamos ahora cómo se engaña. Al fin veremos cómo se organiza el sistema del miedo.

CAPITULO II.

El sistema de mentir

Mane, Thecel, Phares.

No es habitual en política decir la verdad, antes bien esta es a menudo una valla tendida en medio del camino: para seguirlo hay dos cosas que hacer, saltarla o destruirla.

El único político que no mintió nunca fué Jesús, y por eso la única doctrina política que permanece y domina en medio del derrumbamiento de todas las demás es la de aquel hombre divino, el más grande demócrata de la historia, porque fué el más colosal de los moralistas y el más sublime maestro de los pueblos.

La verdad, siempre la verdad; no esa verdad rígida como la espada y ciega como la tempestad que nada mira cuando pasa y que todo lo sojuzga en su triunfo clamoroso, sino la que se detiene ante la suave palabra de la tolerancia,

La justicia obligaba a lapidar a la mujer adúltera, pero la equidad, deteniendo a la multitud ajusticiadora, suavizaba la mano de los jueces.

La verdad estricta es injusticia, y la injusticia engendra rencor, el rencor odio y el odio conduce a la anarquía, negación del gobierno.

Cuando Jesús dijo a los lapidadores que arrojaran la primera piedra los que estuvieran sin pecado, fundió en una las dos justicias: la divina y la humana, y señaló el camino de la justa verdad, no la inflexible, sino la que se adapta sin daño a las exigencias de la vida. Por eso he dicho que el más grande político de la historia fué aquel Nazareno humilde que surge del pueblo y es por eso demócrata, y que por haberlo adoctrinado es su maestro, su rey, su Dios, su gobernante.

La verdad en la equidad, libre de subterfugios; la verdad sin la humillación del que yerra; la verdad encaminada al bien; la que transige sin claudicar; la verdad útil, en una palabra, hé ahí la base de la política racional y aceptable. La otra política, la usual, la observada generalmente por los partidos dirigidos por ambiciosos; la que tiene por sistema la inexactitud y la doblez, hé ahí el extremo opuesto de aquella otra que evita las afrentas, el menosprecio del adversario y el castigo inútil,

El no decir la verdad hace la desventura de los gobernados y la degradación de los gobernantes. Un gobernante que obra contrariamente a lo que dice, es una amenaza social. ¿Quién le creerá? ¿quién se confiará de él? ¿qué justicia administrará?

Hasta la misma intriga es preferible a la mentira, porque en aquélla resplandece el ingenio, que es siempre excelsitud, y en ésta trabaja la mano de la torpeza, que es siempre indignidad. El político embustero es un tahur cuyo oficio es lucrar con el engaño. Ese político del bajo fondo que tiene al embuste por sistema, estará en todo tiempo pronto a ser el tirano de su patria; porque para la consecución de sus planes no vacilará nunca en saltar o destruir la valla de las leyes.

***

En otro lugar he hablado de los falsos virtuosos; ahora conviene ver la figura de los *mentirosos y de los calumniadores.*

Desde hace tres años el cinismo de esta clase de personajes va dando la medida del abismo en que ha caído la conciencia pública, con dolor de los radicales de buena fe, que van compren-

diendo la tremenda trascendencia de la práctica de sus dogmas imprecisos.

En los publicaciones de la prensa diaria y los diarios de sesiones de las legislaturas hay abundantes denuncias de sus obras. Desde la usurpación de títulos hasta la simulación de calidades, las malas artes de la deslealtad preponderan en el gobierno y los comités. Estos predominaron por el falseamiento sistemático de la verdad.

El "viejo régimen" fué el blanco donde se asestaron los golpes certeros de esa flecha envenenada, arrojada por manos invisibles, unas veces, lanzada otras veces en la plena luz del día. Jamás la falsa acusación política determinó hechos precisos, porque tomó la forma menos franca, la encubierta, es decir, la que con más dificultad puede castigarse, ya porque no se descubre en ella la persona ofendida, ya porque la imputación es vaga.

Los hombres de la "causa" inventaron el "régimen", o sea, el sistema de gobierno practicado constantemente en el país después de la Santa Federación, es a saber, desde Mitre hasta Sáenz Peña. Nunca dijeron: acusamos a éste porque cometió tal delito; dijeron solamente que el "régimen" era "oprobioso, falaz y descreído".

También aseguraron que sus hombres eran

usurpadores, mendaces y delincuentes; que la administración era robo; que la ley se falseaba, que la libertad electoral no existía, y que, por lo tanto, la "soberanía de los pueblos", había sido usurpada desde el primer día de la República. Todos, buenos y malos, honorables y no honorables, caían bajo el ludibrio de los maldicientes, sin que hubiera un solo hombre que pudiera decirse directamente herido por la acusación, ni un solo gobierno llevado ante los Tribunales de justicia. A dogmas vagos, acusaciones encubiertas.

El hábito de calumniar fué el estandarte de la "santa causa de la reparación institucional", y no hubo un político del bando contrario que tuviera el valor de Jesús ante la turba lapidadora; ni un solo ciudadano con ánimo bastante para desmentir. "La ola que avanza", como se decía, habría de abatir la debilidad de los injuriados; el castigo de culpas reales o imaginarias caía sobre todos con la violencia del turbión. La política-verdad estaba vencida por la política-mentira.

Este acontecimiento podría ser considerado como la reproducción de costumbres universales, porque sabemos que en todo tiempo y país los partidos políticos vencen a menudo mediante recursos vedados a la verdad. Pero habría de esperarse que el defecto del método, propio de la

colectividad, no lo sería de los individuos, ya que sabemos que el alma de la muchedumbre no es la misma que la de sus componentes. Así se pensaba, así se creía.

El decir falsedades de los adversarios es un recurso conocido: aquel tribuno que atruena la plaza los fulmina con dicterios en nombre de sus correligionarios; él personalmente no piensa lo mismo. Mas ¿cómo sospechar que llegados al gobierno seguirían mintiendo como dueñas de aldea? Nadie o muy pocos sufrieron la picadura de esta suspicacia durante el proceso electoral de 1916; pero si hubieran comprendido bien cuál era la composición de la gran masa del partido habrían quizá cambiado de opinión.

Las vagas imputaciones al "régimen"—palabra de menosprecio, recurso de toda tiranía subalterna—llovieron por todas partes: grandes y pequeños se gozaron en ellas, sin reflexionar en las consecuencias posibles, es decir, en que formarían al cabo del tiempo una opinión amenazadora que se va condensando poco a poco.

Fué un método de comité practicado en la administración: la inundación que domina las alturas.

Vencido el "régimen", en plena función admiministrativa el comité, y comenzada la labor anhelada durante un cuarto de siglo de "retrai-

mientos ejemplarizadores", de exorcismos y paralogismos, llega el momento de cambiar la dirección de la mentira: antes ésta hería para vencer al contrario y encubrir el verdadero afán del mentiroso; después habría de servir para ocultar las propias malas acciones. Entonces aquélla toma dos formas: la forma positiva y la forma pasiva, la expresa y la tácita, la una es palabra, la otra silencio; la primera es presencia y la segunda ocultación. En ambos casos se escarnece la justicia.

La forma positiva de la mentira es el cinismo en acción.

Un hombre que adopta esa forma y desempeña funciones de gobierno es muy peligroso; hay que temerle y tratar de apartarlo de nuestro camino.

La forma silenciosa de la mentira es el método adoptado por ciertos culpables para dificultar la marcha del proceso, echando la sombra de la duda sobre el criterio del juzgador. La confesión del que calla nunca descubre bien el secreto escondido; pone por lo menos en el ánimo del que juzga la incertidumbre de la vacilación, y el juicio, entonces, no se hace satisfactoriamente.

Esta forma pasiva de defender la falsedad es el recurso habitual de nuestros actuales gober-

nantes; recurso empleado también por los que están obligados a justificarse.

De una y otra forma abundan los ejemplos.

Cuando se ordenó, por ejemplo, la intervención en Buenos Aires, el decreto supuso que la Provincia era un país sometido a la depredación de siniestros bandoleros; sus campos de labranza eran, según en él se asegura, teatro de crímenes impunes y su cordillera una Sierra Morena. No otra cosa podrá decirse leyendo el texto oficial. Según éste, "había un proceso público abierto al gobierno por la opinión y demandas de amparo y justicia", "un estado de intranquilidad, conculcamiento y falseamiento de las instituciones", "crisis extremas, avasallamiento de los pueblos por el gobierno, transgresiones en todo el organismo político, inquietudes y zozobras"; un poder judicial desprestigiado y una educación corrompida. (1)

En realidad el gobierno del Estado intervenido tenía la perfectibilidad relativa de su composición social, y si hubiera sido y era deseable más perfección, no eran sus montañas una Sierra Morena ni sus campiñas teatro de bandolerismo.

---

(1) Con frases muy parecidas se trató de justificar la primera intervención en Mendoza y ahora las dos recientes intervenciones en San Juan y Santiago del Estero. (Octubre de 1919).

Las ampulosas frases del decreto están ahora definitivamente juzgadas: no era la opinión de la Provincia la que hacía el proceso público, sino los comités aleccionados por el propio gobierno de la Nación; no había *demandas de amparo y justicia* sino falsas imputaciones de crímenes políticos imaginarios, destinadas a encender la llama de la sedición en el populacho de las ciudades, a sembrar la alarma en los ingenuos y en los tímidos, y a decidir a los independientes; no había más peligro de *crisis extremas* sino en el propio partido, dispuesto a destrozarse por falta de satisfacción; ni tampoco más zozobra que el peligro del descontento, del cisma y de la anarquía entre los comités mismos. Sin embargo, no se vaciló en inventar situacione semejantes para conquistar la situación política sin el esfuerzo persistente de una lid electoral. Con tales ardides se obtuvo la victoria, mejor dicho, se consumó la revolución desde el gobierno, es decir, una traición a la República.

Cosas parecidas han pasado en cada caso de intervención: en ninguna provincia — para la "causa" — había ni había habido gobiernos legítimos; todos ellos "usurpaban la soberanía de los pueblos", y era urgente volar a su socorro.

Aparecía *la razón de estado* bajo la máscara del puritanismo presidencial.

Y allá fueron jueces que dejaban su toga en la sala de la audiencia para convertirse en redentores y volver después, algunos, como los pródigos, contritos y humillados, después de haber convertido las provincias en feudos, la justicia en persecución, el tesoro en palanca de politicastros, el derecho de las personas en blanco de sus intransigencias, las policías en delación, las escuelas en desorden y la Constitución en el "cuadernito" de don Juan Manuel.

Todo esto se ha consumado en nombre de la Constitución, que habiendo sido verdad más o menos perfecta durante nuestra época antonina, ha servido de escala a los hombres de mala fe.

***

El sistema de mistificación empleado por el gobierno, despierta en el pueblo instintos serviles porque corrompe sus costumbres republicanas.

Ahora es habitual dirigirse directamente al Presidente de la Nación como único árbitro de la justicia, dejando aparte toda autoridad intermedia: los agentes naturales del gobierno nacional han dejado de serlo, pues vemos diariamente cómo de todas partes del país los ciudadanos aislados y los comités hacen peticiones, verda-

deras *rogativas* al Presidente. Todos acuden al santón de los argentinos, todos esperan de él, moralmente se arrastran a sus pies y le miran con embobamiento. El comité ignorante y el ilustrado, plebe pobre, universitarios (1) y clase media afiliada a la religión radical, no tienen otro punto de mira que ese moralizante ya nada misterioso que va preparando hora a hora ante la debilidad culpable de nuestros sentimientos y nuestra voluntad, el sometimiento de la patria a su desenfrenada omnipotencia.

Las provincias celosas de su soberanía, y de su autonomía las municipalidades, han cedido ante la influencia autocrática, porque sus hombres más influyentes parece que han dejado de tener conciencia de sus obligaciones y derechos. Entorpecida la noción del propio respeto, la idea

---

(1) El caso más reciente de pérdida de la conciencia republicana nos la acaba de ofrecer (Noviembre de 1919) la Federación Universitaria de La Plata, yendo ante el Presidente de la Nación a hacerle manifestaciones ambiguas sobre el estado moral de la Universidad, de cuya estabilidad y orden aparecen disgustados. Aquél les habla de su aversión a las intervenciones en cuerpos autonómicos; ¡él, que ha hecho de ellas un sistema, impuesto contra la voluntad del Parlamento!—y los estudiantes, sin embargo, a los pocos días provocan la acefalía de la institución y se apresuran a anunciarle que ésta se ha producido. El alma juvenil parece dominada, según se ve, hoy por la pasión de la indisciplina, mañana por el impulso del sometimiento.

¿Cómo explicar este oscuro embolismo?

de ley se desvanece, oscureciéndose ante la magia de una personalidad nebulosa.

Si el mal se mantuviera en el nivel donde el gobierno actúa, podríamos esperar una reacción, pero cuando, arrasando el campo de la política penetra en el de la moral individual, la esperanza de mejoramiento se aleja y puede predecirse una época tempestuosa de degradación social.

*
* *

El pequeño embuste, en labios de gobernantes, con ser tal, es acaso más dañoso y deprimente porque es más indigno; avergüenza más que la gran mentira, que tiene siquiera la excelencia de la magnitud. El gran mentiroso puede causarnos asombro, pero el que miente nos inspira desprecio.

La pequeña falsedad, la que mancha el labio del que la pronuncia, está hoy en todas partes: en los acuerdos de gobierno, en el recinto de los parlamentos, en el periodismo venal, en la escuela, en el foro, en las oficinas públicas; es la prostituta, es la tejedora de la intriga y de la delación con fines de lucro y de venganza. Mentira por todas partes, ya torpe, ya cínica, casi siempre tolerada, disimulada por el miedo y, por tanto, activa, dueña de sí misma y de todos

como un imperativo categórico. Desde los modestos empleados hasta los grandes dignatarios, los unos para arrebatar el empleo a otros, éstos para ganar posiciones o conservarlas, no vacilan en entregarse a ese juego degradante que hace de la verdad un desecho y de la falsedad un monumento.

Ya no nos admiramos ni nos inquietamos de que se disponga del tesoro por millones y que el destino de la inversión quede enteramente oculto, porque las publicaciones oficiales, según declaración ministerial, no sirven sino para la inserción de avisos y no para dar cuenta al pueblo de lo que se hace con sus dineros. Tampoco nos asombramos de que tal o cual ministro guarde persistente silencio cuando se le enrostran actos dolosos, encubiertos bajo la palabra "irregularidades", irritante eufemismo.

Una larga sucesión de acusaciones sobre grandes "irregularidades" vibra en los labios, llena las columnas de la prensa diaria, se los trata en el Congreso y las Legislaturas, pero jamás son explicadas por los acusados, identificados con mayor o menor precisión por los acusadores. Mientras estos denuncian los hechos, aquellos guardan silencio o recurren a respuestas evasivas: saben, sin duda, que cuando los hombres que acusan llevan en el alma la inhibición de

la desconfianza o la convicción de su impotencia, ellos pueden con plena libertad seguir consumando "irregularidades".

Cuando los hombres que gozan de inmunidades, es decir, de protección en la emisión de sus opiniones, no son capaces de llevar a juicio a los falsarios, cuando las legislaturas vacilan ante la inmoralidad y los denunciantes veraces se convierten en delatores; cuando, como ocurre en Mendoza, se expulsa por la violencia de un proceso sin defensores a un mandatario sin culpa; cuando por todas partes —con excepción de algunos valerosos—se premia el abuso, la concusión y la malversación y se persigue el esfuerzo de los buenos sin distinción de edad y sexo; habremos de augurar para nuestro país días de angustia.

Si los ciudadanos ilustrados y virtuosos; si los fuertes y los dignos no llegan a convenir en la necesidad de defender las instituciones y la moral social en el gobierno y en los individuos, la República será sometida a conmociones sangrientas, a la anarquía y a la guerra civil, y hasta podría suceder que la misma Constitución desapareciera *no sólo como libro sino como sentimiento.*

Si la Constitución ha sido el programa y el pretexto del radicalismo, misal en el ara de la

orgía política, y no hay en el pueblo sacerdotes capaces de protestar del sacrilegio, ¿cómo no convenir en que se cierne sobre la patria el peligro de la disolución, la guerra fratricida o la anarquía desoladora? Si la mentira a cada paso invoca la ley para violarla, y no hay voces bastantes para castigarla, ¿cómo no predecir la catástrofe?

Cuando hay una sociedad que se entrega preferentemente a la especulación, al negocio y al vicio; cuando la juventud de las ciudades, por un vaso de alcohol o una inyección de morfina, deja en el olvido el agua lustral; cuando los ancianos no esperan de su palabra el éxito: cuando los soldados no consiguen conmover sus propios corazones y la memoria de los grandes guerreros ya no los inspira; cuando se ha injuriado nuestra historia y ya no hay fe religiosa, desde la de Dios hasta la de la patria, desde la de la cruz hasta la de la bandera; entonces un reducido grupo de advenedizos puede apoderarse del mando, organizar fuerzas avasalladoras, dominar, hacer y deshacer, castigar y vengar, hacer de la iniquidad precepto y de la violencia régimen normal.

Yo auguraría un derrumbamiento de las instituciones republicanas si llegara a arraigarse definitivamente en el pueblo la idea de que un hom-

bre todo lo puede, que puede más que las leyes y los magistrados, más que los tribunos en el parlamento, más que la opinión en la prensa.

Pero después de tres años de radicalismo, el pueblo que siempre paga los errores y la mala fe de sus caudillos, de sus agitadores y sus mentores codiciosos, empieza a negarles su confianza; hoy, en efecto, el héroe del 12 de Octubre se acaba de convertir en el reo del 7 de Noviembre.

¡Confiemos, pues, en la sanción de la opinión pública!

CAPÍTULO III.

La delación y la persecución

Lady Macbeth.—¿Le habéis pedido que viniera?

Macbeth.—No, pero sé que se niega a venir. En cada una de sus casas tengo un espía. Mañana iré a hablar a las hermanas patéticas. Necesito nuevas explicaciones, porque estoy resuelto a saber lo peor por los medios peores. Todo debe ceder a mi interés.

Macbeth: Acto III, Escena IV.

Al lado del que se hace caballero se agita el *delator*, tipo que surge abundantemente en tiempos de tiranía, es decir, cuando la crueldad y el odio toman las riendas del estado.

Hasta ahora el delator ha servido para la organización del personal burocrático con miras electorales pero ya comienza a sentirse su trabajo subrepticio en labores más amenazadoras.

No es aventurado asegurar que tras de cada una de las intervenciones nacionales en las provincias ha ido una legión de espías, consejeros de

titulados ministros, cuya función suprema no confesada fué la de sustituir a los empleados antiguos, unas veces sin declaración de causa, otras con falsas declaraciones y otras también con palabras de justificación desmentidas por hechos que las contradijeron. No se ha tenido hasta hoy la franqueza brutal de declarar oficialmente que se les expulsaba por enemigos de la "regeneración institucional", como en 1840, año del terror, se les destituía por enemigos de la Santa Federación.

Los comités de la "causa" son los proveedores inagotables de estos personajes de la calumnia. Llenan los vestíbulos de las casas de gobierno, atisban en los corredores y los pasillos; son temidos y detestados. La investigación policial, organizada de antaño con tan siniestro elenco, se ha volcado por todas partes: guarda la puerta de los palacios, recoge aquí y allá la frase inocente para torcerla y servirse de ella como de una trampa; viértela en el oído del gobernante y produce catástrofes íntimas.

La aparición de los delatores precede al despotismo: la aurora de la libertad, en cambio, borra las sombras de la delación.

La delación fué una institución legal en otras épocas: en el Palacio Ducal de Venecia había un buzón de mármol, una faz de león cuyas

fauces abiertas recibían diariamente la denuncia fatal contra los supuestos o verdaderos enemigos de la República. En aquel régimen tiránico, en aquel despotismo rodeado de estatuas, columnas y pinturas maravillosas, el espionaje tenía su trono, tan magnífico como terrible. Ahora la delación ha sido proscripta por la reprobación universal; pero como la ambición y la calumnia no pueden ser destruídas, si hoy no tienen su sala y su león, tienen, en cambio, por sitio de sus maquinaciones el comité y por teatro de sus obras los despachos oficiales.

El comité dispone de los puestos públicos, es decir, del trabajo de los empleados, de su sed y de su hambre, mediante un sistema de persecución en que las altas autoridades se complican, mejor dicho, organizado por ellas.

El gran mecanismo burocrático, base y fuerza de la política personalísima, es movido por el comité, cuya legión de denunciantes se mueve activamente. Este repugnante ejemplar humano, de que se han servido siempre todos los déspotas, es el mayor estigma del servilismo perverso, instrumento de la cobardía anónima. La policía se sirve de él; le abre el camino de las persecuciones y de las venganzas. Tras de su sombra viene el sayón, en pos de él la desolación y el espanto. Ahora en nuestro país se han sacado la máscara

los unos y los otros, y algo de lo que hacen conviene dejar impreso en este libro.

La policía persecutoria arma actualmente el brazo de los gobernantes con furor renovado. El alma bárbara del gaucho que hizo temblar la República durante nuestro Apocalipsis, torna a su furia con nuevos bríos sin respetar nada.

En las gobernaciones nacionales la violación de las leyes está a cargo de desalmados protegidos encargados de aterrorizar a los habitantes y, por lo tanto, de arruinar y despoblar los territorios. La delación allá ha sido sustituída por el azote y el crimen. Pero allá es casi el desierto y podría decirse que donde sólo llega el reflejo de la cultura metropolitana no es posible exigir ni siquiera un principio de libertad. Pero en ciudades florecientes la delación y la persecución sistematizadas son fenómenos inexplicables para la gran mayoría, que preocupada mucho de sus trabajos o por carecer de nociones claras de gobierno descuida demasiado su libertad.

Refiere Bret Hart en uno de sus cuentos: *Los desterrados de Poker-Flat*, que en 1850 fueron expulsados de cierta ciudad de la entonces solitaria California, con prohibición de regreso bajo pena de la vida, un jugador de oficio, un ladrón de filones, convicto borracho, y dos mujeres públicas. Eran la escoria social de Poker-Flat, a que

el comité secreto de la población había resuelto expulsar por ser personas perniciosas. Halláronse a poco en medio de campos desamparados, que debían cruzar hasta conseguir otra población; pero una súbita tempestad de nieve que borró todo vestigio de camino, sitiándolos, hizo lo que el comité secreto no había querido hacer: matarlos. La ciudad había obrado cuerdamente al desterrar a su hez miserable, pero no quiso ser cruel al señalarles una senda de salvación. La ruda sociedad californiana de hace setenta años aplicaba a la gentes corrompida la pena del destierro: quería ser digna y vivir en orden.

El relato de la muerte bajo el sudario helado de la nieve, que va sepultando durante varios días a los infelices desterrados, suspende el ánimo y conmueve, pero la lástima de aquel castigo no causa indignación contra los juzgadores, pues no hicieron otra cosa que defenderse.

En los días en que escribo nuestro país asiste a un espectáculo mucho más atroz: el destierro de un considerable grupo de personas perseguidas por orden personal del gobernador de Mendoza Doctor Néstor Lencinas, impuesto por la sola voluntad del Presidente de la República mediante decreto del último de los interventores, Doctor Perfecto Araya.

Estos nombres deben sernos conocidos.

En un telegrama publicado en "El Diario" de Buenos Aires, el 6 de Octubre, léese lo siguiente:

"Nada se sabe de los ciudadanos desaparecidos misteriosamente. La policía continúa negando haberlos deportado.

"Los autonomistas han designado comisiones para que se trasladen a esos puntos en automóviles, llevando víveres abundantes para los deportados, pues sin ese auxilio oportuno morirán de hambre".

Al día siguiente el mismo diario publicaba nuevos despachos:

"A las 2 p. m. de ayer salieron para Lavalle el doctor Morey y el señor Picheto, Presidente y Secretario del partido socialista local, con el objeto de buscar a los correligionarios deportados, al igual de lo que hicieron también los autonomistas con los suyos.

"Anoche regresó Morey y nos manifestó que al llegar cerca de la frontera con San Juan encontró un automóvil en el que viajaba la comisión autonomista formada por los doctores Aureol, Arenas y Villanueva y el diputado nacional señor Raffo de la Reta. Todos, a excepción de este último, eran traídos presos en su propio automóvil y custodiados por un regular contingente de soldados armados a wínchester.

"Al doctor Morey, esas mismas fuerzas lo de-

tuvieron y le notificaron que le prohibían continuar el viaje. Ante tal intimación, adelantóse al regreso, siendo detenido al pasar por frente a la comisaría de Lavalle (única en el camino), donde fué registrado al igual que su compañero Picheto.

"Como no llevaban armas (las habían escondido preventivamente) se les permitió regresar a esta capital, sin haber logrado realizar su humanitaria misión.

"Se sabe que a los numerosos ciudadanos deportados se les envía a la laguna de Guanacache, pues se les ha visto marchar a pie y maniatados con ese rumbo.

"A la comisión detenida en Lavalle se la tuvo dos horas al sol, pasándola después a un calabozo. El Jefe de Policía había prometido a los que gestionaran la libertad de los doctores Aureol, Arenas y Villanueva, que ordenaría telegráficamente al comisario de Lavalle que los enviara a esta capital. Hasta anoche después de las doce dichos caballeros no fueron puestos en libertad.

"Las comisiones enviadas a San Luis y Chile en socorro de otros deportados con ese destino, aún no han sido detenidas, lo que hace suponer que tales contemplaciones obedecen a que aquellos ya han traspuesto las fronteras.

"Han sido detenidos los obreros socialistas Campoy, Lotito, Mantuello, Fortes (Secretario del Partido Socialista), García (Tesorero de la Federación Obrera Provincial) y dícese que cuarenta ciudadanos más.

"Campoy recobró su libertad tras penosas gestiones. A Fortes lo trasladaron a Lavalle donde permanecerá detenido hasta que termine la huelga.

"Los demás asegúrase que han sido deportados a la "Siberia Mendocina", como se llama a la región desierta y desamparada de San Miguel, donde los deportados morirán indefectiblemente de hambre y de sed, pues el poblado más cercano está a cuarenta leguas.

"La policía, con una audacia y cinismo incalificables, niega haberlos detenido, y así se expresa en cada recurso de *hábeas corpus* que se interpone.

"Las familias de los deportados ignoran su paradero.

"Ante el miembro de la Corte doctor Aguirre, entablóse aquel recurso, pero sin resultado alguno, en virtud de que este mal magistrado acepta como buena la excusa de la policía y rechaza las pruebas en contrario.

"A un amigo, el doctor Aguirre díjole, sonriendo: *¡Se han perdido!*, refiriéndose a los deportados por la policía".

La sonrisa de este juez es el signo sarcástico habitual en el tirano satisfecho: paraliza más que el ceño adusto del sayón. Un juez que sonríe de esa manera, un juez que dice de hombres perseguidos: *¡se han perdido!*, es engendro de pasiones infernales.

Peor que los delatores porque obra con autoridad; peor que los verdugos porque estos obedecen y aquel falla. Ese hombre estaba oculto acechando la presa: ha saltado, ha clavado su garra porque ha sonreído ante el dolor de sus conciudadanos. Llamado para proteger sonríe a la proscripción; traído para ser justo azuza la jauría de los perseguidores. Sobre los códigos que ha jurado vuelca en su sonrisa el veneno de su perjurio. ¡Tipo de jueces moralizadores! ¡Espécimen definido de los violentos disfrazados de bufones! ¡Qué sarcasmo tan hiriente en los labios de un magistrado la burlesca frase: *¡se han perdido!* ¡Reír ante el tormento, burlarse ante el crimen, así hicieron en nuestro país muchos hombres señalados por el índice de la indignación de dos generaciones!

La crónica de la bárbara regresión gaucha de nuestros días se colma de iniquidad. Voy recogiendo para nuestra afrenta muchas cosas que se publican a medida que analizo la obra de la reencarnación del alma salvaje, y aquí quedará es-

tampada la palabra de un representante del pueblo.

El Diputado Nacional Doctor Augusto Bunge dirige, en efecto, desde Mendoza al Presidente de la República el telegrama que copio a continuación:

"Está plenamente probada la deportación de numerosos trabajadores realizada en forma hipócrita y salvaje por la policía mendocina, dejándolos abandonados en el desierto, y no se tienen noticias de más de diez, después de seis días. Posiblemente han muerto. Semejante conducta equivale al asesinato premeditado. Además, otros trabajadores son perseguidos sin motivo. Solicito garantías nacionales y exploración de la zona donde han sido abandonadas las víctimas de esta tiranía".

El telegrama no fué contestado. En "El Autonomista" de Mendoza, se publicó durante algún tiempo un "permanente" que decía así:

PERMANENTE

Un diputado radical ha dicho en plena Cámara que el gobierno lencinista ha llegado hasta el asesinato.

La opinión pública exige al Gobernador don José Néstor Lencinas y a su ministro don Carlos M. Puebla, digan el número y nombre de las personas asesinadas y el motivo por qué se les mandó asesinar.

Los trabajadores que sufren en el desierto de arenas movedizas denominada Quebrada de Flo-

res, como en las lagunas de Guanacache y en la desolada región de San Miguel, hicieron causa común con las maestras aprisionadas y vejadas por el gobierno mendocino, y ese es su delito. Si esos hombres se hubieran dado a asesinar enemigos de la causa en vez de protestar contra la vejación de las mujeres, habrían sido ensalzados. El pequeño Syla de Mendoza quiere imitarlo: tiene libertos a su disposición, porque hay un Syla más poderoso que lo impone en la República y que pretende doblegarnos.

Deportación sin ley ni juez, el tormento del hambre, la privación de auxilio en el desamparo del desierto; la vejación inútil, el asesinato y los golpes; tal es la política impuesta por el Presidente Irigoyen a hombres y mujeres, y ciudadanos y extranjeros, por el solo hecho de no querer pensar con arreglo a la regeneración y los postulados de la causa.

Quien haya cruzado el arenal a donde son arrojados como fieras los ciudadanos mendocinos, puede medir toda la extensión de ese crimen. Pero quien piense que la señal de la muerte no ha sido hecha para aquéllos sino también para el país entero; no espere remisión. Se ha avanzado ya mucho en el camino del desorden; disimulándose lo que no puede tolerarse, y tolerado lo que no puede perdonarse.

* * *

El furor profético del dictador recorre nuestras comarcas. Ayer clamó en Corrientes, pero sus rayos fulminadores no pudieron abatir la voluntad de sus ciudadanos. En Corrientes fué vencido. Ahora clama en Catamarca, donde pretende—posiblemente sin éxito—organizar un gobierno a su hechura.

La "libertad electoral" perseguida por él durante el curso de su vida misteriosa, se hace efectiva para sus adictos por los procedimientos ya practicados: la persecución en toda forma.

La Concentración Catamarqueña, en un manifiesto del 29 de Noviembre actual, resume los acontecimientos diciendo así:

"En la víspera de la elección, distante apenas breves horas del comicio, cree la Concentración Catamarqueña cumplir un gran deber al declarar, como lo hace con entera lealtad, que asistirá el día de mañana a depositar su voto en las urnas abiertas por la intervención nacional, a pesar de que la libertad electoral se halla burlada por la violenta presión y el manifiesto soborno que practica el oficialismo.

"La Concentración Catamarqueña viene lu-

chando más con las autoridades federales y los empleados traídos de diversos puntos de la república, que con el partido radical de esta provincia, cuyos dirigentes principales, empleados a su vez, no desempeñan otro papel que el de secundar pasivamente la autoridad ejercida por personas extrañas de esta provincia, las que desparraman en nombre de las más altas autoridades de la nación la amenaza, la vía de hecho, la detención, la multa contra nuestros amigos y la pitanza de ambos presupuestos, como cebo para corromper el sentido honesto del electorado.

"No es del caso, en este momento, documentar la verdad de nuestra afirmación, y menos cuando la pública notoriedad lo testimonia con todas las formas que tiene para expresar la opinión.

"Sin embargo, la Concentración Catamarqueña, después de la cuarta convocatoria, va a librar la gran batalla, segura del triunfo, como testigo flagelante para los que detentan el gobierno por medio del asalto y el abuso".

Durante el largo proceso electoral de Catamarca, destruída actualmente como Estado, se han consumado tantos abusos y delitos que con sólo enumerarlos se llenará un capítulo más extenso que el que se desarrolló en Corrientes bajo la dictadura de Giuffra y sus secuaces, entre otros, Agüero Vera.

"El Interventor Doctor Fabio López García ([1]), asumió todos los poderes, se atribuyó facultades legislativas, nombró ministros, decretó presupuestos, se apoderó de los recursos y designó jueces. No anduvo con juegos de palabras, y en el decreto que dictó a su llegada con fecha 12 de Mayo de 1918—ya estando abierto el Congreso — resolvió, textualmente lo dice, asumir el gobierno de la Provincia, esto es, todos los poderes". ([2]) Las crónicas diarias, nunca desmentidas, dan cuenta de las variadas formas de opresión del *irigoyenismo* contra los ciudadanos libres, desde la multa injusta y la detención arbitraria hasta el homicidio perpetrado por

---

(1) Este representante de la justicia percibe sueldos de magistrado y sueldos de interventor. Abandona su estrado durante largo tiempo, pero no sus emolumentos, y oprime a la Provincia, teniendo bajo su mando a oficiales del ejército, que la recorren infundiendo el pánico por todas partes, haciendo de policías opresoras.

Los tribunales del país han suministrado al Presidente de la República buen número de ejecutores de sus actos tiránicos, entre otros, el ex interventor en Salta, Doctor Emilio Jiménez Zapiola, que destruye en un día el poder judicial y neutraliza la libertad civil, haciendo ilusorio el *hábeas corpus*. Recientemente es designado interventor en San Juan el Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, Doctor Manuel F. Escobar, previo derrocamiento del gobernador Isaza; asume todos los poderes, y tiene el raro acierto de elegir para puestos elevados de la administración a personas que por su historia pasada satisfacen grandemente a la clase de multitud que lo recibe dándose a sí misma el título de *democracia de alpargata*. (Noviembre de 1919).

(2) Discurso del Diputado Rodolfo Moreno. Diario de Sesiones, 4 de Noviembre de 1919.

envenenamiento. La invocación al señor Irigoyen está en los ejecutores de tales procedimientos. Los "muchachos" del tráfico del perdón desempeñan su oficio.

Con motivo de estas elecciones ocurrió en la Capital Federal un hecho que "La Fronda" del 30 de Noviembre califica de *Episodio sugerente.* Bajo este título aquel diario denuncia un delito de verdadero *sabotage,* perpetrado por manos ocultas con el objeto de impedir que los Diputados concurrieran a las elecciones. La muerte de los viajeros, el piloto y el mecánico era muy probable, pero del tráfico del perdón puesto al servicio de la "soberanía de los pueblos", eso y más puede esperarse.

"La Fronda" dice:

"Los diputados Moreno y Sánchez Sorondo pensaban ir a Catamarca en un vuelo. Los preparativos habían sido ultimados sin inconvenientes. El mayor Kingsley, piloto reputado, estaba decidido a realizar la hazaña por la influencia novedosa que la navegación aérea iba a tener en la política de tierra adentro. Y la pequeña piedra puesta en el camino, con la prohibición de depositar sus aparatos en el hangar gubernativo, en virtud de transportar volantes conservadores, había pasado a la categoría de una minucia más de la tiranía irigoyenista.

"Cuando los referidos legisladores pensaban haber logrado salvar todos los escollos, recibieron una amable misiva del piloto inglés, en la cual les comunicaba que no podía realizar el raid a que se había comprometido, por haber encontrado, a último momento, fallas inexplicables en las maquinarias de su avión. Agrega la comunicación que los desperfectos comprobados son de naturaleza tan extraña que no puede creer hayan sido ocasionados por los pilotos a sus órdenes, en los vuelos reglamentarios de ensayo".

Esta denuncia no ha sido desmentida; y con esta cierro este capítulo.

CAPITULO IV.

El tráfico del perdón

Porcia.—¿Qué le concede vuestra piedad, Antonio?

Graciano.—Una cuerda gratis. Nada más por amor del cielo.

El Mercader de Venecia.

El nombramiento o elección de funcionarios públicos recaídos en personas de mala conducta es, como sabemos, el sistema adoptado, en general, por el gobierno de los radicales. Pero no es todo el sistema. Hay un modo de complementarlo, demostrativo de la tendencia a valerse de la gente baja, ya para halagar a la multitud, ya para valerse de ella a fin de infundir miedo. De ambas maneras se consigue durante las tiranías humillar a las familias, a los hombres honrados, e inquietar a los pacíficos.

El modo de complementar el método es dar libertad a criminales de todo jaez a título de magnanimidad, abusando de la facultad constitucional de indulto y conmutación de penas,

El perdón "magnánimo" significa muchas cosas, ninguna de ellas buena en las repúblicas orgánicas.

Ante todo, lo primero malo del sistema de perdón es el tener por *magnánimo* al que perdona, porque en realidad la magnanimidad no existe en quien ejerce una atribución legal. El aceptarla en el gobernante importaría atribuir, por oposición, crueldad equivalente en el Juez que ha condenado. Tan generoso es el perdón como necesario el castigo, más simpático aquél que éste, sin duda, pero esenciales los dos, porque en ambos se cumplen dos deberes: el de hacer justicia y el de ser equitativo. Pero ni cuando condena el juez ni cuando perdona el gobernante debemos considerar al hombre sino al funcionario, porque lo que prevalece y actúa realmente es la ley, no la persona, la sociedad, no su representante. Esto debe suceder en los pueblos republicanos, a diferencia de los regidos por teocracias y autocracias, en los cuales la voluntad del emperador, del rey o del califa no obedece a más normas de conducta que la bondad, la crueldad o la justicia personalísima de aquéllos.

Consideramos, debemos necesariamente considerar, la *magnanimidad* de los presidentes y gobernantes de América, cuando perdonan miseri-

cordiosamente, como uno de los más peligrosos grados de la transgresión legal, una verdadera traición a la sociedad que dirigen, porque alteran los principios en que se basa la república, aparte de la amenaza evidente a la libertad civil y a la paz social.

El indultar sin tasa a criminales de todo género haciendo decir a los comités que el Presidente es un ser magnánimo, y consentir éste, con su silencio, en semejante razón de obrar, responde a la idea de prepotencia personal en detrimento de la Constitución y de las bases del sistema republicano. Desde que la magnanimidad personal prevalece el oscurecimiento y hasta la pérdida de la conciencia republicana en el pueblo se producen inmediatamente; y desde ese momento la fuerza presidencial es tan enorme como débil el imperio judicial. La existencia y eficacia de este imperio que tantas luchas ha costado, caen bajo el empuje avasallador de la falsa bondad y aparente caridad de un solo hombre; e influyendo en la masa popular deja de lado el ejercicio de la justicia, que por defectuosa que sea no ofrece el peligro de una invasión de bondad munificente en el que tiene desde entonces en sus manos el disponer a su antojo y por impresión o cálculo político, de la seguridad y libertad de los ciudadanos.

La grandeza del dispensador del perdón crece en gran medida; el fanatismo que despierta en las multitudes ignorantes se convierte en religión, y pues no hay religión sin dios, ídolos o fetiches, necesariamente se ofrece a la mirada y al sentimiento popular un dios humano tan desleznable como peligroso y tan efímero como desleal. El magnánimo que perdona a los defraudadores y a los homicidas se hace simpático a la plebe, fronteriza del robo y del homicidio, torpe y cruel en su entraña misma.

La aparición del misericordioso es el índice de un sistema de engaño bastante parecido al que el General Rosas practicó durante mucho tiempo para combatir a los unitarios. El Padre Castañeda hablaba de los pensamientos *magnánimos* de aquel tremendo gobernante, y hubo durante largos años una innumerable multitud que creyó en aquella superchería como en artículo de fe. Rosas acostumbraba a premiar a sus sicarios con dinero, tierras y honores, consiguiendo de este modo mantener firme su prestigio con dispensas que a él nada le costaban.

Después de tanto tiempo, y deslindada ya la línea entre el perdón legal y la clemencia dictatorial, el sistema se repite con una amplitud desoladora, sin que indirectamente deje de haber premios y recompensas consistentes en ho-

norarios por las gestiones administrativas necesarias para obtener la gracia. A esto se ha dado el nombre de *tráfico del perdón.* Así, a la sombra de la prodigalidad de presidente y gobernadores, se alimenta la codicia de ciertos protegidos.

El tráfico del perdón, aparte de su inmoralidad como medio de robustecer las fuerzas electorales y de alimentar a una multitud de parásitos, sin contar el desmedro de la autoridad de los jueces, produce el ensoberbecimiento de los delincuentes, que devueltos a la sociedad que los ha repudiado se lanzan al crimen con irresistible procacidad. Los ciudadanos sienten desde entonces la amenaza perpetua e incierta de gentes de mal vivir, que hacen peligrosos los caminos y temibles las ciudades. Todos sabemos que existe una deliberación superior en devolverles lo que aquellos expulsaron, y que la ley del castigo, ejercida para protegerlos, ha sido arbitrariamente transgredida para atacarlos. La seguridad pública disminuye no solamente porque criminales temibles andan sueltos sino porque se sabe que la justicia represiva es desconocida precisamente por quienes están encargados de acatarla y fortalecerla.

La libertad en todos sus aspectos disminuye por el tráfico del perdón, tanto más si se tiene

en cuenta que los bandoleros perdonados se hacen electores, guardianes de policía, funcionarios de todo orden y caudillejos más o menos visibles, señores del comité y, por lo tanto, tipos de categoría en barrios externos y poblaciones de segundo orden. Son ellos los más rabiosos fanáticos del que los ha perdonado, de manera que a su temibilidad normal se agrega la agresividad de su fanatismo.

El hecho de que numerosos indultados hayan sido agraciados con empleos nacionales o provinciales, o colocados al frente de elementos de comité, se ha repetido en estos últimos tiempos sin que haya sido posible, no obstante las denuncias públicas, paralizar los efectos del sistema. El Presidente de la República no presta oídos a las advertencias de nadie porque su alma "infinitamente bondadosa" para los encarcelados no puede detenerse a escuchar las quejas de los que temen por su libertad y seguridad; siendo para él más interesante poner la mano paternal sobre la cabeza de un presidiario que calcular las consecuencias de su perdón.

Cuando la Constitución puso en manos del Presidente de la República la facultad de conmutar penas y conceder indultos lo hizo con el elevado fin de suavizar el rigor de las leyes penales y corregir los defectos de los procesos,

porque ni la ley ni los jueces llegan a la justicia perfecta. Pero no estuvo en el pensamiento del legislador hacer del presidente un burlador de la justicia, algo así como un juez de jueces mediante cuya voluntad los pronunciamientos llegarían a ser revocados en orden a sentimentalismos más o menos sinceros.

Pero ahora la irresistible necesidad de "voltear" los gobiernos del "oprobio" ha encontrado en la Constitución misma, abusivamente interpretada, uno de los medios de coartar la libertad del electorado.

*
* *

En los días que corren el indulto es objeto de temor en el pueblo.

No son conocidos todos los casos de perdón porque en gran parte se ha tratado de ocultarlos, pero hay estadísticas parciales y hechos conocidos de reincidencia de indultados que han producido honda inquietud.

De un documento irrecusable digno de análisis se infiere que en el corto espacio de ocho meses el interventor en Buenos Aires señor José Luis Cantilo, mero ejecutor de las órdenes del Presidente, puso en libertad a 576 condenados, *de los cuales sólo diez eran mujeres.* Esto en la Provincia de Buenos Aires durante un gobier-

no de hecho, sin causas que pudieran legitimar tan extremas resoluciones y contrariando las disposiciones de la ley reglamentaria de la constitución provincial que autoriza las conmutaciones.

Las mujeres favorecidas fueron, como he dicho, únicamente diez y los hombres 566.

Estas cifras demuestran que la clemencia presidencial es una invención, pues siendo cierto que las delincuentes son menos, no lo son en una proporción tan mínima como las indultadas.

El secreto consiste en que las mujeres no son electoras, de modo que el sentimentalismo no les alcanza. Es un caso igual a la hazaña del Quijote cuando cortó la cuerda de los que iban a galeras, porque entre los galeotes libertados y que concluyeron apaleando al caballero y al escudero no había ninguna mujer. Basta esta observación para tener por superchería la magnanimidad en el perdón: cuidémonos del engaño para evitar que nuestras ciudades sean refugio de asesinos y nuestros caminos encrucijadas de asaltantes amparados por la fuerza pública.

Desde pocos días después de iniciada la nueva era de la moralización institucional, el alma paternal del Presidente comenzó a mostrarse sin franqueza: el proxeneta Ernst, asesino de un compinche, fué condenado a muerte en última instancia y favorecido con la conmutación de la

pena inmediata inferior por el Presidente. Hubo en el incidente algunas circunstancias que patentizaron la tortuosidad de la conducta del Ministro de Justicia en su trato con el Tribunal de sentencia; y si se tiene en cuenta que el homicida era un cobarde de profesión afrentosa, no se alcanza á comprender como en un país abocado a una moralización tan declamada se comenzaba la tarea menospreciando la majestad de los tribunales.

La prensa diaria ha dado a conocer atentados numerosos cometidos en plena calle por los indultados del Presidente, incorporados unos a la sociedad sin ocupar cargos públicos, otros ungidos funcionarios y verosímilmente los más convertidos en gestores eficaces en las elecciones: así, en esto último, puede pensarse porque en Buenos Aires, donde el Interventor vació los presidios con tanto ahinco, éste no tenía otra misión que organizar comicios. ¿A qué, pues, desplegar la bandera de la protección a cientos de defraudadores, violadores y homicidas, al mismo tiempo que favorecía la delincuencia rompiendo las vallas establecidas legalmente contra ella? Si esta sospecha careciera de fundamento, siempre habrá tiempo para las justificaciones, pero el pueblo no las obtendrá nunca.

* * *

Los casos de presidiarios que salen libres contra la ley expresa han inquietado a nuestros representantes legislativos y dado origen a advertencias severas por parte de algún magistrado, sin que por eso haya cesado el tráfico del perdón.

Con motivo de la conmutación de pena solicitada ante el P. E. de la Provincia de Buenos Aires por un procesado *que aún no había sido condenado,* el Procurador General de la Suprema Corte de Justicia doctor Wáshington Ocampo decía que el prevenido no podía solicitar gracia porque ni siquiera había sido constituído en prisión, y se creía en el deber de hacer notar a la Corte "el inquietante acrecimiento de solicitudes de conmutación de pena que diariamente se formulan por postulantes evidentemente colocados al margen de toda pretensión honesta, humana y legal. Caso patente de cuanto dejo dicho, prosigue, lo constituye el presente pedido de gracia, al que, según resulta, se ha dado el curso normal, no obstante surgir de los mismos autos que el procesado se encuentra prófugo. Semejante proceder, aparte de la falta de seriedad y el poco respeto que por el imperio de la ley supone, *llega hasta el margen de una complici-*

dad delictuosa sobre la que llamo la atención de la Suprema Corte" (1).

Estas severas palabras cayeron en el vacío: tanto la Corte como el Gobernador guardaron silencio. Sólo dos meses después, el 22 de Julio, el Senador doctor Luis Grisolía presenta y funda un proyecto de ley por el cual se limita la prerrogativa del gobernador de conmutar penas por delitos sujetos a la jurisdicción provincial. El 25 de ese mes el diputado Nicolás A. Avellaneda proyecta en la Cámara de Diputados de la Nación una reglamentación de la facultad de indultar.

Ni el Senado en La Plata ni la Cámara en Buenos Aires han sancionado los proyectos; y con harta frecuencia siguen los gobernantes compasivos poniendo indirectamente en peligro la libertad civil y la vida de los habitantes sea por reincidencia de los perdonados del presidio ya por su sola libertad y cargos públicos con que algunos son favorecidos.

El proyecto del Senador Provincial lo fué pocos días después de ser públicamente conocido el indulto del uxoricida Vanoli, el cual asesina a su esposa en 1915, es condenado a presidio por 16 años, agraciado con la conmutación de

(1) Dictamen del 24 de Junio de 1919.

la pena en 1917 y puesto en libertad pocos meses después. Este perdón inaudito dió lugar a un debate en la Cámara de Diputados, del cual se infiere que el Presidente de la República tenía conocimiento de circunstancias que hubieran enfriado sus sentimientos munificentes si en vez de sentirse imbuído de prepotencia plebiscitaria lo estuviera de sanas ideas de gobierno.

El indulto de Vanoli fué una afrenta pública: conmovió a nuestra sociedad por muchos días, hizo pensar, acaso por primera vez, en la frecuencia del perdón y el peligro social del crimen tan libre como alentado por el signo imperial. Contra el anhelo público se indultaba y se indulta; contra la ley aquel ¡yo quiero! terminante que choca contra la opinión y que triunfa porque parece más fuerte que la voluntad nacional. Poco, muy poco significa para el ¡yo quiero! presidencial el clamor de la familia ofendida que se dirige al Presidente para advertirle que su protegido "es un malvado colocado al margen de la sociedad por su crimen atroz", y poco le inquieta asimismo el rumor de la censura pública.

Al indulto de Vanoli se suman miles; de modo que es presumible y aún real que la opinión en favor del Presidente reside en el ámbito hermético de las cárceles, si es que en el alma sombría de los criminales puede albergarse la grati-

tud. A decir verdad, el radicalismo tenía gran opinión entre los presidiarios y acusados por toda clase de delitos; como que al advenimiento de cada gobernador los presidios fueron teatro de alzamientos plebiscitarios. Los blasones del radicalismo han sido así deslucidos por manifestaciones de la hez humana, y se juntan en la historia tormentosa los motines del revolucionario y los alzamientos clamorosos de las prisiones.

Nunca se trazaron signos tan elocuentes en las páginas de la incorruptibilidad política argentina, ni guardan más exacta correspondencia que ahora las explosiones de la amoralidad cautiva con el misticismo autoritario. Y para que los fenómenos de psicología política sean una vez más confirmados observaremos cómo rondan en torno del místico y al rededor de las cárceles chacales y lobos en afán de saciar su avarismo inextinguible.

***

La intromisión de delincuentes indultados en la vida social y en la administración es uno de los síntomas reveladores de un mal agudo en la política gubernativa, cuya tendencia ostensible es encerrar la libertad política y civil en un círculo de terror. ¡Pretensión funesta y casi in-

concebible ante una sociedad acostumbrada a una libertad bien cimentada sobre las piedras liminares de una vasta construcción institucional; ante una sociedad rica y activa, relacionada con naciones ilustres!

Cuando pensamos que hombres que mataron y robaron reciben el premio de sus culpas en forma de cargos públicos distinguidos, y vemos cómo ocupan sitiales antes reservados a la ilustración senatorial, a la experiencia tribunicia y a la virtud patricia personas que han sufrido el peso de sentencias condenatorias; sentimos el estupor del asombro y la sensación de un riesgo inminente. Es tan monstruosa la invocación a la de democracia, declamada a cada paso por el radicalismo extraviado; tan honda la diferencia entre la severidad de nuestra era antonina y la longanimidad de la era místicopolítica en plena acción, que tenemos derecho de pensar en la organización a plena luz, en nombre de ideales aparentemente generosos, de una verdadera conjuración de fuerzas disolventes del orden social para producir en el ánimo de la colectividad las impresiones inhibitorias del terror.

Ante el desprecio desembozado de los sentimientos básicos de la familia y la decidida vocación a fortalecer los instintos de los hombres de presa, debemos rechazar sin más juicio la de-

cantada moralización institucional para poner en descubierto el atentado contra la paz de nuestro pueblo. No se indulta a los criminales por benevolencia y lástima sino con un fin político, es decir, electoral, más exactamente aún, con el propósito de poner en conflicto la libertad civil de los habitantes, pues no se comprende porqué se elige entre los presidiarios a los incorregibles para conferirles cargos oficiales aun con la probabilidad próxima de reincidencia. Téngase en cuenta que cuando un pueblo sufre sin protesta semejante método de gobierno está amenazado en sus más caros derechos, y que todas las garantías aseguradas por la Constitución son meras expresiones literarias, como asimismo que cuando la Constitución se convierte en literatura la única y efectiva realidad es el ejercicio de la fuerza como suprema ley y la tiranía como suprema expresión de gobierno.

***

Cuando un pueblo sufre indiferente y resignado el tráfico del perdón y no se conmueve o exaspera porque su gobierno atente contra su seguridad y dignidad en la forma ante dicha, habremos de sospechar en él un grado de inmora-

lidad bastante elevada para no mirar con desconfianza el porvenir que le espera.

Recordemos las palabras de Sighele cuando estudia la intervención directa de los ciudadanos en la aplicación de la pena.

"El lynchamiento—dice—es a veces un síntoma consolador de la moralidad de un país. A la indolencia y a la indiferencia de algunas de nuestras poblaciones que miran los delitos como simples hechos de crónica, yo prefiero en ciertos casos una ciudad que se conmueva tan fuertemente por un asesinato, que se levante toda ella en armas para castigar inmediatamente a sus autores.

La ley de Lynch sólo es bárbara en la forma, pero revela la existencia de un sentimiento altamente moral, mientras que, por el contrario, nosotros que no protestamos al presenciar la impunidad de los malhechores, somos acaso cultos por nuestro respeto a las formas de la justicia, pero somos seguramente inmorales en cuanto no sabemos comprender su valor sustancial".

"Entre un pueblo que tiene—dice Dorado y Montero—tan alto y profundo sentimiento de la justicia y el de la propia conservación, que si los órganos encargados de mantenerla no responden a su fin, él mismo en masa se constituye en su defensor; y otro pueblo que presencia impasible los mayores atentados contra las leyes y las ma-

yores iniquidades por parte de los administradores de la justicia, aún cuando tales iniquidades están revestidas con las apariencias jurídicas, la elección no puede ser dudosa. En ese sentido la ley de Lynch es defendible porque revela la existencia de un sentimiento altamente moral y porque es un síntoma consolador de la moralidad de un país" (1).

Hay, como se ve, ilustres defensores de la justicia popular inmediata; y no hay quien no mire con honda emoción la defensa social ejercida por ciertas asociaciones populares organizadas para defensa de poblaciones y ciudades y castigo de delincuentes temibles en ocasiones de levantamientos demagógicos, lucha de clases o conflicto de razas.

Por ahora, entre nosotros, las hazañas de los indultados apenas nos ha conmovido: hemos visto "como crónica" lo que es un peligro social porque es un sistema de justicia, desde que los crímenes de aquellos son consecuencia directa pero prevista de la indulgencia de los primeros mandatarios. Contra este sistema de justicia que en vez de castigar y prevenir provoca y favorece la consumación de infames atentados contra la seguridad social—ya no solamente contra la se-

(1) ENCICLOPEDIA ESPASA, Art. *Lynch.*

guridad personal,—no se registra sino una sola protesta colectiva: la del gremio de chauffeurs con motivo del asesinato del chauffeur Máximo A. Romero, cometido por un presidario temible favorecido por el perdón del Presidente de la República. En el acto del sepelio de Romero el Presidente del centro de chauffeurs sintetizó en la oración fúnebre el pensamiento de la ciudad de La Plata.

"Nuestras conciencias—dijo —han señalado ya al culpable: Aquel que no reparó en desatar contra la sociedad a las fieras humanas, que la justicia sabia y merecidamente había enjaulado". (Agosto de 1919).

Después de esta indignación, el silencio, la aparente indiferencia (1).

***

Digna de maduras reflexiones es aquella indiferencia, que califico de aparente, porque, en mi entender, ni el individuo aislado ni el conjunto social son indiferentes ante los ataques repetidos de homicidas y demás criminales cuando

(1) En prensa este libro, el Diputado Doctor Rodolfo Moreno solicita de la Suprema Corte Nacional y demás tribunales del país las informaciones necesarias para acumularlas a los cargos del juicio político abierto al Presidente Irigoyen. *Nota dirigida el 1· de Diciembre a la Comisión de investigación judicial de la C. de Diputados.*

se sabe o se siente que obran bajo el amparo de las autoridades públicas y ante la impotencia de los jueces.

La seguridad de la vida, la fortuna y el honor carece desde hace tres años de las necesarias y antes efectivas garantías en ciudades y campos, en estos ante todo, pues la defensa social, encomendada a la policía, se ha trocado en amparo de bandidos. La soledad del campo y su enorme extensión, de suyo favorable a la libre acción de los delincuentes, da origen en épocas como la actual a la organización de bandas criminales que asaltan estancias, asesinan y roban. La luz del día no es obstáculo para sus atentados, ni la presencia de la policía las intimida.

Ahora los estancieros que sufren los daños del robo organizado; la familia de los puesteros y los labradores en sus faenas, sienten la necesidad de defenderse por sus propias manos. Esto no es "fantasmagoría", según la expresión del Gobernador de Mendoza.

Son infructuosas las denuncias ante la autoridad policial, vanas las quejas, inútiles en su mayoría los procesos: el robo y la depredación quedan impunes, el daño sin indemnización; la policía impotente en apariencia. Crece la soberbia de los criminales y disminuye la acción

tuitiva de la justicia. Con razón dijo el actual Gobernador de Buenos Aires que aunque sabía que cierto número de comisarios eran gente de presidio, los mantenía en sus empleos *porque los necesitaba.*

La gran conquista de la seguridad pública en el campo, mediante la cual nuestro país había conseguido fama de pacífico y hospitalario, se ha perdido en parte. Nació la desconfianza; se transforma pronto en recelo y temor; y así la indiferencia aparente no es otra cosa que miedo.

El miedo entra en el campo desde que la demagogia radical se hace gobierno. La policía no es ya policía sino persecución de fortunas y honra. Hasta encumbrados personajes, como ha ocurrido en Entre Ríos, se valen de ella para penetrar en las estancia y arrebatar haciendas enteras a mano armada, invocando órdenes de gobierno.

Es público y notorio que ocupan cargos de alta responsabilidad en la policía personajes sometidos al juicio de los jueces del crimen, y que sinnúmero de agentes del orden público son delincuentes prófugos e indultados.

Ante la acción disolvente de está fuerza agresiva y protegida por los poderes públicos, sentidos el temor y el recelo, la libertad pierde

sus fueros, la hospitalidad disminuye y, en una palabra, al mismo tiempo que se pierde el concepto de la ley, freno del delito, crece la emoción del desamparo y la sensación enervante de la amenaza. Perdida la confianza en la eficacia de las leyes por falta de justicia segura, la voz de protesta se hace rumor y así, el callar y el no agitarse es degradante mansedumbre.

A la mansedumbre temerosa que embarga el ánimo de los habitantes del campo se une la pasividad de los de la ciudad, cuyo origen no es el temor sino el sibaritismo.

Los sibaritas cuya seguridad personal y económica no depende de la justicia del campo porque su domicilio y bienes están en las grandes ciudades, especialmente en la metrópoli, pasan su vida muelle y fácil sin preocuparse poco ni mucho de las declamaciones demagógicas de los comités y de las transgresiones gubernativas cometidas a diario por el poder público. En los clubs no se lee la Constitución ni es la carpeta un parlamento. El dinero no tiene opinión política, ni se espanta cuando abunda.

El sibarita contribuye con sus placeres a formar la indiferencia sumandola a la pasividad del campesino desamparado. Si el indiferente de la ciudad advierte alguna vez que los indultados

vuelven a consumar hechos afrentosos; si se percatan de los abusos del gobierno, piensan que el mal es transitorio, y que si han pasado tres años de desquicio, pasarán otros tantos, para tornar al buen camino con otros hombres.

El vicio de los ricos que no estudian y de los aventureros resta fuerza a la reacción contra las violaciones constitucionales y el miedo invasor de los campos paraliza la acción de los partidos dispuestos a defender la paz social. La inhibición por miedo y la inhibición por indolencia son, pues, dos de las causas que contribuyen actualmente al desarrollo de la delincuencia en todo el país; siendo la causa primera de esta regresión temible el abuso del derecho de gracia en detrimento de la acción tuitiva de los jueces.

CAPITULO V.

Los Jueces

—Où se trouve le palais de Justice, s'il vous plaît?

—Monsieur, la Justice n'a point de palais ici.

LENOTRE: *Le Tribunal Révolutionnaire.*

La demagogia en el gobierno deja de serlo para convertirse en tiranía: es su consecuencia necesaria. Organiza rápidamente la policía persecutoria con elementos sociales peligrosos y debilita el poder judicial hasta hacerlo, a su vez, perseguidor. Quebrado el prestigio de este poder, compuesto en su mayoría, desde entonces, de letrados sin conciencia que anulan por completo a los que permanecen fieles a los dictados de la verdad, desaparecen los últimos obstáculos, y todo, a contar desde ese instante, cae bajo el capricho de los dictadores.

Nunca fué nuestra justicia dechado de perfeccíón, pero bajo el imperio del autoritarismo y del desorden, en pleno delirio desde el 12 de Octubre de 1916, no son muchos los jueces que lo resisten.

De todos los males sociales que sufrimos, el más grave es el de la corrupción judicial, porque a los defectos morales añádese ahora la disminución de su *imperium*.

La barrera más poderosa contra la demagogia es la justicia, como que aquélla es de ésta el reverso. No prosperan los moralizadores políticos ante una corte de severos magistrados Los revoltosos, los sediciosos y los autoritarios se detienen ante los estrados en toda época normal; pero cuando las cortes dan en respetar más a los gobernadores que a las leyes, comienza rápidamente la agonía de la libertad civil y crece desmesuradamente la perversión del sentimiento de la dignidad y de la verdad.

El grande y el pequeño robo, la grande y la pequeña culpa hacen profunda impresión en el juez corrompido y débil, mas no se crea que es la impresión que inclina la vara contra el ladrón sino contra el despojado. En el ánimo del juez de la tiranía dominan el miedo y la crueldad, y pues los atributos del buen juez son el valor moral y la benevolencia, hé ahí de qué

modo la mano del juez, temblorosa o perversa, da carta blanca al bandolero y pone hierros al inocente.

No tienen entrada los violentos en la sala de los jueces, ni los concusionarios y malversadores medran durante el ejercicio regular y legal de la acción pública.

Contra la violencia del brazo está la mano que detiene el golpe; pero cuando esta tiembla de miedo, los violentos y los arbitrarios se entregan a la justicia en que sueñan: la del golpe que hiere, la de la humillación que degrada.

Durante el proceso que precede a toda tiranía mansa obsérvanse fenómenos muy singulares, parecidos a los de la podredumbre que aparece en un punto, luego en otro, en pequeñas pústulas, que luego se agrandan hasta invadir el cuerpo entero. El conjunto de jueces, en un tiempo obedientes a los principios del derecho, temerosos de caer en injusticias y de ser censurados, comienza por aceptar hoy un error, otro mañana; hoy una culpa, otra después. Las Cortes toleran más tarde la actuación irregular de tal o cual magistrado; los ciudadanos empiezan a ser víctimas de cohechos y prevaricatos, de sentencias injustas y mal estudiadas. El juez ya no teme al juicio público, porque sabe que hay algo que detiene la acusación, algo que convierte en de-

fensor de sus desmanes al propio jurado de enjuiciamiento.

La impunidad le ampara y bajo tal protección el desenfreno de las pasiones, la avaricia y el dolo inspira los pronunciamientos.

La defensa de la libertad civil, de esa libertad base de toda sociedad progresista, del estado culto, mejor dicho, se debilita entonces extraordinariamente, pues todos sabemos que fatalmente habremos de caer un día ú otro bajo la tremenda realidad de que en el juzgamiento de nuestras acciones y en la distribución de nuestros bienes intervendrá el árbitro de la ley, no obediente a una conciencia honrada sino dispuesto a satisfacer sus apetitos.

En mayor o menor medida el mal combatía nuestra justicia en todo el territorio cuando la demagogia radical clamaba contra ella y fundaba su prédica virulenta contra el régimen. Nadie podía sentirse satisfecho de verse obligado a pedir justicia. Flotaba en el aire el germen deletéreo de la desconfianza. Echábase de menos la edad de oro de los tribunales. Sin embargo, antes de 1916, "día venturoso en que fué exaltado a la Presidencia de la República Don Hipólito Irigoyen",—según el dicho de un miembro de la Cámara de Representantes del Uruguay,—si el alma de los jueces se pervertía sin miras políti-

cas, pasado ese "día venturoso" esa alma se inclina ante una fuerza renaciente, ciega y cruel que asesta sus golpes contra la libertad y los bienes de las personas.

El comité de la sedición y la insolencia comienza el asalto. Es hoy un magistrado mordido por la sospecha de ser molestado por los elementos políticos: si es honorable teme por sus fueros; si es pobre teme por su sueldo; si es simplemente tímido tiembla sólo por su subsistencia, pues sus fueros poco le importan. Ese hombre ya no es un juez; ese ciudadano todopoderoso dentro de sus atribuciones es tanto una brizna de paja como una masa dispuesta a aplastar lo que le señale el comité. Atemorizado, será siempre un valor despreciable o un siniestro verdugo. Llegada la tiranía a su algidez se hará perseguidor.

Como el estado orgánico es fuente del orden, sus jueces son tipos acabados de cultura social y jurídica. Viciado aquél por la violencia y la incultura, el juez debe optar por seguir tres caminos: quedarse para resistir, permanecer para violentar, o desaparecer. No hay remisión. El primero está sembrado de peligros; el segundo de crímenes, el tercero conduce a la elevación o a la miseria. Sin embargo, es menester optar, porque los gobiernos despóticos no sufren a los jueces que les resisten. Roto el dilema, la fuerza

tiránica ya no tiene freno, y la sociedad desamparada desciende por el plano de la decadencia.

Signo infalible de perversión social es la organización de una justicia sometida al mando de unos cuantos; como que ya no es el criterio de la ley el que rige la suerte de los hombres sino únicamente el capricho del voluntarioso, la crueldad del perverso y la humillante bondad del purpurado.

Minados lentamente por los males que siempre preceden a la tiranía, los jueces son por ella sorprendidos, siendo los primeros que la sufren, por ser ellos los directos custodios de lo que ante todo abaten los déspotas: la libertad civil, porque es lo que más odian y lo que más temen. De estas circunstancias nacen héroes y criminales, adalides más gloriosos que los de la batalla y criminales más feroces que los que habitualmente conmueven las poblaciones.

El magistrado que resiste la presión tiránica, el que niega al tirano sus arrogancias de omnipotente y hasta llega a enrostrarle sus traiciones, es un héroe; en cada plaza de las ciudades libres debería ser venerado y su nombre servir de invocación a la libertad. Pero esos hombres en cuya mirada no acostumbra a brillar la chispa de la ira ni pueden por su investidura hablar al pueblo con palabra de trueno, sólo son héroes

para la conciencia de los hombres probos, no para la conciencia de las muchedumbres. Una república realmente ilustre habría de conmoverse más ante un juez capaz de romper el dilema que le opone el despotismo que ante un soldado que opuso su pecho a las armas enemigas, pues de los dos valores aquel es más útil y seguramente más grande. Pero no ocurre, sin embargo, así: la virtud serena vive siempre en silencio.

Pocos son los héroes de esta clase porque el valor moral no fortalece todos los corazones: tal vez por eso tenga tanto precio. En cambio, los que optan por permanecer para servir a los arbitrarios y a los que sustituyen a los que optan por desaparecer o a los que son expulsados, organizan la temible justicia del absolutismo.

En este caso millones de ciudadanos están a merced de un reducido número de personas encargadas de mover la máquina destructora de todos los valores de la República. Derechos e intereses, grandes o pequeños, hasta la más insignificante reclamación, dan pie a los jueces de la tiranía para hacerla sentir. La libertad, que como un río caudaloso ha podido fecundar el alma y el cuerpo del Estado, pierde su dirección porque la máquina de tiranizar revuelve los cauces, ciega las fuentes bajo los golpes de su barbarie.

Es tanto más seguro el éxito de este sistema de agostar en el corazón de los ciudadanos el amor a la libertad cuanto con más mansedumbre se inicia el proceso del despotismo: acostúmbranse aquellos a sufrirlo, y a medida que la costumbre toma vuelo, vase perdiendo el concepto del albeldrío y la honradez. La violencia del dolor despierta inmediatamente la necesidad de combatirlo; en cambio, el dolor que apenas se insinúa y que responde, sin embargo, a una enfermedad de muerte, neutraliza al fin esa protesta de la naturaleza, que estalla en convulsiones cuando el dolor es intolerable.

En presencia de los acontecimientos sucedidos desde el "venturoso día" a que se refiere el representante del pueblo uruguayo (1), es evidente la regresión de la libertad a la sujeción en el vasto país argentino.

---

(1) *Discurso pronunciado en la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay (Octubre de 1919), por el diputado doctor José Luis Espalter, con motivo del fallecimiento del ex Presidente argentino doctor Victorino de la Plaza.*—Para que el lector americano comprenda de qué manera la demagogia radical ha tendido sus redes hasta fuera de las fronteras del país y de qué modo influyen sus resultados en el espíritu de los pueblos limítrofes, copio enseguida parte del discurso. Es conveniente que cuando suene la hora del escarmiento, la sombra errante de un segundo Presidente Castro sirva de advertencia a las generaciones del porvenir en nuestra tierra y en todas las naciones, para que sepan de una vez para siempre que jamás florecerá la planta de la civilización en pueblos donde las leyes se desprecian porque hay representantes de nacio-

Lo primero que se ha perdido es la línea de deslinde de los poderes del gobierno; hoy los jueces son valores negativos. La justicia se pide al Presidente desde todas partes. Las manos ya no se tienden pidiendo justicia a cada juez; álzanse implorándola al Presidente. El que pide ejerce un derecho, quien implora confiesa su hu-

---

nes libres que llaman "venturoso" el advenimiento de la arbitrariedad después del reinado de la buena fe republicana.

Hé aquí lo que dice el doctor Espalter.

"Como es notorio, Señor Presidente, acaba de fallecer en Buenos Aires el Doctor Victorino de la Plaza, ex Presidente de la Nación Argentina.

"Aunque el Doctor de la Plaza fué un político del régimen que gobernó al país hermano hasta *el día venturoso en que fué exaltado a la Presidencia de la República Don Hipólito Irigoyen*, no hay duda, Señor Presidente, de que el Doctor de la Plaza merece el respeto y el homenaje de todos los pueblos que han inscripto el sufragio libre como base de la grandeza material y moral de las democracias americanas. Porque no hay duda, Señor Presidente, que si el Doctor Victorino de la Plaza, accediendo a las mil solicitudes de los lazos de afecto que vinculaban a las viejas oligarquías argentinas, se hubiera decidido a arrojar todo el peso de su influencia moral en uno de los platillos de la balanza, no hay duda alguna, repito, que si el Doctor de la Plaza no hubiera sido tan patriota, resolviendo no sólo ser un Presidente con divisa, sino el Presidente de todos los argentinos, en este momento Hipólito Irigoyen no estaría como Presidente de la Nación Argentina; y esto que digo, Señor Presidente, no va en mengua de la Unión Cívica Radical, de este gran partido, cuyo empuje aplaudo y admiro, admiro y aplaudo sus puras finalidades, sus prácticas republicanas y hermosas, sus triunfos inauditos, su gran fuerza popular; ese partido radical que fundara aquel viejo de la barba blanca, aquel Leandro Alem, que en día aciago, al quitarse la vida, le dijo a la juventud: "adelante los que quedan", enseñándoles que el alma de los hombres de honor se rompe pero no se dobla".

millación: es la limosna de una parte de justicia, es el gemido de los necesitados ante la insolencia del señor. Nada más degradante que el implorar una cosa que nos pertenece: ello significa haberla perdido sin causa, y pedirla con miedo al que ilegítimamente la detenta. La idea de república se ha oscurecido en la frente del que pierde el camino del tribunal y reclama lo propio al procónsul autoritario. Es un principio de muerte, pues hay algo de muerte en el alma de un ciudadano cuando deja de creer en la justicia de sus tribunales.

Lo que se ha ganado, en cambio, no dignifica: el hábito de mostrarse sumiso, con esa sumisión vergonzosa del que gozó de libertad en la democracia republicana verdadera y tiene que sufrir al punto el desmedro de una monarquía de hecho amasada por las manos del populacho.

La tendencia actual de centralizar el poder público en una sola persona ha sugestionado el espíritu de muchos tribunales: los de Mendoza son acabado ejemplo de esa corrupción, porque se han convertido en poder agresivo de la libertad individual para robustecer el poder tiránico. La libertad personal carece de garantías; los jueces niegan el *hábeas corpus*, valiéndose de subterfugios. La policía prevalece sobre la voluntad del magistrado y le impone su fuerza. La ley des-

aparece, es una barrera volcada, y pasan sobre ella las turbas brutales.

Una conquista magna que costó sangre está perdida porque la barbarie gaucha resurge del "fondo tenebroso de la historia", tal cual lo dijo un senador argentino refiriéndose a esa misma barbarie mendocina. La policía delincuente se ha convertido en tribunal. La jauría que pudo ser dominada durante setenta años échase otra vez sobre nuestras heredades; y ya no hay en ellas la paz sagrada desde que hasta el honor de la mujer sirve de blanco a la procacidad de los asaltantes. Si estos atentados no obedecieran a las inspiraciones del gobierno el desconocimiento del *hábeas corpus* sólo sería abuso o error de ignorantes; pero convertido en sistema las cosas han de mirarse con prevención.

La inclinación notoria a fortalecer el absolutismo ofrécenos, entre muchos casos, uno reciente: el fallo del Tribunal de Cuentas de la Provincia de Bueños Aires mediante el cual declara que las cuentas de gastos de la administración efectuados por la Intervención Nacional de 1917 no pueden ser examinadas por él. Al declarar su incompetencia para examinar cuentas de gastos de dineros provinciales, el tribunal se despoja deliberadamente de sus fueros y declara implícitamente que si una autoridad extraña dispone del tesoro

público sin derecho ni ley, está a cubierto de toda censura: ¡puede echar mano de los fondos provinciales, hacer y deshacer según su capricho, robar y malversar!

Por cuatro votos contra uno, el Interventor fué relevado de la obligación de rendir cuentas: el tribunal, en efecto, declara implícitamente que los millones de Buenos Aires, *porque fueron gastados por una persona extraña*, no pertenecen a Buenos Aires, pues no otra cosa significa el fallo. Véase de qué manera los jueces provinciales, en su afán de oficiar en el altar de la unidad tiránica, niegan su propio fuero y dan carta blanca a un cúmulo de funestas teorías.

El delirio sectario ciega todo raciocinio: no han visto aquellos jueces de la inversión política que aportaban a la traición contra la patria una declaración prestigiosa, pues si apenas es perdonable en un ciudadano cualquiera el invocar los manes del Presidente, tal invocación en boca de magistrados es un crimen castigado por la voluntad de la Constitución con una pena infamante.

Se han hecho merecedores de esa misma pena todos los jueces de la República que olvidando por temor o pasión política los principios en que aquella se basa, dictaron sentencias por las cuales la soberanía provincial resulta desconoci-

da. Cuando la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires toma juramento a los jueces nombrados el 4 de Mayo de 1918 aceptando tácitamente la vigencia de disposiciones tomadas por el Interventor Nacional que no sólo carecían de fuerza legal sino que habían caducado cuatro días antes; cuando, en su consecuencia, aquel Tribunal desconoce su ley suprema y da paso a los usurpadores, sella con mano perjura un cartel de desafío de la paz pública, una sentencia bajo cuyo peso cae destruída la forma republicana de gobierno.

Los tribunales competentes de la Capital Federal no han vuelto por sus fueros cuando el Presidente de la República indulta a un procesado, dándole libertad antes del pronunciamiento. No creo que en los fastos de nuestra República gobernante alguno haya cometido una violación tan grave. Esa violación ha anulado por completo la jurisdicción de los Tribunales, haciendo de Presidente el supremo juez, porque dispone por sí y ante sí, como tal, suplantando la autoridad del Tribunal por la suya. Los desmanes electorales de Catamarca, Corrientes y La Rioja, cometidos por el Ejecutivo Nacional mediante la acción de sus empleados y oficiales del Ejército destacados en aquellas provincias tienen, no obstante su gravedad, menos trascendencia que la supianta-

ción del Poder Judicial por el Ejecutivo. Nadie en el país podrá ya tener certeza de ser juzgado por los jueces de la ley, porque podrá serlo por el Presidente cuando a este le plazca; nadie tendrá segura su fortuna porque en cualquier momento aquél dictará sentencia si también le cuadra, pues tanto da sentenciar para perdonar como para castigar. Es la muerte de la justicia, es la anulación del Estado.

Un país organizado en el cual los jueces consienten en atentados semejantes no puede esperar ni paz ni justicia.

Frutos amargos de una siembra constante de falsedades, las sentencias de los malos jueces destruyen el concepto de república en la conciencia general; disponiéndose el país entero, en los momentos en que escribo, a echar sobre su vasto suelo la sombra terrible de la guerra civil.

CAPÍTULO VI.

El sistema del terror

Macbeth.— Misteriosas brujas, negros fantasmas de la media noche, ¿qué estáis haciendo?

Todas.--Una obra sin nombre.

SHAKESPEARE: *Macbeth.*

Los acontecimientos que han ido produciéndose durante el curso de este trabajo me obligan a decir alguna cosa sobre el sistema de gobernar por el terror.

Si no hubiera aparecido la siniestra cabeza de ese monstruo conocido hubiera guardado silencio, porque no he de escribir sobre asuntos dudosos sino sobre temas absolutamente probados. Quien habla o escribe dirigiéndose a los ciudadanos no puede ser demagogo si en algo aprecia su suerte; pues ¿qué autoridad puede invocar el que fustiga a los mentirosos si para el plan que se ha trazado echa mano de recursos prohibidos?

Porque no creo que las publicaciones de toda la prensa libre del país se inspiren en sentimientos vedados; porque no dudo que las cárceles mendocinas albergan inocentes y las travesías estériles de las provincias de Cuyo se han convertido en lugares de tormento para los que no quieren ser esclavos; completaré este libro, inspirado en el odio contra la injusticia y en el amor a mi país, con algunas páginas dedicadas al sistema del terror.

Yo deseo que los hombres jóvenes reflexionen un momento en la grave responsabilidad que les puede tocar en el resultado final de la demagogia, a fin de que, inspirándose en los principios definidos de nuestras leyes se abstengan de cantar aleluyas a los audaces para evitar el miserere de la tiranía.

*
* *

En nuestros días el sistema de predominar por el miedo ha vuelto a ser puesto en práctica ampliamente en algunas provincias y se organiza hasta en la Capital Federal.

La pasión de dominar por la violencia necesita satisfacción. Ahora, por desgracia, halla campo libre porque la oposición es débil, están hombres y mujeres cegados por el velo de sus

propias pasiones, entregados a sus intereses particulares; en los pueblos alejados de las capitales predomina la preocupación mercantil o la industria de la tierra; no llegan hasta ellos profusamente las noticias del desarrollo de los sucesos.

El terror dominante en Mendoza no tendría explicación si no meditáramos en el pasado, mejor dicho, si no supiéramos que, como lo he dicho en el Capítulo inicial de esta obra, el espíritu gaucho no ha desaparecido, a pesar de medio siglo de cultura y de experiencia legal.

Ese terror ha sido personalmente impuesto por el gobierno central después de las dos intervenciones sucesivas que este llevó a la Provincia, la de Loza primero y la de Araya después, con el interregno del gobierno constitucional de Lencinas y la intervención efímera de Veyga, perseguido por éste al poco tiempo de intervenir.

En Mendoza domina el *mal genio* del gobernador. Este *mal genio*, contra el cual las generaciones pasadas quisieron oponer el dique de las instituciones escritas, ha sido más fuerte que éste; lo ha destruido y pasa libremente sobre el pobre país sin detenerse ante ningún derecho ni ningún escrúpulo.

Alzar la mano para ordenar, ordenar para ser obedecido; decir: "Usted me incomoda" y obtener la retirada del incómodo; mandar apedrear los edificios de la prensa; provocar la huelga de los maestros y cerrar las escuelas públicas; aprisionar a las maestras sin orden judicial, mantenerlas en incomunicación y hacer de ellas lo que puede suponerse; expulsar a la segunda autoridad del Estado privándole de la defensa; alzarse contra las sentencias de los Tribunales y echar sobre los habitantes la horda de los hombres de presa; negar la ley, torcerla a su placer y hacer entender, en fin, al país entero que de todo ese escándalo saldrá para la República el segundo tirano radical; he ahí el cuadro casi completo de los resultados de la reencarnación del alma gaucha en los personajes de la "Santa causa de la regeneración institùcional" argentina.

La provincia de Mendoza cayó desde el primer día bajo el peso de ese azote inexorable: la regeneración para ella fué cumplidamente lo que esta era y fué siempre en realidad, la máscara de la traición contra las instituciones y la moral social.

En Mendoza, como en las demás provincias, los pueblos eran gobernados con la relativa justicia de una nación no formada definitivamente,

pero que cultivaba las industrias, las ciencias y las artes, y respetaba las leyes.

Los gobernadores no habían sido los hombres de *mal genio* que antaño hicieron gemir a los ciudadanos por el insulto y el tormento. La espantosa memoria de Aldao había sido olvidada, sus crímenes y sus vicios eran casi leyenda. Teníasele como producto de una época definitivamente pasada, cual si la redención de aquel tremendo mal hubiera cauterizado para siempre la dolorosa herida del brutal despotismo. El látigo, la prisión, el estaqueamiento y el puñal, la borrachera y la impudente blasfemia; toda esa sucesión de horrores se había ido con el cuerpo de aquel fraile protervo.

La paz bendita después de la guerra y la anarquía, fecunda cuando encamina la conducta por las sendas del trabajo honorable, enervante al fin y corruptora de las virtudes que sustentan el carácter, había alejado a los ambiciosos de mal genio, en espera, éstos, sin embargo, de ese momento en que la paz, demasiado fatigada de ser paz, halla en su propia fatiga los gérmenes de la disolución.

Cuanto el partido radical sintió que se rompían los lazos que lo ataban, la turba anónima puso en juego las armas de la calumnia; dijo que en Mendoza todo era crimen. De esto fué heraldo el go-

bierno federal: anunció al país que era su obligación acudir en auxilio de *un pueblo desesperado,* y obedeciendo a falsos gritos de socorro—que él mismo provoca disimuladamente—envía un comisionado para que informe sobre el estado de la provincia. El tiempo pasa; el informe se hace, pero jamás es publicado: nadie supo a ciencia cierta lo que aquél informó, pero todos saben que el Doctor Diego Saavedra, veedor consciente, no halló crimen en ninguna parte. Pero lo primero estaba cumplido: habíase echado la red y en ella habían de caer al poco tiempos los que necesitaban el cauterio de la regeneración. Así fué como el gobierno federal toma un día posesión del mando en la provincia por la mano del ex gobernador de Córdoba Doctor Loza, y este prepara con sus desafueros la resurrección de la tiranía mendocina bajo el amparo ostensible y hasta por orden del gobierno central.

No es este un libro de crónica, ni de historia siquiera, y no he de referir circunstanciadamente los hechos ocurridos; basta saber que en la tierra de Aldao vive otra vez Aldao, y que los hombres fuertes no tienen, en la encrucijada en que se encuentran, sino dos caminos: el que conduce a la mazmorra en donde gimió olvidado el Presidente del Congreso de 1816, o el que lleva a la emigración.

Desde que el gobernador Lencinas gobierna vibra la palabra áspera del autoritario.

La justicia mendocina, que se opuso a los actos arbitrarios del nuevo gobierno, fué desconocida. Algún juez, semejante a aquellos veinticinco a que alude Cicerón en su carta a Atico, fué objeto de provocaciones policiales, descendiendo por un momento de su estrado para asumir el papel de reo. Los periodistas son agredidos y amenazados, los partidos se agitan, comienzan a ser objeto de castigos los corresponsales de la prensa de la Capital, aprisionados so pretexto de tener que ser protegidos de enemigos ilusorios, y también apaleados y luego desterrados.

El Vice Gobernador Alvarez es acusado por sus propios amigos de la Legislatura; se le tiene por loco porque vetó una ley perjudicial para el tesoro y de provecho para ellos. Se le expulsa y destierra: el amigo de ayer es el enemigo de hoy, el peor enemigo. Ha querido ser honrado, ha visto que el hambre de los inmorales es la deshonra y la miseria de su país; opone su brazo a la irrupción y se le afrenta y después se le expulsa.

Los ciudadanos no aciertan a defender con eficacia ni las leyes ni sus intereses privados: el comité se entrega al desenfreno; y pues no hay Corte de Justicia con imperio, ni policía protectora, ni periodismo libre y escu-

chado, la fatalidad obliga a recurrir en demanda de auxilio a la misma fuente de tantos y tantos males.

Entonces se pide la intervención federal, recurso corriente desde que la Constitución es sometida al tormento de la interpretación plebeya.

Vuelve entonces a imperar con la segunda intervención el gobierno federal: el Interventor aparenta ser persona de buena fe. Escucha el clamor público; devuelve a los jueces expulsados su investidura, da garantías a los ciudadanos; cesa la persecución contra la libertad de pensamiento; suspende al gobernador y no se muestra dispuesto a reponerlo, porque si lo hiciera habría desmentido sus obras. Entonces la facción oficialista abre contra aquél su campaña de difamación y el Doctor Veyga se retira vencido.

El tiempo pasa; el Presidente nombra Interventor al Señor Elpidio González, aquel *San Pablo* de Gómez Carrillo; pero estallan en Buenos Aires las nunca bien explicadas revueltas de Enero y "*San Pablo*" es nombrado Jefe de Policía de la Capital.

Al cabo del tiempo es sustituído por el Doctor Perfecto Araya: vuelve Lencinas a ocupar su puesto en el gobierno, y desde entonces hasta ahora (Noviembre de 1919) Mendoza siente en carne viva lo que vale la libertad cuando se pierde.

La acción destructora de la libertad civil y política en Mendoza, inspirada por el Presidente Irigoyen, acaba de dar lugar a un acontecimiento grave: el alzamiento del gobernador Lencinas contra el Congreso Nacional, cuya Cámara de Diputados es desconocida por aquél en sus facultades de investigación en los Estados Federales. Contra la investigación decretada para averiguar los hechos que se resumen en este capítulo el Gobernador se opone en el *decreto de desconocimiento* de fecha 27 de Noviembre.

Aunque el que puede lo más puede lo menos, la Cámara, sin embargo, se muestra vacilante en hacer cumplir sus órdenes, y en los momentos en que escribo, las miradas del país entero están fijas tanto en su Parlamento como en el gobernador.

¿Qué podrá resultar de este entredicho?

Porque se sospecha de una coincidencia secreta entre aquél y el Presidente—desde que lo que a ojos vistas se persigue es aplastar de una vez el poder del Congreso,—témese con razón acontecimientos extraños en todo el país. Es dable sospechar, dados los términos atrevidos del gobernador y los antecedentes que lo señalan como pretendiente a la Presidencia, es dable sospechar—digo que se aproveche la coyuntura que les ofrece, a él y al Presidente, la iniciativa de la *diputación*

radical para decidirse a consumar la revolución desde la altura, ellos que la hicieron desde "el llano".

El Congreso, convertido en acusador del Presidente desde el 7 de Noviembre por la apertura del juicio político, y en juez de instrucción del gobernador, es una amenaza contra ambos, siendo lógico suponer que quien vive bajo la amenaza trate de evitarla; y en este caso, el evitarla es provocar el aniquilamiento del Congreso Nacional.

Y lo expuesto es cuanto puede decirse y augurarse por ahora.

***

Nuestra historia ha tenido su terror como la ha tenido el Paraguay en nuestra América, Francia durante el imperio del jacobinismo y ahora Rusia bajo el azote del maximalismo. Los métodos son todos parecidos.

Nada más lúgubre que el trágico silencio del miedo colectivo: bajo su garra inexorable el pueblo paraguayo vivió angustiado ante la mirada taciturna de su primer tirano, cuya influencia enervante hizo que varias generaciones hablaran en secreto porque el miedo las ahogaba

cuando el dictador vivía, y la costumbre de callar hizo que las almas altivas siguieran callando.

Es casi inexplicable un estado social en que un pueblo entero sienta la necesidad de sellar los labios por temor y tiemble como un niño ante los fantasmas de la noche. Sin embargo, los ejemplos de la historia son tantos y tan conocidos, que la realidad, aunque sorprendente, es absoluta. Tiranos y demagogos conocen demasiado bien el valor formidable de los recursos del terror en momentos determinados, y aunque la historia enseña que este no edifica nada estable, satisfacen, aquéllos, sin embargo, los instintos de su malignidad característica.

De cómo entra el miedo en un pueblo es cosa averiguada, y porqué puede apoderarse de él es cuestión digna de examen.

Para que el miedo penetre en un pueblo es necesario un estado social que lo permita; en una república verdadera jamás puede infiltrarse ese activo disolvente del carácter. No se concibe que donde gobiernen el saber y la prudencia y, por lo tanto, donde las instituciones de justicia estén bien cimentadas, se presente el miedo colectivo.

Con excepción de la reacción de Syla, no hubo terror en Roma durante la República; lo hubo cuando, muerto César, en pos de Augus-

to vino Tiberio y la prolongada serie de emperadores sanguinarios.

Para juzgar de la calidad de la democracia, sin detenerse en el examen individual de los gobernantes, basta observar la actitud de los ciudadanos: si hablan de la cosa pública recatándose y recelándose mutuamente, es porque las garantías de la libertad de pensar y decir han disminuido, y mermado, por consiguiente, las virtudes justicieras en los encargados de ejercerlas. Podemos decir que cuando callan los ciudadanos es porque los jueces han perdido sus fueros, abandonándolos en manos extrañas, pues no se concibe que, en estado normal, la mayoría tengan miedo de decir lo que piensa teniendo jueces dispuestos a cumplir con su deber.

Cuando los hombres dan en disimular las faltas ajenas, individuales, políticas o colectivas; cuando toleran los abusos, los daños y las exacciones; cuando no son capaces de poner en juego la defensa propia y dejan que el conciudadano sufra ataques en sus derechos sin prestarle ayuda; entonces podemos asegurar que el pueblo cava la fosa de su libertad porque ha vendido su carácter en el mercado de la cobardía.

No hay ni puede haber opresión en un pueblo viril. Un pueblo fuerte, regido por ins-

tituciones republicanas y que cae en despotismo es porque ha perdido en un momento dado la virtud del propio respeto. Si se muestra, por ejemplo, afligido por la pérdida de sus cosechas e indiferente por la de sus libertades, podemos asegurar que ese pueblo no tiene más conciencia de sí mismo que el mercader preocupado únicamente del cuidado de sus arcas y de la urdimbre de sus negocios. Todo cuanto diga de sus glorias y de sus leyes serán palabras, exterioridad liviana que le servirá un día para encubrir su indigencia moral y al día siguiente para mostrar sus claudicaciones.

Para que venga el miedo es también necesario un estado de crisis moral y que exista al mismo tiempo un hombre o un grupo de hombres dispuestos a dominar el conjunto con menosprecio de las leyes y del derecho.

Mientras hay revolución el miedo colectivo no se presenta sino cuando actúa la fuerza armada, y aún así no puede decirse que el miedo sea el único dominador porque durante la revolución se despiertan los mayores valores morales: la valentía personal, la abnegación, la virilidad. Pero cuando hay revolución por cambio de valores morales y tras de ella se organiza la tiranía unipersonal o la asociación despótica, el miedo se apodera de todos con suma rapidez.

El terror vino con la revolución de 1789 sólo cuando en 1793 la Convención organizó el Tribunal revolucionario, porque desaparecido el orden judicial regular, los jueces de la ley fueron sustituidos por acusadores y verdugos, cuya consigna era atemorizar, encarcelar y matar en nombre de la libertad y la república. La persecusión se hizo crimen sagrado, la delación sistema y el cadalso pedestal de gloria manchado con sangre de mártires. Se habían apoderado del alma popular los hombres violentos, los ambiciosos y los fanáticos, que organizaron con gentes feroces aquellos horribles tribunales que llenaron de inocentes las prisiones y de horror las plazas públicas.

La máquina del terror es movida por un hombre o por un grupo, y sus resortes, sus ruedas, sus engranajes y sus brazos son complicados y numerosos. En 1793 el grupo era el jacobino, el hombre Robespierre, y lo demás el Tribunal revolucionario, los célebres comités y el populacho criminal. Fué una de las conjuraciones más espantosas de la historia, y su recuerdo ha conmovido y conmueve tanto, que una de las literaturas más ricas es la que ha edificado sus tristes y grandes monumentos con los episodios de esa época de desventura. ¡Todo se hizo en nombre de la diosa Razón y del dios patrio-

tismo; en nombre de la "causa" de la república!

El miedo entró en París el día mismo que el tribunal de Fouquier Tainville atravesó la ciudad para trasladarse en corporación a la Convención con el fin de manifestarle sus sentimientos. "En un hermoso tiempo, claro y suave, bajo un cielo de primavera, ese cortejo de mantos negros, dominados por negros penachos, atravesó la ciudad asombrada con la incesante sucesión de instituciones nuevas destinadas a asegurar su dicha" (1).

Le Courrier Républicain decía el 14 de Marzo del 93: "París está tranquilo; pero es la tranquilidad del estupor, es la calma del asombro y del miedo. Miramos con horror en torno nuestro; estamos rodeados de monstruos y de abismos" (2).

Bastó, pues, que una procesión de mantos negros se mostrara en la ciudad yendo a jurar por la *patria*, para que entrara la angustia en ella. Todos vieron desde ese instante aparecer por donde quiera los delatores y los espías; ya no se tuvo fe ni en la propia discreción, porque hasta de sí mismo se tuvo miedo. ¿No es uno mismo su propio delator cuando se sabe que hasta una mirada de soslayo puede herir la sospecha y

(1) G. Lenotre: *Le Tribunal Révolutionnaire*, pág. 78.
(2) (Id. id).

desencadenar la tempestad? Los hombres se asustan entonces de su sombra y la vida en todas partes es una tortura. Si la existencia individual es una congoja la vida de familia es continuo recelo; recelo que se extiende por todas partes, rápidamente, como las epidemias. Cada uno, al pensar en su propia conducta, al explorar el fondo de sus pensamientos lleva consigo un espía. Cada cual, dentro de su casa, ve en ella enemigos, y tiembla, sin embargo, por ellos. Los lazos del amor se gastan inmediatamente. La amistad se debilita con mayor razón, porque es un afecto menos fuerte que el amor. El miedo ha destruído el cariño y, enseñoreado del alma social, deja en libertad todas las pasiones violentas, todas las crueldades y todas las bajezas.

Un hombre solo hace el terror, un terror no de un día sino de años y años, cuando el pueblo carece de reacción. Clásico ejemplo de terror social continuado nos lo ofrece el pueblo paraguayo durante su primera y larga dictadura. Sin ser tan violentamente trágico como el de París, es sin duda más horrible porque fué más denigrante y de consecuencias más profundas. Dependió esto, tal vez, de los designios de la suerte, porque el 9 Thermidor de la Asunción tardó más de veinte años en llegar. Robespierre arresta-

do, el terror cesa; Francia no fué arrestado nunca, y la Asunción, silenciosa como un sepulcro, tuvo que someterse al mutismo del taciturno hasta que lo quiso la Muerte.

Asombra el terror colectivo a los que vivimos en épocas tranquilas; no acertamos a comprender de qué manera millones de seres acostumbrados a decir lo que piensan pueden en un momento dado pensar que el decir es un delito, o, por lo menos, un acto peligroso. Sin embargo, llega ese momento, y con él la más cruel y deprimente de las angustias. Unos piensan en la huída, otros en el escondite; aquéllos en defenderse, estos en atacar. Cobardes y valerosos, débiles y altivos, todos los hombres se aprestan a librar uno de los combates menos honrosos de la vida, porque saben de antemano que serán vencidos por la fuerza de los arbitrarios y de los perversos. En esos momentos las palabras más sagradas, Dios, libertad, república, suenan repetidamente como gritos atormentadores, como campanadas continuas que crispan los nervios y despiertan en el alma los sentimientos y las sensaciones de la pesadilla. Los ciudadanos más pacíficos son para sus conciudadanos gentes sospechosas, espías y delatores; y nace así el odio de unos contra otros, porque basta el sospechar para empezar a odiar. En la imagina-

ción atormentada del perseguido aparecen las ideas más extremas, por el ansia de librarse de los opresores: de ahí los motines, las revoluciones, los extremecimientos políticos de todo orden en los pueblos donde el sistema del terror ha sido impuesto por políticos criminales y por fanáticos siniestros.

En tiempos de terror los pueblos descienden a más triste condición que la de esclavos, porque la esclavitud a causa de haber sido una institución permanente no ofrecía ni podía ofrecer el espectáculo de la degradación súbita y funesta, contraria a toda moral y a todo derecho. El esclavo nacía esclavo y como tal aceptaba su suerte; mientras que el descenso de la ciudadanía a la esclavitud es un derrumbamiento desolador. Nada más despreciable que este cambio de calidades morales en la ciudadanía, nada más degradante que la pérdida de la dignidad por la pérdida de la libertad cuando viene el miedo y se apodera de los pueblos. Hasta el mismo tirano que lo sistematiza para la realización de sus planes desprecia a esa muchedumbre enervada, trémula e indigna, que ha comenzado un día por tolerar un abuso, que ha seguido otro más por disimular un atropello y que termina al fin por aceptar las afrentas más ominosas.

¡Cuánta vergüenza, cuánta inmoralidad, cuánta degradación cuando el sistema del miedo llega a imponerse en una sociedad cualquiera! Hasta los soldados que desafiaron a la muerte en los campos de batalla tiemblan de espanto. Los mismos que arengaron a los valientes balbucen excusas ante el malvado que gobierna.

Esos héroes valen menos que un niño sorprendido en falta: el león se ha hecho liebre. ¡Degradante y lastimosa transformación que no arranca lágrimas sino que incita al desprecio!

Nerón debería despreciar a los romanos, como Napoleón a los franceses, como Rosas a los argentinos, como Francia a los paraguayos, al verlos arrastrarse a sus pies como siervos. En el alma de los tiranos debe anidar el desprecio junto con la crueldad. Porque si observamos bien los acontecimientos de la historia veremos que muchos actos de aquellos señores del mal son antes burlas que castigos. Sin embargo, la mano que mueve el sistema del miedo tiembla también de miedo, porque nadie, absolutamente nadie puede librarse de él. La Convención que monta la máquina del terror obraba ella misma por terror, y los que hoy mandaban matar sufrían al día siguiente la misma justicia.

La violencia tiene más de un motor, pero uno de ellos es el miedo, porque no solamente por

perversidad son crueles las tiranías: tienen miedo de ser vencidas, temen la venganza de los oprimidos, ven enemigos por todas partes, esperan hora a hora el fin de sus iniquidades. La violencia contra la violencia: ley necesaria, consecuencia ineludible más o menos tardía de todo aquello que contraría las leyes sociales.

***

La violencia vencida por la violencia tenía en la antigüedad un modo de anunciarse: el prodigio; ya la mano desconocida que al día siguiente de la muerte de Agripina ata al brazo de la estatua de Nerón el saco de cuero de los parricidas; ya el recién nacido encontrado en las calles de Roma con esta inscripción vengadora: "Niño abandonado, de miedo de que él venga a matar a su madre!" Un eclipse de sol, una mujer que da a luz a una serpiente; el rayo que cae en los catorce cuarteles de Roma como para purificarla por el fuego ([1]).

Ahora no creemos ni en la venganza del cielo, ni en la ira de la tierra, ni en signos cabalísticos, ni en monstruosidades; ahora sólo esperamos en

---

(1) PAUL DE SAINT-VICTOR: *Hommes et Dieux.*

cosas más positivas; esperamos en el despertar de la virtud por el despertar de la conciencia, en el despertar de la dignidad ante el perjuicio de nuestros intereses. Había tal vez en la antigüedad más ingenuidad pero más belleza; ahora hay menos belleza y más egoísmo; y no sabemos si ahora el mundo es mejor que antes, a pesar de sus dos mil años de marcha por el camino del infinito.

*
* *

El miedo entró en nuestro país un cierto día del año 1840, después de abortada la conjuración de Junio. Ese día fué asesinado el Doctor Maza, Presidente de la Cámara de Representantes, en el propio recinto de las sesiones, y a la madrugada el Coronel Maza, su hijo. Los cadáveres de ambos habían sido arrojados al osario común, sin ceremonia.

"La fisonomía del pueblo de Buenos Aires—dice el General Paz—había cambiado enteramente. Sus calles estaban casi desiertas: los semblantes no indicaban sino duelo y malestar; las damas mismas parecían haber depuesto sus gracias. El comercio había caído en completa inactividad; la elegancia de los trajes había desaparecido y todo se resentía del acerbo pesar que devoraba a la mayor y la mejor parte de

aquel pueblo que yo había conocido tan risueño, tan activo, tan feliz en otra época; la tranformación era cumplida. ¡Y qué lejos estábamos de pensar que aquéllos no eran más que los ensayos de la tiranía y que llegaría tiempo en que los males llegarían a una altura que no preveíamos! Pronto vimos esta triste convicción".

El asesinato de personas distinguidas y el trato que se dió a sus cadáveres, fué bastante para que la sociedad de aquel pueblo sintiera el escalofrío del espanto. Si esa sociedad no hubiera estado convulsionada, la tragedia no hubiera influído hondamente en el sentimiento público; pero todos sabían que ella no era un acto aislado sino el primer movimiento del sistema de represión que se insinuaba desde hacía varios años. Este consistía en la humillación metódica de los hombres honorables y familias más distinguidas y en la prepotencia de la gente baja. Contra el ardor político de los unitarios Rosas oponía la violencia de sus sayones, la brutalidad de la Mazorca, asociación de degüello, de vejación y de tormento que arrasó la ciudad y se abatió también sobre el triste país con saña memorable. La huída hizo la emigración, es decir, la despoblación de las ciudades y el abandono de los campos; la inseguridad hizo la tristeza de muchos y la imbecilidad

de otros tantos; cerróse la escuela, degradóse el templo, y una larga miseria moral y económica fué el resultado de la victoria de los bárbaros sobre los cultos.

El brazo pavoroso del terror fué la policía. Mientras actúa se trata de allanar todo obstáculo: por eso la Universidad es cerrada como también la escuela primaria. El culto, entonces profundamente arraigado en la conciencia, se profana mediante ceremonias afrentosas y por sacerdotes indignos, como aquel siniestro cura Gaete que "en medio de su asquerosa embriaguez brindaba por las tres santas: la Santa Federación, la santa verga y la santa cuchilla"! (1)

Degradada la iglesia y convertida la policía de seguridad en arma de persecución, vino el terror y tras de él la guerra civil, cuyo furor homicida no cesó hasta después de largo tiempo.

A tales extremos condujeron a nuestro país las ambiciones, los extravíos y la corrupción de una sociedad que, sin embargo, había sido capaz de la magna epopeya americana. El valor caballeresco, la abnegación, la generosidad, desaparecieron en la contienda por la independencia: unos héroes murieron, muchos emigraron: volvie-

---

(1) Ramos Mejía: *Las Neurosis de los Hombres Célebres.*

ron otros llenos de fatiga y decepciones; algunos más viéronse envueltos en las discordias políticas. Tal fué nuestro destino, semejante al de casi todas las naciones que se formaron en la América Hispana.

***

¿De dónde viene el miedo? ¿Porqué el alma tiembla hoy como no temblaba ayer? ¿Qué hay de amenazador para que haya hombres que se conviertan en niños y en esclavos?

¿Hay, acaso, alguien que los domine hasta producir en ellos esa fascinación que se atribuye a la mirada del tigre, a la presencia de la serpiente y al ceño de los tiranos?

Dicen que delante de Napoleón temblaban hasta los generales que habían dado prueba de temeridad en los campos de batalla, y es cierto que ante la mirada de Rosas desfallecían los empleados y sentían el escalofrío del terror los soldados más valerosos. Rosas, demonio de la sátira, aplastaba el ánimo con sus burlas, Quiroga con sus furores, Aldao con sus blasfemias. Otros lo aniquilan con su silencio: de éstos era Francia.

Los grandes hombres causan casi siempre miedo, y rara vez son amados: los más buenos in-

funden por lo menos desconfianza a las personas obligadas a tratar con ellos. "Para amar a alguien, decía el escritor Frontón a Marco Aurelio, hay que poder acercársele con confianza y tener con él un trato agradable. No me ocurría eso con Adriano. Me faltaba confianza, y el respeto mismo que me inspiraba aminoraba el afecto" (1).

El miedo viene, pues, cuando en el gobierno domina un hombre injusto, siempre que en el concepto general haya perdido la justicia el prestigio que jamás debe perder para ser eficaz; vale decir, cuando en tal cual momento la ley desciende y el personalismo sube.

Los hombres colocados en condición de mando nunca atemorizarán a sus subordinados ni a ciudadano alguno mientras la sociedad tenga confianza en ser protegida en su honor y libertad. Los gobernantes en esas condiciones serán respetados pero no temidos; pero bastará que la custodia de la justicia se debilite para que el gobernante de cierto temple fascine con su mirada o haga temblar con su mutismo.

El miedo, por lo tanto, viene de dos puntos distintos: de una fuente social y de una fuente

(1) Boissier: *Paseos Arqueológicos.*

individual; de un conjunto de hechos y de una actitud personal.

Unos hombres, en esas circunstancias, temen ser humillados, otros ser defraudados en sus pretensiones. Para ciertos caracteres la humillación es una afrenta que se trata siempre de eludir, y el arrostrar el peligro de sufrirla hace que ante el gobernante sientan el escozor del recelo, desagradable sensación que daña los afectos y mata la amistad.

Cuando el que manda tiene por condición acceder o negar según su capricho, los hombres obligados a pedir se someten a la tortura de una posible negativa en lo más justo, y tanto temen la humillación de la arbitrariedad como el perjuicio de la denegación.

Cuando aquél tiene mal genio, el miedo es el gran protector del déspota, su gran escudo, su égida, porque el grande sabe que delante de él no valen una brizna de paja ni el guerrero ni el sabio. En su sala todos son lacayos, entes sumisos que mendigan hasta el pan que ganan.

La historia de los imperios absolutos es la del miedo a los emperadores, como también la de las repúblicas en gestación, donde predominan los caudillos tiránicos. En éstas, las leyendas de sus escudos fueron mentira; eran repúblicas de nombre, democracias falsas, porque en las

democracias verdaderas no concebimos que haya hombres que quiebren el carácter a sus conciudadanos, guerreros que tiemblen y sabios que empalidezcan en presencia de los gobernadores.

Los hombres iracundos y arbitrarios, dueños del poder, atemorizan porque todos saben que se apoyan en policías mercenarias y en ejércitos que pierden el concepto de su verdadera misión en la república.

Abandonados por un solo instante de semejantes amigos, viene la reacción, y es esta la que ha libertado a los pueblos de execrables canallas.

*
* *

El temor desorienta al hombre de ley y ensoberbece al ignorante.

Durante el escandaloso proceso electoral de Catamarca, calificado de robo en despoblado por la prensa libre del país, se ofrece a la consideración del estudioso uno de los casos más característicos del miedo judicial, diré así, para significar el desconcierto moral de los jueces.

Hace pocos días (última quincena de Diciembre de 1919), en las postrimerías de aquel proceso, se iniciaron ante uno de los jueces nombrados

por el Interventor López García dos recursos de *hábeas corpus* en favor de otros tantos detenidos por los sayones irigoyenistas. El juez, aunque nombrado por la Intervención, tuvo, al parecer, el pudor de oponer a la fuerza de la arbitrariedad la fuerza de la ley, y ordenó la libertad de los detenidos. El Interventor resiste el mandato judicial y los mantiene en prisión *hasta que termina el sufragio.*

El Juez tenía bien señalado el camino que debía seguir ante el delincuente que se alzaba contra su fallo: ordenar su prisión, castigarlo por su desacato. Pero el juez sabía que semejante procedimiento no produciría efecto, y en lugar de ordenar el castigo, solicitar luego el amparo de las fuerzas nacionales para que sus órdenes fuesen acatadas y, en último trance, recurrir al Congreso en demanda de intervención; renuncia su cargo, como una protesta contra la violencia, y, soldado cobarde, huye turbado y miedoso, perdida por completo la conciencia de sus deberes.

Ese juez, como tantos otros que desde hace tres años corrompen y destruyen el poder de la justicia, base y sustento de la libertad, de la dignidad y de la fortuna de las personas, es un hombre sometido a la tortura del miedo, no de ese miedo individual que convierte en

entes ridículos o en figuras lastimosas a los que lo sufren, sino de ese otro miedo que se difunde como una miasma deletérea por todo un pueblo cuando hay en él tiranía, porque hay ignorancia, desconcierto y miseria moral.

Un juez, potentado de la ley, que abandona sus insignias ante la aparición de los fantasmas de la tiranía, es el signo funesto de una decadencia desoladora.

Cuando un soldado deserta de las filas sus propios compañeros tienen derecho de fusilarlo; y si tiene la fortuna de ocultarse, la sociedad lo fulmina bajo la fría mirada de su desprecio. Sin embargo, fisiológicamente es explicable y natural el huir de un campo donde el heroísmos y el espanto, el valor y el miedo se mezclan extremeciéndose entre el fragor de la pelea. La muerte se muestra en ésta a cada paso, y el instinto de conservación no puede ser siempre dominado por la disciplina y el pundonor.

Pero un desertor de la ley, un juez protegido por su propia investidura, fuerte sin hierros, poderoso sin armas; un juez que no ve la muerte sobre sí, cercándolo, y que, sin embargo, permite con su deserción que sufran pena los inocentes, prisión los inculpables, desmedro los derechos de un compatriota en aras de una causa indigna; un juez que tal hace no merece lás-

tima sino baldón: ¡merece la suerte de los desertores!

El caso del juez de Catamarca, repetido en Mendoza, en Tucumán, en Salta, en San Juan, desde el 12 de Octubre de 1916, puede tomarse como caso característico de ese miedo que invade el alma de los pueblos cuando aparecen los tiranos.

Si en lugar de un magistrado que deserta, y cohonesta su conducta bajo el pretexto de no estar conforme con el Interventor, hubiera habido *un hombre*, un verdadero juez, en la noble acepción de la palabra, las iniquidades de aquel proceso no se habrían, tal vez, consumado.

Pero el linaje de los jueces conscientes y severos, que no conocen la tentación del prevaricato ni el favor de la arbitrariedad ha perdido sus calidades, porque el pueblo en que actúan no tiene por director ni custodio a un hombre viril, capaz de ser héroe y ser mártir, como aquel sublime Aberastain que marcha al sacrificio seguido de la nobilísima juventud sanjuanina en la jornada trágica del *Pocito*.

Es posible que entre las dos civilizaciones, la del heroísmo que lleva al combate y la del miedo que conduce a la deserción, la inmensa mayoría de los argentinos dé sus votos por esta

última. No están los tiempos, según parece, para esas aventuras quijotescas, esas justas de antaño que han hecho de nuestra historia una Ilíada estupenda; más están, sin duda, para sufrir la afrenta de los soberbios y el insulto de los procaces; pero el pueblo argentino debe saber que no es suerte envidiable la de una nación que deja pasar a los jueces desertores y acoge en su seno a los instrumentos del despotismo.

CUARTA PARTE

ADVENIMIENTO DE LA DICTADURA

CAPITULO I.

La Dictadura

¡Oh! ¡Ya está delante del público! . .
La serpiente ha engañado al león.
¡Aplaste el león a la serpiente!

TAMAYO Y BAUS: *Un drama nuevo.*

El punto a que ha llegado nuestro país después de tres años de gobierno popular se le denomina en lenguaje corriente dictadura.

Es una dictadura innoble por su origen y por sus hechos.

Lo es también por su absoluta falta de justificación.

Es innoble por su origen porque nace de la hipocresía, la deslealtad y la violencia.

Es innoble por sus hechos en razón de que todos los actos consumados por ella desde el 12 de Octubre de 1916 tienden a la humillación de la dignidad, al despojo de la fortuna, a la suspen-

sión de las leyes, a la tergiversación del sentido recto de las ideas. Es innoble porque para crear la aureola de un prestigio falaz ha negado a los constructores de la nación su trabajo, su afán, su patriotismo. Aquélla, hecha de ingratitud, es una afrenta nacional y será un castigo.

Es innoble, además, porque la República Argentina es un pueblo laborioso, una tierra que se ofrece al mundo como amiga, estado libérrimo y orgánico, colectividad que ha jurado la ley de la civilización desde su primer día de libertad y que jamás, ni aún en los momentos más amargos de su historia, quiso sufrir la injuria de ningún vasallaje. Sin embargo, el Presidente de la República, *porque así lo ha querido,* pone la mano sobre el libro sagrado de aquel juramento para vilipendiarlo.

El camino trazado hasta hoy es definido, y nadie que no tenga interés en medrar a costa de la verdad y de la patria podrá cerrar los ojos a la evidencia.

La Nación Argentina, por la voluntad de su Presidente, no existe como República, porque la Constitución por la cual se rige ha dejado de ser cumplida, más propiamente dicho, es violada con estudiada y desembozada deliberación. Las enfáticas prédicas de los demagogos y revolucionarios de treinta años que, como sus iguales de todos los

tiempos, ofrecieron al pueblo un ara republicana, hoy hacen de ella una pira, cuyas llamaradas tiñen de rojo el horizonte del porvenir. La República, bien común, ya no nos pertenece: hay hombres en ella que han dividido a los ciudadanos en dos clases, los elegidos y los réprobos. La República, justicia común, dejó de ser el 12 de Octubre de 1916, porque desde ese día la justicia de los jueces es la justicia presidencial, el pensamiento de los magistrados es paralizado por las órdenes supremas, y hombres hay que surgen de antros misteriosos para hacerlas cumplir.

Lo que entendemos por república no es ahora sino un pueblo que se deja engañar: hace tres años sus ciudadanos pudieron ser engañados, ¡hoy nadie tiene derecho de seguir engañándose!

La Nación Argentina no existe tampoco como federación. Las Provincias han sufrido desmedro en su soberanía, pues han sido juguete de los comités sediciosos y se han doblegado a la voluntad del que se presume omnipotente. A ellas han ido, con menosprecio del Parlamento, hombres dispuestos a someterlas a la férula de la voluntad personalísima del Presidente de la República. Esos hombres han olvidado sus responsabilidades porque jamás las han sentido.

La federación era una valla altísima donde habrían de estrellarse las ambiciones dictatoriales.

Era el obstáculo más formidable opuesto a la supremacía individual. Pues bien, esa muralla ha sido destrozada y abatida. Han pasado por sobre ella los revolucionarios de ayer convertidos en los señores de hoy.

La Nación Argentina, que ya no es ni república ni federación, no tiene sino en el nombre *gobierno representativo.* Es verdad que hay un Congreso, pero éste ha permitido, no obstante sus fueros y prerrogativas, la sustitución violenta de los gobiernos provinciales por Interventores. La fuerza prevalece sobre la ley, pues un Interventor es la representación del déspota que vence a la representación del pueblo. El Congreso ha sido y es menospreciado por el Presidente, y lo mismo los gobiernos de provincia.

Con excepción de un grupo de legisladores nacionales que han sabido resistir los atentados dictatoriales desde el 12 de Octubre, la mayoría del Congreso, al mismo tiempo que esteriliza la acción parlamentaria durante tres años, ha rendido pleito homenaje al dictador.

Tampoco hay gobierno representativo en las provincias intervenidas, y las que lo tienen viven bajo la amenaza perpetua de caer bajo la unidad del mando, o sienten el trabajo subterráneo de intrigas ominosas.

Esto en cuanto a lo fundamental.

En cuanto a la práctica de lo que se llama *democracia*—palabra de orden en estos momentos—¿qué decir? Todo puede ser democracia menos nuestra vida política.

Democracia es elevación, y ahora prevalece la sumisión.

Democracia es conciencia del propio valer, y hoy no sólo domina el que no vale, sino que se deprime al que vale.

Democracia es respeto de lo que tiene algo de superior dentro de lo bueno y lo justo, y ya hemos visto que lo que no se respeta es precisamente lo que debe respetarse.

Democracia es igualdad en el concurso de todos en el gobierno; hoy esa igualdad ha desaparecido; hoy ya ni siquiera tienen participación en aquél los radicales, porque no lo son los que disponen del país. El radicalismo se ha hecho pedazos contra la roca de la avaricia, de la intolerancia, de la sumisión y de la injusticia. Ahora son ellos también réprobos, como lo fueron antes los antiguos.

¡Sin embargo, se vocea, se clama democracia por todas partes!

¿Acaso puede haber democracia en un pueblo donde magistrados, legisladores y maestros callan ante las imposiciones de los poderes ejecutivos? ¿La hay donde la fuerza material pone

miedo en el alma de los jueces y pugna por ahogar la libre palabra de los ciudadanos?

*
* *

He de dar mi parecer sobre estos aspectos de nuestra vida, buscando el despertar de los inteligentes, el recelo de los incautos y la indignación de los generosos.

La historia se repite: hace sesenta años pasaban como ahora cosas parecidas. El cuadro social es semejante: el bajo pueblo servía de sostén al dictador; éste invocaba la sombra de Dorrego. Ahora el comité también es lo que fué entonces: invoca la sombra de Alem, que muere por su mano, como un vecino decepcionado. Dorrego fué un mártir y un héroe. ¡En esto hay una enorme diferencia! Pero poco da: tras de Alem, mejor dicho, sobre él, hay un letrero que dice: *¡Regeneración!* como sobre el patíbulo de Dorrego escribió Rosas la fatídica palabra *¡Federación!*... ¡En esto ya no hay diferencia!

Para vengar la muerte de Dorrego se encendió el odio en las masas bárbaras, que tuvieron su jefe natural: ahora, para vengarse de la historia —¡demencia sin nombre!—se enciende también el mismo odio.

Entonces azotaba al país el vendaval de la

anarquía; hoy el desorden preside el gobierno y disgrega los partidos.

De aquella anarquía surgió un déspota; de cada provincia un caudillo. El primero mandó como dueño en Buenos Aires desde que la cabeza de Castelli sirvió de monumento funerario en la plaza de Dolores, y en el resto del país desde que, una mañana, la bala de un soldado errante quiebra la vida romancesca de Lavalle.

Cada provincia fué un campo de desolación. Los Llanos de La Rioja despiertan al terror de Quiroga; los campos de Santa Fe al de López; los caudillos entrerrianos a la saña de Ramírez; en Santiago surge un Ibarra inventor de diabólicos tormentos; en Mendoza, tierra del vino, el demonio de la borrachera se hace omnipotente. Cada una de estas regiones es teatro de intestinas luchas: unitarios y federales libran largo combate.

Como un círculo de hierro aquellos hombres crueles y semibárbaros tienden sus líneas de lanzas en torno de Córdoba, conservadora y culta, y se libran batallas. Vaivén sangriento, presidido desde Buenos Aires.

Tal cual la siniestra selva de Birnam se mueve hacia la colina de Dunsinane, así las figuras de nuestra historia se alzan de la tiniebla reuniéndose al conjuro de temibles ensalmos y

avanzan sobre campiñas y ciudades, no ya como los árboles del presagio para abatir el poder del déspota ambicioso, sino para caer sobre el trabajo y el pensamiento para destruirlos!

Tenemos ese cuadro ante los ojos, y vemos que sus figuras, antes extáticas, se mueven como si una vara mágica les diera nueva vida.

Veamos con atención esta resurrección de lo que parecía muerto. Si los adelantos materiales y legales de nuestro tiempo cambian el ambiente, no por eso deja de sorprendernos la semejanza de los hombres.

A cada uno de los caudillos que representaron después del año 20 la idea del mando con absoluto desprecio de la ley, corresponden hoy otros tantos gobernantes impuestos *a la Nación* por el Presidente Irigoyen, y, por lo tanto, creados con violación de las leyes.

En efecto, manda a su antojo, en Mendoza, el doctor José Néstor Lencinas, de cuyos actos dictatoriales he hecho mención anteriormente.

Manda en Tucumán el Sr. Bascary, que en el primer período de su gobierno disuelve el poder legislativo, se constituye en juez y decreta destierros, prisiones y otras penas sin forma de juicio y por su sola voluntad. La intervención de Garro termina y aquel hombre vuelve a gobernar en la forma de los primitivos caudillos.

Domina en Salta el doctor Joaquín Castellanos, literato, periodista y diputado. Su acto inicial de gobierno es una zalema musulmana, una genuflexión profunda al Presidente. Surge de una intervención renovada cuya historia responde al principio de sumisión anatematizado por el artículo 29 de la Constitución Nacional, como todas las demás.

Ese literato y abogado proyecta amordazar la prensa mediante una ley de censura. Su gobierno tiene una singularidad extraña: el ausentismo.

Gobierna en Santa Fe el Señor Rodolfo Lehmann. Este es producto de aquella política de pequeño círculo que, a pesar de su insignificancia numérica, moral, social y mental, pudo, por aberración de las cosas y extravío de la conciencia de los hombres, poner en trance de victoria al "plebiscitado" del 12 de Octubre. Los llamados "disidentes" de Santa Fe, que hacen un Presidente inepto, hacen también un gobernador impotente. Sobre ese círculo de nueve politicastros que un día tejió corona de roble para la frente del tirano, estuvieron fijas, en 1916, las miradas ansiosas de la República, con tanto afán, con tanta inquietud, con tanta avidez como en torno del tapete verde la multitud de los jugadores. Como que, en realidad, la República jugaba entonces la tremenda par-

tida de su libertad y de su honra de pueblo culto. ¡Y perdió la partida! De esa partida conmovedora salió el triunfador para todo el país y para Santa Fe el señor Lehmann, bajo cuyo mando la inercia y la ignorancia plantan sus banderas negras, símbolos de oscurantismo y de miseria. Durante su gobierno la educación del pueblo es abandonada: los maestros sufren hambre, o lo que es lo mismo, persecución, porque el maestro hambriento es un perseguido y la maestra un juguete para el placer de los caciques.

La inercia del mandatario y la ineptitud de los legisladores se completa con la blandura de los jueces.

Santa Fe fue la primer tierra conquistada por la funesta demagogia. Sáenz Peña, el aristócrata en decadencia, la entregó en una ceremonia farisaica a los "incontaminados". Sáenz Peña la ofrece para campo de experimentación al misérrimo grupo de los impotentes que habían murmurado su eterna envidia en la sombra de las conspiraciones.

Los resultados fueron bien pronto palpados por el pueblo, y hoy llegan a su punto álgido. Este punto de ascenso de la degradación moral en el gobierno marca el extremo de descenso en las virtudes cívicas del país, porque la

entrega de la Provincia al Presidente no ha sucedido por medios velados sino expresa y públicamente por el propio gobierno provincial. En los últimos días de Diciembre el gobernador Lehmann se ausenta de Santa Fe y el Vice señor Cepeda, profesional de la política, viene a la Capital para pedir al Presidente de la Nación la provisión del cargo de jefe político del Rosario. Aquél elige inmediatamente al general Broquen; y desde ese momento el gobierno constitucional de Santa Fe queda en manos de las autoridades nacionales. Ya no hay necesidad de conmover al Parlamento Nacional con intervenciones, ni a la opinión pública con procedimientos violentos, como en Catamarca. La dictadura presidencial se ejerce a cara descubierta. El hecho es lógico, pues si el designio presidencial fué siempre destruir el sistema federal de gobierno, ¿cómo había de repudiar el presente que le ofrece el propio gobernador?

Jujuy es hechura presidencial; pero por su pobreza y lejanía significa poco. En ella los radicales se llaman "negros", palabra que en Córdoba, por tradición, es una injuria, y en cualquier parte una preocupación social.

Buenos Aires es una perpetua sedición. Las leyes son deslealmente aplicadas. El vendaval de las "reorganizaciones" ha destruído todos los

principios de orden y de respeto de la administración. El comité indisciplinado y soberbio dispone como de cosa propia de la persona del gobernador; lo descalifica, lo excomulga, lo asedia, lo maldice. Pero se arrojaría a sus pies si un día lo ordenara así el Presidente de la Nación. El tesoro público tiene abierta una espita por la cual se vuelca sin cesar el abundante manantial, a cuya conquista se agolpa la legión de los corsarios. Se llega hasta la conspiración contra alguien o contra algo que nadie puede determinar: trátase de la fabricación de esas armas exterminadoras de que gustan los conspiradores anarquistas. El eterno afán de herir, ofender y revolucionar extremece el alma de estos hombres violentos. Los jueces, bajo esta epilepsia del desorden, sufren sus efectos: los unos permanecen serenos ante el espectáculo; otros ponen cruces de honor en el pecho de los rufianes; otros más tiemblan de miedo y algunos buscan afanosamente acercarse al Presidente de la República para servir a la causa de la Santa Regeneración. Todo esto sucede bajo el mando del Doctor José Camilo Crotto, obra de la Intervención del año 17, es decir, de una de las violaciones constitucionales más reprobables y más injustas.

En los días que corren, los intereses generales sufren la influencia de intrigas de comité, cu-

yos hilos ocultos están en manos del Presidente. Sólo se trata de fortalecer el mando con miras de perpetuidad, sea por el sometimiento del gobernador, sea por la discordia definitiva: por ambos caminos se presume llegar al mismo fin. El gobernador Crotto, surgido de una maniobra ilegal—la Intervención—no ha podido ni podía ser, en sus obras de gobernante, sino el resultado lógico de aquélla: rara vez del mal nace el bien. Amigo del Presidente, compañero de conspiraciones y revueltas, su distanciamiento de aquél a los pocos días de gobernar no merece crédito bastante, aunque, de acuerdo con el espíritu de la secta, no hemos de dar mayor valor a la lealtad y a la gratitud.

Tales son los hombres que en aquellas Provincias disponen ahora de la fortuna, el honor y la libertad de los argentinos, bajo formas constitucionales externas, y que responden a la influencia personalísima del Presidente.

En los momentos actuales, con excepción de Córdoba y Corrientes, las demás no tienen gobierno legal.

Domina en San Luis el Presidente por intermedio del Doctor Celesia desde el 8 de Mayo de 1919: una simple investigación de legalidad de diplomas senatoriales se convierte en un proconsulado permanente.

Desde el 17 de Octubre los gobiernos de San Juan y Santiago del Estero desaparecen: el uno ha tocado en suerte como interventor al Doctor Manuel F. Escobar, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires; el otro al Doctor Rodríguez Galisteo.

El primero es recibido por el pueblo de San Juan por la misma clase de gente que victorea al Interventor de Buenos Aires en Abril de 1917; pero los monumentos de la ciudad amanecieron envueltos en crespones.

En 1861 las cosas pasaron de muy diverso modo: el gobernador Aberastain sale a defender su patria chica y muere en el Pocito, pero salva a su patria grande de una nueva y odiosa tiranía. ¡Cuánto han cambiado los hombres en sesenta años! El gobernador Isaza que, en San Juan, hasta ayer, gobernaba esta provincia, como Aberastain en aquel año, limita su resistencia a una protesta verbal y actuada; ¡político "práctico", al fin, y hombre prudente, temeroso de ver morir a sus conciudadanos, ciego a los esplendores trágicos de su antecesor y desdeñoso sin duda de aquella para él incomprensible sublimidad, locura o delirio digno de otras épocas, de otros hombres y de otra patria! El, como todos los gobernadores que no han sabido defender la soberanía de sus provincias;

él, como todos los ciudadanos que no han sabido dar aliento a sus gobernadores, transforme las armas de la dignidad de un pueblo en un alegato favorable a los derechos de que es despojada su provincia, pero permite que esta pierda sus atributos, que sus tesoros caigan en manos extrañas, que su justicia sea humillada y destruida, que sus intereses pasen a ser manejados por intrusos. ¡Pero el país, a costa de sus instituciones, se ha ahorrado, sin duda, por ahora, el espectáculo de un combate, acaso de un martirio sangriento, sin sospechar, acaso, que más tarde, cuando contra la sombra de Facundo se alce la sombra de Aberastain, la tierra tranquila bajo la paz del miedo se apreste a renegar de su inercia y su olvido!

Desde hace dos años Catamarca no existe como provincia soberana: bajo el mando del Interventor López García se han consumado en ella todas cuantas arbitrariedades son capaces de cometer los gobernantes que, como el señor Irigoyen, invocan la razón de estado para destruir las Universidades y su intangibilidad de puritano para seguir impunemente cumpliendo su "gobierno ejemplar". Catamarca es ya la tumba del radicalismo, porque ningún ciudadano que no esté ebrio o dormido puede negar lo que es evidente. En Catamarca no había radi-

cales, porque ella no es tierra propicia para ningún radicalismo. Pero Catamarca debía producir dos senadores radicales, y para obtenerlos fué menester roturar ese campo ingrato a fuerza de arbitrariedad. Oficiales del ejército se constituyen en agentes electorales; policías venales y bárbaras atentan contra la libertad individual; gentes llevadas de todas partes invaden el territorio; los empleados de la Nación cometen exacciones de todo género para poder arrancar a los ciudadanos el voto que niegan. Por eso Catamarca es la sepultura del radicalismo, porque su pueblo ha demostrado que sólo puede ser vencido por la fuerza y el fraude. En Catamarca ha concluído de brillar la falsa estrella del ungido del 12 de Octubre. De allá vendrá la reacción o se afianzará la tiranía. Pero por ahora, de ese triste proceso vemos claramente una cosa: una ambición plenamente descubierta en pugna definitivamente declarada contra los derechos del pueblo.

En La Rioja no hay gobierno porque el Presidente no lo ha querido. A la miseria económica se une en aquella la miseria cívica.

Las piezas de este ajedrez temible están, pues colocadas en sus casilleros. Sólo hay dos que no responden a la voluntad que mueve las otras: Córdoba y Corrientes, porque en Entre Ríos

gobiernan hombres surgidos de comicios sospechosos de regeneración, y ya la conciencia honrada repudia semejante origen.

Córdoba y Corrientes son, pues, los dos únicos reductos enemigos que será necesario tomar para que la violencia dictatorial se satisfaga por un día.

Digo por un día, porque la violencia no gusta del descanso, ni puede tampoco esperarlo.

El Presidente de la República, al colocar en las Provincias a aquellos hombres en calidad de tenientes, no cuenta, sin duda, con la voluntad de los ciudadanos libres de un país donde a pesar de la bastardía de su composición social actual, no carece, afortunadamente, de conciencia legal o siquiera sea de egoísmo.

Poco se invoca hoy el nombre *de patria*, confundido en su antigua y grandiosa sonoridad por el clamoreo de los demagogos que la invocan para escarnecerla. Dejemos, pues, por un momento, de invocar esa palabra suprema, pero sin olvidarla.

El Presidente de los argentinos al cercar el país con *destacamentos* políticos, sueña con la aquiescencia absoluta de todos los habitantes, conseguida al cabo de un período de desmanes destinados a infundir miedo. Pero esto no será posible, a no ser que el sentimiento de dignidad y

el concepto de patria hayan caído definitivamente en agonía.

Hay en el país una opinión bien definida que se opone a la absorción de todos los poderes, es decir, a la destrucción de la República como tal y a la unidad en la federación. En la Capital y los Estados las fracciones conservadoras bajo diferentes nombres no han sufrido en su tendencia opositora modificación desfavorable. El radicalismo de 1916, a su vez, se ha disgregado; ya no es la fuerza poderosa de entonces. El "plebiscito" de aquel año no podrá repetirse; los arcos de triunfo han venido al suelo. Queda solamente de aquel "plebiscito" la ralea popular, la policía mercenaria, los gobernadores e interventores y todos los corsarios, menos preocupados de la política que de la bolsa.

Del seno del radicalismo se han separado numerosos elementos de representación que en actos públicos se han declarado engañados y disconformes. Todas estas opiniones, todos los desengañados, los ofendidos, los perjudicados; todos los que confundieron demagogia con democracia, los que creyeron en símbolos, dogmas y postulados, lamentan ahora no haber creído en la palabra clarividente del Doctor Pedro C. Molina, que hace justamente diez años

quitó la máscara al entonces jefe perpetuo del radicalismo y lo exhibió a plena luz ante el país entero, sin ser entonces creído, para desgracia de la Nación ([1]).

Pero la opinión que repudia las supremacías está aún trabajada por recelos perjudiciales, por ambiciones y cavilosidades que la mantienen fuera de la órbita necesaria. Todas esas fuerzas salvadoras pugnan por encontrar un cauce suficientemente amplio donde correr con libertad. La decisión final de unión y de armonía no ha sido aún pronunciada, pero en cada pensamiento clama una advertencia, en cada corazón palpita un anhelo: defender la República, salvarla de una menguada decadencia.

---

(1) Carta al señor Hipólito Irigoyen, 27 de Noviembre de 1909 publicada en "La Nación".

CAPÍTULO II.

Cómo debemos defender la República

Pons (leyendo).—«Item: Jerez: (dos galones) 5 chelines 3 peniques. Item: Anchoas y Jerez para después de comer, 2 chelines 6 peniques. Item: Pan, medio penique.

El Príncipe Enrique.—¡Qué monstruo! ¡Sólo medio penique de pan para tan intolerable cantidad de vino!

Enrique IV, Acto II, Esc. IV.

Examinado el estado político y social del país y visto que los demagogos radicales y sus déspotas engreídos han consumado en tres años la destrucción de las instituciones y, por consecuencia natural, ponen en peligro sus construcciones materiales; corresponde ahora dar idea del sistema contrario, es decir, el sistema de defensa contra aquéllos, para salvar la República como tal y el país como pueblo civilizado.

Terminado el estudio de los hombres, o sea, de los *caracteres* y trazado el cuadro de sus *hechos* y *métodos de mando*, dentro del cual aparecen los *resultados* o *efectos* de estos últimos; llega el momento de pensar en los medios que parecen más adecuados para impedir el entronizamiento de la plebe y su consecuencia: la tiranía.

El problema es complejo, de orden moral ante todo; problema de *costumbres*, de conducta social, y, al propio tiempo, asunto que atañe a la constitución política y a las leyes que reglamentan el sufragio.

El problema moral no se resuelve por medio de leyes escritas ni por reglamentos, por la misma razón de que no puede realizarse el milagro de Josué; detener la marcha del sol. La conciencia del deber cumplido en todos los órdenes de la vida, la convicción de que para vivir regularmente es necesario saber ser justos y obrar como justos, no necesita otra cosa que querer practicar los mandamientos del Decálogo. Pero como los hombres no pueden desprenderse de sus pasiones ni libertarse de sus vicios, el problema moral eterno y casi irresoluble ha menester de *soluciones legales*, siquiera sea para mitigarlos.

Así pues, a la educación de la conducta dada en el hogar y las escuelas debe corresponder la

educación cívica, legal y política, haciendo práctica y verdad de las teorías y las predicaciones.

La inspiración de este libro no es otra que enseñar a mis compatriotas a distinguir la verdad de la mentira y la justicia de la violencia, dando a conocer lo que son la demagogia y la tiranía, poniendo al descubierto su naturaleza y enseñando por la sola descripción de sus hombres y sus hechos la falsedad y peligro de sus doctrinas. Será loco quien al llegar al borde de un precipicio se arroje en él, o se lanze al mar en un débil esquife en momentos de borrasca. Mirar la sima, ver el mar, basta para evitarlos.

Este libro no es, por lo tanto, otra cosa que una advertencia a los incautos, a los crédulos y a los hombres sin lectura para que comprendan su error, y al mismo tiempo un castigo de los ambiciosos y falsarios que los engañaron.

Pero no sería completo si no terminara con un consejo.

Este consejo es para los hombres que por sus condiciones están en el deber de salvar la patria. Hablo, pues a los ciudadanos ilustrados y honorables, a maestros y publicistas, a periodistas y tribunos, y hablo a los jefes de partido, porque a todos corresponde la defensa de las instituciones de la República, es decir, la defensa y dirección del pueblo y del Estado.

*
* *

Las causas que, en mi concepto, han originado los males políticos del presente — aparte de la influencia personal del caudillo — son dos principales: la primera, el decaimiento de la moral en las clases directivas; la segunda, el voto secreto en el sufragio universal.

No creo que sean otras las causas inmediatas y concurrentes de la *demagogia radical* en el gobierno porque solamente la falencia del criterio moral de aquellas ha podido dar al pueblo, mal educado para las funciones del gobierno, una libertad tan amplia que necesariamente debería caer en licencia.

Los ciudadanos que fortalecieron esa libertad por *el secreto* tal vez fueron generosos; pero la generosidad que los inspiró cayó en el extravío de la imprudencia: no comprendieron las verdaderas condiciones de su pueblo, o se decidieron a favorecer los planes del señor Irigoyen, para que de dictador del partido se hiciera dictador de la República.

Ha de juzgar la historia, en definitiva, a los autores de la ley del secreto del voto; pero por el momento, el juicio de los acontecimientos sucedidos desde su vigencia no puede serles favorable.

Se dice, sin embargo, que asistimos a una transición de costumbres cívicas, políticas y republicanas; y este argumento suspende por un instante el juicio y mucho más el anatema; pero ante el cuadro sombrío de las provincias atacadas en su soberanía; ante el desquicio de las finanzas nacionales y provinciales y en conocimiento de la calidad de los hombres *que se atribuyen* por el voto de los pueblos la intervención providencial; la pluma se resiste a detenerse en la censura y la mente no acierta a apartarse de la idea de que de las urnas electorales ha salido la expresión de una voluntad resuelta a poner freno a la libertad argentina.

El voto secreto, adoptado para evitar a cada ciudadano la burla del engaño y la violencia de los llamados "gobiernos electores", no ha podido ni destruir el engaño ni paralizar la violencia: en esto ha fracasado. El engaño ya no se consuma en el atrio sino en la tribuna pública, antes del comicio, y la violencia se ejercita no ya sobre el ciudadano que aisladamente vota sino sobre pueblos enteros, sobre las Provincias soberanas, porque para elegir va el gobierno de la Nación con sus empleados y sus tropas armadas a cada una de ellas a derrocar gobernadores, expulsar magistrados y poner en manos de secuaces instrumentos oficiales de intimidación.

Las intervenciones a todas las Provincias, la dilación indefinida de cada proceso electoral en ellas; el apoderamiento descarado de todos los empleos provinciales por los interventores; la expulsión de los buenos funcionarios y su sustitución por elementos actuantes del comité y el bajo fondo, obedientes a las órdenes directas del Presidente de la República y sus lugartenientes; la presencia del ejército en las regiones sometidas a aquél por medio de sus enviados; el ensoberbecimiento de las policías; el amordazamiento de la prensa; las arbitrariedades de todo género cometidas por empleados federales perseguidores y delatores; los miles de presidiarios indultados, al mismo tiempo que innumerables jueces son despojados de sus investiduras — ¡contraste pavoroso! — y cuantos recursos de fuerza y de fraude que se vienen empleando en todo el país por los agentes irigoyenistas contra los adversarios, corresponden al sistema de intimidación practicado desde el mes de Enero de 1917 (1).

¿De qué ha valido, pues, el voto secreto? Ha valido para levantar la losa que cubría la sepultura

---

(1) Intervención armada en la Provincia de San Juan, tentativa frustrada del sistema opresivo iniciado desde entonces contra la organización federal argentina, con violación de los preceptos básicos de los artículos 1, 5, 6, 8, 104, 105 y 106 de la Constitución.

de los viejos caudillos. Ha valido también para que la sombra de Facundo nos visite y nos amenace. Esto bastaría para derogar la ley que lo ha autorizado.

Si una ley de libertad tiene por efecto inmediato, pero continuo, destruir la libertad, ¿de qué modo habremos de juzgarla? Habremos de juzgarla como un instrumento de opresión, en un país donde mucho más de la mitad de los electores no tienen capacidad suficiente para elegir.

Mientras el pueblo argentino no sea instruído intensamente, en tanto no se civilice por completo y su nacionalidad no adquiera un carácter definitivo por la fusión de los elementos sociales que actualmente viven disociados, el voto secreto será constante peligro de sus instituciones.

En teoría a las urnas libérrimas se acerca la libertad, pero de ellas sale transformada, deformada y monstruosa. Porque mientras el espíritu de la multitud esté agitado por rudos instintos y carezca de homogeneidad y educación, será muy difícil que del voto secreto surja una opinión esclarecida.

La democracia como forma de gobierno es justa, pero peligrosa; es menester hacerla verdadera y útil, no falsa y destructora.

El voto secreto debe ser abolido, y el sufragio universal calificado: lo primero para que todos los

ciudadanos se habitúen a pensar y decir libremente sin recelo ni temor; lo segundo para evitar *en lo posible* que los ignorantes y los ineptos preponderen en la administración general.

La vida libre huye del misterio. Pensar que es necesario evitar la presión de los gobiernos y garantir, por lo tanto, la emisión del voto por el secreto, es negar la república, es corromperla y amenazarla.

No puede ser la voluntad del pueblo consentir en hundirse en el abismo de la deslealtad y de la corrupción cívica; la voluntad del pueblo ha de ser otra muy diferente.

Nuestros publicistas y legisladores deberán organizar un sistema electivo a cara descubierta, *circunscripto a todos los que sepan leer, a los que trabajen y piensen útilmente,* con tácita declaración de que no pueden organizar gobiernos quienes no son aptos para gobernarse a sí mismos.

El pueblo debe actuar, el populacho obedecer; y los gobernantes dirigir, no con arreglo a lo que quiere el populacho sino a lo que pida con justicia el pueblo.

Las naciones cultas, las naciones-pueblo, no han de preocuparse tanto de la forma del voto como las naciones-plebe: aquellas tienen en gran parte resuelto el problema, estas no lo pueden resolver por sistemas de formas ideales,

por mecanismos teóricamente perfectos. Hay que rendirse a la evidencia y apartarse del peligro de los grandes aluviones plebeyos. Es más justo excluir del ejercicio del voto a los analfabetos y demás incapaces, que nivelar a todos los hombres dándoles el mismo valor (1).

Esta nivelación injusta e imprudente, este amparo funesto de la ignorancia, que es barbarie quichua en el norte y barbarie bastarda en las ciudades; este pérfido halago de las masas populares por impostores y profetas, no conduce sino a dos términos: al del despotismo de la multitud o al del despotismo del profeta: el caos de un lado, Jehová fulminador del otro.

Todo pueblo que aspire a ser culto ha de huir del caos y de Jehová, de la anarquía y de la tiranía.

Mientras la multitud tenga en sus manos el destino de la República, esta no será tal sino en el nombre, porque será regida hoy por un déspota, mañana por un comité de salvación pública; y aunque después vuelva a ser lo que fué

---

(1) El sufragio es un acto escrito, *absolutamente escrito*. Toda manifestación oral está prohibida: hablar de candidatos y opiniones en el momento de votar es causa de nulidad, puesto que el secreto cierra los labios. ¿Cómo puede, por lo tanto, un hombre *que no sabe leer* asegurar que los nombres impresos en la boleta son los de su simpatía o, por lo menos, los de la simpatía de su patrón? Mayor aberración es imposible, ni tampoco materia más apta para quitar al sufragio el prestigio de la verdad y de la lógica.

hasta el 12 de Octubre de 1916, no dejará de sentir el peso de un ensayo democrático demasiado caro.

*
* *

El ideal del voto es que sea libre y al mismo tiempo público.

La libertad no se consigue mediante el secreto del voto, ni la *obligación legal de votar* realiza el milagro de formar una conciencia cívica en pueblos que no la poseen. ¿Qué conciencia cívica ha de pretenderse en esas multitudes semi-salvajes esparcidas en los campos ocupados en gran parte por extranjeros — los de labor — y en las extensiones incultas de la pampa y las montañas, pobladas mezquinamente por personas sin luces?

Las multitudes diseminadas, que constituyen el gran electorado numérico — vanagloria del radicalismo — son pasto de patrones, desde el estanciero enriquecido y el propietario de ingenio hasta el comerciante de campaña, caudillo y tirano.

Querer con la obligación de votar hacer la conciencia cívica es, acaso, un propósito útil y noble, si se quiere, pero, como es sabido, no se

impregna de moral un cuerpo social donde falta la sustancia, donde falta la inspiración.

Por otra parte, la práctica de la obligación ha sido un fracaso total, pues los medios empleados por la legislación para conseguir la presencia del elector en el comicio se han estrellado contra el imposible; habiéndose apenas conseguido asegurarla en el gremio de los empleados públicos, eternas víctimas de la "severidad" de los gobiernos, blanda cera en manos injustas y codiciosas.

No se educa a los pueblos, ni se les moraliza, ni se les infunde sentimientos de patria, dictándoseles leyes coercitivas, o empujándolos por caminos determinados como si fueran rebaños. Todo eso es vano. Se les educa por medio de ejemplos edificantes, por prédicas confirmadas en los hechos; no de otra manera. La máquina más admirable en manos inexpertas es un instrumento inútil y hasta peligroso: un avión dirigido por un carretero es un instrumento de muerte.

Las leyes electorales en vigor aseguran la libertad del sufragante por medio del *comicio diseminado:* este es el único lugar en que aquéllas han conseguido hacer tranquilo el sufragio. Ya los electores no tienen *miedo* de votar; ya no hay matones en el *atrio* — permítaseme la clásica palabra. Los antiguos grupos hostiles que

iban con la boleta en una mano y la daga en la otra han desaparecido de nuestras costumbres electorales; y en esto la ley es previsora.

Las leyes también han adoptado el sistema de hacer imposible la sustitución dolosa de un elector por otro: la aplicación de la dactiloscopia de Vucetich fué una conquista. Infortunadamente ese delicado mecanismo por el cual se obtiene *matemáticamente* la identidad individual, ha dado lugar a un extraordinario falseamiento de los padrones porque el gobierno nacional entregó la *práctica regional* de la identificación a personas que no tenían preparación técnica del sistema: conscriptos que, muchos de ellos, no sabían escribir corrientemente hacían de operadores. Eso al principio. Ahora los casos de falsa identificación son innumerables, por la mala fe y la ignorancia de los que *hacen de identificadores* (1).

En resumen, del sistema electoral vigente resta sólo un recurso útil: el profuso fraccionamien-

---

(1) Vucetich fué designado, en 1912, para organizar el gran registro nacional de identificación, después del fracaso inicial de la primera dirección. Lo instala, lo organiza y dirige a perfección durante un año; luego lo deja para realizar un viaje de estudio y propaganda alrededor del mundo. Desde entonces las autoridades dan poco a poco al abandono ese gran registro; de suerte que actualmente la identidad del votante es ilusoria y hasta peligrosa.

to del comicio, pues ni la identidad se ha conseguido por ignorancia y mala fe, ni la conciencia cívica por la obligación, ni la libertad por el secreto.

Aparte de eso, las artimañas del fraude gubernativo desbaratan la acción de los partidos, de *todos* los partidos, porque los que detentan el poder se extravían por su propia corrupción y los que lo persiguen se pierden por falta de garantías.

***

Hay otros problemas fundamentales que resolver, además del problema moral y electoral, tan arduo en nuestro país y en esta época de profundas conmociones.

En mi concepto, aquéllos se relacionan con los siguientes puntos:

1º La reforma de la Constitución;

2º La organización burocrática;

3º La acción fiscalizadora de la justicia.

Es verdad que no basta para la organización más perfecta de nuestra República abordar estos tres aspectos de la vida política y gubernamental, pues sería menester tratar también del problema de la asimilación del extranjero, de la distribución equitativa de la riqueza, de la educación del carácter y de la disciplina es-

colar; pero estos asuntos no corresponden esencialmente a esta obra ([1]).

---

(1) La disciplina escolar está ahora destruída: el alumno manda, el maestro obedece. El Gobierno Nacional, con su decreto de Marzo de 1919, por el cual "democratiza" la Universidad, ha destruído las bases sin las cuales es imposible la vida y el movimiento regugular de las grandes casas de estudios. La ola anárquica ha invadido la Universidad de Córdoba, primero, luego la de Buenos Aires y ahora la de La Plata, cerrada esta última por tiempo indefinido. El espíritu de indisciplina anima a los estudiantes, y la consiguiente desorientación del criterio los extravía. El profesorado vacila y se deja abatir. Ni ancianos ni jóvenes se entienden, aquéllos porque temen, éstos porque les han perdido todo respeto. En medio de este caos hay ansias codiciosas, aspiraciones disimuladas, anhelos imprecisos de mejoramiento docente, de perfección moral, que los estudiantes no determinan y que los maestros no aclaran. Para llegar a un fin desconocido las masas estudiantiles "solidarias" se dan a la huelga por imitación de los obreros. La sedición y el motín son ahora los visitantes del aula estudiantil. Es título de gloria el asaltarlas, convertir los edificios en nuevas Bastillas, y los 14 de Julio se han repetido tres veces. La fantasía del pueblo parisiense que hizo de aquella fortaleza casi abandonada un símbolo de libertad, y de cuatro locos y tres bandoleros otros tantos mártires de un despotismo mil veces excedido por la brutalidad de la turba furibunda, pero "libertadora", llena de ideas destructoras la imaginación de la juventud extraviada sin sospechar tal vez que ella paga ante todo la audacia de sus propios agitadores y la concupiscencia de mentores que ocultan su ambición bajo apariencias de sacerdocio. El espíritu de indisciplina, que ya no respeta ni al padre en el hogar, está plasmando un modo de ser que hará la desgracia de la nación, porque las falsas doctrinas demagógicas, que en el alma juvenil son hoy creídas con sinceridad, llevarán con el tiempo al gobierno de los pueblos ciudadanos violentos y soberbios, irrespetuosos de la historia y despreciadores de las leyes. La indisciplina escolar, como un monstruoso substractum de tendencias funestas, hará forzosamente la indisciplina social; y pues ya no hay maestros que sepan dominarla, no habrá después ni padres severos en la familia, ni mentores en las escuelas, ni gobernantes en el Estado. ¡Ojalá estos vaticinios, sugeridos por la simple observación de los hechos, resulten desmentidos!

La Constitución que, al decir de González [1], *nos convierte en fortaleza inaccesible a la anarquía y al despotismo,* no ha impedido, sin embargo, que en pleno florecimiento hayan penetrado en ella el despotismo y la anarquía.

La Constitución jurada en 1860, mejor dicho quizá, en 1853, fué impuesta a un pueblo que acababa de gemir bajo la horda salvaje y los sacudimientos de la guerra civil. Necesitábase un poder fuerte, y sea porque este era esencial, sea por otras causas, la verdad es que ese poder, casi dictatorial, fué creado por ella hasta el grado de dársele el título de *Supremo*; y si no fué tiránico ello no obedeció sino a la clarividencia nobilísima de los Presidentes argentinos, que no surgieron de la penumbra del misterio sino de la lucha franca de los partidos, haya o no habido en éstos defectos errores y arbitrariedades.

Mas el poder fuerte, el "supremo" poder, creado por nuestros antecesores para poder organizar la nación, mantenerla y civilizarla, ha hecho su obra y debe ahora ser despojado de su peligrosa supremacía.

Mientras la plebe clama hoy: ¡*queremos* un hombre que nos mande!, el pueblo inteligente dice:

---

(1) *Manual de la Constitución Argentina.* Prefacio.

¡*queremos* un mandatario; un ejecutor, no un árbitro de la ley, un ciudadano, no un inspirado!

Los poderes débiles, en el sentido "popular", los poderes legislativo y judicial, deben ser los poderes fuertes, los poderes deseados y respetados, el uno porque es la expresión de la soberanía y de la opinión ilustrada, el otro porque debe ser el amparo de la justicia.

Según el criterio de los herederos de Facundo, por desgracia muy generalizado, el *gobierno* es el Presidente, el gobierno es el policía, el caudillo de aldea. Para ellos Facundo el terrible es el ideal, porque en la mente popular no ha penetrado o se ha desvanecido, la concepción civilizadora de la ley. Esta pérdida dolorosa hace que el poder legislativo sea considerado antes como obstáculo que como expresión de gobierno. Gran suma de pueblo, y hasta ciudadanos de renombre, caen envueltos en la niebla de ese criterio extraviado y regresivo, cuyas consecuencias palpamos y sufrimos ahora visiblemente.

Los futuros reconstructores de las instituciones argentinas, destrozadas bajo los golpes de la arbitrariedad ancestral, hallarán seguramente la forma práctica de encauzar la corriente desviada, y a ellos corresponde la obra.

La *organización burocrática* actual es la tentación de los escribas: busquemos, pues, el modo de que no haya más escribas quitándoles la tentación.

El radicalismo fustigó sin piedad la costumbre de exonerar sin causa a los empleados, costumbre que se había ido perdiendo poco a poco, a medida que la cultura iba puliendo las asperezas del arbitrio gubernamental.

Pues bien, llegados al gobierno, la codicia famélica de los "sacrificados" inventa las "reorganizaciones", dando con estas un ejemplo más de la desvergüenza política erigida en norma constante de gobierno.

Mientras gobiernos y políticos de mayor y menor cuantía dispongan de los empleos como de cosa propia, de nada valdrá la elección libre, pública y calificada. Es menester sancionar una ley severa que asegure al empleado la posesión del cargo, reglamentándola con justicia.

Y para dar fin a este esbozo de *defensa social* y *política*, para levantar el plano de las reformas que exige hoy "la fortaleza inaccesible a la anarquía y al despotismo", diré que tampoco será eficaz el sufragio de los que saben leer, trabajar y pensar, mientras no haya *fiscales conscientes de su misión* y *jueces bien elegidos*, en toda la escala de jerarquía, desde los que

acusan y penan el hurto de una moneda hasta los que acusan y castigan los atentados contra la patria.

La debilidad de los jueces y fiscales es el amparo de la mala conducta por la impunidad. La impunidad es el fermento del delito, una de las causas del desorden social, la autorización tácita para despojar hoy a un hombre y mañana para esquilmar al pueblo.

Un juez que no castiga por lástima se hace encubridor del delincuente; el que no castiga por precio es un prevaricador, y el que no castiga por parcialidad es un perjuro.

La impunidad se opone ahora a la austeridad que llegó un día a rodear de prestigio a nuestros jueces. Estos se encuentran a menudo frente a problemas a que no estaban acostumbrados, vacilan y temen. El pueblo de nuestros días *delibera y gobierna* por medio de multitudes exigentes e irritadas que piden justicia con amenazas, huelgas y sedición, invocando la "solidaridad" social y humana, sin saber que esa "solidaridad" encierra un terrible secreto. Porque esa palabra que parece significar amor, unión de unos hombres con otros, no conduce sino a un campo de destrucción y de odio. Los jueces débiles, ante las exigencias "solidarias" de las multitudes destructoras dejan impunes sus aten-

tados, olvidando que el castigo *de uno* basta o puede bastar para el escarmiento de los demás.

Hay que *afianzar la justicia* cuidando celosamente del nombramiento de los jueces: esta es la base más firme de la felicidad social. Sin ella no es posible organizar el Estado. Miremos mucho al hombre *que pide* ser juez antes de conferirle el poder de juzgar: en sus manos está el bien o el mal, en sus fallos la honra, la libertad o la vida. Midamos por su conducta privada la probable conducta pública para no tener que arrepentirnos de sus errores, de sus desaciertos o de sus delitos.

***

Y para dar fin a este sin duda impreciso plan de defensa contra la anarquía social y el despotismo, he de decir muy pocas palabras a los jefes de partido, de todo color y jerarquía. Aparentemente vanas las considero trascendentales.

Los jefes de partido tiene por misión esencial dirigir las multitudes hacia un fin útil: las traiciona aquel que las encamina al vicio.

Las encamina al vicio quien para obtener sufragios las embriaga en orgías campestres o suburbanas, o halaga sus groseras pasiones.

Un representante del pueblo que surge de una cuba no surge de una urna; ni tampoco de una carpeta ni de una taba.

Hay la creencia de que sólo bebiendo y jugando se atrae a los electores.

Pues bien, tal creencia es indigna de un pueblo civilizado. Es necesario hacer pedazos la cuba y enterrar la taba. La ley electoral de una nación culta debe tener por fraude la incitación al juego y al beberaje y castigarla con la pena mayor. No se tema perder por falta de tahures y borrachos; témase ganar por medio del tonel y de la taba.

Esto, que, como he dicho, parece cosa baladí, puede llegar a ser una institución fundamental.

Los jefes y caudillos, grandes y pequeños, que utilizan medios tan reprobados para conquistar posiciones, frecuentemente sufren en sí mismos las consecuencias de su felonía y mala fe para con el pueblo. El pueblo que los encumbra los suele precipitar después en la sima de su desprecio.

Un jefe popularísimo del partido socialista extrañábase de verse abandonado de "sus protegidos", él, que se consideraba "su protector". ¡Ingrato pueblo! ¡No! el pueblo se había hecho justicia, negando a aquél, hoy, lo que ayer le había confiado; porque el jefe de la multitud lo

había corrompido por el vino y el juego, extraviándolo, además, con mentidos discursos.

El destino de los caudillos codiciosos es morir como los avaros: sobre el tesoro mal habido.

El fin de los mentirosos es ahogarse en sus propias falsedades.

El hado de los déspotas es sufrir el anatema de su patria y la maldición de la historia.

¡Invoquémoslo ahora que de la apoteosis de 1916 se ha pasado a la acusación de 1919!

La Plata, Enero de 1920.

BOSTON PUBLIC LIBRARY
3 9999 06384 097 7